

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2019, Zelá Brambillé

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero

Corrección

Abel Carretero

Diseño de cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

Vasco Lopes

Imagen de portada

Freepik.com

Primera edición: diciembre de 2019

ISBN: 978-84-17589-58-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Zelá Brambillé

quimica imparable



Mundoepubgratis.com

Para mis dos gotitas de agua fresca. Y para mis lectores de Wattpad: son el sol después de la tormenta. El arcoíris perfecto.

Índice

prefacio <u>uno</u> <u>dos</u> tres <u>cuatro</u> cinco <u>seis</u> <u>siete</u> <u>ocho</u> <u>nueve</u> <u>diez</u> once doce trece <u>catorce</u> **quince** dieciséis <u>diecisiete</u> <u>dieciocho</u> diecinueve veinte <u>veintiuno</u>

veintidós

veintitrés

veinticuatro

veinticinco

veintiséis

veintisiete

veintiocho

veintinueve

<u>treinta</u>

treinta y uno

treinta y dos

treinta y tres

treinta y cuatro

treinta y cinco

treinta y seis

treinta y siete

<u>epílogo</u>

extra uno

extra dos

Mundoepubgratis.com

prefacio

No quería ir a esa fiesta, a ninguna, en realidad, pero siempre me arrastraba para que sus padres lo dejaran salir. No hizo más que tomar con sus amigos una cerveza tras otra mientras yo lo observaba desde el sillón de la estancia principal, preocupada, pues la última vez que se había puesto borracho sus padres no se lo habían tomado muy bien.

Mirian y Brenda reían de alguna cosa absurda que no me interesaba en absoluto, no tenía ánimos para fingir. Me puse de pie pese a sus quejas y me encaminé hacia William para pedirle que dejara de beber de ese modo. Sus amigos me recibieron con una sonrisa, él simplemente se me quedó mirando con seriedad.

- —¿Qué? —preguntó al tiempo que se llevaba el vaso a la boca y le daba un trago—. ¿Quieres un poco de alcohol?
 - —No, Liam, ¿podríamos hablar por un segundo?

Alzó una ceja y giró los ojos, me imaginé su respuesta antes de que abriera la boca. Casi no podía reconocerlo, pero era él, el mismo de siempre.

Fue fácil enamorarme de Liam, me emocionaba cualquier cosa que viniera de él, aunque fuera la más tonta e insignificante. Si él decía «vamos», yo iba sin dudarlo ni un segundo; si decía «haz esto», yo lo hacía sin rechistar. Me dejé envolver por esa inocencia de niños, creyendo que los dos estábamos en el mismo canal, que queríamos lo mismo.

Un día salí de la escuela corriendo, buscándolo entre el gentío para que nos fuéramos juntos a casa como cada día. Lo encontré en medio de un tumulto de estudiantes, era fácil localizarlo debido a su estatura y su cabello claro. No tuve que acercarme demasiado para darme cuenta de lo que estaba pasando, y de

por qué muchos lo observaban con curiosidad. William estaba besando a una chica, me detuve en seco y dejé escapar el aire de mis pulmones como si me hubieran dado un golpe en la boca del estómago. Ahí estaba él, besando a otra; y ahí estaba yo, observando, a pesar de que dolía.

Tragué saliva para aligerar el dolor lacerante que comenzaba a crecer en mi garganta, mis ojos se llenaron de lágrimas, quería correr y esconderme en el baño o gritarle para que la soltara, cualquier cosa menos eso, ¿por qué no se quitaba? Sin embargo, no hice nada, solo miré cómo se iba con ella sin preocuparse por mí, sin siquiera comprobar si yo estaba mirando.

Ese día me fui sola a casa, fue la primera vez que lloré por Liam; la primera de muchas. Cuando llegué, mi madre me recibió en la puerta con los brazos puestos en jarras, me señaló con el dedo índice y movió la cabeza en señal de desaprobación. Mis padres tenían una comida muy importante, los socios ya estaban en el comedor, me obligó a borrar los rastros de mis lágrimas y me dijo que tenía que parar, pues la gente no debía darse cuenta de que había llorado, nadie nunca podía verme derrotada. Terminé confesándole mis sentimientos por mi amigo, el hijo de los amigos de mis padres. Nunca me he arrepentido tanto de algo.

Por semanas William me ignoró, caminaba por los pasillos de la escuela con esa chica a su lado, no me saludó ni una sola vez, no me sonrió, era como si yo no existiera, como si fuera un fantasma, solo un recuerdo de lo que habíamos sido alguna vez. Me sentía tan triste que, cuando un día llegó y me pidió una cita, no me detuve a pensar qué estaba ocurriendo. Le dije que sí, mi madre me ayudó a peinarme el cabello y a aplicarme brillo labial, me dijo que usara el vestido azul a pesar de que yo quería usar uno negro.

Empezamos a salir, pronto lo hicimos formal, no me di cuenta o, más bien, no quise ver que a Liam le costaba tratarme como algo más que una amiga. Un día se derrumbó y me confesó que sus padres lo habían obligado a terminar con su novia porque querían que saliera conmigo, que me adoraba, pero no como yo lo hacía. Le pedí que me dejara porque yo no era capaz de hacerlo, me lastimaría más de lo que ya estaba.

—No puedo, ellos me lo han ordenado, Hannah —dijo él con el timbre ronco, aguantando las ganas de llorar.

Me dolió en el alma que no estuviera conmigo por amor, me sentí mal y le dije a mamá que lo dejaría. Aseguró que todo estaría bien, que a veces los chicos necesitaban hacer locuras antes de quedarse con la persona que de verdad amaban, mi madre me pidió que tuviera paciencia porque todas las mujeres debíamos ser constantes si queríamos enamorar a alguien. Vaya estupidez, pero en ese momento no lo comprendía. Tomé ese consejo porque creí que era bueno, después de todo, era una chiquilla que pensaba que su madre tenía la razón.

Dejé que los demás creyeran que era feliz, me aseguré de formar parte de los grupos más importantes de mi escuela, no me detuve hasta que conseguí las calificaciones más altas y vi mi nombre en el cuadro de honor, me rodeé de amigos que llenaran las expectativas de mis padres y fingí delante de todos que Liam y yo éramos felices, a pesar de que él jamás escondió el hecho de que no me amaba.

No había fiesta a la que no fuera, coqueteaba con otras sin importar si yo estaba ahí. Tiempo después fue más duro, pues el coqueteo se volvió otra cosa, muchas veces miré cómo tomaba la mano de una chica y subía las escaleras, en ocasiones salía y otras tenía que buscar a alguien que pudiera llevarme.

William se dio cuenta de que empezaba a cansarme, no lo sé, el punto es que apareció en la puerta de mi habitación con una florecilla. Me pregunté cómo había entrado si mis padres no estaban, igualmente dejé que pasara; pero no lo miré, quería dejarlo, solo tenía que encontrar las palabras. Se detuvo detrás de mí, sus brazos me rodearon, me dio un jalón para pegarme a él y hundió la cabeza en mi cuello. Qué bien se sentía.

—No soporto cuando te alejas de mí, Han, sé que me he portado como un patán últimamente, lo siento tanto, sabes que eres lo más importante para mí, aunque a veces no lo parezca. Eres la única que de verdad me conoce y me acepta, jamás podría alejarme del todo de ti, ¿es eso suficiente, cariño? — Lágrimas comenzaron a salir de mis ojos, ¿por qué el amor tenía que doler tanto? ¿Eso era lo único que conseguiría de él? Por tonto que sonara, estaba dispuesta a tomarlo—. Nunca te alejes de mí, Hannah, por favor.

Una de sus manos tomó mi barbilla, giró mi cabeza y la echó hacia atrás, sin más estampó sus labios suaves en los míos. Dejé que me derritiera, mis

pensamientos se esfumaron, esa noche me entregué a él por primera vez.

A partir de ese momento, que había sido el más especial y puro para mí, todo se descontroló. Creí que habíamos dado un paso adelante, que por fin se había dado cuenta de sus sentimientos, sin embargo, estaba equivocada. Apenas puso un pie afuera supe que acostarme con él había sido un error, al día siguiente lo encontré en el pasillo de la escuela arrinconando a una chica, quien le sonreía con descaro. Me escondí en la biblioteca por horas, llorando entre los libros y fingiendo que hacía los deberes. Liam se volvió más distante, más hostil e imprudente, no obstante, jamás había cruzado la línea.

Su voz entrecortada me devolvió a la realidad.

—Por supuesto que no quieres, tus papis no te dejan, ¿verdad? Apenas te permiten respirar, gracias al cielo que los míos solo me exigen salir contigo. — Apreté los dientes cuando escuché las risotadas de los demás—. Pero puedo tomar y olvidarlo.

Me mordí la lengua para aguantar las ganas que tenía de lloriquear, ¿por qué estaba siendo tan cruel? La gente se carcajeó, otros murmuraron, sin embargo, me concentré en esos ojos que parecían tan lejanos.

—Yo puedo hacer que lo olvides, Liam —dijo una de las animadoras, la conocía porque siempre estaba a su alrededor, como una enredadera. Iveth rodeó su cuello y empezó a besarlo, esperé a que él se la quitara de encima, pero lo único que hizo fue rodear su cintura.

Lancé un bufido, más molesta que triste, agarré el brazo de William y lo jalé, empecé a caminar viendo rojo, no me detuve hasta que llegamos a un cuarto. Lo solté y di unos cuantos pasos atrás, supe que estaba enojado por su ceño fruncido y sus puños apretados.

- —¿Qué quieres? —gruñó.
- —Por favor, Liam, ya no tomes, tienes que manejar para irnos a casa.
- —No te llevaré a casa, ¿no viste que estaba ocupado con Iveth? Busca a alguien que pueda llevarte —dijo.

Agaché la cabeza para que no viera lo mucho que me había dolido. Me aclaré la garganta, intentando encontrar mi voz, la cual tenía tanto miedo como yo, pues la sentía débil y temblorosa.

—Te lo estoy diciendo porque me preocupas, no importa si te vas conmigo o no, no quiero que te pase nada.

Su carcajada burlona hizo más grietas en mi corazón, una más.

—Suenas igual que mi madre, estoy harto de esta mierda. ¿Por qué es tan difícil para ti entender que entre tú y yo no hay nada? Que no necesito que estés oliendo mi trasero todo el tiempo.

¿Y ahora de qué estaba hablando? Si algo había hecho era no fastidiarlo, no buscarlo hasta que él me buscara, no hablarle si no me hablaba.

—¿Oliendo tu trasero? ¿Por qué dices eso, Liam? Las únicas veces que salimos juntos es cuando tú me lo pides porque ni siquiera me contestas el teléfono si no tienes ganas de hablar conmigo, ¿cuándo te he exigido algo? Lo único que he hecho es quererte, desear que me quieras.

—¡¡Y si te lo pido es porque mis padres me obligan!! ¡Ya lo sabes y no te importa! No quiero que me quieras, Hannah, quiero salir con chicas que de verdad me gusten, tener aventuras y sexo con otras, cumplir mis sueños, todo menos vivir contigo toda la puñetera vida porque eres vacía y aburrida, no te importa nada más que las ondas de tu jodido cabello y hacer lo que tus padres dicen. —Hizo una pausa—. Entiéndelo de una maldita vez, ¡no te quiero!

Salió echando humo por las orejas, mis rodillas se desestabilizaron, creí que me caería, que colapsaría en el piso. Antes de darme cuenta ya estaba llorando, la cosa no terminó ahí, empeoró.

Quise ocultarme cuando alguien entró al cuarto. Natalie. La rubia con excelentes calificaciones en la clase de Artes. No se mete con nadie, solo anda por el pasillo de la escuela tropezando y sonriéndole a todo el mundo. Y a la cual lastimé, ella no se lo merecía.

Entró para consolarme, es tan buena que no le importó que yo la hubiera lastimado antes, quería hacer lo posible para que me sintiera mejor, pero recibió una mirada y tuvo que irse. Sin embargo, prometió que traería a alguien, ni siquiera me dio tiempo para decirle que no era necesario.

Así que aquí estoy, sintiéndome como el ser más insignificante del universo, tallando mi rostro empapado con las palmas, daría cualquier cosa por dejar de pensar, no hay peor tortura que la que me hace sufrir mi cabeza. Deseo regresar el tiempo para no acercarme a Liam, dar marcha atrás y no sentarme en el sofá,

pero ya nada se puede hacer, la bomba ha explotado, él finalmente dijo lo que tanto me temía.

«No quiero que me quieras, Hannah, quiero salir con chicas que de verdad me gusten, tener aventuras y sexo con otras, cumplir mis sueños, todo menos vivir contigo toda la puñetera vida porque eres vacía y aburrida, no te importa nada más que las ondas de tu jodido cabello y hacer lo que tus padres dicen. Entiéndelo de una maldita vez, ¡no te quiero!»

Esas palabras siguen deambulando en mi mente como fantasmas, no puedo parar de pensar en ellas, se han quedado grabadas en mi alma. Y a pesar de todo no puedo odiarlo, incluso cuando debería, cuando me ha dado razones de sobra para hacerlo. ¿Por qué? Porque durante años me he aferrado a la idea de que un día se dará cuenta de que me quiere, eso es lo que mamá dice para consolarme cada vez que llego llorando a casa, que él solo es un adolescente rebelde y aventurero que quiere vivir un poco su locura para después estar con lo que siempre ha querido, que tarde o temprano se cansará de lo mismo y, entonces, me amará. Quise creerlo por tanto tiempo, pero solo me engañé, William jamás me querrá como yo.

«¿Por qué es tan difícil para ti entender que entre tú y yo no hay nada? Que no necesito que estés oliendo mi trasero todo el tiempo.»

He vivido una vida enamorada de este chico, esperando que me mire de verdad, que entienda que no es un capricho, que en serio estoy enamorada de él. No he desistido, día y noche he intentado demostrarle que cuenta conmigo, incluso si estar a su lado me lastima, que estaré ahí para apoyarlo si es que cae y que aplaudiré cada vez que se levante, ¿eso es ser masoquista?

Mi labio inferior tiembla, la verdad es que no lo entiendo, no soy capaz de comprender por qué a veces dice que me quiere, que se preocupa por mí y que quiere intentarlo; y otras veces damos cien pasos atrás. Hemos retrocedido más de lo que hemos avanzado.

Todavía puedo recordar cuando éramos pequeños y nos gustaba hacer castillos de tierra o meter caracoles a la casa para que nuestros padres gritaran al verlos en el comedor, hacíamos travesuras y era divertido.

Según mamá debo ser paciente, y eso he sido, estoy cansada. Me he tragado los celos cada vez que lo veo con otra chica, fingiendo que no está pasando

nada e ignorando las burlas de la gente que murmura cosas horribles a mis espaldas. Esas personas que dicen ser mis amigos, las mismas que han visto una y otra vez a Liam pisoteando mis sentimientos y jamás han hecho algo más que reír cuando no miro, ¿por qué sería de otra manera si ni yo misma logro alejarlo?

Y tiene razón, soy aburrida, hago todo lo que mis padres dicen, soy una loca de las calificaciones que no soporta una nota inferior a noventa sobre cien, me gusta que todo sea perfecto, incluyendo mi cabello y mi ropa, mi máscara; pero lo amaba con cada poro de mi piel, con locura, yo hago cualquier cosa por Liam, incluso cuando para él no soy más que la hija de los amigos de sus padres. Ahora él cree que estoy vacía, quizá tenga razón, le he dado tanto que ya no encuentro nada en mi interior.

Me limpio las lágrimas, aunque siento que es inútil, ya que no paro de llorar, el agua sale de mis ojos y no puedo controlarlo. De pronto, escucho ruido afuera, la puerta se abre y alguien entra a trompicones.

—¿Quién es? —pregunto, no logro ver quién ha entrado, está muy oscuro y no traigo los lentes de contacto encima.

—¿No adivinas? —Escucho pasos, alguien aparece en mi campo de visión, solo que no logro identificarlo por más que enfoco. Él se aproxima lo suficiente como para que lo reconozca, hago una mueca—. ¿Qué? ¿Esperabas a alguien más? ¿A Liam? No lo creo, Hannah, está muy entretenido manoseando a otra en la sala principal.

Ignoro su comentario y la punzada de dolor que este me provoca. Delante de la gente es fácil fingir, cuando estoy sola es el problema.

Oliver Doms se deja caer en el sofá, así que me alejo todo lo que puedo, ¿por qué Natalie tuvo que traer precisamente a este sujeto? No lo conozco demasiado, pero todo el mundo sabe de su mala fama, es lo opuesto a lo que quiero tener a mi alrededor, y no nos soportamos. Tuve la mala fortuna de conocerlo hace tiempo debido a que dirigía la radio de la escuela y yo, como parte de la sociedad de alumnos, debía estar en contacto con él. Al principio fue divertido, era un experto en música y siempre sabía qué decir; pero él obligó a Mirian a besarlo, después el director cerró la radio escolar, pues habían

atrapado a Oliver pintando paredes con sus amigos, y desde ese día supe que era un vándalo.

- —¿Qué haces aquí? —cuestiono, todavía esperando que se haya equivocado de puerta.
- —No creas que me hace feliz estar con alguien como tú, le estoy haciendo un favor a una amiga.
- —¿Alguien como yo? —Él se encoge de hombros y chasquea la lengua con disgusto, estira las piernas y recuesta la cabeza en el respaldo, después cierra los párpados—. ¿Estás ebrio? Dios, no me importa, no necesito un niñero, así que puedes irte con tus amigos a asaltar un banco, romperte la cara en tu horrible patinete o ir por ahí a besar chicas a la fuerza…

Detengo mi apasionado discurso en seco cuando él se mueve con violencia, su nariz topa con la mía y sus ojos furiosos me observan. Trago saliva con nerviosismo, ¿debería correr? No se ve muy contento.

- —No sabes cuándo cerrar la boca, ¿verdad? —De la nada, una de sus comisuras se eleva, no me tranquiliza, pues el brillo en sus ojos es peligroso y me hace temblar—. Quizá pueda enseñarte a no hablar cuando estás con un extraño, Han, estamos solos y nadie te escucharía, ni siquiera tu amado Liam. ¿Quién podrá defender a la damisela del malvado ladrón?
- —Podría gritar —digo, desafiante. Sé que debería empujarlo y correr, sin embargo, no estoy dispuesta a que vea lo débil y cobarde que soy. Su risotada burlona se me estampa en el rostro.
- —¿Y quién escuchará? ¿Tus amigas borrachas? ¿Liam y su chica? Dime quién, Hannah. Eres patética, ¿sabes? Siempre aparentando ser alguien que no eres, actuando delante de todo el mundo y mostrando una felicidad que no sientes, al final del día siempre acabas sola, ¿o me equivoco? Llorando justo como ahora y lamentándote porque tu amado novio se acuesta con cualquier cara bonita.

Me quedo en silencio, sintiendo la rabia recorriéndome, quiero darle una palmada en la mejilla, pero una idea descabellada se instala en mi mente.

Oh, que alguien me ayude.

El corazón se me acelera tanto que puedo escucharlo, siento que saldrá por mi boca en cualquier momento, ni siquiera sé qué es lo que está pasando. Miro a Oliver a los ojos, él frunce el ceño con confusión.

Antes de que pueda echarse hacia atrás, rodeo su cuello con mis brazos y lo jalo, estampo mis labios en los suyos en un impulso. La sorpresa no le permite regresarme el beso, no hasta después de unos segundos, entonces me devora con ganas, con un hambre que me sorprende. Yo lo beso de la misma forma, como si quisiera demostrarle y demostrarme que no necesito a Liam ni a ningún otro, que puedo besar a cualquiera. El intercambio se intensifica, tanto que mis pensamientos se vuelven borrosos, Oliver introduce su lengua en mi boca y saca todo de mí.

Me echo hacia atrás un tanto aturdida, sus ojos oscuros me regresan la mirada.

—Ladrón que roba a ladrón… —murmuro.

Me pongo de pie y camino hacia la salida sin detenerme, a pesar de mis piernas temblorosas y de que la culpabilidad ya empieza a hacer estragos en mi pecho.

Una vez afuera compruebo lo que Oliver dijo, el cuadro se me queda grabado en la mente: una chica sobre sus piernas, la cual besa su cuello, entretanto él le sigue el juego y disfruta de la atención de Mirian, Brenda y sus amigos. Mirian y Brenda son tan hipócritas que se me revuelve el estómago.

No busco a nadie, salgo y me quito los tacones, camino por la avenida hacia mi casa, la cual no queda muy lejos, necesito estar sola. Pronto empieza a llover, el agua me empapa y oculta mis ojos cansados de llorar, los charcos me mojan los pies y las piedrillas se me clavan en las plantas. Se siente como una catarsis, como que la tristeza se irá cuando la lluvia pase.

Mundoepubgratis.com

uno

—Hannah, mira nada más cómo vienes —dice mi madre apenas entro en casa. Se acerca dando pasos largos en sus tacones altos.

-Estoy bien, mamá.

La esquivo justo cuando va a tomarme el brazo. No tengo ganas de ser cuestionada, y no quiero mentirle asegurando que no ha pasado nada malo entre Liam y yo esta noche ni ninguna otra.

Con la ropa goteando, subo las escaleras corriendo, una vez en mi habitación, cierro la puerta con seguro, me recargo en la madera y lanzo un suspiro. Mis cabellos se pegan a mi cara, gotas de agua recorren mi piel, la ropa comienza a picar debido a lo pegada que está. Me deshago del vestido y lo arrojo al suelo. Había elegido este atuendo semanas atrás, creyendo que a Liam le gustaría, tenía la esperanza de que la pasaríamos bien, ¡qué equivocada estaba! Fue peor que otras veces.

Sin ponerme el pijama, voy hacia la cama y me dejo caer, agarro la almohada y la abrazo como si se tratara de un oso de felpa, trago saliva con fuerza para retener las lágrimas que quieren salir, los ojos queman tanto que no puedo retenerlas más. Estoy segura de que me ignorará por unos días mientras se divierte con alguna chica y luego vendrá a casa y me pedirá disculpas, dirá cosas agradables, me prometeré no caer esta vez; pero al final romperé mis promesas y seguiré siendo la misma tonta de siempre.

Escucho pasos afuera de mi alcoba, me apresuro a cerrar los párpados justo a tiempo, pues alguien abre la puerta, pronto los tacones de mi madre cruzan el umbral y se aproximan a mi cama. Escucho un suspiro melancólico, no me gusta ignorarla o no contarle lo que me pasa, ella es la única amiga que tengo.

Quizá sus consejos no son los mejores del mundo, sin embargo, la quiero, solo somos ella y yo.

Mamá sale de mi habitación, no sin antes cubrirme el cuerpo con una sábana.

El lunes abro los ojos antes de que suene el despertador, miro por un buen rato el reloj digital, observo cómo cambian los minutos, faltan cinco para que pueda levantarme, odio despertar antes de que suene la alarma. El sonsonete se deja escuchar, por lo que no me queda otra opción más que ponerme de pie.

Me planto frente al armario y abro las puertas blancas, mis ojos pasean por las prendas perfectamente colgadas por colores, temporada y estampados. Elijo una de mis faldas más bonitas, es de color blanco y me llega arriba de la rodilla, tiene encaje en el borde inferior; mi blusa rosa combinará con mi labial favorito, todo quedará perfecto con aquellos zapatos que mamá compró el verano pasado en Italia.

Me pongo las lentillas, frente al espejo me maquillo, cubro las imperfecciones de mi rostro y escondo las ganas que tengo de quedarme en la cama, ya que no quiero ver a todas esas personas que solo están esperando que caiga para burlarse de mí en silencio.

Sonrío lo más que puedo, tal vez me lo crea si me digo una y otra vez que soy feliz, quizá sea lo suficientemente convincente como para que los demás lo crean también.

Mis padres ya están sentados en el comedor con platos de fruta y vasos de jugo de naranja. Veo el pequeño recipiente que me está esperando, me aproximo dando pasos cortos para no llamar la atención. No obstante, ninguno de los dos levanta la vista, están muy ocupados en sus teléfonos celulares, muy ocupados como para percatarse de lo hastiada que me encuentro.

Me dejo caer en el asiento y observo la piña, la sandía y el melón revueltos.

—La nutricionista dijo que esta semana no habrá Splenda para nosotras — dice mamá.

Me muerdo la lengua para no responderle una majadería, no hay nada que deteste más que eso, que me diga qué tengo que comer y cómo debo hacerlo; pero odio no tener el valor para enfrentarla, hacemos esto de las dietas juntas porque para ella es más fácil tener compañía.

Comemos en silencio, de cierta forma agradezco este tiempo para estar conmigo misma.

Llego a la escuela muy temprano, y apenas pongo un pie en el pasillo el alma se me va a los pies, ¿no puede tragarme la tierra? Me quedo estancada y doy pasos atrás antes de que se den cuenta de mi presencia. Trago saliva al tiempo que me pego a la pared en un intento de buscar apoyo, pues siento que las piernas me fallarán y dejarán de sostenerme.

Intento con fuerzas aligerar el nudo que se ha formado en mi garganta, el cual amenaza con asfixiarme. No puedo creer que esté haciendo eso delante de todos, tampoco que mis supuestos amigos estén ahí, actuando como si fuera normal. No debería sorprenderme.

Me quedo en el mismo lugar, a pesar de que casi no puedo controlar las imperiosas ganas que tengo de darle una palmada en la mejilla, también quiero llorar, pero eso ya puedo retenerlo con facilidad.

No me muevo, tal vez si me quedo quieta el tiempo pase rápido, me gustaría que la imagen de William sosteniendo a Iveth saliera de mi cabeza, al parecer no puedo dejar de atormentarme con sus brazos alrededor de su cintura. Quizá es mi culpa por quedarme escondida detrás de una pared, siendo patética, sintiéndome ridícula y cobarde.

El timbre suena minutos más tarde, en realidad no sé cuánto tiempo ha pasado. Rezo silenciosamente para que no pasen por aquí, gracias al cielo no lo hacen. Respiro profundo antes de salir de mi escondite, el pasillo está vacío, ahora puedo acercarme a mi casillero sin tener que enfrentar mi realidad.

Abro la caja metálica con pesadumbre, lo único que me apetece hacer justo ahora es correr y esconderme.

Busco los libros de la primera clase, sabiendo bien que llegaré tarde, luego recuerdo que me toca gimnasia.

- —Mierda —digo al darme cuenta de que ni siquiera era necesario venir a mi jodido casillero.
 - —Jamás imaginé que esa boquita santurrona dijera cosas tan grotescas.

Antes de poder reaccionar, una mano vuela y se apoya contra el casillero causando un estrépito que me hace saltar. Me apresuro a salir del encierro, para mi mala fortuna él es más rápido, con facilidad me encarcela colocando su otra mano en el costado libre.

No había pensado en lo que hice el día de la fiesta, Oliver Doms no se escucha muy feliz, su respiración se asemeja a la de un toro furioso.

Me doy la vuelta, queriendo aparentar que no estoy amedrentada, pero su mirada intensa puesta en mí hace que dé un paso atrás. Una de sus comisuras se eleva como si estuviera disfrutando de una broma personal.

- —¿Podrías hacerte a un lado? Tengo que ir a clases.
- —Tiene cien años de perdón —dice.

Mi ceño se frunce, ¿de qué habla?

- —¿Qué? —pregunto, desconcertada.
- —«Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón». Lástima que no soy ladronzuelo y yo no perdono, Hannah.

Se me corta la respiración cuando se aproxima, su nariz se pega a la mía, puedo oler su perfume varonil. Quiero hacerme hacia atrás, pero ya no tengo espacio, mi espalda está pegada al metal, y él está demasiado cerca, invadiendo mi espacio personal.

- -¿Qué? —cuestiono con nerviosismo.
- —«¿Qué?» ¿Eso es todo lo que sabes decir? No sé cómo es en tu mundo de castillos de princesa, pero en el mío no puedes ir por ahí besando a los demás, a menos que... —Hace una pausa. Mi corazón late de prisa cuando una de sus manos se escabulle, su dedo pulgar cepilla mis labios con suavidad, recorre el inferior de un lado a otro. Mi piel hormiguea, su cercanía me aturde—. A menos que me des algo a cambio, de lo contrario le diré a todos, sobre todo a tu perfecto Liam, que te me lanzaste el otro día. ¿Crees que se alegre si le digo

que su fiel enamorada me ha besado? Ahora imagina cuando le diga que no fue solo un beso, fue algo más delicioso que eso, ¿verdad?

El tono de su voz es bajo y sugerente al decirlo.

Un escalofrío me recorre, ¿qué carajos se supone que tengo que responder?

- —Eres un majadero —murmuro.
- —Te espero a la hora del almuerzo en la biblioteca —pide, a lo que niego con la cabeza.
 - —No, no iré —aseguro.
 - —¿Quieres apostar?

No espera a que le responda, se aleja y se larga, dejándome en el pasillo como una lapa pegada al casillero.

Después de la clase de deportes y de ducharme en las regaderas de la escuela, salgo al vestidor y voy en busca de mi ropa. Hay chicas por todas partes, hablan demasiado alto.

- -¿Cómo se portó? pregunta alguien.
- —La verdad es que es encantador, Liam se portó como un caballero después de la fiesta. —Miro al suelo tan pronto escucho esas palabras, no me queda más remedio que pasar por ahí, estoy segura de que Iveth se puso aquí a propósito. Ella no tiene la culpa, lo tengo bien claro, pero es muy grosera conmigo—. Estuvimos juntos hasta la madrugada, luego me llevó a casa y me dio un romántico beso de buenas noches.

Trago saliva para prevenir la bola que amenaza con adueñarse de mi garganta. Respiro hondo al tiempo que abro el casillero de los vestidores y saco la bolsita que contiene mis pertenencias. Algunas se ríen, otras cuchichean, estoy segura de que todas están mirando mi espalda, mi nuca.

Con movimientos forzados obtengo lo que necesito, estoy apretando tanto los dientes que han comenzado a dolerme. No sé qué me duele más: si saber que Liam se acostó con otra, aunque ya me lo imaginaba, o confirmar que a las demás las trata mejor que a mí.

Podrá sonar ridículo, tal vez hasta estúpido, pero me lastima muchísimo que me trate mal cuando se supone que debería apreciarme de alguna forma por todo el tiempo que hemos compartido, por todo el amor que le tengo, así sea correspondido o no.

Me pongo la ropa con calma, como si no me estuviera desmoronando en el interior. Duele, me parte en dos, y me destroza más no poder gritarles lo que pienso de ellas. Es lo malo de tener una imagen que no puedes alterar, debes seguir ese papel al pie de la letra. El mito dice que la chica popular es la reina del alumnado, aquí el alumnado se ríe de la chica popular, mientras ella finge que le importa un carajo cuando todos saben que no es verdad.

Me termino de poner mis prendas, me enderezo y plancho la falda con los dedos temblorosos.

—No le hagas caso, Iveth es una zorra —dice Mirian, quien se coloca a mi lado. Hago una mueca por su expresión, Liam es el zorro. Pone su mano en mi espalda y da golpecitos con la intención de animarme, no puede ser más hipócrita, es como si me estuviera encajando una estaca—. Hay que apresurarnos o se va a llenar la cafetería.

Brenda está del otro lado, a veces me pregunto por qué se me acercan si es evidente que no tenemos una gran amistad, ellas la tienen. Luego recuerdo que las conocí por Liam, pertenecían a su grupo social, yo quería ser parte de ellos para agradarle a él, así que me hice amiga de Mirian y de Brenda. ¿Por qué todo de pronto me sabe insípido?

Me giro con una sonrisa ensayada y empiezo a caminar sin comprobar si alguien me acompaña porque sé que me están siguiendo.

Hay mucha gente amable que me sonríe de verdad, como Milton Strike, es un genio para la Química; Kealsey Bower y su guitarra; y Nathan Sooners, el mejor amigo de Liam, quien se acerca trotando en cuanto nos ve. Les da un saludo rápido a las chicas y sigue el ritmo de mis pasos sin dejar de mirarme por el rabillo de su ojo.

—Dime que no lo hizo de nuevo —dice haciendo una mueca.

Nathan es una buena persona, y probablemente también es mi mejor amigo, o lo más cercano ahora que arruiné al que de verdad lo era. Sé que, si tuviera que elegir, elegiría a Liam, es algo de lealtades.

Me gustaría que William fuera más como Nathan, quien no toma hasta caer al suelo ni asiste a fiestas ridículas ni se acuesta con mujeres teniendo novia.

—No lo hizo de nuevo —digo encogiendo los hombros.

Suelta una maldición entre dientes que hace que mis comisuras tiemblen.

-Ese cretino, no puedo creer que lo haya hecho otra vez.

En ese momento entramos a la cafetería, nos dirigimos a la fila para tomar nuestros almuerzos. Veo con añoranza la comida chatarra, sin embargo, me regaño y tomo un plato de pollo y otro de ensalada.

Casi quiero bendecir cuando veo que Iveth no está con Liam.

Tomo asiento a su lado como cada día, destapo el agua embotellada y estudio el platillo con lechuga, jamón, queso y tomate, mientras los chicos hablan del próximo partido, jugarán contra un equipo importante, así que no pueden hablar de otra cosa. Mirian y Brenda charlan sobre un vestido que vieron en el centro comercial.

Suspiro y alzo la cabeza lo suficiente como para mirar alrededor, no lo veo por ningún lado, tal vez ha decidido olvidar lo que pasó más temprano. Eso espero, porque no me da buena espina y no me gusta lo que me provoca cuando lo tengo cerca.

Pero mi mala suerte no deja de hacerme crueles jugarretas, veo el tumulto de cabello castaño en medio de la multitud. Oliver está apoyado en una pared mirándome fijamente. Tiene un cigarro entre sus dedos, no puedo creer que le importe un carajo que alguien pueda verlo con esa porquería, la escuela no nos permite fumar en sus instalaciones.

Le doy un trago a mi agua porque de pronto siento la boca seca.

- —¿Han? Tierra llamando a Hannah. —Las risitas de Mirian me sacan del trance, la miro con el ceño fruncido—. ¿Qué te tiene tan pensativa?
- —Nada, nada... —Respiro profundo, espero que no pueda sentir lo nerviosa que estoy—. ¿Qué decías?
- —Le decía a Brenda que el vestido del centro comercial tiene que ser mío, ¿te gustaría ir con nosotras el viernes? Por favor, sabes que nos encanta cuando nos acompañas.

Me quedo en blanco.

Un movimiento llama mi atención, el corazón me da un brinco violento. Oliver Doms empieza a caminar, porta una sonrisa cínica en su rostro, y la dirección de sus pasos es todo lo que necesito para saber que viene hacia acá. ¡Mil veces maldito! ¿De verdad se va a plantar aquí y les dirá lo que hice? Claro que yo podría echarle la culpa y decirles a todos que él me besó a la fuerza como hizo con Mirian, pero eso sería bajo, nunca lo haría, tampoco quiero que sepan que estaba tan dolida que terminé besándolo.

- —¿Hannah?
- —Lo pensaré, chicas, saben que me encanta acompañarlas, pero con todos los pendientes de la graduación no sé si voy a poder —digo la primera excusa que se me ocurre y me pongo de pie con más rudeza de la necesaria. Los ojos de Nathan me enfocan, ese gesto hace que William me note por primera vez, ni siquiera puedo mirarlo, no cuando me siento tan traicionada, así que miro hacia todas partes menos a él—. Tendré que marcharme, no hice la tarea.
 - —Tú siempre haces los deberes —dice Nathan divertido.
 - —No los de Artes.

Empujo la silla con rapidez, con el cuerpo rígido me encamino a la salida.

—Ya se le pasará. —Alcanzo a escuchar sus palabras.

Me dan ganas de regresar y darle una bofetada, de gritarle que no se me pasará porque me ha lastimado de nuevo, y eso se queda, no se va. Puedo aparentar que ha pasado, pero recuerdo cada cosa que ha ocurrido entre los dos. Liam ni siquiera intentará arreglar la situación esta vez, es tan doloroso, y a la vez pienso que no debería quejarme tanto si yo misma me lo he buscado. ¿Cómo arreglar algo que no tiene compostura?

Todo el trayecto a la biblioteca lo hago agitada, huyendo de lo que ha dicho, no quiero que se me pase la rabia y el enojo, quiero sentirlos vibrando y que cobren fuerza, a ver si me hacen fuerte.

La bibliotecaria me recibe con un gesto amable, me escabullo, aunque no sé si debería, me meto en uno de los pasillos más solitarios y el que más me gusta por el contenido de sus obras. En ocasiones me gusta venir aquí, tomar un libro y sentarme en el suelo por horas hasta terminarlo, es bueno vivir vidas que no son la mía.

Me detengo frente a una estantería, agarro fuerte la madera para no caerme, pues de pronto me siento mareada y aturdida. Olvido por completo cuál fue la verdadera razón por la que he venido a esconderme aquí en primer lugar.

¿Ya se me pasará? ¿Tanto me odia? ¿Tan poco me he convertido para William Baker? Tal vez es hora de dejarlo ir para que sea feliz, quizá yo no vaya a serlo, pero tampoco soy feliz a su lado.

—Pobre Hannah, ¿aquí es donde vienes a llorar para que nadie te vea? — Cierro los párpados, ¿por qué tuvo que aparecer justo ahora? Lo único bueno es que le estoy dando la espalda, así no puede ver mi cara—. Siempre me has dado mucha curiosidad, ¿sabes? La perfecta Hannah Carson: la reina de las chicas, la dueña del cuadro de honor, la más linda, educada, amigable, rodeada de amigos, hija de una de las familias más prestigiosas de la ciudad y novia de un jugador estrella con la misma fama que ella. Pero lo único que veo ahora es a una chica patética que se esconde para que nadie vea lo que siente, deja que unas terribles tontuelas se burlen de ella, que su novio la insulte y humille, y hace como que nada ha pasado delante del mundo. No sé cómo lo soportas, lo peor de todo es que crees que actúas y no, no finges bien, por eso es por lo que a los demás les causas gracia.

Cuando Mirian acusó a Oliver Doms de forzarla a besarlo, Liam y otros chicos la defendieron, lo agarraron del cuello y lo pusieron de rodillas delante de todos para que le pidiera disculpas. No pude ver la escena completa, fue horrible. Entiendo el resentimiento que debe sentir hacia Liam, ya que lo trató muy mal, pero, ¿por qué me habla a mí de esa manera?

- —No tengo por qué soportarte —murmuro con el timbre enronquecido.
- —¡Oh! Ese es tu problema, que no puedes soportar que la gente te diga lo que piensa directo a la cara, prefieres que hablen mal de ti a tus espaldas para poder hacer tu teatrito de la chica perfecta y feliz, ¿no?

Tenso la mandíbula y me doy la vuelta a pesar de mis ojos llorosos, Oliver se sorprende de mi reacción, ¿qué esperaba? Empiezo a caminar hasta que lo tengo a unos cuantos centímetros de distancia.

—Tú no tienes idea de quién soy, ¿me escuchas? —Golpeo su pecho con el dedo índice, el enojo fluye por mi cuerpo como un terremoto, como un volcán

erupcionando, él saca lo peor de mí—. No tienes derecho de venir a decirme todo esto, si estás enojado con Baker ve con él, pero no te metas conmigo.

- —Tengo derecho porque me besaste en la fiesta —dice con los dientes apretados. Su aliento se estampa en mi rostro.
- —No, no lo tienes, tan fácil sería para mí decirles que me obligaste, ¿a quién crees que van a creer, Oliver? —Sus párpados se disparan y se pegan a su frente por el asombro—. Pero no lo haré, ¿sabes por qué? Porque tal vez soy todo lo que has dicho, pero nunca le haría daño a alguien a propósito, jamás lo hago con el objetivo de herir, no soy como ellos, no soy como tú.

Se recompone de la sorpresa, alza una ceja con descaro. Aprieto los puños porque de pronto me dan ganas de apretar su cuello para que se detenga de una buena vez. No puede aparecer en mi vida y hacer lo que se le antoje con ella, ya son muchas las personas que opinan, no necesito que un vándalo crea que tiene poder sobre mí.

- —Tienes razón, Hannah, por eso mismo te lo repito. —Da un paso hacia mí luciendo amenazante, respiro profundo, pero no me muevo y no lo haré—. Vas a darme algo a cambio si no quieres que todos se enteren de que me besaste. Yo no me ando con juegos.
 - --;Por qué crees que me importaría si a Liam no va a importarle?
- —Eso mismo me pregunto yo todo el tiempo, pero no me interesa lo que sucede en tu mente, princesita. —Chasquea la lengua. El tono despectivo de su mote me hace retorcer—. A mí el qué dirán dejó de importarme hace mucho, a ti no.

Miro hacia otro lado, es increíble que me esté sucediendo esto y precisamente en este momento, ahora tendré que aguantarme y darle alguna cosa extraña a este lunático para que deje de molestarme.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Ropa decente? Aprieta su mandíbula.

—Claro, eso es todo lo que te importa, ¿no? Dinero, ropa, tonterías, por eso piensas que todos somos vacíos como tú. —Por segunda vez en el día muerdo mi lengua, pero esta vez para aguantar y no echarme a llorar como una niñata. Estoy cansada, harta de todas las personas que me rodean y que piensan que no soy nada—. Te voy a obligar a abrir los ojos.

Me quedo confundida cuando se da la vuelta y, tenso, desaparece de la biblioteca. ¿Qué demonios significa eso? Saco el aire que estaba conteniendo y dejo las extremidades flojas. Mi vida no podría ser peor.

Mundoepubgratis.com

dos

Las cosas no han marchado bien estos últimos días, la situación en casa sigue siendo la misma, mis padres discuten todo el tiempo. Esta mañana mamá me permitió tomar solamente té con una cucharada de azúcar, mi padre se molestó tanto que arrojó el periódico a la basura y se fue. Mamá salió llorando del comedor. A veces papá no se da cuenta de que lo único que mi madre quiere es agradarle, por eso se vuelve doloroso saber lo que sucede entre ellos cuando no debería tener idea de sus problemas. No puedo reclamarle a mamá que me dé consejos masoquistas, pues ella vive a diario un infierno y hace lo mejor que puede.

Mirian y Brenda están a mi lado en total silencio, miro de reojo cómo acomodan las ondas de sus cabellos y retocan su maquillaje. Cada vez que Mirian me pide un consejo de moda, descarto la idea de decirle que el color rojo no se le ve bien, pues sé que eso podría herirla, ya que asegura que es *sexy*. Y Brenda... bueno, ella es una copia de Mirian, nunca he entendido su amistad, es simbiótica. Pero, ¿quién soy yo para criticarlas? Muy en el fondo agradezco que finjan conmigo y no me dejen en ridículo.

- —A Nathan le doy un siete —dice Mirian—. Su trasero es tan comestible que le da puntos extras, ¿tú qué piensas, Han?
 - —Sí, tienes razón —digo para seguirle el juego.
- —¿Debería emocionarme que tres chicas lindas estén calificando mi trasero? —Nathan aparece con los brazos puestos en jarras.

Las chicas ríen con coquetería, yo me limito a sonreír. La sonrisa se borra de mi rostro cuando veo la cara molesta de Liam, él se sienta a mi lado, me ahorro el suspiro y hago como que no soy consciente de su evidente enojo.

Desde ese día en la fiesta no hemos hablado más que lo necesario, cuando nuestros padres están presentes o no nos queda más remedio que dirigirnos la palabra. Se dirige a mí de forma tensa o molesta, no sé cuánto tiempo más pueda soportar esta situación. No puedo con su actitud, me está superando, así que lo evito. Somos como una liga que está a punto de reventarse, solo puedo esperar la explosión.

- —Hola, Liam, ¿te veo al rato? —La odiosa voz de Iveth hace que todos enmudezcan, la observo por debajo de mis pestañas. Es tan linda que da miedo, podría tener a cualquier chico.
- —Hola, preciosa, no voy a poder verte en la tarde, tengo una reunión en casa de mis padres, pero, ¿qué te parece si salimos mañana?

Miro el suelo como si pudiera partirlo en dos, siento la mano de Nathan en mi espalda, impartiendo un masaje tranquilizador, pero la furia crece dentro de mi pecho y nada podrá calmarme ahora.

—De acuerdo —contesta Iveth antes de marcharse con sus amigas, quienes creen que es muy divertido atormentarme.

Me levanto como si fuera un resorte y doy un paso para plantarme frente a él, quien eleva la mirada. Es la primera vez que lo miro a los ojos desde hace casi tres semanas, entre más pasa el tiempo más me pregunto en dónde quedaron aquellos ojos claros de los que me enamoré una vez mientras hacía casas de barro. Ahora somos tan diferentes que no lo reconozco.

—¿En serio, William? ¿Acabas de citarte con alguien en mi cara?

Una grieta más se forma en mi corazón cuando veo que encoge los hombros como si no le interesara en absoluto.

—Tú calificaste el trasero de Nathan en mi cara, ¿o no lo hiciste?

Lo miro con incredulidad y los párpados entrecerrados. Mirian suelta una risita, pero no me parece gracioso.

—Eres increíble —digo entre dientes.

Tomo el bolso, me lo cuelgo en el hombro y salgo disparada. He adoptado un nuevo hábito: escapar. Eso es bajo hasta para mí, por lo que me repito una y otra vez que de todas formas tengo que irme, la clase de Química está a punto de comenzar.

La profesora repite *Protio*, *Deuterio y Tritio* más de diez veces. Imagino que William y yo somos isótopos, pertenecemos a un mismo elemento, pero nuestros núcleos tienen diferente masa atómica y diferente cantidad de neutrones. No somos idénticos, tampoco diferentes, y evidentemente no hay atracción entre dos isótopos, ¿o sí? Deben tener cargas opuestas para que dos átomos puedan atraerse y hacer una molécula, somos demasiado parecidos como para que eso nos suceda.

Creo que ya me estoy volviendo loca.

—Hannah, ¿estás bien? —Busco la fuente del sonido y me topo con los ojos marrones de Milton Strike, asiento con una sonrisa. Es mi compañero de laboratorio, y es una de las personas más auténticas que he conocido, usa lentes gruesos de contacto y siempre lleva un inhalador en el bolsillo—. No prestaste atención en toda la clase.

Puedo percibir la reprimenda en su tono.

- —Isótopos y energía nuclear, nada que no pueda encontrar en los libros de texto. —Niega con diversión—. Ya sabes, puedo pensar en muchas cosas al mismo tiempo.
 - —Lo sé, ¿ya tomaste una decisión?
- El timbre nos interrumpe, ambos guardamos nuestros utensilios y nos levantamos para salir del aula.
- —Todavía no, la verdad es que no quiero pasar todo el verano sumergida en la Química y las Matemáticas, espero que el director no llame a mi madre o no me quedará más opción que ir a las Olimpiadas Académicas.

Milton empuja las lentes por el largo de su nariz.

- —Comprendo, pero, ¿ya pensaste en que es una gran oportunidad para obtener créditos para la universidad? —Afirmo con un sonido nasal, lo he pensado un montón de veces, sería genial para mi historial académico ganar unas Olimpiadas, pero por alguna razón sigo frenándome, no es algo que quiera hacer. En medio del pasillo nos encontramos a los amigos de Milton—. Piénsalo, no quiero ir solo.
 - —Te lo prometo.

Guiño, él se despide de mí con una sonrisa ladeada. Sigo mi camino sin ver a nadie en particular, solo yendo tras la marea de los estudiantes que necesitan ir a la clase siguiente.

Voy concentrada analizando los pros y los contras de entrar a las Olimpiadas, no me doy cuenta de la muralla que se planta frente a mi cuerpo hasta que es demasiado tarde y choco con alguien. El impacto del golpe hace que salga volando hacia atrás. Dejo que una exclamación de sorpresa salga de la base de mi garganta, ya me imagino cayendo de sentón, pero unas manos se cierran en mi brazo y me estabilizan.

No sé qué me impacta más, si verlo después de dos semanas de no saber nada de él o que mi corazón se haya acelerado por el contacto.

—Vaya, sabía que tarde o temprano caerías en mis brazos, pero nunca creí que sería tan rápido.

Le arrebato mi mano para que deje de tocarme.

—Tus expresiones son... —Respiro hondo para calmarme—. Horribles.

Oliver Doms se carcajea, aprieto el entrecejo y me doy la vuelta. Milton había alegrado mi día, ahora la sangre empieza a hervirme otra vez.

—¿Eso es lo mejor que tienes? ¿Horribles? ¡Dios mío! ¡Es el peor de los insultos! No podré dormir esta noche porque me la pasaré llorando y abrazando mi almohada.

No importa cuánto acelere mi andar, él se adapta y me persigue.

- —¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? —cuestiono agitada.
- —Noup. —Contengo el deseo que siento de gritarle, porque seguramente eso es lo que quiere, que pierda los estribos y le suelte una bofetada para que todos puedan ver y se pregunten por qué Hannah Carson está hablando con Oliver Doms si Liam lo detesta—. No creas que se me ha olvidado que me debes algo.

Me detengo en seco cuando llegamos a mi casillero, con rudeza pongo la clave en el candado y abro la puertecilla. Enmudecida, dejo los libros y obtengo los de la clase siguiente. Voy a ignorarlo, quizá eso baste para que se largue.

Por el rabillo del ojo lo veo recargado, el hombro sostiene su peso, tiene una mueca extraña en los labios que empieza a enervarme, no hay nada más que disgusto en él. No me agrada cómo me mira, me estudia como si estuviera contando todos mis defectos, es una sensación muy desagradable.

—¿Sabes qué? Aunque suene estúpido tenía esperanza, creí que debajo de toda esa mierda había algo rescatable, no sé, antes me parecías agradable, pero sí, creo que solo eres una chica más que necesita atención para sentirse mejor consigo misma, y como su novio no le hace caso no se le ocurre hacer otra cosa más que besar a otros sin importarle un infierno los sentimientos de los demás.

Eso me trae un recuerdo, uno doloroso. Antes tenía a alguien especial, la única persona en la que podía confiar. Shawn Price estaba enamorado de mí y yo lo utilicé muchas veces para sentirme mejor. Él encontró a una chica — Natalie, la linda rubia que me consoló en la fiesta— y yo entré en pánico. Lo besé, pensando que así se quedaría conmigo, lo besé porque quería amarlo con fuerzas, lo besé y arruiné nuestra amistad, perdí a mi mejor amigo y también me cargué el corazón de una chica que, en lugar de odiarme, me abrazó cuando me vio llorar. Soy un asco.

Doms no lo sabe, pero ha abierto la herida.

—Deja de hablar de mí como si de verdad tuvieras idea, Doms. —Cierro el casillero con fuerza, causando que unas cuantas miradas se dirijan a nosotros —. ¿Qué demonios te pasó? Recuerdo a un buen chico al que le gustaba la música, ahora fumas y detestas a las personas. ¿Cuál es tu problema conmigo? ¿Es porque obligaste a Mirian a besarte y es mi amiga? ¿Porque Liam te obligó a pedirle disculpas frente a toda la escuela? ¿Porque el director cerró tu radio después de eso y de que te encontraran rayando las paredes del centro de la ciudad? Porque te informo de que no tengo la culpa de tus acciones...

Oliver golpea el casillero con el puño, cierro la boca aplanando los labios.

—Tú tampoco tienes idea de quién soy —gruñe.

No me muevo cuando da un paso hacia mí, en serio debe parar de aproximarse como si tuviera derecho, alzo las palmas para que no se me acerque más de lo debido y porque otra vez siento el mareo, me aturde.

—Lamento haberte besado, ¿de acuerdo? No fue mi intención molestarte ese día, estaba teniendo un mal momento, tú llegaste y lanzaste tus dagas, y yo solo quería que cerraras tu maldita boca. No volveré a hacerlo, así que tranquilo, solo fue un besito, no me tragué tu alma.

El silencio que sigue me inquieta, me está costando mucho trabajo no salir corriendo.

Como no musita palabra alguna, me atrevo a alzar los ojos, los estanco en los suyos y me quedo sin aliento. Son hermosos, como lagunas verdes; y no debería estar pensando que probablemente son los ojos más lindos que he visto porque es un cretino.

—Bien, al menos sabes pedir disculpas.

Una vez más me deja con las palabras en la boca, se gira y empieza a caminar por el pasillo. ¡Oh, no! ¡Eso sí que no! ¡No lo va a hacer de nuevo! ¿Qué se ha creído? No puede ir por ahí amenazando a las personas y luego darse la vuelta, desaparecer por semanas y fingir que nada ha pasado.

A pesar del dolor que me causa ir tras él en mis tacones altos, lo hago sin quitar la vista de su espalda ancha. Afortunadamente, el pasillo ya no está repleto de estudiantes, lo que menos necesito es un rumor más.

—¡Vuelve aquí, tú, cobarde infeliz!

Se detiene de golpe, por lo que me detengo también, no creo que mi exclamación haya sido correcta, la única cobarde aquí soy yo, todo el mundo lo sabe. Me encara con los puños hechos nudos, abre la boca para hablar y dice algo, sin embargo, una risita hace que mi corazón se acelere. No le presto más atención a Oliver, lo esquivo presurosa y asomo la cabeza agarrando fuerte la pared, la misma que utilicé para esconderme el otro día.

Mis ojos se nublan al contemplar a Liam abrazando a Iveth, y la está besando también. No puedo despegar la mirada de dicha escena, me echo hacia atrás para que no puedan verme y me recargo en el hormigón, pues temo caerme.

—Mierda, estoy cansado de esto.

Su voz es un sonido lejano, pero la dureza con la que agarra mi muñeca me trae de nuevo a la realidad. Doms me jala con fuerza y empieza a caminar conmigo a rastras.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —grito sin importar si alguien se percata del escándalo. No le importa cuánto intente deshacerme de su agarre férreo, sigue avanzando hacia la salida—. ¡No! ¡Tengo que ir a clases!

Suelta una carcajada justo cuando cruza el umbral de la puerta de la entrada de la escuela, el sol matutino me pega en la cara.

—¿Tú crees que eso me importa?

Mundoepubgratis.com

tres

Siempre me ha parecido que los hospitales son lugares llenos de historias, que en todos los rincones hay secretos, actos de bondad, de tristeza e, incluso, de egoísmo. Me gusta entrar y ver los colores suaves, esos que son capaces de tranquilizar hasta al alma más desesperada, y que son puestos a propósito para consolar a las más desafortunadas; las enfermeras con sus gorritos graciosos arrastrando carritos repletos de instrumentos, haciéndole plática a un paciente para que deje que la jeringa penetre su piel; es fascinante que la mayoría se une en mutuo acuerdo para guardar silencio y no perturbar al resto de los pacientes, los susurros en un hospital son como los gritos en un salón de clases, a veces son agónicos, otros alegres. Es por eso por lo que me quedo quieta mirando el desorden, no.... No es desorden, es felicidad que no puede ser susurrada, por lo que tiene que gritarse. Literalmente.

Suelto una risa entre dientes al presenciar a un niño corriendo alrededor de la enorme sala para que su madre y una enfermera no lo atrapen, a quienes se les empieza a dificultar la persecución debido a las carcajadas que no son capaces de controlar. Se ríen con tanta fuerza que me hacen sonreír.

Cualquiera pensaría que es una escena feliz, pero detrás debe de haber una historia, los niños que hay en la habitación son de edades variadas, sin embargo, tienen algo en común: una enfermedad. De lo contrario no estarían en un hospital.

-¿Por qué están aquí? -pregunto al tiempo que trago saliva con nerviosismo.

Desde que llegamos a este sitio, Oliver se ha quedado recargado en el marco de la puerta mirando fijamente un punto en la nada, no ha dicho ni una sola

palabra y ya van varios minutos, ha dejado que estudie el cuadro sin interrumpir, lo cual es muy sospechoso, ya que, por lo regular, no puede mantener su asquerosa boca cerrada.

-Están enfermos - responde.

Toma todo mi autocontrol no poner los ojos en blanco, ¿en serio tiene que ser tan cortante cuando estoy actuando con respeto? No le he dicho ni una sola vez lo que pienso de que me haya arrastrado por el pasillo de la escuela, seguramente dislocó mi hombro y me aparecerá un gran moretón en el antebrazo. Es un salvaje. Me trago el cúmulo de maldiciones que me muero por gritarle.

—No me digas —suelto con sarcasmo.

Una de las comisuras de Doms tiembla, el problema con él es que no sé si se ríe conmigo o se está burlando.

—No hiciste la pregunta correcta. —Se encoje de hombros.

Maldito, no le voy a dar el gusto.

- —¿Qué es lo que tienen?
- —Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida.

Una vez, en la clase de biología vimos las enfermedades de transmisión sexual, me aprendí de memoria mucha información, todavía recuerdo mi investigación. Me da tristeza porque son niños tan pequeños, se me eriza la piel. Tomo un respiro profundo y dirijo la vista al frente de nuevo.

—¿Ves a la niña que tiene un moño rosa en el cabello? —Asiento cuando la encuentro, pero luego afirmo haciendo un sonido, pues me doy cuenta de que no me está mirando—. Vivió hasta los diez años con su madre biológica, quien era una prostituta drogadicta que se atrevió a inyectar a su hija para drogarla y pagarle a su proxeneta, era demasiado pobre como para costear su adicción, así fue como se enfermó. Sus padres adoptivos se enteraron de su condición cuando sufrió una serie de síntomas, entonces, de la noche a la mañana, ya no la querían y la abandonaron.

Cierro los párpados y me recargo en la puerta, si una pareja decide adoptar supongo que es porque ansían tener un bebé, formar una familia. ¿Cómo es posible que le hicieran eso a una pequeña indefensa que necesitaba amor más que nunca? No es un objeto que puedas arreglar, es un ser humano. No solo

tuvo que lidiar con su madre biológica, también con dos imbéciles y con una enfermedad.

—Ahora dale un vistazo al niño que hace rato corría haciendo reír a su madre y a la enfermera. —Hago lo que me pide, el chiquillo ahora salta como si fuera un canguro, no puede quedarse quieto—. Su madre también tiene SIDA, se enamoró de un tipo que la chantajeó hasta que ella cayó, no solo la contagió, la abandonó al enterarse de que estaba embarazada. Está muriendo, tiene cáncer. ¿Tienes idea del dolor que sintió al saber que iba a transmitirle la enfermedad a su hijo? ¿Que no va a estar ahí el día que a él le toque la peor parte?

- —No —murmuro.
- —Casi todos los bebés con SIDA mueren el primer año de vida, los que salen adelante sobreviven, por lo general, hasta los dieciséis —dice—. Dime qué es lo que ves, Han, ¿qué escuchas? ¿Qué sientes?
- —Veo niños pequeños sentados en sillas de colores riendo y jugando, escucho risas; y extrañamente me siento feliz, a pesar de lo que me has dicho.
- —No te traje aquí para que sintieras lástima, tú eres la que les darías lástima a estos niños, porque ellos no eligieron sufrir por su enfermedad, tú sí eliges sufrir. Son unos guerreros valientes que luchan por vivir y no se lamentan por ello, al contrario, luchan con más valentía. No intento minimizar tus sentimientos, pero a veces necesitamos salir de nuestra burbuja y compararte con otros, todo dolor es aceptable y merece sanar. Solo quiero que te des cuenta de que en algún lugar hay personas en una situación más difícil que la nuestra y no lloran, están sentados en sillas de colores riendo y jugando, Hannah, siendo felices, a pesar de las circunstancias. Con esto no quiero decir que no puedes llorar o que hacerlo es de débiles, pero no lo hagas por un tipo que no ha hecho nada más que demostrarte que no lo vale.

La sinceridad en su tono me deja sin habla, en esta ocasión no quiere molestarme, está diciendo lo que realmente piensa.

- --: Por qué haces esto si no te agrado? -- cuestiono.
- —Porque tienes todo para salir adelante, solo necesitas ser valiente y atreverte a salir de tu cárcel. La vida es muy corta como para que no veas las cosas hermosas por estar llorando escondida detrás de la misma pared.

Oliver estaciona su auto unas calles atrás de mi casa, tallo mi rostro con las palmas, una sensación desconocida crece en mi pecho, no sé qué es, pero me agrada.

- —;Por qué sabías tanto de ellos?
- —Mi madre era la enfermera —responde. Mis labios forman un círculo debido al asombro—. Me arriesgué llevándote, si nos hubiera visto habría armado un escándalo.
 - —Gracias por llevarme y por ser tan cruel —susurro.
 - —No soy cruel, Han, solo digo la verdad.

No estoy segura de que se necesite ser tan crudo para ser sincero, hay otras maneras. De todas formas, le agradezco que me haya llevado a ese hospital y que haya sido directo, quizá de otra manera no hubiera entendido, a veces necesitamos que nos destrocen para poder comprender que debemos cambiar.

Desciendo del coche lanzando un suspiro, últimamente no dejo de sentir cansancio, mi espíritu está agotado. Solo me dan ganas de ir a la escuela y regresar a casa para encerrarme en mi alcoba, en ocasiones ni eso, ya que no quiero escuchar el escándalo y los pleitos de mis padres.

Escucho que Oliver arranca, el auto avanza a toda velocidad por la avenida principal de la colonia. Un tanto desganada, camino hacia mi hogar. Tengo que caminar dos cuadras y dar la vuelta a la derecha, hago el recorrido como si fuera un robot. Llego al descomunal portón negro que se abre cuando ingreso el código, me quedo parada en la mitad del camino vislumbrando el edificio monocromático. Blanco, solo eso puedes ver, y muchas ventanas de todos los tamaños que no dejan ver hacia el interior. Agacho la cabeza, no quiero estar aquí, pude reconocer el vehículo que está estacionado en la cochera. La familia Baker seguramente ya está sentada en el comedor junto a mis padres.

Y no me equivoco, apenas abro la puerta de la entrada, mi madre aparece en mi campo de visión con los brazos puestos en jarras. ¡Genial! ¡Lo que me faltaba!

—¿Dónde estabas, señorita? ¿Por qué no contestabas tu teléfono celular? — Estaba tan perdida viendo a los niños que no me di cuenta de sus llamadas—.

Liam dijo que no te vio a la hora de la salida.

—Lo siento, estaba haciendo mis deberes —susurro, sabiendo bien que eso controlara su temperamento.

—Al menos avisa la próxima vez. —Hace una mueca y señala las escaleras que se encuentran a unos pasos de distancia—. Ve a cambiarte que te ves fatal, los Baker ya están en la mesa, ponte algo azul para que resalten tus ojos.

Sin más, se da la vuelta y se pierde cuando entra al comedor. Me quedo parada viendo el suelo brilloso, no tengo ánimos de ver a esta gente, a pesar de que la madre de Liam, Rianna, siempre ha sido un amor conmigo. Su padre es más reservado, anticuado. Los señores Baker, incluso cuando tienen creencias parecidas a las de mi familia, no son como mis padres, ellos sí tienen una linda relación y tuvieron una hermosa historia de amor.

Chasqueo la lengua y hago lo que mi madre ordenó, la planta alta está en penumbras, me recorre un escalofrío. Camino con rapidez y llego al interruptor para encender la luz, solo entonces me relajo y me dirijo a la puerta de color rosa con una «H» en medio. Dejo el bolso en un sillón y me planto frente al armario, abro las puertecillas alargadas y recorro con la mirada el tumulto de ropa; mi madre es adicta a las compras, a mi padre le molesta que lo sea, a veces creo que mamá lo hace a propósito para molestarlo.

Algo azul para no molestar a la señora Carson, no queremos que haya un problema frente a las visitas, aunque los Baker han presenciado cientos de veces la tensión que radica entre nosotros.

Selecciono un camisón azul marino con volados que parece vestido y unos *leggins* negros, por último, tomo los tacones negros que más uso y reviso mi maquillaje. Me quedo parada durante un par de segundos frente a mi reflejo, contemplando mi figura, me gusta mi cabello, mis ojos son tan vibrantes con este color.

Sin más remedio que ese, salgo de mi cuarto arrastrando el deseo de arrojarme al colchón y cubrir mi cuerpo con la manta afelpada.

Los tacones resuenan mientras bajo las escaleras aferrándome al barandal con una de las manos. Puedo ver la luz reflejada en el suelo cerca del comedor y oír las voces de papá y de William padre. Al traspasar la entrada, todos me enfocan, excepto Liam, está muy ocupado revisando algo en su celular. Los

señores Baker me sonríen con calidez para luego seguir con la plática que tenían antes de que llegara, mi madre me escanea y asiente con aprobación, después me ignoran.

Tomo el único asiento que está libre, curiosamente al lado de Liam, el mencionado no me mira ni me dirige la palabra, yo tampoco abro la boca e intento no llamar la atención, porque no tengo ganas de hablar.

Mi madre se lleva muy bien con Rianna, es su mejor amiga desde que eran dos animadoras adolescentes en la misma escuela que la mía, en un principio, mamá se indignó cuando me uní al equipo de básquet, siempre he pensado que ella le pidió a Liam que me convenciera de dejarlo. Para Lou los deportes no son para las chicas, le avergonzaba que llegara a casa con el uniforme y nunca iba a verme a los juegos. Recuerdo lo divertido que era jugar, era mi momento de calma.

Nuestros padres se asociaron y formaron su propia empresa después de que se hicieron amigos gracias a sus esposas, se unieron y empezaron a cosechar una fortuna, pues el negocio funcionó. Las reuniones de los Baker y los Carson son aburridas, los hombres hablan de planes laborales y discursos de economía y política; las mujeres cuchichean rumores de sus círculos sociales y, en ocasiones, intentan aparentar que entienden de lo que hablan sus maridos.

Hace años, cuando Liam y yo éramos unos críos, nos escapábamos y corríamos por toda la casa, jugábamos a cualquier cosa, hacíamos travesuras. Extraño aquellos tiempos, donde ninguno de los dos lastimaba al otro.

Mi madre suelta una risita y agarra el brazo de papá como si se llevaran bien y no hubieran peleado en la mañana, Dios, es repulsivo. Me quedo enfurruñada moviendo un chícharo con mi tenedor.

Mi mente empieza a divagar, se va por las ramas. Las palabras de Oliver Doms vuelven a invadirme.

—Hannah, el director me llamó para decirme acerca de las Olimpiadas Académicas. —Quiero maldecir, ¿cómo se ha atrevido a llamar a mi madre? Es jugar sucio, pues ya se dio cuenta de que no pienso unirme al grupo, ahora a Lou no se le saldrá de la cabeza la idea—. Hija, eso es genial, vas a participar y a llevarte otro trofeo.

«Vas a participar y a llevarte otro trofeo», ni siquiera me lo está preguntando, está dándome una orden. No obstante, esto es algo que llevo planeando desde hace tiempo, este verano no quiero hacer nada relacionado con la escuela ni la universidad, quiero tener un tiempo conmigo, espero que lo entienda.

—No estoy segura, mamá, no quiero pasar mi verano antes de la universidad estudiando en mi alcoba para ganar ese concurso, no es algo que necesite hacer, ¿o sí?

Lo cierto es que no, no necesito más créditos ni trofeos ni premios, ya tengo suficientes, ya tengo propuestas de universidades.

Los cinco se quedan en silencio, William gira la cabeza y me observa con el ceño fruncido, señal de que está confundido.

—Nunca es suficiente, Hanny, no puedes perder esta oportunidad, un triunfo más no le hace daño a nadie —dice.

Muerdo el interior de mi mejilla para contenerme, pero lo suelto cuando se vuelve molesto.

—Lo siento, le estuve dando vueltas al asunto y no, ya lo decidí, no voy a participar en estas Olimpiadas.

Mi decisión pronunciada hace que sus párpados se entrecierren, a Lou le gusta ganar, sobresalir, vociferar. Somos muy diferentes.

- —Señorita, vas a hacer lo que te digo, así que concursarás.
- —Si me obligas a concursar voy a perder a propósito, y no creo que te guste presumirle eso a tus amigas —digo con rudeza, a la defensiva.

Nunca he enfrentado a mi madre, por ello es por lo que está acostumbrada a que baje la cabeza, asienta y haga lo que pide. No esta vez, ya no soy una niña y no puede encerrarme en una burbuja, no soy su hámster.

- —¡Hannah Carson, estás castigada! —exclama arrojando los cubiertos al plato, causando un estrépito que me hace saltar en mi lugar, es como si estuviera haciendo una rabieta.
- —Hannah no está castigada, ya es lo suficientemente grande como para decidir lo que quiere hacer.

Abro la boca al escuchar a mi padre, quien observa a mamá con notable molestia. Los Baker guardan silencio, estamos a punto de caer a un precipicio lleno de gritos.

—¡¡Siempre es lo mismo contigo, Eugene!! ¡Te la pasas contradiciéndome! — Me recargo en el respaldo cuando empieza a gritar, mamá debería aprender a controlarse—. ¡¡Nunca me apoyas!! ¡¡A ninguno de los dos les importo!!

Mi madre se levanta arrastrando la silla, haciendo un escándalo, y sale de la estancia, sus pasos resuenan hasta que se convierten en un sonido lejano. Mi padre se quedará durante horas en la oficina, fingirá que está haciendo trabajo con tal de no verla.

Papá suspira y le da una mirada de disculpa a los Baker, yo me escondo mirando los vegetales que no he tocado.

—Creo que lo mejor será irnos, ¿nos despides de Lou? —pregunta Rianna—. Nos vemos luego, Hanny.

Le doy una sonrisa y un asentimiento. Ellos se levantan, mi padre y yo hacemos lo mismo para guiarlos hasta la salida. Me quedo parada en la entrada de la casa viendo cómo se despiden hasta que Liam me jala el brazo y me arrastra a sus brazos. Antes de que pueda entender lo que está haciendo, sus labios me dan un beso corto y fugaz. Lo miro con dolor, detesto que quiera aparentar delante de nuestros padres, pero es algo que se debe hacer para no levantar sospechas, él no quiere que lo castiguen. Disimuladamente, lo empujo colocando mis palmas en su pecho, doy un paso atrás para mantenerme segura y no vuelvo a mirarlo.

Ellos se van, papá y yo nos perdemos en el interior de la casa sin hablar acerca de lo que ha ocurrido durante la cena.

Una vez en la soledad de mi habitación, pienso en el chico que he amado durante mucho tiempo, puedo resolver problemas matemáticos en poco tiempo y recitar con rapidez los elementos de la tabla periódica, pero nunca he podido descifrar el enigma que es William Baker.

Mundoepubgratis.com

cuatro

William está a mi lado comiendo, tiene la manía de comer todos los días dos zanahorias delgadas, luego prosigue con el resto del almuerzo. Es su verdura favorita, Liam podría comerlas como si fueran palomitas de maíz durante una película.

Esta mañana no pude desayunar porque Lou estaba en la cocina esperando que entrara, estoy segura de que quería convencerme, seguirá intentándolo hasta que acepte ir a las Olimpiadas; por lo tanto, decidí partir con discreción, cuando llegue a casa esta tarde estará muy enojada.

- —¿Quieres una? —pregunta el rubio tendiéndome una zanahoria, su mirada corre hacia mi bandeja llena y hace una mueca de desagrado—. Ayer no comiste nada durante la cena, hoy tampoco estás comiendo, ¿desayunaste?
 - -;Importa? -respondo, esquivando la cuestión.

A veces es muy pesado con el tema de la alimentación, dice que como poco, que debería dejar de pensar en la apariencia y más en mi salud. Es algo que no entiende, no tengo problemas alimenticios ni me preocupa tener unos cuantos kilos de más, simplemente no siento hambre.

- —No quiero que vayas a desmayarte como hace unos años pasó porque no comiste nada durante día y medio, Hannah.
- —Tranquilo, no eres mi niñero, no tienes por qué preocuparte. —Apenas termino la oración, no puedo creer que lo haya dicho yo.

Trago saliva cuando Liam alza la ceja, casi puedo escuchar los engranajes trabajando a toda velocidad en su cerebro. Después esboza una sonrisa que no comprendo, cierra los espacios entre los dos arrastrándose, haciendo que mi rodilla desnuda toque su pantalón de mezclilla. Uno de sus brazos se apoya

detrás de mí, agarra el filo de la banca, por lo que tengo que hacerme hacia adelante para que no me toque. Con su mano libre juega con la zanahoria.

—Pero me preocupas, Han, así que abre la boca porque te alimentaré yo mismo. —Arrugo la frente con confusión, ¿qué carajos está haciendo? Se inclina hacia adelante y pone la punta de la verdura frente a mi boca cerrada—. Abre si no quieres que use una táctica muy antigua.

En el pasado, cuando me enojaba y me negaba a besarlo, me arrinconaba picoteándome el estómago hasta que abría la boca y me robaba un beso húmedo, así eran nuestras reconciliaciones, yo terminaba bajando las defensas. Recordarlo hace que mis mejillas se calienten, también mis orejas.

Suelta una risita entre dientes, frunzo el entrecejo y se la arrebato con más fuerza de la necesaria.

—Deja de burlarte.

Me llevo la zanahoria y la mastico, cruje a causa de mis dientes, endulza y refresca mi lengua al mismo tiempo. No deja de observarme, tampoco se echa hacia atrás, se mantiene estático hasta que me termino la verdura. En lugar de enderezarse y darme espacio, analiza el contenido de mi bandeja y chasquea la lengua, empuja con suavidad el plato y toma medio emparedado del suyo. Me muero la lengua cuando me lo ofrece.

—Por favor, come esto también. —Me quedo mirando el pan integral, el jamón y la lechuga que sobresalen. Mi madre pegó la semana pasada una hoja con la dieta que debíamos seguir, y estoy segura de que un bocadillo no venía en el listado—. Lou no está aquí y yo no pienso decirle.

Mi vista salta, enfoco sus ojos claros y casi puedo jurar que son los del niño que jugaba conmigo, el que agarraba mi mano y me ayudaba a recorrer el pasillo oscuro de mi casa, que tantas veces me aseguró que no había vampiros ni fantasmas en la oscuridad, pero igual no me soltaba. Sin embargo, esos ojos claros son los mismos que me han lastimado, no puedo seguir mirándolos.

Suelto el aliento que estaba conteniendo y rompo el contacto visual, destrozo la bola de cristal antes de que olvide que no me ama de esa forma, quizá se preocupa por mí —muy de vez en cuando—; pero no siente lo mismo que yo, debo entenderlo y parar las ilusiones que se crean en mi mente al tenerlo cerca. Agarro el emparedado y afirmo asintiendo.

—De acuerdo —murmuro.

Miro al frente, me obligo a permanecer inmóvil, distante, no quiero causarle más problemas de los que tiene. Segundos después entiende que debe hacer otra cosa si no quiere parecer un idiota, lanzando un suspiro regresa a la postura inicial.

En el momento en el que me termino el último bocado del sándwich, un ajetreo llama mi atención. En la entrada de la cafetería está Oliver siendo rodeado por sus amigos, sueltan risotadas y hacen escándalo, de la nada se salen del sitio.

Tengo claro que soy poseída por un demonio, pues me pongo de pie para seguirlo.

- —Tengo que irme —digo a la nada y me doy la vuelta para alejarme, solo que no puedo hacerlo porque alguien me detiene sosteniendo mi muñeca. Miro por encima de mi hombro a William, la ansiedad me recorre, ¿no puede ver que necesito irme?
 - —¿Irás al juego el sábado? —pregunta.
 - ¿Para qué quiere que vaya si al final se olvidará de mi existencia?
 - —Ajá —aseguro.

No me suelta inmediatamente, lo hace después de un par de segundos. Y, cuando lo hace, salgo casi trotando de la cafetería.

El pasillo está vacío, alcanzo a ver la camiseta negra que traía puesta Doms, así que corro porque ya está en el exterior de la escuela. No soy consciente de lo que estoy haciendo, solo sé que estoy escapando.

—¡¡Oliver!! —grito a todo volumen, se vuelve cuando escucha mi barahúnda. Permanece estancado en la entrada, mirando que me acerco lo más rápido que puedo. La exaltación que me inunda es increíble, llego con la respiración fallándome, mi corazón late violentamente debido al esfuerzo.

- —¿Qué? —Detesto tanto que sea cortante.
- —Sí, hola, Oliver, ¿cómo estás? Yo bien, muchas gracias, ¿y tú? —suelto con sarcasmo, cruzando los brazos delante de mi torso.

Su cabeza se ladea, pero sus gestos siguen imperturbables.

—Siento no ser un caballero, como puedes ver tengo prisa.

Hace el amago de marcharse, agarro su codo antes de que pueda irse.

—Si no me dejas acompañarlos iré con el director y le diré que se van a escapar, no creo que eso vaya a gustarte.

Me enfrenta con una sonrisa de medio lado que hace que dos arrugas se formen en su mejilla.

—Soplona, ¿crees que me importa una mierda lo que dice el director?

No, no es el tipo de chico que se preocuparía, definitivamente. Pienso en alguna excusa, algo que no me haga ver tan patética, no obstante, no encuentro nada, así que opto por ser sincera.

—Quiero ir.

Se me queda mirando con seriedad, frunce los labios y barre mi cuerpo, como si tuviera que medirme para tomar una decisión, sé que lo está haciendo para hacerme enfadar. No dejo que me intimide.

—Como quieras —dice encogiéndose de hombros.

Quiero saltar para celebrar mi victoria, pero me contengo porque las miradas curiosas de los amigos de Oliver Doms no dejan de escanearme.

Oliver me hace una seña para que entre al lugar antes que él, desde que vi la fachada supe que no era un sitio lindo, las paredes se ven muy maltratadas y carentes de pintura, las mesetas usan *shorts* cortos y hay cerveza por todas partes. Estoy fuera de lugar, soy como un pastelillo con betún rosa en medio de gente ruda. No quiero salir corriendo y darle motivos para que se burle de mí.

Doy un brinquito cuando unas manos abrazan mi cintura desde atrás y me pegan a un cuerpo, la garganta se me cierra por el pánico, voy a gritar para que alguien me ayude, pero su voz llega a mi oído.

—Tranquila, es para que dejen de mirarte como si fueras un suculento postre.

Su susurro provoca que una descarga electrifique mi columna vertebral, es una suerte que no esté mirándome la cara porque puedo apostar a que estoy más roja que nunca.

—¿P-postre?

—Sí, el día de hoy luces como algo apetecible. —Mis pies fallan al caminar, estoy muy nerviosa, la sonrisa que esboza junto a mi oído me indica que está encantado con mi falta de coordinación—. Calma, no voy a morderte... Todavía.

Aplano los labios para no suspirar, me está afectando mucho su cercanía, lo peor es que creo que solo se está divirtiendo. ¿Así es como se siente caer por un chico malo?

Seguimos el recorrido de sus amigos, quienes entran a un cuarto, aún tengo posibilidades de salir de aquí y regresar a la seguridad de la escuela, por alguna razón no lo hago, dejo que Oliver me conduzca mientras recorre mi oreja con la punta de su nariz, y me enchina la piel su respiración.

Los amigos de Doms buscan una mesa, así que me sorprende que no se dirija hacia ellos, por el contrario, me encamina al lado opuesto, hacia unos sillones que están apartados de la humanidad. No reclamo ni cuestiono, a pesar de que lo más cuerdo sería hacerlo, no necesitamos estar solos en un minúsculo sofá en un sitio como este, pero la parte más loca de mí quiere correr el riesgo.

Me deja libre cuando estamos frente al sillón, me dejo caer, él hace lo mismo colocándose muy cerca. Me pregunto si ha traído a muchas aquí, a este mismo sofá, está muy cómodo consigo mismo.

- —¿Vas a decirme por qué alguien como tú quiso faltar a clases voluntariamente? —Se mueve y busca algo en los bolsillos traseros de su pantalón. Saca una cajetilla de cigarros y un encendedor.
- —No lo sé —contesto sin dejar de estudiar lo que hace. Obtiene un cigarro e intenta sacar una llama varias veces, cundo lo enciende este se ve naranja—. ¿Así es como te diviertes?
- —No, así falto a clases —dice al tiempo que da una calada, a continuación, expulsa el aire—. Me relaja, ¿lo has intentado alguna vez?
- —Por supuesto que no, te estás matando lentamente, los cigarrillos son armas mortales.
- —¿Sabes cuál es tu problema, bonita? Te presionas demasiado, no te permites vivir experiencias nuevas y le tienes miedo a todo.
 - —No es cierto.

—¿No? —cuestiona a lo que niego. Pone el brazo en el respaldo, detrás de mi espalda—. Venga entonces, acércate y muéstrame que estoy equivocado.

El filo en sus palabras puede cortarme, no necesito demostrarle nada, sin embargo, la adrenalina hace que me recorra y me adhiera a Oliver, mi hombro queda sumergido en su costado, el brazo que estaba detrás de mí me rodea, impidiendo que me escape, sus yemas tocan la piel de mi hombro y yo termino poniendo mi palma en sus pectorales para estabilizarme y aferrarme a algo.

Huele bien y se ve mejor.

Sus ojos no son oscuros, sin embargo, su mirada es tan intensa que podría quemarme; y eso me aterra.

Se lleva el cigarro a la boca y le da una calada, luego, sorprendiéndome, inclina la cabeza hacia mí. Su nariz toca la mía, sus labios se abren frente a los míos y suelta el aire para que lo atrape, pero el impacto no me permite hacer nada. Esa es la situación más *sexy* en la que he estado involucrada. Oliver, en serio, de verdad, hace que pierda el control.

—Atrápalo, bonita.

¿Estoy loca si me gusta que me llame de esa manera?

Repite la acción, solo que se aproxima todavía más, por lo que sus labios rozan los míos. Logro atrapar un poco de humo, me dan ganas de festejar, no obstante, me atraganto y sufro un ataque de tos, él me suelta para que me recomponga. Me controlo, inmediatamente me lleva de regreso a sus brazos.

Absorbe, guarda el humo, apaga el cigarrillo y se acerca para darme lo que hay adentro de su boca. Hago mi mejor esfuerzo, mi técnica funciona, cuando soplo sale el humo.

—Creo que tienes esperanzas —murmura sonriendo.

Se acomoda en su asiento, creo que es una distracción, ya que cuando me hago hacia adelante, aprovecha el movimiento y baja el brazo para rodearme la cintura y darme un jalón que provoca que no haya ni un milímetro de distancia entre los dos.

- —;Por fumar?
- —No, por acercarte.
- —¿No te importa faltar a la escuela? Para poder pasar el grado necesitas tener cierto porcentaje de asistencias.

Él asiente y se queda pensativo durante un rato.

- —Me preocupan cosas más importantes —responde.
- -¿Cómo qué? —cuestiono.
- —Ser feliz.
- —Entonces, ¿tu única aspiración en la vida es ser el malito del curso que fuma detrás de la escuela? Creí que eras más interesante.

La intensidad de su mirada me traspasa, me gustaría saber qué está pensando, pero él no dice más, y yo tampoco.

Mundoepubgratis.com

cinco

Le pedí a Oliver que me dejara a unas cuadras de mi casa como el día del hospital, corrí por las escaleras y me encerré en mi habitación actuando como un ninja, sin hacer ruido. Me quedo hasta tarde haciendo la tarea y perdiendo el tiempo para no ver a mis padres, entre más retrase el momento mejor. A eso de las ocho y media, mamá grita desde la planta baja que la cena ya está lista.

Entrar al comedor es como caminar por un campo minado, como lanzarse al vacío y temer que no funcione el paracaídas. Siento que en cualquier instante vamos a explotar, que ella dirá algo o que lo hará él.

La mesa ya está puesta, me coloco en mi lugar sin mirar a nadie. En el centro se encuentra un cuenco hondo repleto de ensalada, junto a este un plato ovalado con dos filetes de carne.

Papá agarra su tenedor, juega con el cubierto y observa a mi madre de reojo. Dios, espero que no diga nada que haga que mi madre se ponga histérica.

Eugene Carson se enamoró de Lou cuando esta le arrojó una taza de café hirviendo por accidente. Mi padre una vez me contó —era pequeña y no entendía por qué peleaban todo el tiempo— que se levantó con molestia, pues se estaba quemando, levantó los ojos dispuesto a insultar si hacía falta, pero se quedó perdido en sus ojos claros.

No era ciega, papá la procuró muchas veces, hacía todo para que mamá se sintiera bien, le compraba cualquier cosa que pidiera; a pesar de que ella nunca fue la esposa más cariñosa y comprensiva del mundo. Pero un día ese ambiente cambió drásticamente, ya no hubo atenciones, solo gritos, ya ni siquiera intentaban llevarse bien, siempre estaban a la defensiva, esperando que el otro dijera algo para atacarlo. Y cuando a mí se me ocurrió preguntar qué estaba

sucediendo, recibí un regaño por parte de mi madre que me dejó claro que no era de mi incumbencia, aunque fueran mis progenitores.

Espero a que Lou agarre su comida, en ocasiones me guío así para que no se moleste si me equivoco de platillo. Agarra ensalada con unas pinzas y yo quiero jalarme los cabellos, daría cualquier cosa por probar un poco de filete, no obstante, lo del otro día ya fue suficiente drama por ahora, por lo que me sirvo lo mismo que ella. Por el rabillo del ojo alcanzo a ver que mi padre aprieta la mandíbula, entierra el tenedor en la carne haciendo ruido.

- —¿Cómo estuvo tu día hoy, cielo? —me pregunta papá con tono suave. Genial, solo cumplí con la mitad de mi horario, me fui con un chico a un bar de mala muerte, me pasó alquitrán, nicotina y monóxido de carbono de boca a boca. No puedo decirle eso o me mandará a un convento.
 - —Bien, en la escuela hay muchos nervios porque se acerca la graduación.
- —Pero ese no es problema para ti. —Guiña el ojo, no puedo detener la sonrisa que se forma en mi boca—. ¿Ya te decidiste por una universidad?

Le doy una mirada por debajo de las pestañas a mi madre, semanas atrás ella me dejó claro cuál es la que más me conviene, por supuesto que no es la que me agrada, es la que cumple con sus expectativas.

—No, todavía lo estoy pensando.

Luego me encuentro en otra encrucijada, en la más difícil, no quiero ser abogada, ni siquiera puedo defenderme a mí misma; pero tampoco quiero decepcionarlos, porque, a pesar de todo, mis padres son los únicos que de verdad confían en mí.

A Lou no le gusta mi respuesta, esperaba que dijera el nombre de su universidad favorita, se pone de pie, avienta la servilleta a su plato y se va de la estancia pisando fuerte. No creo que se percate de lo doloroso que es no contar con su apoyo, que se ciegue y quiera cumplir sus sueños frustrados obligándome a hacer cosas que no quiero.

Papá se echa hacia atrás lanzando un bufido, como en silencio.

—Quiero decirte algo —dice—, tu madre cuando tenía tu edad se comía lo que se le pusiera en frente, todos en esta casa sabemos que no necesita ponerse a dieta, pero si quiere hacerlo no tiene por qué arrastrarte a ti, no es sano que temas decir «no». Si no te apetece concursar en las Olimpiadas, no lo hagas, y

si no quieres entrar a esa ni a ninguna universidad, no tienes por qué hacerlo. Es tu vida, tienes que tomar tus propias decisiones, no seguir las de tu madre.

Mis comisuras tiemblan, su discurso ha calmado mi alma como no tiene una idea.

- —Gracias, papá —murmuro sonriendo.
- —Me voy a ir de viaje unas semanas, pero prometo volver para tu cumpleaños. —Asiento.
 - -Más te vale.

El día siguiente, a la hora del almuerzo, camino por el pasillo que está infestado por un tumulto de desesperados y hambrientos estudiantes que se empujan para poder entrar a la cafetería; son como zombis.

Me pego a una de las paredes, espero a que la gente se vaya y me dé espacio para moverme y dejar mis libros en el casillero. Afortunadamente la manada de alumnos desaparece, ahora puedo hacer cualquier cosa. Marco la combinación en mi candado y abro la puertecilla de la taquilla, un objeto en el interior llama mi atención. Hay un cigarrillo. ¿Cómo demonios llegó esa cosa ahí? Pero lo más extraño de todo es que no es común y corriente, la parte blanca tiene dibujos, hay soles y curvas que no tienen ningún sentido, también tiene escrita una frase:

«Si no sabes qué hacer con la tristeza, fúmatela».

Muerdo mi labio inferior para contener la sonrisa.

Tomo el cigarro con los dedos y lo coloco en el bolsillo trasero de mi pantalón, cierro el casillero azotándolo, doy un brinquito al ver a la persona que se escondía detrás de la puerta, rápidamente me recupero.

—Tu frase no me gustó, eres un adicto —digo.

Oliver sonríe con lentitud.

—Ayer no te quejaste, ¿o sí? Hasta abrías la boquita para que el humo entrara, te veías muy provocativa, por cierto.

Mis párpados se abren tanto que creo que me quedaré sin ojos, él se carcajea al ver mi indignación.

- —Deberías filtrar tus pensamientos antes de hablar, Doms.
- —El día que tú dejes de ser una santurrona. —Se relame los labios, queriendo esconder lo chistoso que le ha parecido su comentario, él no se cansa de molestarme, es como un mosquito volando a mi alrededor—. Me voy, te estaré esperando detrás del gimnasio.

Voy a responderle, pero antes de que pueda hacerlo desaparece, dejándome con dudas y curiosidad. Miro hacia todas partes y me encojo de hombros, no tengo nada que perder, así que voy hacia la parte trasera del gimnasio, allá donde no se para ni una mosca porque no hay nada interesante, ahí es donde él y sus amigos se reúnen para fumar; siento como si estuviera haciendo una travesura.

Imagino que voy a encontrarme un quinteto de chicos haciendo tonterías, en cambio, solo está Oliver Doms sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared y las piernas estiradas.

—Ven acá, temerosa —murmura, palmeando el hormigón a su lado.

Hago una mueca irónica, ¿por qué le temería? Necesita bajarse de ese coche y dejar de aparentar que es un chico malo.

Me ahorro las palabras dirigiéndome hacia él, me coloco a su lado.

—No eres un chico malo, deja de actuar como uno.

De reojo veo que sonríe de lado, mueve su pierna para darme un golpecito en la mía, la deja ahí. Es imposible no sentir una descarga.

—Yo nunca dije que lo fuera,

Oliver saca una cajetilla, posteriormente un cigarro, lo enciende y se lo lleva a la boca varias veces. Dejo de observarlo, pues sus labios alrededor del cigarrillo me traen recuerdos que hacen que me sonroje, nunca imaginé que haría algo como lo que hice; y menos que me gustara. Se siente bien ser libre en ocasiones y no tener una cruz sobre tus hombros todos los días, todas las semanas, todos los meses. Pude respirar, me agradó la compañía, además, me hizo sentir deseada por cómo me apretujaba contra él, como si le gustara tenerme cerca.

Debo dejar de pensar tonterías.

—¿Tú te fumas la tristeza? —cuestiono para disipar los pensamientos que empiezan a causar estragos en mi mente. Siento que su frase tiene algún significado, solo que no puedo comprenderlo.

- —No, yo no estoy triste —responde expulsando humo.
- —¿Entonces por qué lo haces? Una vez leí en el artículo de una revista que un estudio demostró que muchas personas fuman para llenar un vacío, es como un método de defensa.
- —Eres muy extraña —suelta al tiempo que ríe entre dientes—. Yo fumo muchas cosas, y por muchas razones.
 - -; Qué razones? -Ladeo la cabeza.
- —A veces fumo para no reventarle la cara a mi hermano. —Quiero preguntar a qué se refiere, pero el semblante adusto de su cara me señala que no es una buena idea—. Otras lo hago para no perder la paciencia.
- —¿Temes perder la paciencia en este momento? —pregunto, confundida, no he dicho nada malo ni luce alterado, se ve bastante tranquilo.
- —No, justo ahora estoy fumando para mantener mis manos quietas y a mi boca ocupada porque en todo lo que pienso es en comerte a besos.

Me atraganto, hasta siento que me he tragado la lengua, pero no importa porque una jodida parvada de águilas está revoloteando en mi estómago, incluso creo que debe haber otros animales, porque no es normal que sienta eso, no así.

—El cigarro podría matarte. —Me lo quedo mirando directo a los ojos, todo mi cuerpo tiembla, mis palmas sudan. No... no tengo idea de lo que me está sucediendo—. No me agradas tanto, p-pero no q-quiero contribuir con tu muerte, así que...

Me interrumpe carcajeándose, miro atónita cómo no puede controlar la risa, entonces me doy cuenta de lo que hizo, ¡se burló de mí y yo caí como una idiota! Dios, prácticamente le rogué para que me besara.

- —¡Eres un estúpido! —chillo y me pongo de pie como un resorte, decidida a irme y sí, a nunca más dirigirle la palabra. Solo que él es más rápido, de un segundo a otro está parado, agarra mi codo con dureza y me da la vuelta. Uno de sus brazos aferra mi cintura y me arrastra hasta que no hay espacios entre los dos, pongo mis manos en su pecho con la intención de alejarme, pero no puedo—. Suéltame, Doms.
- —Cálmate, Han —susurra, su aliento se estampa en mi cara. Justo ahora no puedo pensar, su aroma hace que mis pensamientos se revuelvan. Yo... yo

nunca había sentido algo así.

- —Te burlaste de mí.
- —No, me reí de la expresión de tu cara, te veías muy graciosa, lo lamento susurra tan bajito que pude escucharlo solo porque lo tengo cerca.
 - -¿De mi cara? ¿Parezco payaso o qué? pregunto, enojada.
 - -No.

Mi frente se arruga, pues no dice nada más, su vista cae en mis labios y mi corazón comienza a acelerarse de nuevo. No ha aflojado el agarre, incluso creo que me aprieta cada vez más.

- —¿Qué haces? —susurro la pregunta cuando su cara desciende y su nariz toca la mía.
- —No tengo un cigarrillo ahora, solecito. —¿Solecito? Mierda—. Lo más extraño de este asunto no es que yo quiera besarte, es que quieres que te bese, pero no soy nadie para cuestionarte.

Antes de que pueda pensar o derretirme, Oliver me besa. Su mano libre acuna mi nuca, impidiendo que me mueva, manteniéndome a su disposición. Mi respiración se agita cuando siento que su lengua toquetea la mía, todo se borra de mi mente en un segundo, no tengo pasado ni futuro, solo ese instante.

Después de un par de minutos, se echa hacia atrás sin soltarme, una sonrisa petulante se forma en su boca enrojecida. Siento el calor concentrado en mi cara, esto es una locura, ¿qué demonios se supone que estoy haciendo? Esto es nuevo, diferente, me tiene consternada.

Para mi mala suerte, suena el timbre, callando las preguntas en mi cabeza.

—¿Te veo luego? Tengo que ir a clases.

Asiente.

—Solo asegúrate de que la próxima vez que te vea traiga un cigarrillo.

Sería una tonta si lo hiciera. Me suelta, con torpeza me doy la vuelta para alejarme, no puedo evitar que mis comisuras asciendan mientras me dirijo al interior de la escuela.

Tan pronto me interno en el pasillo para ir hacia mi casillero, dos chicas se plantan frente a mí, frenándome en seco. Mirian tiene los labios aplanados y Brenda solo se queda ahí, mirándome como si les debiera una explicación.

- —¿Dónde estabas? —pregunta Mirian con su tono chirriante. Cuando era pequeña me daba terror que, en medio de la noche y la oscuridad, las puertas rechinaran, y su voz me hace recordar mi miedo.
 - —En la biblioteca, lamento si se quedaron esperándome.
- —Haces demasiadas tareas, Hanny, deberías relajarte un poco —sugiere haciendo una mueca, así que asiento para que deje el tema—. El sábado hay una fiesta después del juego, vas a ir, ¿verdad?

No me deja contestar, continúa parloteando acerca de lo que deberíamos usar, y nos prohíbe usar prendas rojas porque ella llevará un vestido de ese color. Me recluyo en mi mente sin prestarle atención mientras camino hacia mi casillero, todo lo que tengo que hacer es tomar mis utensilios y largarme al salón de clases. Suena tan fácil que asusta.

No me sorprende toparme con una Iveth usando un lindo pantalón ceñido al cuerpo y una blusa fosforescente escotada, está recargada justo en el sitio al que tengo que ir, ¡vaya casualidad! Liam está sacando sus libros mientras ella acaricia con su dedo el brazo de mi novio, pestañea más de la cuenta y gesticula de una forma que deja claro lo que busca. A esta mujer le encanta perturbarme, y ni siquiera sé qué demonios le hice, no es como las otras que, por lo menos, fingen. No obstante, sí que la envidio, y no porque William le preste atención, lo hago porque hace lo que se le antoja sin importarle la opinión de los demás.

—Amiga, no les prestes atención, sabes que Liam se va a cansar de su juguete nuevo y todos seremos felices otra vez, incluyéndote.

¿De verdad lo seré o fingiré que lo soy? ¿Qué clase de recomendación es esa? ¿No se supone que las amigas dan buenos consejos?

—Creo que todas somos juguetes —digo.

Sin más, me voy, dejando a Mirian y a Brenda paradas, paso frente a la pareja feliz, pero no me detengo por los libros.

Ir en la camioneta de William es una tortura en ocasiones, sobre todo cuando estamos peleados, de vez en cuando charlamos sobre sucesos del día, cualquier cosa, antes hasta reíamos, pero últimamente ni nos volteamos a ver. Por ello no

me sorprende el silencio que reina en el vehículo, tampoco me siento incómoda, ya que es algo que sucede a menudo. Hubiera preferido que no me trajera, sin embargo, no pude librarme, pues la orden de mi madre fue muy clara: «terminan las clases e inmediatamente vienes a la casa, Liam va a traerte».

Me pierdo en mis pensamientos, no me doy cuenta de que ya hemos llegado a casa hasta que él se aclara la garganta. Doy un respingo y me dispongo a bajar. Voy a abrir la puerta, pero una mano se cierra en mi antebrazo y me impide moverme. Le doy una mirada interrogativa.

—Te vi en el pasillo, Iveth llegó y empezó a hablarme, no quise que...

Niego con la cabeza interrumpiendo sus explicaciones.

- —No tienes por qué explicar, no le diré a mis padres si es lo que te preocupa. Observo su mano que me aferra, esperando que entienda que necesita soltarme para que pueda marcharme. No lo hace.
- —No, no, en realidad, quiero pedirte una disculpa, he estado muy presionado porque ya vamos a graduarnos, no quise lastimarte el otro día, tomé demasiado y me arrepiento de haber sido tan duro, tú no tienes la culpa de mis problemas. —Suspira—. Quiero que vayas al partido del sábado, eres mi amuleto.
- —Está bien, Liam, no te preocupes. —En verdad luce arrepentido, pero ya no sé qué creer, otras veces he creído en su arrepentimiento y al día siguiente vuelve a fallarme, sus disculpas son vacías porque al final vuelve a lastimarme. William sigue sosteniendo mi brazo, me mira—. Tienes que soltarme para que pueda bajar.

Sus párpados se abren, sorprendido se percata de que su mano sigue en el mismo sitio. Creo que terminará con el agarre, en cambio, me da un jalón, sus brazos me rodean. Mi cara se entierra en su cuello, frunzo el ceño, quiero preguntarle si se siente bien, pero se echa hacia atrás.

Desciendo del vehículo y camino hacia el portón de la entrada con una sonrisa triste, nostálgica. En el pasado, ese abrazo habría calmado mi desasosiego, habría creído en su disculpa, habría esperado que no lo hiciera de nuevo. No sé si he cambiado, pero ese sentimiento que antes sentí no está, apostaría a que lo hará de nuevo; la seguridad de que sucederán cosas dolorosas es mejor que recibir el impacto mientras estás distraída.

Una vez en el interior de mi casa, alcanzo a escuchar los lamentos de mamá, quien seguro está en la sala o la cocina hablando por teléfono, lo sé porque murmura cosas inentendibles debido al llanto. ¿Habrá ocurrido algo con papá? ¿Qué otra cosa podría ser sino? Tal vez debería acercarme y consolarla, pero no lo hago, por primera vez subo las escaleras y me encierro en mi cuarto, no quiero escuchar de nuevo sus quejas que aseguran que es miserable.

Después de todo, en alguna parte hay niños que están sentados en sillas de colores riendo.

Mundoepubgratis.com

seis

Se siente en el aire que es sábado de juego, el campo está lleno de animadoras y mascotas disfrazadas, los contrincantes están sentados en el polo opuesto. Nuestros colores refulgen al igual que los del otro equipo, todos gritan, ríen, animan a sus favoritos; yo me siento fuera de lugar, nunca he sentido ese tipo de fiebre, simplemente no soy fan del fútbol.

Estoy sentada en los primeros asientos de las gradas, es el lugar que siempre ocupo porque le corresponde a William. Apoyo el codo en la rodilla y observo la rutina de las animadoras, son geniales, me gusta ver sus coreografías y cómo se lanzan por los aires, incluso Iveth hace todas esas piruetas espectaculares que se ven imposibles.

Un cuerpo robusto camina desde la lejanía, me sorprende que Nathan esté afuera, porque ningún jugador se encuentra a la vista. Más me asombra que no se detiene, y viene directo a mí, ya trae puesto su uniforme, excepto el casco. Se detiene en el barandal, me inclino con curiosidad.

—¿Puedes venir? Liam quiere hablar contigo, ya le dije que es una locura, sobre todo cuando el partido está a punto de comenzar, pero dice que no jugará si no te ve.

El medio de mis cejas se tensa, ¿ahora qué?

—De acuerdo.

Me pongo de pie y camino por el pasillo de mi fila, encuentro la entrada o la salida, no sé muy bien lo que es, Nathan me ayuda a bajar el escalón gigante, mis piernas son muy cortas, no podría sin su ayuda. Recorremos el campo trotando, las porras están terminando y los equipos tendrán que salir en unos

cuantos minutos, solo a él se le ocurre hacer una rabieta en un momento tan crítico como este.

En el túnel ya están los jugadores, quienes me saludan, algunos alzan la palma para que choque los cinco, el resto me sonríe. Nathan me deja justo en la puerta que da hacia los vestidores, según el reglamento no debería estar aquí, pero el entrenador adora a William, nunca me regaña cuando me ve deambulando alrededor.

Entro y estudio el panorama, está sentado en una banca con los codos en las rodillas, acunando su cara y jalando su cabello. Siempre he pensado que se ve ardiente en su uniforme. Camino hacia él, quien no muestra señal de que me haya escuchado, me dejo caer a su lado, dejando distancia entre los dos.

—;Querías verme?

Alza la cabeza lanzando un suspiro y me enfoca.

—Estoy muy nervioso, el entrenador vino a decirme que allá afuera está un representante de la universidad, no puedo fallar si quiero que me haga una oferta, ¿y si no soy lo suficientemente bueno como para lograrlo? —Su voz es temblorosa, en verdad está asustado.

Sus padres son maravillosos, quieren a Liam y lo protegen, le dan todo lo que pide, sin embargo, son exigentes, más que mis padres, no les importa si sus decisiones le duelen, un ejemplo claro es que lo obligaron a ser mi novio.

Chasqueo la lengua.

—¡Por Dios! Lo vas a hacer increíble, eres William Baker, el mejor jugador que conozco. —Sonrío—. Ve y demuéstrale quién eres, gánate esa beca.

Sus comisuras ascienden con lentitud, asiente.

—Sé que no me he portado bien estos últimos días, pero, ¿podría darte un beso? Eres mi suerte.

Su petición me deja estupefacta, no se me ocurre qué decir, solo soy capaz de regresarle la mirada, esperando que entienda mis preguntas silenciosas. Sus ojos celestes me roban el aliento, me pierdo y me encuentro, todo al mismo tiempo, por un momento creo que son los ojos del Liam que yo amo, del que siempre he estado enamorada. Pero entonces sucede algo, un recuerdo cruza mi cabeza y sus ojos cambian en un parpadeo, quiero echarme hacia atrás y decirle que no

es necesario, ya que no ha necesitado suerte otras veces, mucho menos mis besos.

Tal vez soy demasiado lenta, o quizá ve la determinación de alejarme, no tengo idea. Liam se inclina y me da un beso suave, presiento su intención de profundizar, así que me alejo con una sonrisa tensa.

—Ya está, regresaré a las gradas para poder ver cómo destrozas al otro equipo.
—Espero que mis palabras no se hayan escuchado forzadas, tampoco me interesa.

Salgo de ahí como si fuera un cohete.

Me dejo caer en un sillón lanzando un suspiro profundo, hay gente por todas partes tomando y bailando, creo que soy la única que quiere irse. Desde mi lugar observo a Liam bebiendo con sus amigos en una barra improvisada, hay ocho vasos que tiene que tomarse para no recibir un castigo, hay chicas coqueteando con los jugadores, incluyéndolo a él.

Es ridículo, no sé para qué me trae. Cuando veo que Iveth camina hacia él, sé que tengo que salir de la casa, no voy a ser testigo ni un minuto más de sus actos. Basta.

En el exterior me siento más tranquila, hay algunos chicos platicando cerca de las jardineras. Veo un árbol al filo de la acera, me dirijo ahí para recargarme, los tacones me están matando.

Me quito los zapatos altos en el momento en que mi palma toca la rugosidad del árbol. Mis plantas sienten el césped fresco, ¡es una sensación increíble!

—¿Quieres hacer algo divertido? —cuestiona una voz que conozco bien.

Muerdo mi labio para no sonreír, y me doy la vuelta. Está parado frente a mí a unos cuantos pasos de distancia, trae puesto un pantalón de mezclilla, una playera blanca y una chaqueta oscura. Un gorro negro cubre parte de su cabeza, cabellos se desbordan desde el interior haciéndolo ver como un tipo en onda.

Él definitivamente no es mi tipo, o tal vez sí... Ya no lo sé.

—¿Algo como qué?

Sonríe de lado y eleva su brazo, me ofrece su mano.

—Vámonos —murmura.

Observo sus dedos estirados, largos y estilizados, ¿debería irme con él? Yo nunca hago estas cosas, no me fugo de una fiesta con un chico que apenas conozco en la mitad de la noche para hacer Dios sabrá qué. Yo soy del tipo de personas que se quedan sentadas en su cama y toman café mientras ven comedias románticas de Katherine Heigl.

Pero luego pienso: ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Volver a la fiesta y ver a Liam siendo un estúpido?

Paso esta vez.

Así que tomo su mano suave contra la mía, su palma es cálida al tocarme. El filo de sus yemas roza mi muñeca, me da un jalón y comienza a caminar hacia alguna parte.

Por un lado, me siento salvaje y temeraria, por el otro creo que me he vuelto loca, soy una demente. Oliver Doms es el chico que besó a la fuerza a Mirian, la cual se la pasó llorando por semanas hasta que se atrevió a confesar el agravio del que había sido víctima, el mismo que fue humillado por William para que le pidiera perdón en frente de todos. Desde ese entonces Oliver caminaba por los pasillos mirándonos mal, las sanas conversaciones que tuvimos alguna vez —debido a que él dirigía la estación de radio de la escuela y yo era la coordinadora de la sociedad de alumnos— se convirtieron en mera hostilidad y antipatía.

¿De pronto un día decide que está harto de mis lloriqueos y me ayuda? ¿Por qué? Sin embargo, recuerdo que fui yo la que inició todo robándole un beso. Bajo la guardia, dejo que me conduzca.

Estudio con la frente arrugada los objetos que Oliver me ofrece, en sus manos hay una sudadera negra con capucha y unas zapatillas espantosas.

- —¿Qué es eso? —pregunto, confundida.
- —No vas a acompañarme si no te pones esto. —Señala con la barbilla las prendas.

El auto está estacionado en una calle desierta, solo iluminada por las farolas y la luna llena. El ambiente lúgubre se asemeja al de una película de terror, esto empieza a darme miedo.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Vamos a robar? ¿Para eso es la capucha? ¿Por qué no hay nadie en la calle? ¿Vas a matar a alguien? —Una carcajada estruendosa me interrumpe, Oliver se desdobla de la risa. Bufo—. No es gracioso, estoy asustada.

Se limpia una lágrima con el dedo índice, hace un gran esfuerzo por no sonreír y controlar las risitas.

- —Eres más tierna que un conejito, Hannah, si fuera a robar o a matar a alguien no te hubiera traído, seleccionaría a un acompañante más rudo. —Mi ceño se frunce, le doy un golpe suave en el hombro, yo no soy tierna. Arruga la nariz y mira sobre su hombro, se estira para alcanzar algo en su asiento trasero, cuando me muestra las latas de pintura, mis párpados se pegan a mi frente.
- —¡De ninguna manera, Oliver Doms! ¿Qué piensas que soy? ¿Una gamberra? ¿Una bárbara pinta paredes? No, no y no, no pienso cometer este tipo de crímenes contigo, ¡estás loco! No voy a permitir que sigas haciendo fechorías en la ciudad, dame las latas ahora. —Extiendo la mano, pero lo único que consigo es que aplane los labios para no carcajearse—. ¡Ni se te ocurra reírte de mí porque le hablo a la policía!
- —¿Gamberra? ¿Bárbara pinta paredes? ¿Fechorías? ¿Vienes del Renacimiento o por qué carajos hablas como una anciana? —Suelta una risotada, mis ojos se entrecierran. Del interior de mi escote saco el móvil, jamás lo acusaría, pero él no lo sabe—. ¿Qué demonios haces ahora?
- —Llamo a la policía, te lo advertí —me mofo. Un segundo después me arrebata el aparato y lo arroja al asiento trasero—. ¡¿Qué haces?!

Voy a hincarme para recuperarlo, no obstante, Oliver se me lanza como un maldito lince. Empuja mis hombros con suavidad, regresándome al asiento, me encierra apoyando su mano cerca de la manija de la puerta, su nariz está tocando mi mejilla. Ni siquiera comprendo cómo es que lo hizo, ¿es un guepardo o qué rayos? Puedo sentir la brisa caliente de su aliento chocando con mi piel, levantando mis poros, cierro los ojos, yo... Él... Mierda, no lo sé, no puedo pensar.

—¿Crees que la policía pueda ayudarte en este momento? —pregunta en un susurro que debería asustarme, pero no lo hace. No respondo, solo abro la boca porque no puedo respirar—. ¿Sabes que podría hacerte cualquier cosa justo ahora? Y nadie podría escucharnos.

Se me escapa una risita, a pesar de que su timbre bajo y ronco ha repercutido en todo mi cuerpo. Él sonríe y frunce sus labios, deposita un beso en mi mejilla y se echa hacia atrás.

- —No vamos a hacer ningún crimen —dice después de aclararse la garganta
 —. Yo no soy un vándalo, solecito, siempre que pinto las paredes lo hago con permiso.
 - —¿De qué hablas?
- —Pues resulta que soy parte de un grupo de jóvenes que ayudan a niños como los que viste el otro día en el hospital, algunos van y hacen tonterías para hacerlos reír, yo soy más tranquilo, así que hago murales. —Se encoje de hombros. A continuación, señala un edificio—. ¿Ves ese lugar? Ahí reciben terapias psicológicas muchos de ellos, pintaremos en la pared que queda frente a la puerta para que vean algo genial y sonrían al salir o al entrar, da igual. Y tengo permiso, así que no te convertirás en una gamberra, te lo aseguro.

Me quedo pasmada sin poder creerlo.

—P-pero tuviste problemas con la policía una vez. Todos en la escuela hablaban de eso, por eso cerraron la estación de radio.

Suspira.

- —En ocasiones la policía se acerca creyendo que estás haciendo destrozos, pero solo basta con enseñar los papeles con el permiso, ya sabes cómo son en la escuela, nunca debes escuchar los rumores. —Guiña—. Llevo trabajando en este mural más de un mes, tengo que terminarlo hoy, si nos apuramos sería genial.
 - —¿Por qué cerraron la emisora? —pregunto.
- —Eres muy preguntona —se queja—. La cerraron porque así lo quise yo, ¿contenta? Ahora ponte esto y acompáñame.

Me lanza la sudadera y las zapatillas antes de salir del coche con una bolsa llena de latas de pintura. ¿La cerraron porque él quiso? ¿Qué? No entiendo nada. Decidida a seguir con la conversación, me pongo la sudadera negra y me

quito los tacones. Las zapatillas no son de mi número, hago el mejor nudo que puedo apretando demasiado las agujetas para que no se me salgan, y desciendo del coche. El aire fresco golpea la desnudez de mis piernas, ¿por qué no me dio un pantalón también?

Corro tras él, más que nada porque la oscuridad de la calle solitaria me aterra, afianzo su codo al alcanzarlo, ni loca lo soltaré. Oliver no hace ningún comentario al respecto. Se detiene, tomo aire para seguir con la conversación que estábamos teniendo en el coche, pero por el rabillo del ojo capto una imagen colorida que llama mi atención. Mi boca se abre automáticamente al ver el dibujo en la pared.

—*Wow.* —Es todo lo que puedo pronunciar. Parece el dibujo de una historieta, el mural es enorme, en un fondo negro con líneas grises Superman se eleva, al igual que Linterna Verde y muchos otros superhéroes que no logro reconocer, todos van por una cosa: un moñito rojo, el moño del SIDA. No logro reprimir la sonrisa, mis ojos se empañan al presenciar algo tan mágico, tan real—. ¿Lo hiciste tú solo?

— Yep, no es fácil convencer a las personas para que me acompañen a una avenida desolada.

Obtiene dos latas de la bolsa plástica, la cual deja en el suelo. Me ofrece una, lo observo con pánico, me alejo alzando las manos y negando con la cabeza.

- —No pienso tocar tu obra de arte, yo soy un desastre...
- —Hannah —pronuncia, interrumpiéndome. Lo miro—. Ven aquí, por favor.

Trago saliva antes de aproximarme dando pasos cortos, me toma los hombros y me gira. Me tenso cuando sus brazos me rodean desde atrás, agarra mi mano derecha y me obliga a tomar una lata de pintura que al parecer es roja.

—Nunca tengas miedo de intentarlo, ¿cuántas cosas te has perdido por temor? ¿Qué más da si te equivocas? Puedes empezar de nuevo, no hay nada que no se pueda arreglar.

Un nudo se forma en mi garganta, la aprieta tan duro que temo echarme a llorar, sin quererlo ha tocado una herida punzante. ¿Cuántas cosas me he perdido por temor? Eso mismo me lo pregunto yo, ¿cuántas? Me da miedo decepcionar a mis padres, a las personas, me da miedo quedarme sola, me da

miedo que la gente conozca a la verdadera Hannah porque entonces tal vez no les va a parecer inteligente o bonita o amigable... Perfecta. Quizá si conocen lo que hay en mi interior salgan corriendo, se asusten y crean que soy un monstruo que ha dañado a las personas que ama por egoísmo, porque le da miedo.

Y lo peor de todo es que mi miedo no tiene sentido, pues de todas formas estoy sola.

Permito que Oliver me guíe, maneja mi mano como si fuera un pincel y pinta la capa de Superman, tan roja como la sangre, tan brillante como la luna. Analizo lo que hace para rellenar los espacios carentes de color, cómo mueve mi mano en las curvas, las esquinas.

No puedo creer que todo este tiempo lo juzgara injustamente, él solo hacía murales para niños, para darles un poco de felicidad al ver a sus caricaturas favoritas luchando contra su enfermedad. ¿Qué hacemos los demás por el resto del mundo?

Oliver Doms probablemente es la mejor persona que he conocido.

Mundoepubgratis.com

siete

El lunes por la mañana abro los ojos antes de que suene el despertador, me quedo quieta mirando el techo, aunque mi cabeza está en otro mundo. Desde que Oliver me dejó frente a mi casa el pasado sábado, no he parado de pensar en lo mismo, en lo que dijo.

«¿Cuántas cosas te has perdido por temor?»

La respuesta me haría ver patética, incluso me aterra quemarme con el café caliente, es algo que no puedo controlar. Sin embargo, es cansado, es agotador no hacer las cosas que de verdad quiero hacer por una vez en la vida.

«Nunca tengas miedo de intentarlo».

También dijo eso, y yo me pregunto: ¿por qué no lo intento? ¿Por qué no me levanto de esta cama y hago algo distinto? Algo que siempre he querido hacer, pero que se supone no debería hacer, ¿por qué diablos no? ¿Quién demonios ha dictado la regla de que debo ser perfecta y ejemplar? ¿Mi madre? ¿Mis amigas? ¿Liam? ¿Yo? ¡Al carajo! ¡Que todo el mundo se vaya a la mierda!

Me levanto de golpe con esta nueva idea en la mente, quito la alarma del despertador antes de que suene. Me tardo veinte minutos en la ducha, me sumerjo en el armario aún con la toalla protegiendo mi cuerpo, busco algo distinto, no los colores de la temporada ni los que hacen resaltar mis ojos, solo algo que me guste y me haga sentir segura.

Encuentro una falda de tubo negra que me llega a medio muslo, tiene dos cierres plateados en el lado derecho. Recuerdo que papá me la compró cuando fue de viaje a París el año pasado, por supuesto que mi madre me prohibió usarla, dijo: «es horrible, parece cuero, vas a parecer una de esas chicas *punk*

drogadictas», tuve que ocultarla en mi armario para que no la arrojara a la basura. Lou es una persona dominante y prejuiciosa.

Selecciono un suéter gris con mangas de tres cuartos, tiene un estampado precioso, la silueta de la Torre Eiffel; tampoco es la prenda predilecta de mamá, odia el negro. Frente al espejo, me tomo mi tiempo para analizar mi rostro, por lo regular hago un maquillaje conservador, tonos cafés y rosas, pero esta vez no quiero eso. Solo delineo los ojos, trazo una línea gorda de color negro, también marco la línea de agua.

Me seco el cabello y reviso la hora, es muy temprano todavía, es perfecto porque no quiero que mi madre me vea. Salgo de mi habitación con cautela, paso frente a su recámara, sigue en la cama. Bajo las escaleras de puntitas, es un infierno no hacer ruido cuando estoy usando botas.

Me siento segura en la planta baja, papá está sentado en el antecomedor de la cocina, alza la mirada y sonríe detrás de su cuchara.

- —Tu madre se va a volver loca cuando te vea usando esa falda.
- —No me la quitaré —respondo, al tiempo que me dirijo al refrigerador.

Hay una hoja con las instrucciones de la dieta que mamá y yo seguimos, hoy debemos desayunar una taza de avena y medio vaso de jugo.

—No te pedí que lo hicieras.

Sonrío ampliamente por su comentario mientras sirvo leche en un tazón hondo, me siento a un lado de mi padre y agarro su cereal.

- —¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija? —Me señala con el cubierto. Giro los ojos, pero no borro la sonrisa de mi boca—. Estás feliz hoy, ¿eh?
- —Estoy intentando algo diferente, ¿alguna vez te has despertado con las ganas de hacer cambios? Hoy fue uno de esos días.

Los cereales Reese's Puff se sumergen en la leche, recuerdo que comía esto cuando era pequeña, las bolitas oscuras eran mis favoritas. Me sirvo un puñado, un montón de calorías para mis caderas y pechos.

—Me ha pasado —suelta—. ¿Todo está bien contigo en la escuela? ¿Cómo están tus amigas? Hace mucho que no vienen, ¿y Liam? El otro día durante la cena estaban muy serios, ¿ocurrió algo que quieras contarme?

Papá no sabe nada acerca de mi relación con William, él cree que me pidió que fuera su novia por decisión propia, no tiene idea de todos nuestros

problemas y de que sus amigos obligaron a su hijo a estar conmigo. No quiero imaginar lo que papá haría si se llegara a enterar, él adora a Liam, sería una decepción espantosa.

—Todo está genial, las chicas no vienen porque las evaluaciones de fin de curso se acercan, están ocupadas. Liam solo estaba estresado por los entrenamientos.

Me encojo de hombros, llevo el delicioso cereal a mi boca y me deleito con el sabor. Oh, joder, qué rico, ya había olvidado la explosión de sabores.

—¿Ya sabes qué vas a querer de regalo de cumpleaños? Estaba pensando en regalarles a Liam y a ti un viaje antes de que entren a la universidad, ¿qué dices? Puede ser Hawái, Cozumel, Cuba, el lugar que ustedes prefieran.

Casi escupo el cereal. Respiro hondo para que no vea la lucha interna que estoy sufriendo. Dios, es que si le digo que no va a sospechar que está pasando algo, pero no quiero ir con William a ninguno de esos lugares ni a ningún otro.

—Eso es demasiado, papá, además Liam va a estar ocupado si consigue la beca que quiere. Cualquier cosa estará bien.

Chasquea la lengua.

—Ya veré.

No me agrada su respuesta, no digo más para no verme preocupada, espero que se olvide de esa loca idea.

Todo el día he intentado ignorar las miradas asombradas de los estudiantes, no es que esté vistiendo ropa exótica, pero yo soy más de colores pasteles o azules. Al entrar a la cafetería se hace más notorio el escrutinio del alumnado, unos chicos silban cuando paso frente a ellos, los ignoro, voy directo a la barra de los almuerzos sosteniendo una charola.

Indecisa, analizo los contenedores, ¿y si estoy cometiendo una locura y me arrepiento después? Lleno los pulmones de aire, necesito tranquilizarme y no dejar que mi negatividad me domine. Me acerco a la cocinera y le pido dos tacos y una manzana, bien, al menos comeré algo saludable el día de hoy.

Encuentro la mesa que solemos usar, Mirian y Brenda platican con Nathan, frente a ellos y dándome la espalda está William. Empiezo a caminar, temo tropezar y caerme, las miradas puestas en mí comienzan a incomodarme. La ansiedad disminuye cuando llego a mi asiento y coloco la bandeja sobre la mesa, cuatro pares de ojos me enfocan, los cuatro sueltan exclamaciones de sorpresa.

—¡¿Qué demonios estás usando, Hannah?! —chilla Mirian, a continuación, centra la vista en mi bandeja, quiero reírme por la cara que pone—. ¡Tacos! ¡¿Vas a comer tacos?! ¡¿Estás drogada?!

Suelto una risita divertida, ¡qué dramática! Tomo asiento.

- —Yo creo que te ves bien, muy al estilo de Taylor Momsen, apuesto a que mañana todas las chicas se vestirán como tú. —Nathan guiña, le sonrío mostrando todos los dientes.
- —Pues yo no estoy de acuerdo. —Mirian cruza los brazos—. Estás usando un insulto para la moda, no puedes combinar cuero con algodón, ¿y botas? ¿Crees que eres Catwoman? ¡Y los tacos! Te vas a arrepentir mañana.

Abro la boca para responder, pero alguien se me adelanta.

—Deja de ser tan envidiosa, Hannah puede usar y comer lo que se le antoje —dice Liam con tono mordaz.

En la cara de Mirian veo el esfuerzo que está haciendo para no responderle.

Nathan nos salva como siempre, él tiene mucho sentido del humor, podría hacer que el más desgraciado se relajara.

El taco es delicioso, hace mucho tiempo que no comía uno, me lo como tan rápido que ya no tengo espacio en mi estómago para el segundo. Empujo la charola y suelto un suspiro de satisfacción, podría hacer esto... No lo sé, una vez al mes tal vez, sería muy interesante.

Tomo la manzana y la guardo en mi bolso, busco entre el gentío a Oliver, sin embargo, una mano agarra mi mandíbula. Liam gira mi cabeza, obligándome a mirarlo.

—Tienes un poco de salsa aquí —dice. Su pulgar acaricia mi comisura y cepilla mi labio inferior. Lo miro, asombrada, ¿qué se supone que está haciendo? ¿Por qué William Baker actúa como servilleta? Voy a echarme hacia atrás, no obstante, Liam se arrastra y se inclina hacia mí, me siento desfallecer

cuando su lengua lame mi labio, no solo eso, lo toma con los suyos y lo succiona. Daría cualquier cosa por acabar con las mariposas que vuelan en mi vientre. Se hace hacia atrás con una sonrisa—. Listo.

No digo nada, ignoro su coqueteo y miro al frente, sintiéndome indignada. ¿Por qué ha hecho eso?

—Por cierto, te ves increíblemente *sexy* —murmura.

Aprieto los dientes hasta que duelen.

—No estaba buscando tu aprobación —ladro, echando humo por las orejas. Me levanto y salgo de ahí.

A la hora de la salida, busco a Oliver por todos los rincones, no lo he visto en todo el día. Sé que está en alguna parte porque sus amigos estaban fumando detrás del gimnasio. Quiero elevar el puño en el aire tan pronto lo encuentro, simulando una escena de victoria, empiezo a caminar hacia él, sin embargo, el ritmo de mi andar disminuye hasta detenerme. Alguien que conozco muy bien se le acerca y lo abraza. Por alguna razón mi corazón se tambalea.

Doy pasos hacia atrás para que no se percaten de mi presencia, creí que ella lo odiaba, eso nos ha dicho. No se separan, se quedan así por un buen rato. Exhalo aire, ¿por qué está abrazando a Mirian? Camino hacia el lado contrario, alejándome lo más posible. No tengo idea de qué predomina más: la confusión de saber que se hablan en secreto o molestia. Y no debería enojarme, pero lo hace, para mi sorpresa me enoja más de lo que debería.

Me siento tonta por sentirme de esa manera.

Encuentro una banca vacía en el exterior de la escuela, me dejo caer en ella, y miro mis dedos. Quería contarle lo que hice hoy, hablarle acerca de mi aventura siendo diferente, pero verlo con ella me ha decepcionado.

Es decir, la abraza cuando debería odiarla como al resto de nosotros, y a mí me odia sin razón alguna.

—¿Estás bien? —pregunta Nathan, quien toma asiento a mi lado. Le sonrío con tristeza sin mirarlo.

—Sí —susurro.

—¿Estás segura? Porque no luces como si lo estuvieras. Soy tu amigo, Hanny, sé que algo está sucediendo, ¿quieres que hable con Liam?

Abro los párpados, niego fervientemente con la cabeza.

- —No, por primera vez esto no se trata de William, se trata de mí y de lo que quiero hacer con mi vida.
 - —¿Qué quieres hacer?

¿Puedo decirle? ¿Y por qué lo pienso? Es Nathan, es seguro, puedo confiar en él.

- —Necesito empezar a hacer las cosas que quiero y no lo que otros esperan que haga, estoy cansada de cumplir las expectativas de otros menos las mías. Quiero cantar una maldita canción mientras bailo descalza bajo la lluvia, aunque suene mal y rompa los vidrios de la ciudad, quiero maldecir y no sentirme mal por eso, quiero hacerle cosas alocadas a mi cabello y vestir sin importar si es otoño o primavera, si me queda el negro o me queda el blanco. Quiero mandar al carajo a Mirian, Brenda, a Iveth y a Liam... —Detengo mi apasionado discurso de golpe, gruño entre dientes, ¿por qué le dije eso último al mejor amigo de William?—. Disculpa, no quise decir eso.
- —Sí quisiste decirlo. Se lo merece, has aguantado mucho y no es justo para ti. Los dos son mis amigos y los quiero, pero no lo soporto cuando te lastima. —Suspiro—. Me agradas cuando eres tú misma, Hanny.

A mí también, Nathan, a mí también.

No tenía idea de que cenaríamos con los Baker hasta que llego a casa y veo la camioneta del padre de Liam estacionada en la cochera.

Apenas entro me preparo mentalmente para la reacción que tendrá mi madre al verme, no quiero alterarla ni molestarla ni complicarle la vida, solo quiero que entienda que tengo diferente forma de ser a la de ella, no sé cómo voy a lograrlo si durante años he permitido que decida.

Tomo un respiro hondo frente a la entrada del comedor, escucho risas y voces.

«No puedes quedarte parada en este lugar todo el día, Hannah, enfréntala», me digo a mí misma. Doy un paso y luego otro, no me detengo ni volteo a ver a los presentes, hago como si fuera un día normal.

—Buenas noches a todos.

Me detengo frente a mi lugar, estoy por sacar la silla cuando escucho su voz autoritaria.

—Hannah —pronuncia mi nombre con lentitud, como si fuera una advertencia—. Vienes de la escuela, ¿verdad? Por favor sube a tu habitación y ponte algo decente, no puedes recibir visitas usando esa ropa.

Dios, ni que los Baker fueran los reyes de Inglaterra, me conocen desde que estaba en el estómago de Lou, jamás se fijarían en mi guardarropa, son parte de la familia. El problema es mi madre y su locura por alcanzar la perfección, quiere controlar todo lo que tiene al alcance. Yo la adoro, pero no es sano lo que hace.

—No veo lo indecente, he usado ropa más reveladora antes y nunca has dicho nada —digo—. Además, estamos cenando con los Baker, ¿por qué tengo que usar un vestido caro?

Su mirada llamea, deja los platos que sostiene en la mesa, causando un estrépito.

—Precisamente porque son los Baker, son los padres de tu novio, Liam está sentado junto a ti, ¿no te da vergüenza que te vean como una vaga?

No me reconozco, nunca había hecho algo así, mi vida consistía en seguir la rutina regida por mi madre, desear las cosas, pero agachar la cabeza si no eran lo suficientemente buenas para ella. Hoy me siento fuerte, tal vez es la ropa.

—William —hablo mirándolo de reojo—, ¿crees que mi atuendo es horrible y debería cambiarme?

Guarda silencio, puedo escuchar sus respiraciones, puedo sentir su nerviosismo, sé que probablemente mueve su pie debajo de la mesa.

- —No, te ves hermosa —suelta.
- —¿Alguien además de mi madre cree que luzco indecente y que debería ponerme algo más apropiado para una cena tan elegante? —pregunto con sarcasmo. Nadie dice nada, observo a Lou—. ¿Lo ves?

—Hannah, soy tu madre y tienes que obedecerme mientras vivas en esta casa.

Sus cejas están entornadas, me vislumbra con enojo. Me pongo de pie, ya furiosa, y apoyo los puños en la mesa. Desde que vi a Oliver con Mirian he sentido unas estúpidas ganas de golpear la pared, cualquier cosa que se me ponga enfrente. Quiero pensar que por eso estoy reaccionando así, no quiero analizar mi comportamiento, pero decir lo que pienso me hace feliz, me hace sentir como un pajarillo volando contra el viento.

—Una cosa es seguir tus reglas y otra muy diferente que quieras gobernar mi maldita vida —suelto.

Escucho la respiración profunda que da Liam, yo nunca digo maldiciones en voz alta, solo en mis pensamientos. Mi padre abre los párpados con sorpresa, no sé si es una buena señal, tal vez me excedí.

- —¡Debería lavarte la boca con jabón, niña insolente! —exclama—. ¡¡Te he dicho que te pongas otra cosa porque pareces una prostituta!!
- —¡¡Basta ya, Louise!! —grita mi padre—. No voy a permitir que le hables así a mi hija, estás siendo irracional, ¿podemos cenar en paz? Por favor.

Mi madre parpadea repetidas veces, confundida, luce igual que un venado encandilado, tal vez dijo esas palabras sin pensar, en medio de su furia, sin embargo, la pedrada ya me ha calado hasta los huesos.

Una vez escuché que, si quieres salir adelante, ser tú mismo, realizar tus sueños, debes hacerlo lejos cuando tu entorno no te permite progresar. Nunca había pensado de esa manera porque siempre he creído que de nada valen los logros y las alegrías si no tienes con quién compartir. No obstante, justo en este instante, me doy cuenta de que en parte es cierto, no puedo ser yo misma ni realizar mis sueños con Lou detrás de mí todo el tiempo.

—Lo siento, se me quitó el hambre —susurro.

Me levanto y salgo presurosa de ahí, subo las escaleras corriendo. En la estancia de la planta alta tomo aire, me cubro el rostro con las palmas y me apretujo los ojos, no quiero llorar ni sentirme mal, debo recordar que no lo dijo para herirme.

Una vibración me hace salir del aturdimiento, primero no sé lo que está pasando, ¿no había dejado el celular en el bolso? Saco el móvil de la bolsita de

mi falda, no reconozco el número que arroja el identificador, tomo la llamada de todas formas.

- —;Sí?
- -Solecito, ¿estás en tu guarida?

Debería estar enojada, pero escucharlo me saca una sonrisa.

- —No voy a preguntar cómo es que tienes mi número, Doms, ¿eres un acosador?
- —No te emociones, al parecer muchos lo tienen porque eres la presidenta de la sociedad de alumnos. —¡Claro! Por supuesto, ahora todo tiene sentido—. Estoy afuera de tu casa, si no quieres que toque la puerta y me vean, tendrás que venir. Te doy cinco minutos.

Me cuelga, alejo el celular de mi oreja y observo la pantalla iluminada, ¿qué se ha creído? ¿Cómo se atreve a colgarme? Ese pequeño patán, yo le voy a enseñar modales.

Me doy la vuelta para ir a mi habitación y cambiar mi calzado por uno más cómodo. No obstante, choco con el cuerpo de Liam, sus manos me estabilizan aferrando mis hombros. ¡No! ¿Ahora qué?

- -¿Qué haces aquí? -pregunto, seca.
- —Vine a ver cómo estás —responde.

Mi frente se arruga, segundos después comprendo lo que está pasando, lo más probable es que mis padres le pidieron que viniera a revisar.

—Entiendo, diles que estoy bien y que quiero estar sola.

Lo esquivo, acelerada voy hacia mi cuarto.

—¿Quieres que les diga eso a tus padres? Hannah, ¿de verdad estás bien?

¿Qué está mal con William? Caramba. ¿Por qué justo ahora tiene ganas de charlar?

—Ajá, sí, muy bien —digo antes de cerrar la puerta con llave.

Me recargo contra esta por un momento, quiero recuperar el aliento. Me apresuro, casi me parto la cabeza sacándome las botas, me pongo unas balerinas y corro hacia la ventana. Saco medio cuerpo, esperando encontrarlo parado en la entrada, sin embargo, no lo veo. Un claxon se escucha desde la lejanía, ¡no puede ser más tonto! ¿Y si mi madre se asoma y me descubre? ¿Y cómo carajos voy a salir? Ni loca usaré la ventana.

No tengo otra opción más que bajar y salir por la puerta trasera.

Maldigo entre dientes, no puedo creer que esté haciendo esto, complicando mi ya de por sí revuelta existencia por ver a un canalla bondadoso.

Mundoepubgratis.com

ocho

—Ahora sí lo he hecho todo —digo al tiempo que me meto en el coche de Oliver. Enciende el motor y arranca.

—¿Eso crees? Eres muy cobarde como para hacer todo lo interesante.

Su respuesta me hace fruncir el ceño, el día de hoy fui valiente, y se habría enterado si no hubiera estado con Mirian. Controlo las preguntas que quiero hacerle respecto a ella, las retengo. ¿Ellos se ven en secreto o solo fue un encuentro ocasional? ¿Se han visto desde siempre? ¿Por qué Mirian nos dijo que lo odia? Nada tiene sentido, nada cuadra. El abrazo que yo vi en el pasillo no fue obligado.

—Te sorprenderías…

Mientras él maneja hacia algún lugar del que no poseo conocimiento, le cuento lo que hice el día de hoy. Desde el cambio en mi vestimenta, en mis alimentos, hasta lo que sucedió con mi madre antes de que me saliera de la casa a escondidas. La exaltación que experimento al relatar los acontecimientos es celestial.

—Eso es genial —dice al estacionarse frente a un parque. Hago una mueca de disgusto, ¿solo va a decir eso?—. ¿Me acompañas?

No espera mi respuesta, desciende del automóvil. Lanzo un suspiro al tiempo que abro la puerta del copiloto y salgo, la brisa fresca de la noche me pega en la piel, eriza mis poros, el frío me hace sufrir unos cuantos escalofríos. Oliver busca algo en la cajuela, me abrazo a mí misma por el clima helado y porque no sé qué otra cosa hacer. La estupefacción me embarga, él saca un patinete, ¿en serio?

- —¿Me sacaste de mi casa porque quieres compañía mientras juegas con esa cosa? —pregunto, con el humor por los suelos.
 - —No es solo una cosa, se llama Apolonia.
- —Hay hombres que le ponen nombre a su pene, ¿tú le pones nombre a tu patinete? ¿De verdad?

Oliver suelta una risotada a la que le sigue una carcajada estruendosa, cierra la cajuela con fuerza, avienta a Apolonia al piso y la mueve con su pie de adelante hacia atrás.

—No puedo creer que hayas dicho eso en mi presencia —dice, sonriendo de lado.

Me quedo estancada en la acera, viendo cómo se mueve de aquí para allá con Apolonia... Pff, ¡increíble! ¡Estoy perdiendo la razón! Le estoy llamando por su nombre a una cosa inanimada. Respiro profundo e intento tranquilizarme, si sigo así terminaré esposándolo al poste para cuestionarlo, y no, no puede darse cuenta de que estoy un tanto perturbada, no soportaría escuchar sus burlas.

Él hace una pirueta, después otra, y continúa así. Resbala en los filos de las banquetas, hace un saltito que hace que abra los párpados con sorpresa. Me asombra la concentración con la que se maneja.

—¿Es difícil? —Me encuentro preguntando.

Oliver hace un último salto antes de detenerse y enfocarme con una ceja alzada.

—Ven y te muestro. —Acaricia las palabras con la lengua, es como si hubiera dicho algo totalmente diferente... e indecente.

Doy un paso hacia atrás.

- —Ni loca.
- —;Miedo?

Aprieto la mandíbula, tanto que mis dientes comienzan a doler, antes de que pueda pensarlo ya estoy caminando hacia Doms. Quizá vaya a arrepentirme, pero lo único que me interesa es cerrar su boca fanfarrona.

Se ve complacido, acomoda el artefacto en el piso. Me coloco junto al patinete, pongo el pie derecho sobre ella, entonces los nervios empiezan a carcomer mi mente, ¿y si me caigo y me fracturo algún hueso?

—Súbete, el pie derecho adelante y el izquierdo atrás. —Hago lo que dice, sin embargo, pierdo el equilibrio y empiezo a balancearme, siento que estoy en una cuerda floja a metros de distancia del suelo. Temo caerme, miedo que se transforma cuando sus manos agarran mi cadera y me ayudan a estabilizarme. Se ubica en uno de mis costados sin soltarme—. Te tengo, intenta bajar tu pie izquierdo para darte un poco de impulso... Poco, tampoco quiero que salgas volando.

Con dificultad y torpeza lo hago, recorro un par de milímetros, yo siento que son kilómetros.

—Esto no es para mí —digo.

Voy a bajarme, pues he tenido suficiente, sin embargo, piso el filo de Apolonia, quien al parecer me odia por pisarla o por estar con su dueño. Creo que voy a tropezar o a caerme, a partirme la cara... He olvidado que alguien me está sosteniendo, así de nerviosa estoy. Oliver impide que me caiga aferrando mi cintura.

Me quedo en silencio contemplando sus ojos, los cuales son claros a pesar de lo oscuro de la noche, tal vez se deba a que estoy confundida y mareada por el patinete, pero creo que me gustan. A continuación, mi vista cae en su boca, se me corta la respiración, en sus labios que me pasaron humo de cigarrillo y me besaron con pasión. Quiero acercarme, besarlo, y voy a hacerlo. Entonces recuerdo a Mirian abrazándolo en el pasillo, eso basta para recuperar la cordura.

Me echo hacia atrás, escapando de su agarre, respiro hondo varias veces con la intención de ordenar mis pensamientos y me aclaro la garganta.

—No es tan fácil como creí —digo—. Pero no es raro que me resulte difícil, después de todo, no tengo talentos.

Acomodo mi cabello, pues este se despeinó por el aire y los movimientos bruscos, lo cepillo con los dedos, odio tenerlo despeinado. Le doy una mirada de reojo a Doms, quien se ha quedado parado contemplándome con seriedad.

- -; Qué? -pregunto. ; Hice algo mal o por qué me observa de esa manera?
- —¿De qué hablas, Hannah? Eres una erudita, ¿crees que todos pueden hacer las cosas raras que haces en segundos en cálculo o física? ¿Y qué me dices de

que no importa lo que uses, todo se te ve bien? Esa falda se vería horrible en mí.

Esbozo una sonrisa.

—Todas lucirían horribles en ti, seguro tienes las piernas peludas.

Ríe, no de una forma sarcástica o molesta como otras veces, tampoco se está burlando. Agacho la cabeza, afectada por la reacción, nunca he sido una chica divertida, él se está riendo de mi comentario a pesar de eso.

—Pero es de verdad lo que digo —dice, poniéndose serio de nuevo—. Si hasta para no tener talentos hay que ser talentoso.

Se recarga en su auto, anteriormente no me habría recargado en ese metal viejo, sin embargo, hay ciertas cosas que han dejado de importarme desde que lo conocí. Puede sacarme de quicio —tanto por sus actos como por el hecho de que no me gusta que me guste besarlo—, pero me siento agradecida porque me mostró algo que jamás habría descubierto por mi cuenta.

Su brazo roza el mío, miramos al frente, yo estudio el inicio del césped del parque, hay una lata fuera de un bote de basura y una señora con ropa deportiva está corriendo. Es un lindo lugar para venir a pasar el rato.

- —¿Por qué piensas que no tienes talentos? —Su pregunta me sorprende, de todas formas, no lo observo.
- —No soy buena en nada, a veces me gustaría hacer algo genial y divertido como pintar o hacer esculturas, bailar y hacer piruetas, escribir historias, contar chistes, actuar, patinar, cualquier cosa. Antes practicaba básquetbol, pero no era talentosa, era aceptable, por eso la entrenadora no tuvo problema cuando me salí del equipo. En ocasiones creo que lo único que hago bien es sacar buenas calificaciones, y eso es aburrido, yo soy aburrida. No hay cosas interesantes que pueda contarles a las personas, nadie quiere escuchar acerca de lo que me parece interesante en un experimento o sobre el recorrido de la sangre en el cuerpo humano.

¿No dijo Liam eso una vez? Que soy aburrida.

—A mí a veces me gustaría pasar de grado, Hannah, dejar de decepcionar a mi madre, ser más responsable, dejar de hacer tonterías que lastiman a las personas que amo; pero no puedo porque soy un asco en la escuela, en todo menos pintando paredes y haciendo *skate*.

Lo estudio, se pone de lado para mirarme fijamente.

- —Pero al menos eres feliz —susurro.
- —No, solecito, la felicidad es efímera, un día puedo ser el más feliz del mundo y al día siguiente el más desgraciado. —Trago saliva—. ¿Quién te dijo que eres aburrida?
 - —Nadie —digo, mirando hacia otra parte.
- —Ese tal nadie es un imbécil. —Vuelvo a mirarlo—. Todos tenemos días brillantes y días nublados, ese tal nadie tiene frente a él un sol radiante que quiere llenar su cielo de luz, nadie es muy estúpido porque no deja que sus rayos lo iluminen.

El labio inferior comienza a temblarme, ¿de verdad ha dicho eso? Dios mío, me siento vulnerable, es como si estuviera tocando mi alma con oraciones, y me asusta, porque no sé si sabe lo que me está haciendo.

Sus manos ahuecan mi rostro, sus pulgares limpian las lágrimas apenas se asoman.

—Puedes buscarme siempre que sientas la necesidad de contarle a alguien acerca del recorrido de la sangre —murmura.

Suelto una risita temblorosa.

- —Creí que no te agradaba.
- —No me agradan tus amigos ni tu novio y algunas de tus actitudes podrían hacer que me explote el cerebro, pero me agrada la Hannah verdadera, la que tengo frente a mí, la que no se esconde para llorar.
 - —A mí igual.
 - —Deja que salga más a menudo —dice.

Oliver estaciona cerca de mi casa, rebusco en el bolso las llaves con frenetismo, un mal presentimiento me hace retorcer.

- —Mierda —suelto entre dientes, embravecida, ¿cómo las pude haber olvidado? ¡Joder! Solo están las del portón.
 - —Tu boquita sucia me pone.
 - —¡Cállate! —gruño—. No están mis llaves, ¿cómo voy a entrar?

Doms truena los dedos como si se le hubiera ocurrido una buena idea.

- -¿Por qué no tocas el timbre para que te abran? —cuestiona, divertido.
- —Claro, genio, ¿y qué le diré a mi madre? ¿Hola, mamá, me caí de la cama y aparecí en el jardín? —Se carcajea—. No veo lo divertido.
 - —Tranquila, ¿tu ventana tiene seguro? Puedes entrar por ahí —propone.
 - —¡¿Estás loco?! ¿Quieres que me parta la cabeza?
- —Por supuesto que no, yo puedo ayudarte dándote impulso y voy a estar ahí por si resbalas para atraparte.

Suelto un suspiro, ¿en qué momento me convertí en una hija fugitiva que tiene que entrar a su casa como si fuera una ladrona? Su propuesta es loca, pero no tengo muchas opciones, no puedo tocar el timbre.

—De acuerdo.

Salimos del auto y caminamos silenciosos hacia mi hogar, mi respiración agitada es lo único que se escucha, las luces ya están apagadas, lo cual es una buena señal. Pasamos el portón y caminamos por el césped recién regado por las máquinas clavadas en la tierra. Bajo mi ventana hay una cornisa a la que nunca le había prestado atención, ahora luce como si fuera un milagro, me da esperanza, tal vez pueda hacerlo.

- —¿Cómo lo haremos? —cuestiono.
- —Pones tu pie en mis manos y te doy impulso para que llegues.

Me doy la vuelta con los párpados adheridos a la frente, no me había acordado de cierto detalle.

—Pero estoy usando falda —digo.

Su vista baja hasta mis pies, y luego asciende con lentitud, observando mis piernas desnudas, por un momento me siento indefensa, él me mira con tanta intensidad. Su comisura derecha asciende, da un paso hacia mí, yo uno hacia atrás, logra encarcelarme contra una pared.

—Tengo buena suerte. —Aspiro aire por la boca—. He recordado que tienes otro talento.

Uno de sus dedos atrapa las puntas de un mechón de mi cabello, lo acaricia con las yemas sin dejar de soplarme su aliento, sin dejar de escudriñar mi rostro con la mirada.

—;Cuál?

—Tus labios me provocan.

Tengo que recargarme para no desmayarme, este hombre me va a convertir en agua.

- —Eres un descarado, Doms —susurro—. Prométeme que no vas a mirar.
- —Solecito... —susurra muy bajito. Su cabeza desciende, cierro los ojos en el momento en el que siento su aliento frente a mi oído—. No me pidas cosas imposibles.
 - —Por favor. —Suelto un suspiro.

Rodea mi cintura y me aplasta contra la dura superficie, su cuerpo está encima de mí. Y yo... Dios, espero que mis padres no se den cuenta de esto.

- —No puedo prometerte algo que no sé si podré cumplir, esa falda me ha estado molestando todo el rato, no me deja ver por completo lo que hay debajo.
- —Estás loco de remate. —Siento que me falta el aire, ¿cómo puedo resistirme a Oliver Doms? Él no es el más lindo ni educado, pero tiene algo que hace que me tenga en sus brazos—. Para eso sirve la ropa.
- —Debería prohibirse algo tan cruel cuando se tienen esas piernas, estás rompiendo mi corazón.

Divertida, llevo las manos a sus hombros.

- —Si te dejo mirar tendrás que contestar algo. —Alza una ceja, curioso—. Dime por qué no quisiste continuar con la emisora.
- —¿Vas a dejar que me deleite mirando tus bragas a cambio de información que puedes preguntarle al director? —Asiento—. Bien, no quise continuar porque perdió el sentido para mí, en ese tiempo tuve una serie de problemas, empecé a faltar a la radio, así que suspendieron la actividad.
 - —¿Esos problemas ya pasaron?

Me estudia por un instante, rápidamente afirma.

- —Te sacrificaste por saber algo que te habría dicho de todas formas susurra, divertido. Sonrío de oreja a oreja.
- —Quizá no me esté sacrificando. —Me hago hacia adelante y deposito un beso en su comisura. El agarre a mi alrededor se vuelve suave, aprovecho para escaparme de su encierro—. Traigo *short*, genio.

Su mano se cierra en mi muñeca, me da un jalón fuerte y me acerca a él otra vez.

—Me engañaste, solecito, no creas que esto se va a quedar así. —Le doy otro beso en el mismo sitio y me echo hacia atrás.

Oliver me ayuda a subir, ¿cómo hago para no caerme y entrar segura por la ventana? Es un misterio que nunca sabré.

En la mañana, antes de que me vaya a la escuela, mi padre se despide de mí depositando un beso en mi frente. Se irá por unas semanas, él aseguró que regresaría para felicitarme en mi cumpleaños. Solo espero que estos días sin papá no se conviertan en un infierno con mi madre y yo solas en casa.

Mientras saco los libros de la primera clase de mi casillero, Mirian y Brenda no dejan de parlotear, mi mente está en un lugar muy lejos de aquí.

- —¿Hannah? ¿Estás escuchando? —pregunta Brenda mirando de reojo a Mirian.
 - —No, lo siento, estaba en otro mundo, ¿podrían repetirlo?
- —Estábamos diciendo que tu cumpleaños se acerca, es la fiesta más esperada por todos, tenemos que hacer algo increíble, glamuroso, ¿has tenido alguna idea? —Mirian habla demasiado rápido, me cuesta procesar lo que dice.
- —Chicas, estuve pensándolo y preferiría que fuera algo pequeño, ¿si vamos a los bolos o a cenar a algún restaurante y ya?
- —¿Quién crees que eres? Eres Hannah Carson y toda la escuela quiere verla en su cumpleaños. ¿Los bolos? ¿Regresamos al jardín de infantes? —Me ahorro el suspiro de cansancio—. ¡Ya sé! Brenda y yo podemos encargarnos de todo, creo que últimamente estás muy distraída y presionada por la graduación.

Lo que ella no sabe es que no me estoy haciendo cargo de la graduación, solo superviso y apruebo las propuestas, todo lo está haciendo Natalie Drop junto con el club de arte, fotografía, diseño... Prácticamente todos están colaborando. Sin embargo, me muerdo la lengua y asiento.

Me quedo toda la tarde en la biblioteca estudiando para una prueba que rendiremos dentro de unas semanas. Salgo del lugar tan pronto termino, voy a pasar por el pasillo principal, entonces me quedo quieta al distinguir una voz.

Me asomo con cautela, Mirian charla con Oliver, mi ceño se frunce, esta vez no me voy a quedar callada. Me quedo en el mismo sitio, quiero acercarme más porque no logro escuchar, pero no quiero que ella se entere de mi presencia. Al parecer están discutiendo, Mirian zapatea en varias ocasiones, hace eso cada vez que da un berrinche. También se mueve con exageración, mientras él la observa y niega con la cabeza una y otra vez.

La pelirroja se va enfurecida, se queda solo, recargado en un casillero. Respiro profundo antes de salir de mi escondite, sus ojos me encuentran al instante, es como si me estuviera esperando.

- —La próxima vez que juegues a las escondidas acuérdate de que la meta es que no te encuentren —dice.
- —No es la primera vez que te veo con Mirian, el otro día la estabas abrazando en el pasillo. —Ladeo la cabeza, sus gestos son inescrutables, no hace nada y eso no me deja analizar su lenguaje corporal, es frustrante.
 - —Ve directo al grano, solecito.

Me acerco y me ubico a su costado.

- —¿Por qué Mirian nos dijo que la habías besado a la fuerza cuando es evidente que algo más sucedió?
- —Me dijo que le daba miedo lo que pensaras tú, que me tenías en un concepto horrible y que la destruirías delante de todos por estar con un sujeto tan poca cosa como yo —suelta.
- —¿Qué? —pregunto, confundida, seguro es un error porque yo jamás le dije algo parecido a Mirian, yo conocía muy poco a Oliver, y el mal concepto se construyó en mi cabeza después de que Mirian lo acusara diciendo que la había forzado. ¡Esa perra mentirosa!—. Oliver, te juro que yo nunca le dije algo parecido, yo ni siquiera tengo el poder para destruir a alguien, tienes que cree…

Me calla poniendo su palma frente a mi cara.

- —Ya lo sé, Hannah, ahora todo es muy claro, por eso me molestó que me besaras ese día en la fiesta, yo no entendía un carajo.
- —Por eso me odiabas —susurro, comprendiendo ahora su actitud—. ¿La quieres?
- —La quería, es una chica que ha pasado por muchas cosas difíciles, quería ayudarla a salir de eso, apoyarla. No la odio, pero ya no puedo preocuparme por alguien que me miente. Estoy enojado porque sé que me mintió y que ella era la única que no quería que los demás se enteraran de lo nuestro, no supo qué decir y te culpó.

Eso no explica por qué sigue hablándole, aplano mis labios para contenerme, no puedo interrogarlo.

—Te gusta arreglar cosas —suelto, mirando hacia otro lado.

Tal vez Mirian y yo no somos tan diferentes, las dos estamos rotas, cada una a su manera, y cada una tiene su propia forma de lidiar con ello.

—Tú no estás descompuesta.

Mundoepubgratis.com

nueve

Oliver y yo salimos de la escuela y nos sentamos en una jardinera, hay gente alrededor que me observa, tal vez preguntándose qué hago con él, y me sorprende que ya no me importe lo que piensen respecto a nuestra extraña amistad... O lo que sea.

Me ha dado tantas lecciones, me ha abierto los ojos, nunca una persona hizo algo así por mí, de no ser por él yo seguiría llorando por todos los rincones, quizá sigo llorando, pero al menos ya sé que mis decisiones no han sido buenas.

—;Me quieres contar acerca de ese tal nadie?

Me relajo en mi asiento y tomo aire, observo mis dedos temblorosos.

- —Ese tal nadie es el hijo del socio de papá y de la mejor amiga de mi madre, lo conozco desde siempre, era mi mejor amigo. —Sonrío con tristeza—. Nunca me han gustado las cenas de negocios y todas esas cosas aburridas, así que estar con él y salir a jugar era divertido, como tener un cómplice de crímenes. Luego crecimos y sucedió, me empezó a gustar, me percaté de ello cuando él tuvo su primera cita con otra chica, se me ocurrió la estúpida idea de contarle a mi madre porque era mi amiga. Los padres de Liam lo obligaron a salir conmigo para conservar el bienestar del negocio. Lo intentamos al principio, pero después todo se fue al demonio.
- —¿Lo sigues amando a pesar de todas las cosas que te ha hecho? Porque me he dado cuenta de muchas, Hannah.

Evito mirarlo por la vergüenza, sí, estoy avergonzada por permitir, por callar, por agachar la cabeza. Oliver se estira y captura mi barbilla con su pulgar e índice, me obliga a encararlo.

- —Eso mismo me pregunto yo todo el tiempo, no lo sé, no sé si lo sigo queriendo o es solo una costumbre, rutina.
- —Está mal acostumbrarse a que te lastimen, solecito, nadie tiene el derecho de dañarte, ni siquiera si amas a esa persona. El amor no duele, la obsesión sí.

Nos quedamos callados por un instante, sus ojos me observan, yo lo observo, sintiendo sus dedos quemando mi piel. Son verdes y claros, como si estuviera en un estanque, hay calma y tranquilidad. Me encantan, eso me asusta, sin embargo, es esa clase de miedo que te vuelve adicta por la adrenalina que te hace sentir, como ver una película de misterio, podría ver sus ojos todo el tiempo.

- —Creo que tú y yo a partir de ahora somos amigos y confidentes —digo. Le doy un empujón juguetón con mi hombro, Oliver sonríe de lado.
- —No le digas a nadie o se burlarán de mí. —Le propino un codazo en el torso—. *Auch*, era una broma.

El día siguiente, a eso de las doce, me encuentro al director en medio del pasillo. Le sonrío, voy a seguir mi camino, pero su voz me detiene.

- —Señorita Carson, me alegra muchísimo saber que al fin se decidió y aceptó ir. —Me lo quedo mirando con confusión. Es un tipo alto y con escaso cabello, el poco que tiene es de color blanco grisáceo.
 - —;Disculpe?
- —Su madre me llamó esta mañana para notificarme que ha aceptado ir a las Olimpiadas Académicas por tercer año consecutivo, es un honor que represente a la institución.

El estómago se me revuelve, ¿es que mi madre nunca va a aceptar un no por respuesta? ¿Siempre tendré que hacer lo que ella desea? Aprieto los dientes, los puños y hago un esfuerzo inmenso por no ponerme a maldecir frente al director.

—Lo lamento, director Boice, me siento halagada, pero no acepté ir a las Olimpiadas este año, es por eso por lo que no he ido a comunicarle una respuesta positiva a su oficina. No sé por qué mi madre le ha dicho eso si le dije

hace unos días mi decisión, le pido una disculpa en su nombre y el mío — digo, queriendo ser cortés, aunque por dentro soy un volcán a punto de estallar.

—¡Vaya! Es una pena, señorita Carson, nos hubiera gustado que nos acompañara, pero seguro que el ingreso a la universidad y la graduación son suficientes preocupaciones por ahora. —Él me sonríe con calidez, asiento—. Me saluda a su madre.

Espero que se aleje para bufar, me tallo el rostro con las palmas, y hago lo único que antes lograba calmarme. Camino hacia el gimnasio esquivando a las personas, ni siquiera me fijo en dónde piso, solo sé que tengo que ir ahí y hacer cualquier cosa para no ir corriendo a casa a gritarle a Louise. ¿Piensa que porque mi padre está fuera de la ciudad puede hacer lo que se le antoje conmigo? Pues está equivocada.

Cada vez que piso una cancha, es imposible no recordar las veces que jugué con papá, él me arrojaba la pelota y me animaba a encestar mientras mi madre nos animaba sacudiendo los brazos. ¿Dónde quedó esa familia? ¿Acaso nunca existió y todo fue producto de mi imaginación? ¿En qué momento nos perdimos? Ahora somos unos desconocidos.

Afortunadamente está vacío, me adentro en el lugar, aviento mi bolso al suelo y voy por una de las pelotas apiladas en una canastilla. Tomo el balón naranja entre los dedos, mis yemas sienten las porosidades. Me quito los zapatos, sintiendo la emoción recorriéndome.

Boto la pelota, me acerco a la canasta y tiro, entra en la red y regresa conmigo. Repito el movimiento, una y otra vez, me muevo de lugar, la arrojo con fuerza, salto, grito, el eco se escucha por todas partes. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero trago fuerte porque no quiero llorar, no lo haré, no por algo tan estúpido e insignificante; no lo haré porque no vale la pena.

Estoy cansada de que las personas crean que pueden pisotearme, que mi determinación flaqueará si me empujan con más fuerza, que no tengo la capacidad de ser alguien diferente, estoy harta de que mi madre quiera hacer una copia exacta suya y cumplir los deseos que no pudo realizar.

Arrojo tantas veces la pelota que al final ni siquiera sé si he encestado, solo la aviento con rabia, con ganas de derribar las montañas que se presentan una y

otra vez en mi camino.

Mi respiración se vuelve pesada, falla, el sudor recorre mi cuello, mi nuca, mis brazos. Me quedo quieta, agotada, viendo fijamente una línea azul pintada en el suelo.

- —¿Hanny? ¿Está todo bien? —La voz de Nathan me trae de regreso, me doy la vuelta para enfrentarlo.
 - —Sí, solo una situación con mi madre que me hizo enojar —digo, agitada.

Él se acerca dando zancadas, me ofrece una sonrisa sincera.

- —¿Qué hizo Lou esta vez? —cuestiona.
- —La pregunta correcta sería: ¿qué no hace mi madre? —Suspiro—. Le dijo al director Boice que iría a las Olimpiadas a pesar de que le dije que no quería ir.
 - —¿Entonces irás? —Hace una mueca.
 - —No, le dije a Boice que no iría.

Su sonrisa incrementa.

—Esa es mi chica. —Me da un golpecito en el hombro, al menos ya ha pasado un poco la rabia del momento, Nathan tiene poderes mágicos—. Hace mucho que no te veía jugar, sigues haciéndolo bien.

Me río. Momento seguido, Nathaniel da otro paso y queda a escasa distancia. Su mano atrapa un mechón de mi cabello y lo pone detrás de mi oreja, resbala sus dedos hasta las puntas.

- —Te ves hermosa —dice.
- —¿De qué hablas? Estoy llena de sudor, despeinada y, seguramente, apesto.
- —Me gustas así, siempre me gustó verte jugar —murmura. Me quedo quieta, un tanto confundida porque está demasiado cerca, mucho, y jamás me había mirado como lo está haciendo, ¿tengo que correr o qué?—. No entiendo cómo William es tan tonto como para no pasar todo el día viendo tus ojitos.

¡Maldición!

Jalo aire por la boca, ¿qué demonios está pasando? Me alarmo cuando da otro paso, su mirada se concentra en mis labios, es momento de escapar. Nathan no puede besarme, es el mejor amigo de Liam, es... Simplemente no es correcto. No.

Voy a dar un paso atrás, no obstante, un grupo entra al gimnasio, interrumpiéndonos. Eso lo he sentido como un milagro, ¡el mundo está de cabeza! Alcanzo a ver que Oliver entra al sitio, también siento su mirada puesta en mí, sin embargo, no le presto atención porque mi principal meta en este momento es largarme. Me aclaro la garganta.

—Tengo que irme, ¿nos vemos luego? —Nathan asiente y guiña.

Dejo libre la pelota, corro para recoger el bolso y después los zapatos, es la última vez que dejo mis cosas esparcidas en un lugar, uno nunca sabe cuándo va a tener que hacer una salida de emergencia, todos los segundos cuentan.

Entro a los vestidores, con premura voy hacia las duchas agarrando una toalla, ¡demonios! ¡Mierda! ¡Joder! ¿Qué ha sido todo eso? ¿Por qué Nathaniel quería besarme? ¿O ya me estoy volviendo loca y creí que lo haría? Cuando me meto debajo del chorro de agua tibia me ruego calma, no voy a salir de aquí si no me controlo, porque alguien podría descubrirlo y no creo que sea algo bueno, él es el mejor amigo de mi novio. Yo nunca le haría nada malo a William, aunque ni siquiera estoy segura de que le importe.

Pocos minutos después salgo de la ducha envuelta en la toalla, voy hacia mi casillero para buscar mi ropa interior y el cambio de ropa. Sin quitarme dicha envoltura, me pongo las bragas. Por supuesto que no estoy preparada para lo que sucede enseguida.

Veo el momento en el cual Oliver Doms entra a los vestidores viéndose agitado, jadeante. Me quedo estupefacta por el impacto, voy a gritarle que salga, ¡estoy desnuda! ¡¿Qué carajos tiene en el cerebro?! Sin embargo, vuelvo a ser asaltada, me derrumba.

—¡¿Qué demonios está mal contigo?! —cuestiono, alterada. Él enreda los brazos en mi cintura y me obliga a caminar de espaldas. Mis manos vuelan para apresar la toalla, puede caerse—. Eres un aprovechado.

—Cállate.

Me zarandeo, pero es imposible porque tengo una mano ocupada aferrando la toalla. Oliver me empuja contra una pared que queda escondida de los casilleros, es como un hueco. Pienso recriminarle esta grosería, no obstante, antes de poder pensar los reclamos, sus labios devoran mi boca. Al principio no logro comprender qué es lo que está pasando, pero sus manos recorren mi

cintura, me empujan hacia él, haciendo que mis pechos se aplasten contra el suyo. Dios, estoy tan indefensa, solo una delgada tela me separa, si alguien entra y nos ve va a pensar lo peor. Y es que lo es. Estoy con un chico que no es mi novio escondida en los vestidores con nada más que con bragas y una toalla.

Su lengua lame mi labio inferior, suelto un suspiro que le permite adentrarse y saquearme la boca, absorberme. Pronto me olvido de quién soy y dónde me encuentro. Quiero colgarme de su cuello, pero no puedo soltar la toalla. Sumerjo mi mano libre en su cabello, Oliver suelta un gruñido que repercute en los poros de mi piel. Me pongo de puntitas, sus manos bajan por mi columna vertebral, me pregunto qué tanto la toalla cubre mi trasero.

Me echo hacia atrás, planeando alejarme, pero tal parece que tiene otros planes, empieza a besar mi barbilla y corre hacia la base de mi oreja, donde respira y me ocasiona una sacudida violenta.

- —Por favor, estoy desnuda, Oliver —susurro con el timbre entrecortado.
- —Mmm, eso ya lo sé, solecito ardiente, esta toalla es muy delgada.

Mis orejas se ponen calientes.

- —Al menos deja que me vista, por favor —pido.
- —¿Vas a volver aquí? —Alza una ceja. Afirmo—. De acuerdo.

Tan pronto me suelta me encamino a mi casillero una vez más, con torpeza cojo mi *short* coral y mi blusa blanca con holanes. Compruebo que no esté mirando, solo entonces me quito la toalla y me pongo el sostén, me visto muy rápido.

- —Por cierto, ¿por qué estás haciendo esto? —cuestiono al tiempo que calzo unas balerinas.
 - —Para que no se te olvide lo que es besar.

Guardo mis objetos personales y regreso al escondite, está recargado en la pared con los brazos cruzados. Sonríe de lado al verme.

—Oye, Doms, creo que deberías intentarlo de nuevo, porque no me ha quedado claro cómo es que se besa.

Se lame el labio inferior con seriedad. ¡Maldito infeliz mojabragas!

—Ven aquí.

Me acerco sin poner objeciones, tiene algo que me resulta irresistible, incluso cuando no estoy siendo decente, me estoy comportando como alguien

totalmente diferente a mí.

- —¿No quieres que te ayude a estudiar para que pases tus exámenes finales? —pregunto mientras me envuelve con sus brazos nuevamente.
 - —¿Me ayudarías? —cuestiona con una sonrisita traviesa.
 - —Sí, puedo hacerlo.
- —Muy bien, en mi casa, la tuya es muy pomposa. —Me muerdo el labio para no carcajearme, su ceño se frunce y su vista cae en dicho punto—. Hannah.

Oliver vuelve a besarme, más lento, más calmado, pero definitivamente más caliente. Una explosión de sensaciones me recorre por todas partes, sus manos caen en mis caderas y me empujan hacia él. Me cuelgo de su cuello, ahora sí, y me dejo llevar.

El tiempo transcurre, no sé cuánto pasa ni qué hora es cuando escuchamos ruidos, dejamos de besarnos, tacones resuenan y dos voces femeninas que conozco bien llegan a mis oídos.

- —¿Y viste lo que estaba usando el otro día? No sé qué está pasando con ella —dice Mirian.
 - —¿En serio nos haremos cargo de la fiesta?
- —Nos haremos cargo, tengo algo preparado para ese día, solo esperemos que Hannah no lo arruine con su actitud de monja. —Las dos se carcajean. Solo estoy confirmando lo obvio, no les agrado.

Mueven algunas cosas, luego se marchan pisando fuerte, yo suelto el aire que estaba conteniendo.

- —¿Esas son tus amigas? ¿En serio? Mereces algo mejor, eres inteligente, linda y besas bien —dice.
 - —Has admitido que soy linda —respondo haciendo un puchero coqueto.

Acerca su boca a la mía de nuevo, con sus dientes captura el labio inferior, lo succiona. Dios... Este hombre me pone muy caliente.

—Yo nunca dije lo contrario.

Lo ayudo a salir de los vestidores cuidando que no haya moros en la costa, él corre hacia las gradas, yo me quedo en el interior recobrando el aliento.

Me quedo sola, toco mis labios con una sonrisa, ¿eso se siente al besar a alguien que realmente quiere besarte? Es intenso, abrumador.

Mundoepubgratis.com

diez

Más tarde, estoy teniendo un momento de relajación en mi habitación con el pijama puesto, hago que suene mi disco favorito de Shawn Mendes y tarareo *Stitches* mientras me pinto las uñas de los pies de color negro, el separador de dedos facilita mi tarea.

Tocan la puerta dos veces, la abren sin esperar que autorice la entrada, Liam cruza el umbral y viene directo hacia mí.

- —¿Quién te dejó subir? —indago.
- —Tu madre.

Todo el día he intentado hablar con ella, pero está evitándome, por lo que no he podido reclamarle por haberle dicho al director Boice que concursaría en las Olimpiadas. No me gusta crear problemas entre nosotras, mucho menos cuando nuestra relación no está en su mejor momento, pero no voy a permitir que siga ignorando lo que digo.

William se deja caer en el borde de la cama en total silencio, su cabello está mojado, seguramente acaba de salir del entrenamiento. Serio, observa cómo lleno de color mis uñas. Espero que diga algo, cualquier cosa, los minutos siguen pasando y no lo hace, se queda en la misma posición. De pronto, me arrebata el pequeño bote de esmalte y coge mi pie, lo pone sobre su muslo y continúa con el trabajo. Frunzo el ceño.

- -; Estás bien? -cuestiono, definitivamente está sucediendo algo.
- —No, no lo sé. —Lo noto distante, lejano, quizá hasta triste. Y también me parece extraño que haya aparecido de la nada, por lo general viene cuando sus padres vienen a cenar u algo por el estilo, aunque en el pasado casi éramos inseparables—. ¿Harás algo para tu cumpleaños?

- —Mirian y Brenda quieren hacer una fiesta, no estoy segura de querer ir, tal vez me quede aquí y vea *The Walking Dead* con un montón de papas fritas y ositos de goma.
 - —Ositos remojados en vodka.

Suelto una risita, el recuerdo aparece frente a mí como si hubiera sido ayer. Cuando teníamos dieciséis años nuestros padres nos obligaron a asistir a una cena de negocios muy importante y extremadamente aburrida. William llevaba ositos de goma en uno de los bolsillos de su traje, conseguimos una copa de vodka sin que los cocineros se dieran cuenta y llenamos el techo de uno de los baños con gomitas. Fue muy divertido.

- —Esa es una buena idea —murmuro.
- —Hace mucho que no platicamos, ¿cómo van las cosas con tus padres?

¿Hace mucho que no platicamos? Hace años que no se sienta a conversar conmigo, él siempre tiene algo que hacer. Creo que la última vez fue antes de que le entregara mi virginidad. Lo que sabe de mí y mi familia es porque Rianna se lo cuenta, no porque venga a charlar como ahora.

- —Igual que siempre, peleas y más peleas, ya lo has visto, no entiendo por qué no se divorcian —digo. Me callo, ¿cómo puedo preguntarme eso si yo estoy saliendo con un chico que no me quiere? ¿Por qué no dejo a Liam? Esa sería la pregunta que debería hacerme—. ¿Y en casa de tus padres?
- —Tengo miedo de decepcionarlos, Hanny, quieren que gane una beca en una de las universidades más importantes de la ciudad, así que no puedo fallar —dice, deteniendo las pinceladas y enfocándome—. Los entrenamientos cada vez son más pesados, el entrenador no deja de exigirnos. Los exámenes se acercan, siento que me estoy ahogando.

Su atención vuelve a mis uñas.

- —Te entiendo, cada día que pasa nos acercamos más al comienzo de una nueva etapa donde se supone que seremos adultos y deberíamos ser responsables —digo. Liam cierra el bote de esmalte y le da un apretón a mi pie, me asomo para poder verlas y chiflo—. Eres todo un Picasso, muchas gracias.
- —¿Ya decidiste a qué universidad vas a ir? —pregunta. Alejo mis pies y abrazo mis rodillas—. Creí que querías ir a la misma que yo, pero el otro día en la cena dijiste que no sabías.

—Mi madre quiere que entre a esa, pero no me gusta, ni siquiera sé qué quiero estudiar, tal vez me tome un año sabático para pensarlo.

No se lo he dicho a nadie, he estado pensando en que quizá pueda esperar, no precipitarme eligiendo algo que al final terminaré odiando. Después de todo, se trata de mi vida y mi futuro.

Los párpados de Liam se abren con sorpresa.

—¡Vaya! Eso suena como algo que Hannah Carson no diría. —Me encojo de hombros—. Tu padre me dijo acerca del viaje para tu cumpleaños, tal vez si vamos podríamos… No sé, platicar, alejarnos del estrés, pasar un tiempo juntos, solos tú y yo.

Miro una pelusa en mi edredón, inmediatamente la arranco, mis dedos juegan con ella.

Eso me gano por no decirle a mi padre que William y yo estamos a un paso de terminar, solo tengo que atreverme a hacerlo, a no tenerle miedo a lo que pueda suceder si lo hago porque él jamás lo hará, me lo dijo una vez. Es tan triste que se ofrezca a ir a un viaje conmigo solo para que no lo regañen, tan triste que actúe como si de verdad quisiera, ya no puedo distinguir cuándo miente y cuándo no lo hace, cuándo finge, cuándo actúa. Ya estoy tan acostumbrada que ni siquiera me asombra.

Tomo un respiro, me quito los separadores y me pongo de pie, me acerco al tocador, abro el cajón y guardo mis utensilios.

- —Le dije que un viaje era demasiado y que prefería quedarme aquí.
- —Le dijiste que no porque estaría ocupado, y ni siquiera me lo preguntaste.
- —Le doy la espalda, ¿por qué está haciendo esto? ¿Por qué está aquí?—. No he salido con Iveth, Hannah.

Me doy la vuelta para enfrentarlo, me abrazo a mí misma, sintiéndome pequeña frente a él.

- —Es tu vida, Liam, no tienes por qué darme explicaciones —suelto.
- —Lo sé, pero quería que lo supieras.
- —Sí, bueno... no te preocupes.

No le digo que debería dejar de mentir, que no hace falta que me esconda la verdad, es demasiado obvio que han sucedido cosas de las que no tengo

conocimiento, si no les importa coquetear y besarse cuando estoy frente a ellos, ¿qué no harán cuando nadie los ve? No soy estúpida.

—Mirian me dijo que has pasado mucho tiempo en la biblioteca, ¿tienes algún trabajo? ¿Quieres que te ayude con algo? No soy tan listo como tú, pero quizá pueda ayudar. —Me atraganto al escucharlo, el recuerdo de Oliver se cruza en mis pensamientos, su aliento, sus manos en mi espalda, sus dientes mordiendo mi labio, sus ojos recorriendo mi cuerpo. Me provoca una descarga, acto seguido me regaño porque no es un buen momento para recordar esas cosas—. ¿Hanny?

—Eh, no, no te preocupes, solo he hecho algunas tareas, no es para tanto, ya sabes que a Mirian le gusta exagerar —le quito importancia al asunto. No sé por qué Mirian está metiendo sus narices donde no debe.

—También me dijo que te ha visto con Nathan en varias ocasiones, ¿está todo bien? —Veo que se pone de pie, dando pasos cortos y lentos se aproxima a mí, sus manos toman mis hombros—. ¿Te ha estado molestando? ¿Quieres que le diga que pare?

—No, Nathan no me molesta. —No me agrada cómo entrecierra los ojos, ¿Mirian nos vio en el gimnasio? ¿Eso le dijo?—. En serio, es tu mejor amigo, ¿por qué me molestaría?

—Tienes razón. —Suspira. El silencio que sigue me pone de los nervios, mucho más porque no deja de observarme, sus comisuras tiemblan—. Mi punto débil siempre será verte en pijama, ese pequeño *short* es uno de mis favoritos.

Me obligo a mantener la calma, William está haciendo lo que hace cada vez que se siente solo o inseguro, viene corriendo a casa para que lo consuele. Debo mantenerme fuerte, sin embargo, siento que mi fortaleza se agrieta cuando deposita un beso en mi mejilla, muy cerca de la comisura. Se queda ahí, con sus labios sobre mi piel, mirando mis ojos como si me estuviera pidiendo permiso para hacer el siguiente movimiento.

Las mariposas empiezan a revolotear, el cosquilleo característico que me recorre cuando me toca me hace temblar. Un recuerdo surge en ese instante, todo lo que dijo el día de la fiesta se me ha quedado grabado, cada palabra

puedo revivirla, sentirla apuñalándome el corazón, acabando con las mariposas que hay en mi interior.

Tomo un respiro profundo y me echo hacia atrás con una sonrisa tensa, no investigo su reacción, me encamino de regreso al colchón.

—Deberías regresar a casa, a Rianna no le gusta que llegues tarde después de los entrenamientos —digo.

Se queda estancado donde lo dejé por un par de segundos, se gira y asiente con una sonrisa, con un gesto que me hubiera parecido adorable si no me sintiera tan dolida.

—De acuerdo, hablamos mañana.

Puedo respirar tranquila hasta que me quedo en soledad, no entiendo qué acaba de pasar, así que no le doy vueltas al asunto, me voy directo a la cama y entierro la cara en la almohada.

El jueves me refugio en la biblioteca durante mis horas libres, los pasillos de la escuela están abarrotados de estudiantes, jugadores y animadoras animando al equipo de fútbol. Mañana habrá otro partido, la temporada va a terminar pronto, todos están eufóricos, hondean banderas, llevan el rostro pintado y gritan como dementes.

Me siento en una banca cerca de una ventana, es mi rincón favorito. Saco mis utensilios y mi cuaderno de Artes, el cual está lleno de cosas espantosas que asustarían a cualquiera. El profesor Carmichael nos encargó de tarea hacer un dibujo creativo donde el tema central sea algo que nos guste y que utilicemos vectores o ilustraciones. Me quedo mirando la hoja en blanco, tal vez si la miro lo suficiente empiece a crear la tarea sola.

Una risa hace que levante la cabeza, a unas cuantas mesas se encuentra Natalie Drop, está sentada con su amiga y con Shawn. Ella se carcajea tan fuerte que temo que la bibliotecaria vaya a sacarla, pero solo le pide que guarde silencio.

Se me sale una sonrisa cuando continúa riendo, se pone las palmas en la boca, intentando callar su diversión, me gustaría saber qué le parece tan gracioso. A veces creo que, si tuviera a personas como ella a mi alrededor, no todo sería tan difícil, pues realmente serían mis amigos, de verdad les importaría.

En ocasiones me gustaría ser como ella, tal vez la mayor parte del tiempo, rodeada de amigos que la quieren, de un chico que la ama y de una familia que la cuida, he visto a sus padres, a sus hermanos. Natalie Drop siempre tiene una sonrisa en la cara, una real, y además tiene un corazón enorme. Es decir, me perdonó después de haberla lastimado, aunque nunca fue mi intención herirla, muchas veces intenté que fuéramos amigas, le hablaba en la clase de Artes, pero nunca funcionó. Cuando Shawn me dijo que ella se sentía intimidada por mí, comprendí las razones por las que mis intentos habían fallado, y me tragué las ganas de decirle que no había nada intimidante en mí, no hay nada tan vivo como lo que ella puede ofrecer. ¿Quién se fijaría en mí estando ella en el mapa? Alejo la mirada y vuelvo a la hoja en blanco, podría comparar a Natalie con

Shawn solía ser mi único amigo, él me escuchaba, me veía llorar, me animaba a levantarme, siempre me quiso, intenté quererlo, quise enamorarme de él con tanta fuerza que terminé arruinando nuestra amistad. Y lo extraño, sobre todo ahora que me siento diferente, se hubiera sentido orgulloso; pero no pienso lastimarlos más, no después de que casi separo a dos personas que se aman. Ellos son buenos, no como yo, que lastimo a todos los que me rodean, a mí misma.

un cuadro lleno de colores, de texturas, de dibujos; yo soy la hoja impoluta.

A pesar de todo, estoy feliz de que estén juntos, las cosas entre Shawn y yo jamás habrían funcionado. Estoy demasiado rota como para amar a alguien.

Lanzo un suspiro, no podré hacer la tarea, si fueran cálculos o fórmulas sería más fácil.

—¿Está todo bien, Han?

Busco a la dueña de esa voz y me encuentro con la sonrisa amistosa de Kealsey Bowers, la chica que toca la guitarra en los concursos de música y tiene una voz muy bonita. Compartimos algunas clases juntas, empecé a hablarle desde que le pedí que cantara en el auditorio en el festival de San Valentín.

—La verdad no, tengo que hacer el trabajo de Artes y soy un asco. Se ríe entre dientes y se asoma para ver el contenido de mi hoja.

- —¿Qué tienes en mente? Yo hice el vector de una guitarra y lo decoré con flores y estrellas porque me gustan.
 - —No sé, ninguna idea me parece suficiente —digo.
- —«La mujer nunca podrá encontrar un objeto que realmente colme sus expectativas...» —recita en un susurro. Es una frase de mi libro favorito.
- —«...por la sencilla razón de que no existe» —termino por ella—. Anna Karenina.
- —¡Sí! ¡Lo supiste! Es una mierda que nunca conozcan ese libro. —Lanza un bufido y deja caer su mochila en el suelo, arrastra una silla hacia atrás y me arrebata la hoja—. Voy a ayudarte con la única condición de que me dejes tocar una canción en la fiesta de graduación.

Kealsey me ayuda a dibujar, le pido que trace el vector de una mujer, ya después veré qué hago con eso.

Más tarde me topo con Nathan, está parado en una esquina, escaneando el océano de estudiantes, sus ojos me encuentran, acto seguido se aproxima. Genial, espero que no traiga malas noticias.

- —Hola, Hanny —dice al detenerse a unos pasos de distancia. Le doy una sonrisa.
 - —Hola.
- —¿Tienes un minuto? —Afirmo con un sonido nasal—. Quiero pedirte que no le digas a William lo que pasó el otro día en el gimnasio, ayer se me acercó furibundo, Mirian le contó que nos vio platicando muy cerca y muy amistosos, y él estaba un poco molesto... Poco es nada, estaba muy enojado, por un momento creí que me golpearía.

Mi ceño se tensa, eso es extraño.

- —Sí, ayer fue a mi casa y me preguntó si me estabas molestando. —Nathan gira los ojos—. Pero no te preocupes, le dije que no pasaba nada, que eres su mejor amigo, y no mencioné lo del gimnasio.
- —Gracias, no sé qué me pasó, es que te veías muy linda y de pronto dejaste de ser la chica de mi mejor amigo. Por Dios, eres una de mis mejores amigas,

no sé qué carajos se me cruzó por la cabeza.

Luce realmente confundido, se me escapa una risita al ver su rostro preocupado.

—No le diré nada, gracias por aclararlo, porque estaba preocupada.

Su sonrisa vuelve.

Juntos nos dirigimos a la cafetería, vamos por nuestra comida y luego buscamos la mesa. Mirian, Brenda y Liam ya están sentados. Ninguno dice nada cuando Nathaniel y yo llegamos, siguen conversando. Noto cierta tensión, los puños de William están blancos, por debajo de mis pestañas distingo la mirada potente que le da a Nathan.

Voy hacia la salida, perdida en mi teléfono móvil, cuando una mano me agarra el codo y me jala. Suelto un gritito de asombro, su mano cubre mi boca. Oliver me arrincona contra una pared que queda escondida del resto del alumnado, ¿cómo encuentra estos lugares secretos? Está sonriendo.

—Mañana tengo una competencia de skate, ¿irías conmigo? Yo paso por ti.

Apoya una de sus manos en el costado de mi cabeza, pego la espalda a la pared para buscar soporte. Huele a perfume de chico mezclado con nicotina. Tiene puesto un gorro de lana, mis dedos pican por quitárselo y peinar su cabello. Tengo que hacer un esfuerzo y no rodear su cuello con los brazos ni ponerme de puntitas para besar sus labios.

- -; Es una cita? -cuestiono, mordiéndome el labio para no sonreír.
- —No será una cita. —Oh, eso se sintió como un balde de agua fría—. Lo que recaudemos será donado a la fundación con la que colaboro, creí que te gustaría ir.

Se me queda mirando, analizando mis facciones, me siento avergonzada por haber pensado que tendríamos una cita, solo a mí me pasan estas cosas, pero termino aceptando por alguna razón descabellada.

Se despide de mí con un guiño, me quedo sola mirando una pared blanca y un trapeador. Me asomo por mera curiosidad, Liam está en la entrada de la escuela, tamborileando el pie en el suelo. Me está esperando. Vuelvo a esconderme, miro la pantalla de mi celular y busco su nombre, me debato mentalmente entre hacerlo o no, abro la conversación y tecleo.

«Me fui con una amiga, XO».

Observo que saca su celular del bolsillo de su pantalón, lo mira por un segundo y vuelve a guardarlo. No salgo de mi escondite hasta que se marcha.

Mundoepubgratis.com

once

Paso toda la tarde recluida en mi habitación, me pongo los auriculares y me siento en el suelo con el dibujo que Kealsey hizo para mí. Le quedó genial, a pesar de que aseguró que no sabe dibujar. Es la silueta de cuerpo completo de una chica con el cabello recogido en una cebolla alta, hay cabellos que no se dejan controlar por el moño. Miro mi lápiz, el dibujo, vuelvo a suspirar. ¿Qué cosa me gusta?

Mi vista cae en la colección de revistas *Vogue*, las tengo desde los trece. Me pongo de pie y tomo una, paseo por las hojas viendo las modelos, los bolsos, las pasarelas. Luego estudio mi armario abierto, ¿qué me gustaría? Deshacerme de toda esa ropa que no elegí yo y vestirme a mi manera. Claro que no puedo hacerlo porque no puedo andar desnuda por las calles.

Entonces se me ocurre algo que me hace sonreír, voy por unas tijeras y pegamento, regreso a mi asiento en el piso. No me detengo a pensar en la revista, sé que al final me voy a arrepentir, ha sido mi bebé por mucho tiempo. Si no puedo dibujar, tal vez pueda hacer otra cosa. Cierro los ojos e imagino cómo me gustaría vestir, acto seguido, recorto pedazos de papel que me parecen interesantes. No ropa usada por modelos, no, formo yo misma la ropa con los recortes. Parte por parte, aunque sean diminutas.

No me duermo hasta que la última pieza queda en su lugar.

El profesor Carmichael observa detenidamente mi tarea, incluso le da vueltas, después me estudia. Yo no sé qué hacer, así que permanezco impasible, espero

que no me ponga una nota muy baja, esta clase va a arruinar mi promedio.

- —No es lo que pedí, ¿cómo se te ocurrió hacer esto y qué significa? Joder, ¿lo he molestado? Me aclaro la garganta, siento sed y nerviosismo. Jamás he tenido que darle explicaciones a un profesor.
- —Y-yo, no sé dibujar... E-estaba en mi habitación con toda esta ropa que no me gusta, pero tengo que usar, no es mi estilo... C-creí que podía imaginar y... —Maldición, creo que estoy sudando—. Hice algo que me gustaría usar.

Sus ojos evaluativos regresan a mi pobre dibujo lleno de recortes, no es feo, sin embargo, Carmichael pidió otra cosa, no hacer un *collage*.

—Te daré la nota más alta si me prometes que algún día comprarás una máquina para coser, hilo, aguja y tela —dice, sorprendiéndome.

Asiento, aturdida.

Pone mi calificación en una hoja y me entrega el dibujo. Me voy a mi lugar sin dejar de contemplarlo. ¿Una máquina para coser? Es tan disparatado.

Durante el almuerzo, mientras todos hablan sobre el partido de esta tarde y como una ensalada, me doy cuenta de un pequeñísimo detalle, acepté ir a la competencia de Oliver, no puedo estar en dos lugares a la vez. Iré a la competencia. De todas formas, William no notará mi ausencia.

Al levantar la vista encuentro a Kealsey Bowers sentada junto a sus amigas, me asombra que observe como una loca enamorada a Milton Strike, seguramente le agrada, creo que harían una linda pareja. Como si ella escuchara mis pensamientos, voltea la cara, nuestras miradas se encuentran. Le sonrío y la saludo sacudiendo la mano, ella hace lo mismo. El resto del horario escolar transcurre sin novedad.

A la hora de la salida me apresuro, necesito largarme si no quiero toparme a alguien, algunas veces los jugadores del equipo comen en un restaurante cerca de la escuela, también las animadoras, el entrenador y personas como yo, a las que nos obligan a ir. Si me detienen será imposible deshacerme de ellos, prefiero escaparme antes de ser interceptada por William o por Mirian.

Tengo la intención de ir a una tienda de segunda mano y buscar algo para ponerme el día de hoy, no tengo ropa para ir a competencias de *skate*, no puedo ir con vestidos aniñados o blusas con colores románticos; necesito algo más rudo. Conozco una que queda cerca de mi colonia, siempre que paso por ahí me quedo mirando desde el exterior.

Me demoro un poco más de veinte minutos en llegar, el local es pequeño y repleto de cosas geniales. Deambulo por todo el sitio hasta que una blusa de tirantes negra llama mi atención, lo lindo es la espalda, tiene tiras de tela que van de un lado a otro, parecida a la forma de un corsé. Después encuentro una falda negra opaca con líneas verticales brillosas. Creo que las dos prendas hacen una combinación mortal, y si me pongo unas medias y zapatillas, se vería mejor.

La dueña del negocio me cobra con amabilidad.

Mientras voy a casa pienso en que mi madre se pondrá histérica si me ve con la ropa que acabo de comprar, tengo que asegurarme de que no me vea con el atuendo. Es capaz de encerrarme bajo llave.

Afortunadamente, no hay nadie en casa, solo una nota en la mesita de la entrada, Louise dice que hay comida en el microondas y que volverá por la noche. ¡Menos mal! Al parecer el universo está girando a mi favor el día de hoy.

Hay un filete de salmón aguardándome, mi móvil es infestado por decenas de llamadas mientras devoro el pescado. Todas de Liam, una de Mirian y otra de Nathan. Le mando un mensaje a la pelirroja asegurándole que todo está bien, esperando que eso logre calmarlos, no quiero que William se presente en la casa y arruine mis planes.

A las siete, arreglo mi cabello, mi maquillaje es ligero. Oliver llegará en hora y media, así que tengo que apurarme. Las constantes llamadas me están sacando de quicio, no puedo contestar porque me cuestionaría y yo empezaría a tartamudear. El juego está a punto de comenzar, solo tengo que aguantar un poco más y olvidarme de él.

Doms es puntual, el timbre suena, aprieto el botón para que pase el portón y se acerque a la entrada. Todavía me faltan las medias y calzarme las zapatillas. Una vez lista, salgo y cierro la puerta, él está parado frente a mí, sus ojos barren mi cuerpo, entretanto su lengua acaricia sus dientes frontales.

Una sonrisa malévola se dibuja en su cara, da un paso.

- —Mmmm, mira que no voy a poder concentrarme contigo en esa faldita, voy a romperme los huesos. —Su dedo delinea el borde de mi minifalda, rozando suavemente el costado del muslo. No tardo en sonrojarme, lo que le sigue a eso—. Solecito, tal vez debamos quedarnos, podrías mostrarme tu habitación.
- —Eres un atrevido, Doms —digo, abanicándome. Me agrada cuando me mira así, me tienta mucho la idea de hacer lo que sugiere.
- —La próxima vez que vayas a usar algo así, avísame para comprar veinte cajetillas de cigarrillos.

Suelto una risotada y le doy un golpe juguetón en el antebrazo.

—Ya vámonos.

Los amigos de Oliver no me han dirigido la palabra desde que llegué, están a mi alrededor, dejándome en medio, es como si estuvieran alejándome del resto de las personas; al principio pensé que no les agradaba, pero creo que simplemente no son muy comunicativos. Tal vez los chicos en onda son así.

Uno de ellos tiene una coleta, es rubio y alto, está fumando un cigarrillo con olor a chocolate, huele delicioso. El que siempre está con Oliver trae puesta una gorra naranja fosforescente a pesar de que está anocheciendo, su ropa psicodélica me pone de los nervios, pero no voy a darle clases de moda, no se ve como un chico que quisiera escuchar sobre atuendos y colores, él también trae un patinete, sin embargo, el único que se acerca a la rampa gigante es Doms.

He visto documentales que hablan sobre el *skateboarding*, no es algo que haría. Hay muchos chicos arremolinados frente a los que supongo dirigen el evento, adolescentes, niños y mujeres. Oliver trae puesta una camiseta que dice «Zona *Skate* por De la mano con el SIDA», en el camino me explicó que sus amigos y él pertenecen a un grupo, son como una banda de chicos con patinetes, competirán algunos y si ganan lo donarán a la fundación.

Los separan por categorías, no entiendo muy bien las reglas.

Pasa un buen rato hasta que llega su turno, él está en la cima, contengo el aliento cuando se avienta al vacío. Quiero cubrirme los ojos, el pánico sube por mi garganta, respiro hondo para tranquilizarme, ya que no es un buen lugar para tener un ataque. Lo que me preocupa no es que se mueva de un lado a otro, son los saltos que hace. Lo hace genial, nunca había visto algo así, estoy asustada y fascinada por partes iguales.

—¡Mierda! ¡Se va a matar! —chillo alarmada cuando su patinete no logra llegar al filo. Doy un paso con la respiración acelerada, no obstante, él hace una voltereta usando sus manos y es como si no hubiera pasado nada. Todos aplauden y chiflan, el chico de la gorra naranja me observa de reojo y se ríe.

Es uno de sus trucos —dice, encogiéndose de hombros.

¿Así tan tranquilo me lo dice? ¡Creí que Doms se rompería la cabeza!

Tomo aire y regreso al lugar que estaba ocupando, finjo que no sigo preocupada cepillando mi cabello con los dedos.

Unos cuantos concursantes más pasan a hacer sus espectáculos, no creo que ninguno se le compare a Oliver, él casi me mata del susto. Los miembros de la categoría hacen una hilera, los jueces dan los premios.

Minutos después se acerca, lleva colgada en el cuello la medalla de bronce. Se aproxima con la ceja alzada y me ofrece su mano libre, la cual tomo sin dudarlo, creo que estoy babeando un poco. Recibe las felicitaciones de sus amigos.

—¿Por qué trajiste a una princesita a un lugar como este? —cuestiona el de la gorra naranja.

Lo enfoco con las cejas entornadas, el resto suelta risitas divertidas. No creo que quiera ofenderme, prácticamente estuve con ellos todo el rato y jamás me insultaron, supongo que solo quieren molestarlo.

—No empieces, Lenny.

Observo al tal Lenny, quien pone cara chistosa, por algún motivo me hace pensar en Nathan.

- -; No le da miedo estar entre tantos lobos? -aguijonea.
- —No, los sé domesticar muy bien, ¿verdad, Doms? —pregunto con sorna, haciendo que todos se carcajeen.

Él me da un jalón y me pega a su costado, su mano me suelta para rodearme, su palma cubre el hueso de mi cadera.

Y creo que pasé la prueba, pues se presentan y platican acerca de lo reñido de la competencia, a Oliver solo le faltó medio punto para empatar con el del segundo lugar. La charla es interrumpida por el estruendo de un relámpago, inmediatamente comienza a llover, asustando a todos los asistentes que luchan por buscar un techo, un lugar para protegerse de la lluvia. Se despide de sus amigos con un «nos vemos» y me insta a seguirlo jalando mi brazo.

Me cubro lo más que puedo camino al coche, mierda, mi cabello se va a arruinar, se va a esponjar. La blusa se me pega a la espalda, solo espero no pescar un resfriado.

Oliver me abre la puerta tan pronto llegamos al vehículo y el alivio me inunda una vez que estoy cómoda en el interior. Hago lo posible para arreglar mi apariencia, compruebo que el maquillaje de los ojos siga intacto.

Ingresa al auto y arroja el patinete al asiento trasero, está lleno de basura, ropa y mierda, es un caos.

- —¿Quieres ir a cenar? —pregunta aclarándose la garganta. Le doy una mirada por el rabillo del ojo y aguanto la sonrisa. Estoy segura de que ir a cenar no es un acto de beneficencia—. Conozco un restaurante decente.
- —Seguro —contesto. Tamborileo los dedos sobre mis muslos con nerviosismo, enciende el motor.

Closer de The Chainsmokers suena, no creo que sea buena idea que estemos solos mientras la canción habla sobre asientos traseros, morder hombros, sábanas y hoteles. O quizá ya estoy enloqueciendo, su silencio no me ayuda para nada. La lluvia se precipita con más fuerza, las gotas caen y, aunque el limpiaparabrisas vuela de un lado a otro, no quita el agua. Las luces de los autos casi no se distinguen, varias veces lo escucho maldecir.

- —Lluvia hija de perra —gruñe y golpea el volante con furia en un tope—. Voy a tener que detenerme en un lugar y esperar a que se calme, no quiero estamparme.
- —¿Detenerte? ¿En dónde? —cuestiono al tiempo que gira el volante y da vuelta.

- —Creo que hay un parque por aquí —murmura, observando casi con la nariz pegada en el vidrio. La velocidad disminuye, se estaciona y apaga el coche
 —. Lo siento, de verdad quería llevarte a ese lugar y pasar el rato.
- —Podemos pasar el rato aquí. —Me siento de lado, con la espalda apoyada en la puerta, con una pierna doblada y la otra colgando. Pellizco suavemente la piel de mi rodilla, ¿ahora qué?—. Cuéntame algo, lo que sea.

Oliver sonríe, se coloca en la misma posición que yo, veo que sus ojos barren mi cuerpo, su vista en ciertos lugares hace que se me erice la piel, que un cosquilleo retumbe en mi nuca, no debería ser legal poder mirar a las personas de ese modo. Su mirada vuelve a enfocarme, recarga la cabeza en el vidrio. Luce relajado, no hay gestos que hagan que su rostro se arrugue.

- —Odio el atún —suelta chasqueando la lengua, me río—, también odio cortar el césped, pero no puedo negarme si me lo pide mi madre. Detesto los caballos y sus enormes lenguas, los videojuegos y el ruido que hacen las motocicletas.
- —¡También yo! ¡Las detesto! Me dan mucho miedo porque un primo una vez estuvo en el hospital por un accidente —digo—. ¿Y qué amas?
- —Amar implica muchas cosas, amo a mi familia, nada más, a pesar de que está llena de irregularidades —dice—. Pero me gusta hacer *skate*, salir con mis amigos, la comida chatarra y tus piernas en mi auto.

Me sonrojo y aparto la mirada, todo el tiempo tiene que lanzar ese tipo de comentarios que no sé responder y que me llenan de adrenalina. No tengo experiencia coqueteando con los chicos, nunca tuve que hacerlo porque no me interesaba, cuando estoy con Oliver eso se vuelve más notorio, estoy segura de que lo hace a propósito.

-¿Cuántos años tienes? -cuestiono.

En ocasiones me hace pensar que es mayor de lo que aparenta, su comportamiento realista contribuye bastante, pero él va un año más abajo que yo en la escuela.

- —Dieciocho, debería ir en tu generación, pero repetí un grado.
- —¿Por qué?
- —A veces preferiría salirme de la escuela y conseguir un trabajo para ayudar a mamá con los gastos de la casa, cada vez que lo menciono ella se vuelve loca.

—Hace una mueca.

Él siempre habla de su madre, una vez mencionó a un hermano, pero nunca a su padre. Me da curiosidad, sin embargo, me muerdo la lengua, estamos teniendo una charla simple y no quiero arruinarla.

—¿No quieres ir a la universidad? Si no quieres decepcionarla deberías esforzarte más, Doms, yo creo que si te lo propones podrías lograr grandes cosas. —Se queda callado, solo observándome. Por lo general pienso antes de hablar o me guardo las opiniones, cuando estoy con él pierdo el control—. Lo siento, no quise entrometerme.

—No lo haces, tienes razón.

¿La tengo? ¡Vaya! Trago saliva e intento que no note que estoy emocionada. Oliver Doms no deja de sorprenderme.

—Creí que eras un vándalo, pero pintas paredes para apoyar a niños con SIDA, participas en competencias para darles dinero, disfrutas la vida; creo que serás más increíble si te demuestras a ti mismo que puedes hacer cualquier cosa.

Sus comisuras tiemblan.

Se mueve en su asiento hasta quedar en la posición normal, se inclina hacia adelante como si fuera a recoger algo del suelo, en cambio, jala la palanca que se encuentra debajo del asiento para deslizarlo hacia atrás, se escucha el tronido cuando este llega al límite, lo observo sin entender muy bien qué es lo que está haciendo. Se acomoda y palmea su regazo.

- —Siéntate en mis muslos. —Mi mandíbula se desencaja, ¿qué carajos?—. Oh, vamos, no te pongas tímida conmigo ahora, solo siéntate, estás muy lejos, no te voy a hacer nada, Han.
 - —No vas a hacer nada, ¿verdad? —pregunto, insegura y asombrada.
- —Nada que no quieras, solecito —guiña. Me pongo de rodillas, acomodo mi falda, meneando las caderas para bajarla. Oliver suspira, y yo quiero morirme de la vergüenza, me dan ganas de correr cada vez que lo tengo cerca porque las cosas que dice y hace no son correctas, pero al mismo tiempo quiero sentarme en sus muslos, ¿estoy demente? Él me toma las manos para ayudarme, entrecruzando nuestros dedos, estabilizándome para que no pierda el equilibrio

mientras cruzo el asiento. Deslizo con cuidado mis piernas, una a cada costado suyo—. Ya ves que sí querías, te haces mucho del rogar.

- —Cállate —refunfuño, al tiempo que me siento sobre él, en el filo de sus rodillas. Termino relajándome, el volante me sirve de respaldo.
 - -¿Qué prefieres: el día o la noche? —cuestiona.

Está recargado en el asiento, estudiándome con seriedad, ¿en serio ha preguntado eso? ¿Vamos a charlar del clima y de nuestros colores favoritos? No me importa si es ridículo, no puedo concentrarme en otra cosa.

La oscuridad proporcionada por el auto y la noche, el sonido de la lluvia golpeando el vidrio y el techo, los alrededores difusos debido al agua resbalando, solos con el sonido de nuestras respiraciones, platicando de todo y nada a la vez... Es mi momento favorito, no preferiría estar en otro lugar. Me acomodo un mechón de cabello.

- —El día.
- —Se nota —responde sonriendo con ironía, como si ya hubiera sabido la respuesta. Me ocasiona una risa suave.
- —Dijo el caballero de la noche. —Muerdo mi labio con coquetería, Oliver se mueve debajo de mí, peina su cabello con los dedos hacia atrás. Permanezco inmóvil por un segundo, ese acto ha sido muy varonil, mis labios se secan porque empiezo a respirar por la boca—. ¿Qué prefieres: libro o película?
- —Película, por si no te has dado cuenta no soy muy amante de los libros. Su expresión está repleta de parsimonia, una sombra de sonrisa abarca el largo de su rostro. Me gusta hablar con Oliver, me agrada esto, así como empiezo a acostumbrarme a su desfachatez y al timbre de su voz—. ¿Qué prefieres: playa o bosque?
- —Playa, me gusta detenerme en la orilla del mar, cerrar los ojos y sentir cómo el agua me moja los pies. —Sonrío para mí al recordar dicha sensación —. ¿Qué preferirías: ser Romeo o ser Julieta?
 - —Ninguno, los dos son muy estúpidos.

Inhalo aire, me hago hacia adelante y le doy un golpecito en el hombro.

- —No son estúpidos, son románticos. —Me cruzo de brazos.
- —No, suicidarse por una persona no es romántico, es enfermizo, la sociedad quiere pintarlo como un acto de amor, pero yo cre...

—¡No! ¡Te prohíbo que insultes a una de mis novelas favoritas! Lo que pasa es que eres un amargado que asegura que el amor no existe, no entiendes el arte, y por eso... ¡Joder! —grito cuando su pierna se eleva con fuerza y me impulsa hacia adelante como si fuera un proyectil.

Me estampo en su pecho, mis manos quedan atrapadas entre los dos, sus brazos me aferran como si fueran cadenas y me mantienen quieta, no podría escapar aunque quisiera. Mierda, mierda, mierda, y siento que mi falda se ha deslizado hacia arriba. Quiero cerrar los párpados y disfrutar del contacto. ¡Hannah! ¡Por Dios! ¡Contrólate!

- —Bien, preferiría ser Romeo, sufrió menos que Julieta, yo no soportaría saber que el amor de mi vida se quitó la vida por mi culpa —susurra. La punta de su nariz choca con la mía, solo tengo que inclinarme para besarlo, solo unos milímetros nos separan, ¿por qué no me besa?—. ¿Fui romántico?
 - —Supongo —digo en voz baja.
 - -¿Qué prefieres: ser un vampiro o un hechicero?
- —Una hechicera, los vampiros están muertos. —Me da un escalofrío—. ¿Qué preferirías: ser el villano o el bueno de la historia?
- —El villano que se roba a la princesa para que el príncipe no pueda encontrarla. —Me siento desfallecer cuando sus labios rozan los míos, sus dientes toman el inferior y juguetean con él estrujándolo y dándole jaloncitos —. Si yo fuera él no te dejaría sola ni un minuto, nunca sabemos si hay villanos a nuestro alrededor. Y si yo fuera tú, correría lejos del ladrón.

Pero no quiero huir, no hoy.

- —Solecito —susurra—, sí es una cita.
- —Ya lo sabía.

Dejo que me bese, que me apriete contra sí, que me ancle en sus muslos. Nuestras caderas están muy juntas, y la falda se ha subido un poco más. Sentir su lengua lamiendo mi labio me hace mandar al carajo todos mis pensamientos, rodeo con mis brazos su cuello. Resbala sus manos por mi columna, se posan en mis piernas desnudas, aprieta mi piel erizada por su toque, luego comienza a subir tentando mis poros con sus yemas. Quiero reír, ¿a dónde cree que va?

—Alto ahí, jovencito, estás yendo demasiado rápido, es la primera cita — digo, echándome hacia atrás con diversión.

Oliver no deja de rodearme y de jalarme hacia él, a pesar de que con mis palmas en sus hombros lo empujo con suavidad. Tarda en parar de besarme, alarga la separación haciéndose hacia adelante hasta que le resulta imposible.

- -; Tú crees? No pensaste eso el día que me robaste un beso, ¿o sí?
- —Déjalo ya, ese día te gustó que te besara. —No dice nada, se relame la boca nada más. Deposito un beso tronado en su mejilla—. Llévame a casa.

Oliver me deja a una cuadra de mi casa, sonriendo como el gato de Cheshire. Camino hacia mi casa, no puedo evitar sentir que voy caminando sobre nubes. Me encuentro tan perdida en mis pensamientos que no me doy cuenta de la persona que me espera en la cochera con los brazos cruzados, además, el auto de mamá está en su lugar. ¡Lo que me faltaba!

- —¿Dónde estabas? —pregunta apenas me acerco—. Te estuve llamando toda la maldita tarde y me mandaba al buzón, no apareciste en el partido ni en la fiesta, estaba preocupado, Hannah, desapareces como si nada, creí que te había pasado algo.
 - -Estoy bien, no tienes por qué preocuparte.

Lo esquivo para subir las escalerillas, saco rápidamente mi juego de llaves.

—¿Qué demonios? ¿Sigues enojada? Pensé que estábamos bien después de la plática que tuvimos el otro día.

No puedo saber lo que está pensando, ya que no quiero ver su cara.

- —¿Realmente estamos bien? —Se me sale la pregunta, el efecto Doms sigue en mi sistema. Abro la puerta.
 - —¿Qué significa eso?

Traspaso el umbral y me doy la vuelta girando sobre mis pies, evito el contacto visual por temor a caer de nuevo en sus redes, veo hacia todas partes menos a él.

—Nada, Liam, no tengo ganas de discutir, ¿podemos hablar el lunes?

No espero su respuesta, cierro la puerta en sus narices. ¿Ahora va a actuar como una niñera?

De verdad que no lo entiendo, un día le importo y al otro no me quiere ver ni en pintura. Me dice una y otra vez que no me quiere, que me aleje, que necesita su espacio, vivir su vida, conocer a otras chicas y acostarse con ellas porque soy aburrida... Y luego viene y me hace una escena afuera de mi casa porque hice justo lo que me pidió que hiciera: dejarlo en paz.

Un estrépito me trae de vuelta a la realidad, el sonido me pone alerta. Me muevo por todo el sitio, encuentro a mi madre arrodillada en el suelo, intentando recoger pedazos de cristal regados por toda la alfombra de la sala, la cual ahora está manchada de color tinto. Su cara es un mar de lágrimas, el maquillaje de sus ojos está en todas partes menos en su lugar, mi madre no puede tomar una copa de vino sin ponerse borracha, luce como si hubiera estado tomando, y eso no me gusta nada.

Me apresuro a alcanzarla, preocupada, no quiero que se hiera, ya está muy lastimada como para cortar su exterior también.

—Deja eso ahí —le pido con timbre suave—. Yo me encargaré.

No dice nada cuando la agarro del brazo y la ayudo a levantarse, tampoco cuando subimos las escaleras ni cuando la obligo a acostarse en su cama y le quito los zapatos de aguja alta. Se limita a mirar la nada con los ojos vidriosos, idos, tristes. Yo amo a mi padre, pero no soporto que se lastimen.

- —Mamá, no puedes vivir siendo infeliz, ¿no crees que sería mejor que se divorcien?
 - —No puedo vivir sin tu padre, Hanny, ustedes son todo lo que tengo.

Acaricio su cabello con paciencia, largo y rubio como el mío, suave y ondulado. No me muevo de ahí hasta que se queda dormida, hasta que los rastros de dolor son arrastrados por el sueño.

doce

La mañana del lunes me siento en mi jardinera favorita, es muy temprano, por lo que tengo un momento de calma para mí sola. Pasar el fin de semana con mi madre fue un infierno, y no porque me gritara o estuviera molesta. Cuando mamá se deprime tiende a encerrarse por horas en su alcoba, no sale ni para comer, se la pasa llorando y viendo viejas fotografías. Nuestro infierno no está lleno de lava y fuego, está lleno de tristeza y soledad, de recuerdos que torturan.

Mezclo mi yogur, haciendo que la granola y los trozos de manzana se revuelvan. Hoy decidí ponerme unos shorts de mezclilla viejos y gastados, una playera que usaba para dormir cuando tenía dieciséis, y zapatillas; me siento cómoda así.

Voy por la mitad de mi desayuno cuando dos pares de piernas largas se acercan a mí, Brenda se sienta en mi lado derecho, Mirian en el izquierdo.

—Hannah, ¿tienes algún problema con tu lavadora o por qué usas esa ropa tan ordinaria? Si es así no tengas vergüenza, puedo prestarte la mía o te acompañamos a la tintorería —dice la pelirroja con sorna. Me contengo de volcar los ojos, ella aplaude, doy un respingo—. Mira lo que tengo aquí.

Mirian saca de su bolso un paquete, es un tumulto de invitaciones de color rosa, tienen textura, el material hace que la invitación parezca sacada de la cola de una sirena. Las tomo con cuidado para no mancharlas, pero ella truena los dedos, entonces Brenda me quita el bote de yogur, ¿qué demonios? ¿Por qué Mirian la trata de esa manera y por qué Brenda deja que lo haga?

- —Están hermosas, chicas, muchas gracias.
- —Obvio, las hicimos nosotras —se mofa—. Por si no te diste cuenta, el tema va a ser el mar, todo lo acuático. Las mujeres tenemos que ir disfrazadas de

sirenas o de piratas. Va a ser una noche que jamás olvidarás.

—Hola, chicas —dice alguien a nuestras espaldas.

No hace falta que me gire, en segundos Nathan y William se materializan frente a nosotras. El primero sonríe y se queda parado sosteniendo su mochila, el segundo se planta frente a Brenda, quien lo mira desde abajo con confusión.

—¿Puedes darme ese lugar? Quiero estar junto a mi novia —dice con seriedad.

Mis párpados se abren, también mis labios, ¿es una maldita broma? Brenda asiente con una sonrisa amistosa, me tienta la idea de agarrar su muñeca y obligarla a quedarse sentada, en cambio, veo cómo se pone de pie y se sienta junto a Mirian del lado contrario.

Liam se sienta a mi lado, muy cerca, más de lo necesario, más de lo normal; lo que me parece extremadamente extraño, pues ayer le cerré la puerta en la cara, debería estar enojado. Su brazo rodea mi cintura y me da un jalón para pegarme a su costado. Me siento desfallecer, deposita un beso en mi sien, casi se me cae el yogur.

—Te ves preciosa, ¿es ropa nueva? —pregunta.

Me decepciona un poco que ni siquiera recuerde que tengo esta blusa desde hace años, fue otra de las prendas que papá me regaló y tuve que usar como pijama debido a que mi madre no la aprobaba. Es linda, tiene el rostro de Hepburn haciendo una bomba de chicle rosa.

- —¿Fuiste de compras sin nosotras, Hannah? Qué mala amiga, estoy molesta ahora.
 - —No, es ropa vieja que tenía guardada en el armario —digo.

Muerdo el interior de mi mejilla para no ponerme a chillar, William pone sus labios frente a mi mejilla y se queda ahí, besando mi piel; su mano en mi cintura se mueve, impartiendo caricias suaves. De acuerdo, esto no es normal, alguna que otra vez fue amigable, pero no a tal grado de rodearme y besar con ternura mi rostro.

- —¿Qué demonios te pasa? —cuestiono, confundida. Luego me arrepiento, porque no estamos solos. Se encoge de hombros, pero no responde.
- —Hola, guapo. —Sonrío para mis adentros al escuchar la voz coqueta de Iveth, en un segundo me va a soltar o, en el peor de los casos, le seguirá el

juego a pesar de que me está abrazando—. Mi madre se fue a visitar a mi abuela, así que mi casa estará sola esta noche, ¿te gustaría ir?

Se me escapa una risa amarga entre dientes, no puede ser más descarada.

—No necesitas que tu madre se vaya, si pudieras follarías con él aquí mismo
—digo, calmada y con una sonrisa.

Mirian jadea y ve hacia todas partes, comprobando que nadie esté siendo testigo del suceso, luego está Nathan, quien me mira con los ojos desorbitados.

—Cierto, Hanny, pero a Liam le preocupa tu pobre corazón roto, así que mejor lo hacemos en una habitación —suelta.

Aprieto los dientes hasta que duele, tomo impulso para levantarme y largarme, enfurecida. Sin embargo, Liam me aferra con más fuerza.

—No podré ir esta ni ninguna otra noche, estaré con mi novia —dice William sin mirarla, todavía con los labios cerca de mi mejilla.

Todos se quedan en silencio, tan confundidos como yo, quiero alejarme para pensar, hacer cualquier cosa menos permanecer aquí. Una parte de mí se molesta por cómo le habla, ella no tiene la culpa, ella no me debía nada. Iveth lo observa con dolor, no puedo evitar sentir lástima ahí en sus ojos. Es notorio el cariño y la decepción por lo que acaba de pasar, estoy segura de que la ha lastimado.

No sé por qué siento compasión si ella, a pesar de que no es la culpable, disfruta con herirme, tal vez porque a mí me lo hizo muchas veces y sé que desgarra, sus puñaladas matan. Iveth se va sin decir una palabra.

Los segundos pasan y nadie se atreve a decir nada, muy apenas podemos respirar. Tomo un respiro profundo y miro hacia otro lado, solo para que sus labios y nariz dejen de estar sobre mí. El alma se me va a los talones al encontrar una mirada profunda de color verde observándome, cuando nuestros ojos contactan hace una mueca de desagrado y se gira para marcharse.

—Tengo que... tengo que hacer algo, los veo al rato —digo.

Me pongo de pie con premura y empiezo a caminar, Liam exclama algo que no logro entender porque voy perdida en mis pensamientos. El corazón me late con fuerza, no sé qué fue lo que vio Oliver, pero no me gustó para nada la expresión que puso.

Él camina hacia el patio trasero, troto, agarro su antebrazo para detenerlo. Se queda quieto, sin embargo, no se gira, no me enfrenta, así que tengo que rodearlo y colocarme frente a él.

- —No sé qué es lo que pasa, pero no he hecho nad...
- —No me expliques, Hannah, no somos nada como para que lo hagas —me interrumpe, su timbre es seco y duro. Agacho la cabeza, hace que me sienta ridícula por perseguirlo, por hablarle—. No soy tonto, no voy a pedirte que dejes al chico del que has estado enamorada desde siempre porque yo no dejaría lo que amo por ti. Y entiendo que sigas con él porque es el bueno de la historia, ¿no? El niño bonito, con una linda casa, un lindo auto, una linda familia, buenas notas, un futuro brillante. No soy tonto, el villano nunca triunfa, no sé en qué estaba pensando.

Abro la boca con la intención de decirle que está equivocado, que sí es tonto porque si me lo pidiera tal vez sería más sencillo dejar a Liam. Quiero decirle que ya no quiero amar a William, que me duele y que tenía razón, el amor no debe doler, entonces quizá no estaría dejando lo que amo, dejaría lo que me obsesiona. Quiero decirle que no me importa la casa ni el auto ni su familia ni el futuro brillante, porque nunca nadie había hecho que me sintiera tan conectada conmigo misma como él, nunca nadie hizo que me cuestionara lo que soy, lo que quiero, lo que espero. Oliver Doms no es el villano, William Baker sí.

No obstante, antes de que pueda hacerlo, vuelve a interrumpir.

—¿Sabes qué? Creo que mi trabajo aquí ha terminado, me alegran tus cambios, en serio, pero ya terminé contigo.

Eso lo siento como una bofetada, doy un paso atrás.

- —¿Soy un trabajo para ti? —La pregunta me sabe amarga.
- —Sí, trabajo.

Sé que he hecho mal viéndolo a escondidas, sé que me he equivocado, que he actuado como una perra engañando a todos a mi alrededor... todos excepto a él. Por una vez en la vida estaba haciendo lo que en verdad quería, me olvidé de que por dentro estoy destrozada, ¿cómo puedes hacer cambios si no has arreglado primero? ¿Cómo voy a pintar las paredes de mi corazón con un nuevo color si no he sacado el viejo? Simplemente no se puede, y mientras yo

descubro que tengo voz y que puedo dar mi punto de vista, mientras encuentro quién soy, estoy lastimando a Oliver.

También sé que no soy un trabajo, está bien si él quiere creer que lo soy, que ha hecho su obra de caridad alineando el camino torcido de una pobre ingenua, no lo voy a sacar de su error porque no tengo nada que ofrecer. Supongo que a veces las princesas no quieren ser rescatadas, quieren aprender a usar una espada.

—Excelente trabajo entonces, Doms, creo que sacaste la nota más alta, no vas a necesitar mis tutorías.

Me doy la vuelta y me marcho con el corazón acelerado, dolorido y helado.

Más tarde, me detengo frente a mi casillero, vengo a dejar unos libros y a recoger otros para ir a la siguiente clase. Veo mi horario pegado en la puerta de la taquilla, estas últimas semanas mi mente ha estado en todas partes menos en donde debe estar, ya ni siquiera recuerdo qué clase sigue.

Escucho unas risitas a mis espaldas, tomo aire porque puedo imaginar de quién se trata antes de que abra la boca.

-Eres una mustia, Hannah, no sé cómo Liam te soporta.

Me giro, rechino los dientes al vislumbrar a Iveth con sus amigas.

—Y tú se lo dejas demasiado fácil, por eso te soporta a ti —suelto. Me gusta esta nueva etapa en la cual no dudo y no me da miedo defenderme, la antigua Hannah habría hecho cualquier cosa excepto mostrarle la cara.

Los párpados de Iveth salen disparados, recompone el asombro sonriendo con petulancia y cierto aire de superioridad.

—¿Así que tienes lengua y puedes defenderte? Ahora que estás hablando, dime cuánto le pagaste para que te abrazara. No... no, espera, mejor cuéntame: ¿tienen un contrato o algo parecido? ¿Tu papá estipuló en él cuántos besos debe darte al año? ¿Le exigiste que dejara de verme? —Su lengua venenosa me lleva al límite, me siento temblar de la rabia.

Aplaudo, también sonriendo, negándome a que me vea derrotada. Sé que voy a sonar igual o peor que ella y que me meteré con un tema doloroso. No es excusa, tal vez solo debería ignorarla y largarme, pero estoy cansada de pasar siempre por lo mismo, de tener que callarme y fingir que no me duele, que no quiero romperle la cara. Estoy exhausta de que todos quieran pisarme, yo también tengo tacones para encajar.

—Quizá a él le dio miedo salir con la hija de un criminal —digo, generando un silencio profundo.

El padre de Iveth está pagando una condena de cuatro años por fraude, la noticia fue el encabezado de muchos periódicos, y en la escuela la señalaron por mucho tiempo, nadie quería estar cerca.

Iveth se me lanza como un animal rabioso, agarra mi cabello y lo jala, me saca un alarido de dolor, me muevo violentamente, no me zarandeo lo suficiente, pues no logro soltarme. Es más grande, soy una pequeña pulga si me comparan con ella, por más que intento darle un codazo o arañarle los brazos, nada funciona. Siento que va a arrancarme el cuero cabelludo, ¡mierda! ¡Duele!

Por inercia llevo las manos a ese lugar y le encajo las uñas en los puños hasta que me suelta.

Mi cabeza punza, ella da un paso, como si quisiera terminar lo que comenzó, pero una voz retumba y la inmoviliza.

—Señorita Iveth y señorita Hannah, a la dirección.

Después de un interrogatorio, de miradas decepcionadas, de una suspensión de tres días y de una horrible marca en nuestros expedientes, salimos de la oficina del director. Me sorprende encontrar a Liam esperando, Iveth me rebasa golpeando mi hombro con el suyo para llegar a él. Una vez más siento sorpresa cuando William la hace a un lado y camina hacia mí, me detengo.

Mi frente se arruga, esperando su reacción, seguro ya se enteró de lo que hice y me dará un sermón. En cambio, aplana los labios, veo una chispa de diversión cruzando su mirada, sus comisuras tiemblan.

- —Por Dios, me dijeron, pero tenía que verlo, no puedo creerlo. —Suelta una risotada—. Tu cabello parece un matorral.
 - —No te burles.

- —Es gracioso, nunca te había visto despeinada, ni siquiera cuando duermes. —Sonríe. Se acerca dando un paso, cepilla mi cabello con los dedos, lo acomoda—. Listo, tan perfecto como siempre.
- —Esa chica tiene una fuerza descomunal, creí que me quedaría calva —me quejo.
 - —Tu primera pelea, ¿deberíamos sacar una fotografía?
 - —No es algo que quiera recordar.

Lanzo un suspiro, lo esquivo y sigo caminando, necesito salir urgentemente de aquí, darme un baño, masajear mi cabeza y tal vez dormir, hacerme la manicura y poner aceite de coco en mi cabello, no quiero que se estropee. Hay algunas costumbres que no se pueden evitar.

trece

Al poner un pie fuera de la institución, William se ofrece a llevarme, acepto con tal de no irme sola, entre más pronto llegue mejor. No me siento bien por haberle dicho eso a Iveth, creí que me sentiría aliviada, pero no, creo que a mí no me gustaría que utilizaran a mis padres para dañarme, lo que hice estuvo mal, fue un golpe bajo, aunque hizo prácticamente lo mismo. Además, ella no tiene la culpa de nada, aquí el que debería serme fiel es Liam, no Iveth. Debí ignorarla, ahora tendré una horrible mancha en mi hoja curricular. Cuando mi madre se entere va a enloquecer, se va a convertir en Emily Rose.

No decimos nada en todo el camino, voy mirando por la ventana, todavía no puedo creer lo que pasó, es demasiado irreal. Suspiro tan pronto se estaciona afuera de mi casa, abro la boca para despedirme, pero él se baja de la camioneta. Mi frente se arruga al ver que rodea el vehículo, llega a mi puerta y la abre.

¿Qué diablos está pasando? Extrañada, desciendo.

- —¿No vas a regresar a la escuela? —pregunto. Las clases todavía no acaban y hoy es día de entrenamiento.
 - —No, me quedaré aquí —dice encogiendo los hombros.

Los actos paranormales de Liam continúan, él toma el bolso que cuelga en mi hombro para colgarlo en el suyo, su mano busca la mía con tanta insistencia que se vuelve imposible negárselo. Cierra la puerta de la camioneta y me conduce, teclea el código del portón. Me deja libre para que pueda abrir la casa, me parece extraño que el auto de mamá no esté en la cochera, esta mañana no me dijo que saldría, por lo regular lo hace, últimamente está muy misteriosa; no he querido preguntar, no hemos hablado.

Se dirige a la sala, me apresuro a alejarme ahora que no está cerca porque este comportamiento suyo me está poniendo nerviosa. Llego a la cocina y suelto el aire que estaba conteniendo, me apoyo en una pared, echo la nuca hacia atrás y miro el techo, un suspiro profundo se me escapa por los labios. Quiero un tiempo para mí sola, ¿es pedir demasiado? ¿No puedo quedarme aquí y fingir que no hay nadie más que yo? Escondida, de nuevo, detrás de una pared, puedo respirar y pensar que no está a unos cuantos pasos de distancia.

Me aterra pasar tiempo con él, empiezo a odiar los sentimientos que me hace sentir, detesto amarlo, aborrezco que me olvido de lo que valgo a su lado porque dejo de ser yo y me convierto en alguien diferente, se me borra de la mente que merezco que me amen. Merezco que alguien quiera verme y estar conmigo, que cuente los minutos cuando estamos separados, que le basten mis besos y mi cariño, que no busque caricias en otro lado. Merezco amor, el tipo que es para toda la vida, el que no te hace llorar ni esconderte; no las pocas migajas que me da William Baker. Es enfermizo, es obsesivo, no es amor.

Pero más odio no poder dejarlo, ser cobarde, no atreverme a enfrentarlo, a echarlo de mi casa, a decirle que no venga nunca más, que ni siquiera se atreva a mirarme porque también empiezo a detestar su mirada, pues me confunde, a veces me mira como si significara algo, como si no fuera una obligación.

Le temo a muchas cosas, pero más a mí misma. Yo tengo el poder de cambiar, de luchar, sin embargo, sigo en el mismo lugar, sigo aquí como muchas otras veces, siendo patética.

Se forma un nudo en mi garganta que no me deja tragar saliva, y duele, cala, me deja sin aire, me ahoga, hace que abra la boca para poder respirar. Parpadeo, aprieto los párpados intentando guardar la tristeza, pero las lágrimas brotan de todas formas. Maldigo entre dientes. ¿Para qué viene y se mete en mi mente justo cuando pretendo alejarme?

Alejarse de alguien que has amado durante mucho tiempo es duro, he convivido con él durante años, sé todo acerca de lo que le gusta y lo que detesta, sé cuándo está enojado y cuándo quiere llorar, sé cuál es su sabor favorito de helado y que detesta las nueces. Nunca me había preguntado qué pasaría si dejara de amarlo porque no creí que fuera posible, incluso sufriendo creí que pasaríamos toda la vida juntos, pero el día de hoy no lo sé, y eso me

duele. Me duele porque no quiero odiarlo, porque me gustaría que las cosas fueran diferentes, me duele porque perdí un amigo que nunca más podré recuperar, me duele por haber sido tan ingenua, tan estúpida.

Oliver dijo que el amor no debe doler, este me está destrozando y no sé si pueda aguantar mucho más.

Palpo mis mejillas y las seco con los dedos, abro los párpados y me topo con mi peor pesadilla. De pie frente a mí, a unos cuantos pasos, está parado Liam, observándome con la cara descompuesta. Mierda, ¿cómo es posible que no haya escuchado sus pasos? ¿Cómo no sentí su presencia si nunca pasa desapercibido para mí?

Mi pecho tiembla mientras intento recomponerme, me aclaro la garganta, me despego de la pared y echo los hombros hacia atrás para recuperar la postura.

Quiero aparentar que no ha pasado nada, no sé cuánto tiempo estuvo ahí, pero no es necesario explicar, ¿o sí? Por supuesto que él no lo va a dejar pasar, no ahora que está tan curioso por mi vida.

—Hanny, ¿por qué estás aquí escondida? —pregunta. Una de mis comisuras tiembla, una sonrisa triste se dibuja en mi rostro, me encojo de hombros. Él no tiene idea de cuántas veces me he escondido para que no me vean llorar, para que él no vea cuánto me duele su repulsión. No se lo imagina, y eso es lo más triste de todo. Una lágrima más resbala por mi pómulo, me apresuro a quitarla —. ¿Te hizo algo? ¿Te lastimó?

Su preocupación parece real, en el pasado me habría aferrado a eso, hoy ya no puedo creerlo.

—Me duele la cabeza —suelto, compungida, sonando como una niña pequeña llorosa. También me duele el alma, pero eso no lo digo.

Su frente se arruga, entonces se acerca con rapidez dando zancadas, me derrumbo cuando sus brazos me rodean, vuelvo a llorar porque sentirlo cerca después de tanto tiempo me está matando; es cálido, es lo que siempre quise, todas esas noches rotas lo único que deseaba era que apareciera y me dejara refugiarme en su pecho. Lloro más fuerte, casi lanzando lamentos, porque mi corazón ya no late tan rápido; se siente como si estuviera perdiendo algo.

Dejar de amarlo también duele.

—Ya, cariño, por favor, no llores, respira —susurra—. Estoy aquí.

Quiero decirle que eso no va a calmarme, que justo me siento así porque me está hablando como siempre quise que lo hiciera.

—Déjame llevarte arriba, necesitas descansar, ¿de acuerdo?

No espera que responda, se separa de mí lo suficiente como para rodear mis hombros y conducirme.

Una vez en mi habitación, bajo su atenta mirada, me dejo caer en el colchón, estoy agotada. Cierro los ojos tan pronto mi cabeza cae en la almohada, no los abro ni siquiera cuando siento que el lado contrario se hunde por su peso, tampoco cuando sus dedos imparten un masaje suave en mi cuero cabelludo. Me arrulla hasta que me quedo dormida.

Me despierto debido al calor, siento que alguien está olfateando mi oreja y me hace estremecer, su pecho está pegado a mi espalda, uno de sus brazos está alrededor de mi cintura y el otro debajo de mi cabeza. Respiro hondo para controlarme, pues reparte besos tronados en la base de mi oreja, ¿qué se supone que está haciendo? Él no debería hacer esto.

No todo en nuestro noviazgo ha sido desagradable, aunque sí la mayoría de las cosas. A veces Liam se acercaba después de un partido y me daba un beso delante de todo el mundo, recuerdo que una vez se salió de la escuela preocupado porque no me encontraba por ningún lado, tenía un resfriado espantoso, se quedó conmigo todo el día. Sus regalos de cumpleaños son los mejores, y cuando vamos a alguna parte no necesita preguntarme lo que quiero porque ya lo sabe. Pero lo más especial en nuestra extraña relación son este tipo de momentos, cuando estamos solos y él me abraza en silencio, cuando hunde su nariz en mi cuello y respira hondo, como si le gustara mi aroma.

Suspira, haciendo que su aliento se estampe en mi piel de gallina.

—Mmm, me encanta cómo hueles. Me gusta dormir contigo, tu respiración me calma —murmura, cerrando con más fuerza los brazos a mi alrededor—. No voy a dejar que te vuelva a hacer daño, ¿está bien? Me voy a asegurar de que no vuelva a ponerte un jodido dedo encima. No quiero verte llorar otra vez.

No respondo, mi cuerpo reacciona, estiro el cuello para darle más oportunidad, él no pierde tiempo. Sus labios reparten besos en la zona, no puedo pensar a pesar de que sé que esto está mal.

No puedo evitar comparar a William y a Oliver. Lo que es un ligero cosquilleo con el primero es una convulsión con el segundo. Siento nervios al tener a Liam cerca, cuando Oliver me abraza la adrenalina me hace desear más. ¿Se puede sentir atracción por dos personas?

Son diferentes. Con William me siento en paz, es tranquilo porque ya nos conocemos, sabemos lo que queremos, lo que nos gusta, es seguro y estable, significa familiaridad. Con Doms es todo lo contrario, es descontrol, rebeldía, pasión y besos calientes, esa sensación de que estoy haciendo algo prohibido es nueva, refrescante, y me agrada que haga que me cuestione todo.

Estoy demente, no debería compararlos.

- —¿Por qué estás pensando? —pregunta antes de sostener mi barbilla y girarla, sin perder tiempo me roba un beso. Intento girarme, pero me sostiene más fuerte, su lengua me obliga a abrir la boca, no dejo que profundice—. Ya no estés enojada conmigo, hace mucho que no me besas, Hanny, y no puedo dejar de pensar en tus labios.
 - —No puedes decirme ese tipo de cosas, Liam —susurro con la voz ahogada.
 - -;Por qué no? Si es verdad, quiero estar contigo.

Sacudo la cabeza, ¡no! ¡No! ¡No! ¡No le voy a creer esta vez! No voy a caer como ese día en el que le entregué mi virginidad, no lo haré porque yo acabaré rota, decepcionada de mí misma por haber permitido que pasara.

No. No esta vez.

Me muevo con violencia para que me suelte, él lo hace, me pongo de pie como un resorte y lo enfrento, poniendo las manos en mis caderas. Se sienta en el filo del colchón, su ceño está fruncido, hay tensión en sus hombros, parece un gato a punto de atacar.

—No te entiendo un carajo, Liam, un día me odias, otro te comportas como si te agradara, un día te besas en mi cara con Iveth, otro día la mandas a la mierda. No sé a qué demonios estás jugando, pero estoy cansada de lo mismo, de que te la pases pisoteándome como si me lo mereciera. Si no me amas, entonces no me ames, no te lo estoy exigiendo; pero no actúes como si

significara algo para ti, no te comportes como si te importara lo que sucede conmigo, ¡deja de confundirme! —exclamo, agitada.

Me doy la vuelta, dispuesta a marcharme, a correr si es necesario. No doy ni dos pasos, su mano se cierra en mi muñeca, me da un jalón que me hace perder la estabilidad, la cual recupero tan pronto sus brazos se cierran alrededor de mi cintura. Entonces me sacudo, me zarandeo, me muevo como una demente intentando salir de la camisa de fuerza, como una mariposa rompiendo el capullo.

—¡¡Suéltame!! —grito, enfurecida, casi echando espuma por la boca cual perro rabioso. Las orejas se me ponen calientes, quiero enterrarle las uñas—. ¡¡Que me sueltes, William!!

Hace todo lo contrario, me aprieta más.

- —Te ves linda enojada, muy linda —murmura.
- —Te voy a romper los dientes —gruño.

Tomo respiraciones profundas, siento que les falta aire a mis pulmones. Él no se molesta por mis palabras, suelta una carcajada echando la cabeza hacia atrás, sus ojos brillantes me enfocan, la sonrisa no desaparece de su cara, no puedo evitar preguntarme qué le parece tan gracioso. Rompo el contacto visual, no quiero que la furia salga de mi sistema, todavía no soy tan fuerte.

- —Primero que nada, cariño, no te odio, sabes perfectamente que no lo hago. —Su timbre ronco hablándome en voz baja siempre logra erizar mi piel, mi cuerpo reacciona, incluso cuando mi cabeza le ordena que se detenga—. Y... perdón, Dios, perdóname. El día de la fiesta mis padres me dijeron algo, ¿de acuerdo? Estaba furioso y me desquité contigo, ni siquiera puedo recordar la mitad de las cosas que te dije, sé que fue grave porque Mirian le contó a Nathan. Y después fue más de lo mismo, seguía rabioso, te ataqué un montón de veces y luego me di cuenta de que no era tu culpa, tampoco mía. Sé que no tengo justificación, que estás en todo tu derecho de...
- —Espera —interrumpo. Dos arrugas se forman en su frente, asiente. Una idea cruza por mi mente, ¿qué ha dicho? «Luego me di cuenta de que no era tu culpa, tampoco mía», así que seguramente lo que le dijeron tenía que ver conmigo, ¿qué cosa podría hacerlo enojar tanto como para haberme humillado

como lo hizo? ¿Qué más pueden pedirle sus padres si ya está conmigo?—. ¿Qué fue lo que dijeron tus padres?

Respiro hondo para calmarme, presiento que es malo, su reacción me lo confirma. Liam entreabre los labios, su agarre falla, aunque no lo suficiente como para soltarme.

- —Nada importante, una tontería —responde con seriedad. Entrecierro los ojos, sabiendo bien que está mintiendo, que esconde algo.
- —William, dime qué carajos te dijeron —suelto apretando los dientes—. Sé sincero conmigo.

Exhala, hace una mueca de disgusto, la incomodidad es obvia, no quiere decírmelo, pero no voy a desistir, necesito entenderlo. Y si él no me lo dice, se lo preguntaré a Rianna o a su padre. Termina hundiendo los hombros, resignado.

—Quieren hablar con tus papás para que hagamos la promesa de que nos casaremos al terminar la universidad. Consiguieron los anillos sin consultarme, sin siquiera preguntarme, ellos solo piensan en su maldito negocio y les da igual lo que sienta o lo que quiera.

Me quedo en *shock*, observando sus ojos, con la mente en otra dimensión, en un lugar paralelo. Calor se concentra en mi cabeza, sudor me empapa la nuca, de pronto olvido cómo se respira, el pecho me duele tanto que creo que explotaré. Abro la boca, pero no puedo jalar aire, escucho la voz de Liam en la lejanía, diciendo cosas que no comprendo.

Él me pide que respire, que mire sus ojos y me aferre a sus brazos. Me ruega con angustia que me tranquilice y me promete que nada malo está sucediendo. Intento respirar, juro que lo hago, se siente como si fuego fundiera mis entrañas hasta volverlas carbón, es como estar enterrada en el mar.

Miro sus pupilas, parpadeando repetidas veces, sus manos acunan mi cara, sus dedos peinan mi cabello, el eco de su voz se vuelve nítido. Respiro. Y luego vuelvo a respirar. Recupero el aliento.

—Cristo, hace años que no te pasaba —dice.

No le respondo, me concentro en volver, en tranquilizarme. No puedo creer que los padres de William hayan hecho eso, no... Si tanto quieren unir las familias, que se casen con mis padres, pero que me dejen a mí en paz.

Ahora entiendo todo, si para Liam es una pesadilla ser mi novio, no puedo imaginar lo que sintió cuando le dijeron eso, cuando le mostraron unos anillos que lo atarían a una persona que es todo lo opuesto a lo que quiere.

—Suéltame ahora —susurro con la voz temblorosa, no soporto su contacto.

Esto también es doloroso para mí, ya no soy la misma, ya no sueño con castillos de arena ni con Liam entrando por la ventana de mi balcón para despertarme con un beso; hace mucho que dejé de creer en los cuentos de hadas, se esfumaron la primera vez que lo vi besando a otra chica, la primera vez que a causa del alcohol se refugió en los brazos de alguien más. Mi castillo se derrumbó el día que lloré por primera vez en mi almohada, ahora entiendo que debí de haberlo dejado desde ese momento.

Él me deja ir, doy un paso hacia atrás.

Tal vez también entienda ahora lo que siente al besarme por obligación, al estar a mi lado por una orden. No puedo culparlo por haber reaccionado como lo hizo, era obvio que quería que me esfumara de la tierra, después de todo, si yo no existiera él podría ser feliz con cualquiera.

Tacones traquetean por el pasillo, suelto una risa carente de humor justo cuando mi madre se detiene en la entrada de mi habitación, estática contempla la escena, la confusión en su rostro me revuelve el estómago.

—Tú lo sabías, ;verdad? —cuestiono—. Lo de los anillos.

Por favor, que diga que no, por favor, es lo único que pido.

—Liam, ¿por qué le dijiste? Tus padres dijeron que esperaríamos para darle la sorpresa.

Tiemblo de la rabia al escucharla, mis manos vibran, mis yemas hormiguean, todo mi cuerpo se prende en llamas. Claro que lo sabía, ¿cómo pude tener una mínima esperanza de que diría que no?

- —¡¡Por supuesto que lo sabías!! —grito, la señalo con el dedo índice. Una cosa es que quiera obligarme a tener una dieta estricta, un guardarropa específico, y otra muy diferente lo que ha consentido sabiendo que William me ha lastimado.
 - —Hannah, por favor, cálmate. —Escucho a Liam, pero continúo.
- —¡¡Quieres que tenga un matrimonio igual de horrible que el tuyo!! ¡¡Estoy harta de esta mierda!! De ustedes, de mí. —Se me quiebra la voz en la última

parte.

Me precipito hacia la salida, esquivándola, y bajo las escaleras tan rápido como puedo, sin importar si tropiezo o resbalo, escuchando los gritos de Liam pidiendo que me detenga, que hablemos.

Tengo que salir de aquí, tengo que escapar antes de que me absorban de nuevo, tengo que irme si no quiero desaparecer.

catorce

Si no hay nadie a tu alrededor que se quede el tiempo suficiente para marcar la diferencia, entonces estás solo, tanto que la soledad cobra vida y se convierte en una compañera, en una amiga, en alguien fiel que nunca se irá. Aunque suene ridículo y no tenga sentido, con la soledad puedes llorar, puedes gritar. Es seguro porque no te va a reprochar, a juzgar, a contestar; solo escucha y ya. Está ahí, suspendida en el aire, como si fuera tu sombra, es escalofriante y acogedora. No te deja otra opción más que refugiarte en ella.

No tengo amigos que se preocupen por mi bienestar, que se alarmen si no contesto el teléfono o que me incluyan en un estúpido grupo de WhatsApp; no tengo una madre dispuesta a escuchar, solo escucha lo que quiere oír; mi padre no está en la ciudad; no tengo un novio que me ame. Solo está la abuela, pero es vieja y no puedo llamarle tan tarde solo para lloriquear. Así que nadie va a acariciar mi cabello mientras lloro, nadie intentará quitar mis lágrimas, nadie me dará palabras de aliento. Solo la soledad.

Es de noche, mis pies duelen y la respiración me falla por la agitación, esta es una de las cosas más estúpidas que he hecho. Llevo caminando un buen rato y no sé qué hacer conmigo misma, a pesar de que sé a dónde me dirijo.

Me abrazo porque hace frío, me detengo frente a la reja metálica de la escuela, ¿por qué he venido justo aquí? Porque es el único lugar en el que me siento segura, y eso es triste. Todo lo que soy son buenas notas, nada más, calificaciones altas y soledad, una vida perfecta que es una farsa. Yo creía en los cuentos de hadas, una vez pensé que era una princesa, hasta que me di cuenta de que mi vida no es un castillo encantado, es un calabozo.

Me siento en el suelo abrazando mis piernas, apoyo la mandíbula en las rodillas y miro la avenida, los autos van y vienen, soy como un fantasma. Una

lágrima resbala por mi pómulo, mis ojos se nublan y la calle se vuelve un paisaje difuso, lejano. El nudo en mi garganta quiere robarme el aliento, duele, quema y se expande provocando punzadas.

Indecisa, saco el teléfono celular, una fotografía de Liam salta tan pronto lo desbloqueo. Con el corazón dolorido busco en el listado de llamadas el número que no me he atrevido a guardar en la agenda. Mi labio inferior tiembla, ¿debería llamarle? ¿Debería pedirle que me escuche o que venga?

Él es lo más cercano a un amigo, incluso si para él no significo nada, si solo soy un trabajo. No estoy segura de que vaya a lograr algo, quizá ni siquiera conteste, pero no pierdo nada intentándolo.

Quiero escuchar la voz de alguien que al menos ha sido honesto conmigo, alguien que no ha mentido, alguien que me ha dicho la verdad, aunque duela.

Me limpio las lágrimas y aclaro la garganta antes de presionar el teléfono verde, espero, mi corazón da un vuelco violento cuando él responde. ¡Respondió!

- —¿Hannah? —pregunta. Hay ruido y música del otro lado, tal vez está en una fiesta, en un restaurante, no estoy segura.
 - —Hola, y-yo no quiero molestar...
 - —¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Es inevitable no sentir emoción al escuchar la preocupación en su timbre.

—No lo sé —murmuro—. Estoy sola, solo quería escuchar la voz de alguien porque creo que me voy a volver loca.

Jadeo, el aire me falta, ¿por qué me está doliendo tanto todo esto?

—Solecito, ¿estás llorando? —No respondo, no porque no quiera, es que no puedo—. ¿Dónde estás? Voy para allá.

Abro la boca para responder, pero un grito femenino me hace callar.

- —¿Por qué me dejaste solita? —Una chica habla del otro lado, de su lado. Cierro los párpados y echo la cabeza hacia atrás, apoyo la nuca en la reja—. Ven acá y termina lo que empezaste.
- —Cállate —gruñe y dice otras cosas que no alcanzo a distinguir, es probable que esté tapando el micro.

Sonrío con tristeza. Ya estoy acostumbrada a esto, suena desgarrador, pero es cierto. No me sorprende que esté con alguien más, no debería importarme

porque no somos nada, él no debería significar algo, no obstante, una punzada retumba en mi pecho. Es como si echara limón en una herida, en una que nunca ha sanado y me arde, tengo que apretar los dientes para no sollozar.

—Ya estoy caminando hacia el auto, dime a dónde voy.

Pero ya no quiero verlo, ¿en qué estaba pensando? Oliver solo... Él... No soy nada, seguro soy una de las muchas chicas a las que ayuda a enderezar el camino, como Mirian, ¿por qué pensé que era diferente? ¿Que había algo especial? Dios, qué estúpida, no aprendo la lección, tropiezo siempre con la misma piedra.

- —;Hannah?
- —¿Sabes qué? Olvídalo, me equivoqué al llamarte, lamento haber interrumpido.

Y, sin más, cuelgo.

Dejo caer la frente en las rodillas y lloro como una niña pequeña que se ha perdido en el centro comercial. Justo así me siento, estoy perdida en esta inmensa ciudad y no veo a nadie que me diga cómo regresar, no tengo un mapa ni claridad ni un destino.

¿Qué hay de malo en mí?

Sé que Oliver y yo no tenemos nada, que nos vemos de vez en cuando, y tal vez para él es normal lo que hemos hecho, pero para mí no, yo solo he tenido un maldito novio en toda mi vida, uno que ni siquiera se comporta como tal.

Mi pecho tiembla, mis mejillas se empapan, ya no puedo más.

Se supone que soy perfecta, todo el mundo lo piensa: «la perfecta Hannah, la chica estrella dueña del cuadro de honor. Con el novio más atractivo de la generación, las amigas más populares, unos padres ejemplares. Siempre sonriendo, siempre ayudando, la chica bondadosa y amigable», pura basura.

Cada vez que escucho esas tonterías me dan ganas de gritar que estoy llena de defectos. Soy defectuosa, por eso nadie me quiere, nadie me toma en serio, ni mis padres ni Liam ni mis supuestas amigas ni Oliver ni yo.

Tal vez soy mala y solo daño a las personas, por eso huyen de mí, por eso escapan de mi veneno. A Liam lo condené a estar conmigo cuando no sentía nada por mí, Mirian y Brenda jamás tuvieron mi amistad sincera, Oliver tiene que ver que estoy con otro, y a mis padres... Ellos se lastiman porque yo los

ato. Shawn fue el único que pudo escapar, y me alegra que lo haya hecho, yo hubiera hecho lo mismo.

Un auto se detiene frente a mí, veo que un rubio desciende de la parte trasera. Me pongo de pie y empiezo a caminar antes de que se acerque, Liam abre la puerta para que entre, él no dice nada cuando me subo al coche de mamá, solo me observa y yo aplano los labios. Da la vuelta y se sube en el lado contrario, guardando espacio. Mi madre está en el asiento del piloto, el silencio reina en el vehículo.

Miro la ventana todo el camino.

- —Gracias por traerme, señora Carson —dice Liam cuando llegamos a su casa.
 - —Salúdame a tus padres, cielo.
- —Lo haré. —Una pausa le sigue, después lo escucho respirar, siento sus ojos puestos en mí, pero no volteo—. Adiós, Hanny, por favor, descansa.

No contesto ni me muevo, creo que ni siquiera respiro hasta que se baja del auto. Y después de eso vuelvo a recluirme, mi madre me ignora, no grita ni hace uno de sus escándalos, estaciona en la cochera y se baja sin musitar palabra alguna. Para cuando subo las escaleras, ella ya está encerrada en su habitación

Con parsimonia abro mi casillero y busco mis utensilios, tengo que apurarme, hoy me toca clase de Computación, debo cruzar toda la escuela si quiero llegar al laboratorio. Hoy no tengo ganas de sentarme frente a una computadora para hacer códigos de *html*, tampoco quería venir a la escuela y ver las mismas caras, haré mi mayor esfuerzo para encerrarme en mi burbuja.

—Tenemos que hablar.

Su voz hace que me enderece, cuadro los hombros y tomo respiros profundos para no perder el control, fuego sube desde mis yemas, me recorre los brazos, es un cosquilleo desagradable; no solo estoy triste, también estoy furiosa.

—No quiero hablar —murmuro entre dientes.

Espero que se vaya y que no me presione, porque últimamente no soy capaz de pensar antes de actuar.

—Hanny, dime qué está mal, estoy preocupado, ¿por qué viniste a la escuela ayer? ¿Qué tal si te pasaba algo? Tuviste un ataque de pánico, el último que sufriste fue hace años y yo...

—¿Qué parte de «no quiero hablar» no entendiste, William? —interrumpo.

Azoto la puerta metálica del casillero causando un estruendo, algunos ojos se posan en nosotros. Doy un paso, dispuesta a marcharme, pero él se coloca en mi camino, impidiendo que me mueva.

—Hannah, por todos los cielos, me estás poniendo de los nervios, te desapareces por horas todos los días, es raro cuando te sientas con nosotros durante el almuerzo, tienes pláticas secretas con Nathan, te peleas a golpes con Iveth, cambiaste tu ropa y tu dieta, te dan ataques de pánico y ahora me miras como si me odiaras, necesito que hables.

Y eso basta para hacerme explotar.

—¿Quieres hablar? ¡Perfecto, hablemos! —exclamo con falsa animosidad—. ¿Por qué no hablamos mejor de cómo te divertías con las chicas desde hace años? ¿Por qué no me platicas con cuántas te acostaste a mis espaldas? ¿A cuántas besaste? ¿Con cuántas te burlaste de mí? ¡Ah, no! ¡Casi lo olvido! No necesitas contármelo si en el baño de mujeres está tu nombre rodeado de los nombres con las que has fornicado; algunos leen, otros fuman mientras cagan, yo tengo que contar las chicas con las que mi novio se revuelca, no hay nada más lindo que eso.

Sus ojos se abren con horror, pero es tan cierto, estoy cansada de ser la niña buena y ciega que lo aguanta todo, que tiene que fingir para agradarle a los demás. ¡Estoy harta de ser una copia de mi madre!

—Veamos... —continúo—. Podemos hablar, también, de las veces que me has dicho que no puedes verme porque harás la tarea y luego apareces en un montón de fotografías con tus amigos en Instagram, ¿crees que soy estúpida? O hablemos de todas las ocasiones en las que me llevaste a algún lugar y luego me mandaste a la mierda, en todas tuve que pedirles incluso a desconocidos que me dieran un aventón porque el señor estaba tan borracho y desesperado por follar para demostrar cuánto le desagradaba nuestro noviazgo que le importaba

un carajo mi seguridad. También podríamos charlar acerca de las humillaciones, de las burlas, de que la mayor parte del tiempo eres nefasto y me ignoras cuando te hablo, de que ni una sola vez me has dicho te amo, de que me orillaste a entregarte mi virginidad y luego te largaste con otra al día siguiente. Deja de fingir que te importo, Liam, que ambos sabemos que entre tú y yo no hay nada, ¿cómo es posible que lo olvides si lo repites todo el tiempo?

Lo dejo parado en la mitad del pasillo, voy hacia el exterior lanzando humo por las orejas, mis manos tiemblan, no camino con firmeza, me siento torpe. Esquivo a los estudiantes que se interponen en mi camino, ¿por qué siento que el mundo me está cayendo encima? Me alegra haberle dicho todo eso a William, por fin me atreví, pero lo hice mal, muy mal, lo avergoncé delante de algunos alumnos, seguramente muchos escucharon. Una cosa es dejar la máscara y otra es ponerte en el centro del escenario después de fallar para que te arrojen tomates.

Me desconozco. No estoy segura de quién soy, ¿quién infiernos es Hannah Carson?

Los ojos se me nublan al tiempo que bajo los escalones trotando, necesito ir a un lugar seguro, a un sitio donde nadie se burle de mi alma ni de mis inseguridades.

—¡Hannah! —exclama una voz que reconozco al instante, sin embargo, no me detengo, sigo caminando sin mirar atrás.

Escucho sus pasos apresurados, quiero correr para que Oliver Doms no me alcance, no obstante, las piernas no me responden, no soy rápida, por ende, me alcanza, aferra mi muñeca y me impide seguir caminando.

No me giro, solo me quedo quieta mirando un punto concreto en el camino. Me suelta y camina a mi alrededor hasta colocarse frente a mí, sus zapatillas gastadas entran en mi campo de visión.

-¿Por qué no te detuviste si te estaba llamando? -pregunta.

Es la primera vez que hablamos con tanta gente observando, ni siquiera estoy segura de por qué no lo hicimos antes, es tan extraño todo lo que tiene que ver con él.

-No quiero hablar contigo.

- —¿Por qué?
- —¿De verdad quieres que te responda? —Ahora sí lo miro, hay ojeras debajo de sus ojos, son pozos negros que me hacen fruncir el ceño, eso no estaba ahí la última vez que lo vi.

—;Estás celosa?

No me molesta la pregunta, lo que me hace enfurecer es el tono que emplea, no puedo creer que esté jugando en un momento como este, que crea que es gracioso. Estoy pasando por muchos procesos diferentes, ya no soy la misma chica que dejó que Liam la humillara en esa fiesta, lo que necesito es un abrazo simplemente, respirar, detenerme y que me diga que todo va a estar bien. Sin embargo, Oliver Doms no es de los que dan un abrazo cariñoso para consolar a alguien, es de los que te destrozan para que te levantes sola; y eso está bien solo algunas veces, ya estoy destrozada, no necesito más heridas en este momento.

—No, para celarte primero tendría que quererte, y gustar no es lo mismo que amar —susurro.

Se echa hacia atrás como si lo hubiera golpeado, tal vez lo hice, tal vez quise hacerlo o quizá soy una estúpida que debería medir sus palabras antes de hablar. No quiero que sepa que anoche odié escuchar la voz de esa chica, que lloré. Es darle demasiado, ya le di esa clase de poder a alguien alguna vez y solo lo utilizó para lastimarme.

- —A veces hago o digo cosas de las que me arrepiento después, lo siento, no quiero lastimarte, Han.
- —No, por supuesto que no, a los trabajos no se les puede lastimar, y eso soy yo, ¿verdad? Otra de tus obras de caridad.

Se me queda mirando, estupefacto, ni siquiera sé qué fue lo que dije. Respiro profundo antes de irme.

quince

Siete días después, una completa desconocida me regresa la mirada, estoy frente al espejo sintiéndome cohibida y expuesta, solo llevo puesta una falda corta pegada a los muslos, la tela brillante parece que está formada por escamas, de verdad luce como la cola de una sirena; el principio es de color celeste, termina en rosa pastel, el degradado es precioso y hace que mi piel pálida reluzca. Todo mi torso está descubierto, llevo un sostén decorado por caracoles y estrellitas artificiales, todo perfectamente combinado.

El cabello lo llevo lacio, es una cortina espesa que roza mi cintura, mi peineta tiene estrellas doradas, hace que mi cabellera caiga hacia un solo lado. Mi piel brilla más que nunca, al igual que el maquillaje de mis párpados. No puedo creer que sea yo, me veo *sexy*.

Lanzo un suspiro, no quiero ir a mi fiesta. Mirian y Brenda aseguraron que lo mejor era hacerla un día antes de mi cumpleaños para que pasara esa fecha con mi familia y con Liam, debería estar agradecida, se tomaron la molestia de planear algo genial, pero sé que es más fiesta suya que mía, ni siquiera me preguntaron a quién quería invitar. Lo que me hace sentir aliviada es que será en un lugar conocido: la casa de William. Tal vez salude a las personas y luego me esconda en la terraza, esa es una buena idea.

Vuelvo a suspirar, esta semana estuvo llena de Liam intentando ser amigable, y de Oliver evitándome. Desde ese día en el exterior de la escuela, en el que solté mi vómito verbal, no lo he visto, solo una vez en medio del pasillo, el encuentro no duró más de tres minutos e hizo como si no me conociera, ni siquiera me miró por el rabillo del ojo; creo que lo está haciendo a propósito.

Lo cierto es que lo extraño. No lo he buscado por temor, él no tenía la culpa de mis problemas, y tampoco me debía explicaciones. ¿Y qué si estaba con una

fulana en una fiesta? No puedo reclamar cuando no tenemos compromisos.

Indecisa, agarro mi teléfono móvil, lo observo durante un buen rato hasta que me decido y abro la bandeja de entrada para teclear el mensaje. No digo demasiado, solo que hoy es la fiesta y que me gustaría que fuera, le paso la dirección y la hora, aunque probablemente ya está enterado del acontecimiento. Me quedo mirando la pantalla, esperando que me llegue una respuesta, sin embargo, no llega, los minutos pasan y no obtengo una contestación. Genial, lo arruiné todo con Doms.

Dejo el aparato en el tocador y me quedo quieta, todavía guardando esperanzas. Alguien se aclara la garganta, me doy la vuelta, encuentro a Liam de pie en el umbral. Está usando un traje de pirata, tiene un parche en un ojo. Su mirada me recorre entera, demorándose en mi ombligo y en mis senos. Quiero cubrirme o pedirle que deje de mirarme de esa manera, pero prefiero callar y hacer como si no me afectara. Una vez leí en alguna parte que la manera más efectiva de atacar es ignorando.

—¿Vas a ir así o te pondrás un saco? —pregunta con el timbre enronquecido. Su mirada clara se topa con la mía. Está cargando un obsequio, es una caja forrada con papel celeste repleto de puntos blancos, un moño rosa decora la parte superior.

—Iré así —respondo encogiendo los hombros.

A pesar de que ha intentado que hablemos, he hecho un buen trabajo evitándolo, no creo que hoy pueda escaparme. Me arrepiento de lo que hice ese día en la escuela, estuvo bien que le dijera cómo me siento, sin embargo, pude haberlo hecho de otro modo.

—Te ves muy bien, cariño. —Sus ojos vuelven a repasar mi cuerpo. En ocasiones no puedo controlar mis emociones, un cosquilleo sube por mis dedos, estar frente a él me pone nerviosa—. Muy bien.

Camino hacia la cama para calzarme los tacones, me siento en el borde del colchón.

Liam me sigue, acto seguido, se pone de cuclillas frente a mí y me entrega el obsequio con las comisuras alzadas. Lo tomo, asombrada por la cercanía y por la amabilidad, él tiene que dejar de comportarse así, pues si actúa como el Liam que me agrada, no podré esquivarlo.

- —¿Qué es? —cuestiono con una sonrisita. Agito la caja, no pesa y no se escucha nada. Sus manos se colocan sobre mis piernas desnudas, no es incómodo, su toque es familiar, él tocándome es algo que conozco.
- —Ábrelo —murmura. Puedo sentir cierta emoción en su voz, lo que me causa curiosidad.

Sin dejar de sonreír, quito el moño y rompo el papel, me deshago de la tapa también. Se me corta la respiración. No, no, no, no. No puedo creerlo. Mis ojos buscan los suyos, una sonrisa que muestra todos sus dientes se le dibuja en el rostro. Vuelvo a mirar la tarjetita sin poder creer lo que veo, ni en un millón de años creí que tendría algo así frente a mí, es uno de mis sueños.

- —;E-es una broma? —pregunto tartamudeando.
- —No, jamás jugaría con algo así sabiendo lo que significa para ti.

Suelto un gritito de emoción. Es una maldita entrada para la semana de la moda en Nueva York. Una maldita entrada para mí. Una maldita entrada en la caja.

—¡¡Joder!! —exclamo, completamente emocionada, necesito liberar la emoción de alguna manera. Dejo la caja en la cama y me pongo de pie, me sacudo y me paseo por el cuarto, doy un salto, seguro luzco como una estúpida —. No puedo creerlo, no puedo creerlo.

Desde pequeña he soñado con ver de cerca una de esas pasarelas, siento que estoy saltando en las nubes junto a los ángeles, al ritmo de la música de las arpas divinas, mientras los querubines cantan.

Escucho la risa de William, detengo mi extraño andar y lo encaro, ya está de pie, tiene una ceja alzada y los brazos puestos en jarras. No se me ocurre hacer otra cosa más que lanzarme y abrazarlo, me cuelgo de su cuello como si fuera una chiquilla. Suelta una risotada, rodea mi cintura, aceptando mi abrazo.

- —Muchas gracias, es uno de mis sueños —murmuro, poniéndome emocional de pronto. Ahora tengo ganas de llorar, no puedo creer que de verdad eso esté en la misma habitación que yo y no me atrevo a preguntar cuánto le costó conseguirla.
- —Lo sé, Hanny. —No disminuye el agarre a mi alrededor, cierro los párpados, hacía tanto que no me sostenía de esta forma, con sus brazos apretándome y sus manos rozando mi cadera, con la nariz sumergida en mi

cuello y sus labios tocando ligeramente mi piel—. Estuve pensando acerca de lo que dijiste el otro día en la escuela...

- —Sí, respecto a eso... —interrumpo.
- —No, no, déjame hablar. Me siento miserable, tienes razón, Hannah, todo lo he hecho mal. —Mis labios se entreabren para poder respirar—. Eres hermosa, brillante, simpática y por alguna razón que no logro comprender me amas. Eres mi mejor amiga, desde siempre, y los mejores amigos no se lastiman. Hay tantos errores que me gustaría enmendar, solo que no puedo regresar el tiempo. Hanny... y-yo quiero intentarlo, intentarlo de verdad, comprometerme con esta relación y hacer que funcione. No por nuestros padres, por nosotros.

Mi cuerpo comienza a temblar como si tuviera mucho frío, no puedo controlarlo. Creo que él lo siente, me aprieta con más fuerza. Me quedo callada, mis pensamientos se escapan dejando mi mente en blanco, ¿qué podría responder? Estoy escuchando palabras que siempre quise que dijera, él me está susurrando que quiere intentarlo, que comprende que se equivocó, Liam nunca ha dicho semejante cosa. No obstante, han sido tantas las veces que me he aferrado a sus promesas que no sé si esta sea cierta, no sé qué hacer.

—No me digas nada ahora, piénsalo, ¿de acuerdo? Hoy tienes que divertirte porque es tu fiesta de cumpleaños.

Los padres de William dejan que de vez en cuando haga fiestas en su casa, cuando eso sucede se marchan y pasan el fin de semana fuera, la única condición que le ponen es que sea responsable y que limpie el desastre antes de que vuelvan.

El interior está llenísimo, a pesar de que todavía es muy temprano y, como lo sospeché desde el principio, hay un montón de gente que no conozco, que no me conocen, que no tienen idea de qué hacen ahí. No es mi fiesta de cumpleaños, sin embargo, debo actuar como que lo es para no verme malagradecida.

Liam me encamina con su mano en mi espalda baja, le sonrío a las personas que se acercan para felicitarme. Todas las chicas parecen seres acuáticos,

algunos chicos también, pero la mayoría solo tiene una estrellita en la ropa. Mirian se acerca pisando fuerte con Brenda siguiendo sus movimientos, las dos se ven preciosas, sonríen y abren los brazos. Me abrazan y me dan dos besos en las mejillas.

- —;Y bien? ;Te gusta? —cuestiona Mirian mirando alrededor.
- —Por supuesto, se lucieron, muchas gracias por molestarse.

Las dos sonríen, por un corto momento me siento incómoda, no me agrada la expresión que hace Mirian, siento que su sonrisa es forzada.

—Nos alegra mucho, Hanny —dice—. Seguiremos atendiendo a los invitados por ti, tú solo diviértete y disfruta.

Asiento y las veo partir.

—Voy a traerte una Cherry Coke, ¿me esperas?

Miro a William, quien no me ha quitado las manos de encima desde que llegamos, incluso desde antes, pues en el coche acomodaba mi cabello o rozaba mi hombro cuando los semáforos marcaban rojo.

—Gracias —susurro.

Me da una sonrisa antes de alejarse hacia una mesa con un tipo del otro lado. Saco el celular inmediatamente, esperando encontrar una respuesta de Oliver, aunque dudo que se presente, porque es como declararle la guerra y mofarse en la cara de Liam después de lo que pasó, ni siquiera sé si lograría entrar.

Estoy perdida en mis pensamientos, guardo el aparato en el bolso.

Los vellos se me ponen de punta, siento un escalofrío molesto, siento que alguien me está mirando, por lo que alzo la vista y barro el sitio. Está oscuro y me cuesta identificar a las personas. Debería comprar lentes normales, pero mi madre los detesta.

Reconozco al chico que está en la pista, pestañeo un par de veces para que se aclare mi mirada, para enfocar. Muerdo el interior de mi mejilla, sí vino, Oliver Doms está aquí, pero no creo que haya venido para verme ni porque se lo pedí, creo que solo vino para burlarse.

Está bailando con una chica, tan cerca que no logro ver dónde inicia el cuerpo de ella, y me está mirando, él quiere que lo vea. ¿Será la misma con la que estaba la otra noche?

No somos nada, no somos nada... Tengo que repetirlo una y otra vez como si fuera un mantra. No puedo reclamarle, no tengo derecho ni cara, ¿y qué le diría si es obvio que significo muy poco para él?

Una sensación desagradable me recorre desde la punta de los dedos hasta el último cabello, es un hormigueo que hace que mi cuerpo se sienta pesado. Mi corazón se hunde, ¿cómo es eso posible? ¿Por qué me duele? No debería, mierda.

¿Qué es Oliver Doms para mí y por qué no soporto verlo con otra chica? Quiero pensar y excusar lo que siento poniendo pretextos, quizá es porque hace tanto que no platicaba con alguien como con él, hacía tanto que alguien no me escuchaba, que alguien no me sostenía así, que alguien no me besaba como si el jodido mundo se fuera a acabar.

Lo más probable es que todo haya sido producto de mi imaginación, querer ver sentimientos en donde no hay es una vieja costumbre mía.

Agacho la cabeza para que no vea que los ojos se me llenan de lágrimas, me giro, dándoles la espalda. ¿No dijo que no quería lastimarme? Quiero darme una cachetada porque, de nuevo, dejé que alguien me hiriera, es un constante ciclo que no logro detener.

Una mano toca mi espalda, por un segundo guardo la esperanza de que sea él, pero Liam aparece frente a mí tendiéndome una lata de soda. ¿Desde cuándo espero que se aparezca Doms en vez de Baker?

- —¿Pasa algo malo, cariño? —pregunta William ladeando la cabeza, su frente está arrugada.
- —No, nada de eso, la fiesta es genial, gracias. —Me obligo a sonreír, él se me queda mirando durante unos segundos, después sonríe.

Es fácil engañar a Liam, nunca ha visto lo que siento de verdad, o tal vez no lo quiere ver, quiere creer que todo está bien. Es más fácil cubrirse los ojos que enfrentar al monstruo.

—Ven, vamos a partir el pastel —dice antes de buscar mi mano y darme un jaloncito para que lo siga.

Se supone que debería estar feliz, pero los pocos ánimos que tenía al principio han desaparecido.

Nos detenemos frente a un lindo pastel con estrellas rosadas y perlas, tiene el número dieciocho en la parte de arriba. Escucho la canción, los aplausos, las porras para que pida un deseo... Nunca me había costado tanto esbozar una sonrisa, fingir que estoy feliz, el ardor en mis ojos es casi insoportable, el nudo en mi garganta hace que me falte el aire. Nunca me había dolido tanto ponerme la máscara. Estoy destrozada, y no logro entender la razón.

Tengo a Liam a mi lado, rodeándome, cantando, sonriendo después de decirme que quiere intentarlo y yo... Yo no puedo dejar de pensar en Oliver.

Mirian se acerca y parte el pastel, me da un guiño, pone las rebanadas en platitos y los coloca en la mesa.

- —¿Quieres bailar? —cuestiona Liam con la ceja alzada. Voy a declinar cuando un brazo rodea su cuello, Nathan lo abraza con fuerza sin dejar de sonreír.
- -¿Nos prestas a tu galán un rato? Nos debe una apuesta y un par de cervezas.
 - —No, hoy no —responde él, intentando quitárselo de encima.
- —Está bien, ve, no va a pasar nada, voy a dar una vuelta y sirve que veo a los invitados.
 - —Te acompaño.
 - —Ya la oíste, campeón, déjala respirar o la asfixiarás.

Nathan lo jala y se lo lleva, Liam me da una mirada por encima de su hombro, le sonrío para que deje de preocuparse. En mi mente se lo agradezco, porque no hay nada que quiera más que estar sola.

Tomo una botella de agua y me escabullo serpenteando entre los asistentes, me refugio en un rincón oscuro desde donde puedo ver todo el sitio, siento como si una nube negra estuviera encima de mi cabeza.

Intento no buscarlo, sin embargo, mi parte masoquista se encuentra barriendo la fiesta antes de que pueda respirar. Sigue en el mismo lugar, balanceándose y riendo con la chica, solo puedo ver su espalda y su larga cabellera negra, tiene un cuerpo envidiable y está usando un vestido rojo favorecedor que resalta sus curvas.

El tiempo transcurre, no puedo despegar los ojos, Oliver le susurra algo que hace que ella suelte una carcajada, entonces él besa su mejilla y tengo que dejar

de mirar porque no soportaría ver si la besa en los labios. Salgo a la luz, y hago el amago de refugiarme en un lugar seguro: el balcón. En ese sitio nos escondíamos Liam y yo cuando no queríamos que nuestros padres nos encontraran.

No he dado ni un paso, Brenda se planta frente a mí haciendo un puchero.

—¿Podrías ayudarme? Sé que es tu fiesta, pero no sé dónde está Mirian y no puedo hacerlo yo sola.

Eso me toma por sorpresa, me impacta que me esté pidiendo ayuda, y más que no esté con Mirian, es como su sombra. Afirmo.

—Tenemos que rellenar las jarras de limonada. —Señala la mesa, hay dos botes de cristal vacíos.

Nos ponemos con ello, ella carga una y yo la otra, están pesadas, tengo que usar las dos manos. La sigo porque no tengo idea de dónde están las cosas, conozco el camino, esquivamos a unos cuantos chicos, ella pasa el umbral de la cocina, voy a hacer lo mismo, pero no puedo porque verlos no solo me saca el aire, me golpea, es como si una maldita locomotora me arrollara y me dejara aplastada en el suelo.

Mirian y Liam están besándose en medio de la cocina.

dieciséis

Suelto la jarra, se me resbala. Mis ojos ya están inundados en lágrimas, me empapan sin que yo pueda contenerlas, sin que pueda esconderme, no hay paredes alrededor para refugiarme. El cristal se rompe en miles de pedazos, causando un estrépito que hace que muchos observen con curiosidad, incluyéndolos.

Se separan, en cámara lenta veo que eleva la mirada esa persona a la que tanto he amado, a la que tanto esperé, por la que luché, aunque yo misma fuera la enemiga. Sus ojos me encuentran, se asustan.

Ahí, frente a mí, frente a ellos, frente a todos, se rompe la máscara que durante años me protegió. Cae, me siento pequeña, fría y vacía, débil... Expuesta. Estoy llena de grietas, de abolladuras, de cicatrices que no han sanado, solo bastaría rozarme para que me destroce como el cristal. Todo sucede demasiado rápido, abro la boca porque no puedo respirar, porque me duele tanto que temo romperme también, porque ya no puedo más.

Aguanté demasiado, mis intentos por ocultarme no sirvieron de nada, al final el espectáculo terminó, el telón se abrió para mostrar el acto final, ya todos pueden ver quién soy, quién es él y las mentiras que yo misma provoqué.

Al fin lo entendí.

Y no me importa si en otro lugar hay niños en sillas de colores, el alma me está doliendo, él es mi enfermedad, pero yo no tengo una silla para sentarme, no hay colores, todo es oscuro, siempre lo ha sido.

Su camisa está abierta, miro con dolor la realidad. Él empuja a la pelirroja, sin embargo, ya es demasiado tarde, esto nunca podré perdonárselo. Es ridículo después de todo lo que he aguantado, esto se siente como una doble traición, incluso cuando no lo es, pues Liam nunca me quiso y ella nunca fue mi amiga.

Doy un paso atrás, sintiendo las rodillas temblorosas y salgo corriendo tan rápido como los zapatos y la falda me lo permiten. No veo lo que pasa a mi alrededor porque no soy consciente y porque las lágrimas ocultan el panorama. Solo siento sus miradas, escucho los cuchicheos, ya ni siquiera suena la música.

Salgo, el frío de la noche no se compara con el de mi interior. Bajo las escaleras, una vez en el césped, me quito los tacones. Antes de que pueda arrancar, alguien me detiene aferrando mi muñeca, me sacudo con violencia creyendo que es Liam, a quien me encuentro al mirar es a Oliver.

—Espera, Hannah, no puedes irte así —dice—. Estás mal, tienes que tranquilizarte, déjame ayudarte.

Le arrebato mi mano con fuerza, ¿cómo se atreve a decirme lo que tengo que hacer? Lo único que debo hacer es alejarme de toda esta mierda, de estas personas de mierda, de esta casa de mierda, de estos sentimientos de mierda.

—No necesito tus malditos consejos, ¿cómo podría ayudarme alguien que ni siquiera puede pasar de grado? —Un sollozo se me escapa, me ha dolido decir eso. Agacha la cabeza—. ¿Qué mierdas te importa a ti de todas formas? Ve a bailar, diviértete en mi fiesta de cumpleaños, Doms, voy a estar bien porque nunca nadie me ha cuidado o ayudado.

- —Hannah... —comienza.
- -Eres igual que él.

Eso lo frena, aprovecho para salir corriendo, tengo que apurarme si no quiero que me alcancen, ya perdí mucho tiempo. Hay piedrecillas en la banqueta que se me encajan en las plantas, pero eso no duele, eso me resulta suave. Me limpio las lágrimas y voy hacia un lugar conocido. Mi casa no es un lugar seguro en estos momentos, y la biblioteca de la escuela está cerrada.

Hay un parque a unas calles, no hay nadie alrededor. Dando pasos lentos me acerco a un columpio y me siento antes de que mi peso me resulte imposible de cargar. Me inclino, apoyo la cabeza en la cadena y miro el suelo.

Cuando era pequeña me gustaba columpiarme, sentir que en cualquier momento saldría volando y me quedaría suspendida en los aires. William siempre empujó mi espalda hasta que un día me dijo que no lo haría más porque era aburrido, desde ese día, después de columpiarme, yo lo empujaba a

él; así nos divertíamos los dos. A mí me gustaba escucharlo reír, ver sus mejillas arreboladas cuando terminábamos de jugar. ¿Cuándo me volví tan egoísta?

Recuerdo que, en uno de mis cumpleaños, Liam me regaló un pez, era nuestro amigo, siempre que iba a casa le hacía más caso a mi mascota que a mí, y yo me ponía celosa, él no quería jugar conmigo. Cuando entramos a la escuela, a mí me agradaron ciertas personas con las que podía hablar sobre cosas interesantes, pero a él no, así que me tuve que incorporar a su grupo de amigos.

Las lágrimas no cesan, la nuca ha comenzado a punzarme.

Hoy no tengo ganas de columpiarme, no quiero sentir que vuelo, quiero estar aquí, bien plantada en la tierra, porque no puedo soñar toda la vida.

Por un momento creí que lo intentaríamos, fui tan tonta y caí de nuevo, fui tan estúpida que volví a entrar en su juego.

Mirian.

Estaba besando a Mirian con la camisa abierta, en mi fiesta de cumpleaños, con un montón de gente cerca y en un lugar donde era fácil encontrarlos. Mirian, los dos me han visto la cara de estúpida, ¿por cuánto tiempo se habrán reído de mí? Es decir, jamás sospeché, desconfiaba de todas, menos de ellas dos, porque se suponía que eran amigos, que eran seguras.

Muchas veces los dejé solos, qué tonta, qué ciega.

Se me viene a la mente el día que la conocí, ella y William eran compañeros en el laboratorio de Biología, iba colgada de su brazo y sonreía, por un momento tuve miedo, después él me la presentó y creí que estaba bien porque él nunca me presentaba a las chicas con las que salía.

Me quedo quieta, con los pensamientos en pausa y los ojos hinchados, el llanto se detiene, pero la tristeza sigue ahí, calando en mis huesos, en cada rincón de mí.

Mi celular no deja de vibrar en el bolso, una y otra vez, una y otra vez, sin detenerse. Probablemente son mensajes, llamadas y notificaciones de Twitter de todas las personas burlándose del acontecimiento. ¿Para qué mirar eso? ¿Para qué si solo son tontos que creen que por hacer que alguien se sienta mal se sentirán mejor? ¿Para qué si creen que burlándose de la desgracia ajena sus vidas mejorarán? ¿Para qué si ni siquiera me conocen?

Me pongo de pie, sin saber cuánto tiempo he permanecido aquí. Con las lágrimas secas y las mejillas duras, áridas, camino por la calle que me llevará a mi casa, no es muy lejos.

Apenas pongo un pie en el vecindario, veo la camioneta de William parada afuera de mi casa. Él está dando vueltas en la acera con el celular pegado a la oreja, ni siquiera pudo esconder un poco su descaro y abotonar la camisa. No me inmuto, no se da cuenta de que estoy cerca hasta que escucha el tintineo de mis llaves.

—Hanny, te juro que no es lo que piensas, por Dios, si horas antes te dije que lo intentaría —dice, acercándose, por el rabillo del ojo me aseguro de que no se aproxime más de la cuenta—. Por favor, Han, jamás me fijaría en Mirian, no te lastimaría de esa manera.

Suelto una risa que carece de humor.

—Basta, William, deja de mentir, de decir tantas falacias, me asquean. Ya, deja de fingir, no se lo voy a decir a mis padres porque aprecio mucho a los tuyos y no quiero que se enteren de quién eres —suelto.

Él me jala, impidiendo que abra el portón, me rodea y me acerca a su cuerpo. No me inmuto, al parecer las mariposas en mi estómago murieron, los torbellinos que una vez llegué a sentir ya no causan estragos. Le regreso la mirada.

- -Escúchame, no me importa si les dices o no, me importa lo que piensas tú.
- —¿Lo que yo pienso? —cuestiono con ironía—. No pienso en nada, ya no me sorprende que te besuquees con cualquier chica que se te ponga enfrente, no me asombra lo que vi, solo dime una cosa, ¿desde hace cuánto tiempo te has burlado en mi cara? —No responde, aplana sus labios—. Vamos, dime la verdad por una puñetera vez.

Su nuez sube y baja, puedo percibir el debate interno que está teniendo, la respuesta no es prometedora. Suspira y deja caer los hombros.

—La besé una vez, cuando se estaban haciendo amigas y porque estaba borracho, pero te juro que lo de esta noche no... No es, no sucedió, no sé por qué lo hizo, Hannah, entre ella y yo no hay nada, nunca lo hubo.

Sus palabras vienen y van, ya no significan nada.

—Iveth, Mirian... —Hago una mueca—. ¿Quién más, William?

Él cierra los párpados con dolor, vuelve a enfocarme con los ojos tristes, ¿cómo puede actuar eso? ¿Cómo?

- —Hanny... —Se queda callado, lo empujo para que me suelte.
- —Hannah Carson, William, mi nombre es Hannah.

Intenta acercarse de nuevo, el pánico en su postura y en sus gestos es notorio, está asustado, puedo sentirlo. Niego con la cabeza y alzo la palma.

—No —susurro.

Respeta mi decisión, le doy una última mirada antes de meterme en casa.

Al día siguiente me despierto y me quedo mirando un rato el techo, buscando formas, motivos para erguirme y empezar mi día, el cual no será mejor que ayer. Minutos después me levanto, permanezco quieta en el borde del colchón con las piernas colgando. Los ojos me duelen, están hinchados, es como si las llamas me estuvieran devorando por dentro.

Alguien toca la puerta, pasa antes de que pueda autorizar. Alzo la cara y veo a mi padre caminando hacia mí con una enorme sonrisa que me obligo a corresponder.

- —Feliz cumpleaños, nueva adulta —dice al tiempo que se sienta a mi lado y abre sus brazos para que lo abrace.
- —Te extrañé —susurro, la voz se me quiebra en la última sílaba. Dejo que me refugie en sus brazos, nunca lo había extrañado tanto, me gustaría contarle lo que pasó, desahogarme con él, pues al parecer es en el único en el que puedo confiar, pero temo decepcionarlo, ¿qué pensaría si se enterara de que dejé que me pisotearan?
- —No me abrazabas así desde que tenías catorce —susurra—. ¿Te gustó tu regalo? Liam me ayudó a encontrar un lugar al que no te pudieras resistir, y te va a acompañar, estoy emocionado.

Mi corazón se hunde otro poco, si es que todavía existe.

Se echa hacia atrás cuando no obtiene respuesta, su entrecejo se tensa.

—Creí que estarías contenta, ¿qué sucede? —Aquí es donde decido si hablar o callar, y como sigo siendo cobarde, sonrío.

—Claro que estoy contenta, es un regalo increíble, muchas gracias.

Me estudia como si no me creyera ni una sola palabra, no esquivo su mirada escrutadora, así que termina sonriendo.

Por la noche mi madre entra a mi habitación, está enfundada en un vestido azul marino que se ajusta a sus curvas. Su cabello cae grácilmente hasta el medio de su espalda. Está usando un collar que mi padre le regaló el año pasado en año nuevo. Se ve hermosa.

Por un momento temo que no le agrade mi vestido blanco y ajustado, sin embargo, está ensimismada en sus pensamientos, no le presta atención a mi atuendo. Me doy la vuelta y elevo mi cabello, ella se acerca y me ayuda a subir el cierre. Agarra mis hombros y me gira, me regala una sonrisa que enternece mi pecho. Amo a mi madre, a pesar de todo.

Puedo ver la tristeza en su mirada, se esmera en ocultarla, pero como yo, todos tenemos un límite, un día de estos terminará explotando, dándose cuenta de que ya no puede seguir así. Solo espero que no sea tan doloroso.

Sus dedos peinan mi cabello y lo acomodan.

- —Te ves preciosa, Hanny —susurra.
- —Tú también, mamá.

Sonríe con tristeza, no me ha creído.

—Aprovecha tu belleza mientras puedas porque un día se acabará, al menos tú seguirás siendo inteligente y agradable. —Me duelen sus palabras, quiero decirle muchas cosas, asegurarle que sigue siendo hermosa, no me permite hacerlo, pues se aclara la garganta—. Ya es hora de irnos, tu padre ya está en el auto.

La verdad no sé por qué les gusta celebrar los cumpleaños en restaurantes estirados, yo prefiero quedarme en casa y hacer cualquier cosa. Eso de sentarse en una mesa elegante rodeados de personas con lindos trajes no es lo mío. Siempre he pensado que es cosa de mamá, pero a veces creo que papá adora venir a estos sitios.

No sé cómo vamos a hacer para que la noche no se vaya en picada.

El mesero nos lleva a nuestra mesa, trago saliva con nerviosismo cuando veo que ya hay tres personas esperando. Mierda. ¡Lo que me faltaba!

—Hannah, feliz cumpleaños, corazón —dice Rianna al tiempo que se levanta y se acerca para abrazarme, le sonrío con sinceridad y le doy las gracias. Lo mismo al señor Baker.

Mis padres los saludan y toman asiento uno al lado del otro, y el único lugar vacío, por supuesto, es junto a él. Liam se pone de pie, se inclina para depositar un beso en mi mejilla, quito la cara sin importar si me están mirando. Inhala aire, le saco la vuelta y me dejo caer en la silla.

Todo el mundo se divierte, excepto nosotros dos, es bastante obvia la tensión. Soy consciente de que está intentando acercarse, tocarme, rodearme para pegarme a su costado, hablarme. Lo único que recibe son rechazos y palabras mordaces, que me pegue al otro extremo de la silla para alejarme. Termina dándose por vencido, solo entonces me relajo, picoteo un garbanzo con el tenedor.

La risa de mi madre llega hasta mis oídos, hace que levante la cabeza. La encuentro carcajeándose, agarrando el antebrazo de mi padre, quien también ríe por algo que dijeron los Baker. Mis padres se encuentran con la mirada y las sonrisas fallan. Ese corto episodio me noquea, mis ojos vuelven a arder, tengo que concentrarme en mi plato, ya que no soporto ser testigo del engaño.

Dejo el tenedor y observo fijamente el garbanzo, aunque mi mente está en otro lugar.

¿Por qué finge que está feliz si mientras papá no estuvo lo único que hacía era llorar? ¿Por qué no lo enfrenta?

Y entonces todo se vuelve claro para mí: ¿por qué fingí felicidad? ¿Por qué nunca lo enfrenté?

No puedo juzgar a mi madre, porque eso me convierte en una hipócrita, somos iguales. Muerdo el interior de mi mejilla para contener las lágrimas. La relación de mis padres es exactamente la misma que mi noviazgo con Liam. Llena de mentiras, de dolor, de falsedad, de rencor.

No quiero crecer y un día ser como mamá. Mirar el pasado y darme cuenta de que tuve delante de mí todas las señales, si me quedo con William ese será mi destino: llorar por los rincones, mendigar su cariño, sufrir en silencio, hacer

todo por agradarle. Cuando alguien te ama no necesita actuaciones. Yo no quiero actuar para que el mundo piense que tengo una familia feliz y ejemplar, yo quiero tenerla.

No quiero estar con Liam, ya no.

Ya no duele como antes pensar en dejarlo, me duele más quedarme a su lado y convertirme en algo que detesto.

No tengo apetito, por lo que lanzo un suspiro y me recargo en el respaldo. Mi padre me da una mirada y se asoma para ver mi plato.

- —¿No te gustó? —pregunta—. ¿Quieres que te ordene otra cosa? ¿Algún postre?
- —No, en realidad, no tengo hambre. —Me encojo de hombros y dejo caer mi mano en la mesa.

Rianna se aclara la garganta, la miro con curiosidad. Pronto siento que Liam agarra mi mano, intento soltarme con discreción abriendo el puño, pero la afianza con dureza.

—Ahora que estamos todos reunidos, queremos hablar con ustedes, estuvimos pensando, el otro día conseguimos un regalo especial para Hanny...

—Detengo mis intentos de soltarme para prestarle atención, con el corazón latiéndome a mil por hora, incluso me siento mareada. Ya sé lo que va a decir, ¿Liam sabía que esto ocurriría? ¿Cómo se le ocurrió aceptar semejante cosa después de lo que pasó? Los ojos de mamá chispean de alegría, mi estómago se revuelve. Liam obtiene un anillo de su bolsillo, mis párpados se abren con horror—. Queremos que Hannah lo tenga, ya es casi parte de la familia, sería solo una muestra del compromiso por parte de William.

Quiero zafarme y salir corriendo.

No quiero ser grosera con Rianna, porque siempre ha sido buena conmigo, pero esta vez no puedo verla con buenos ojos, ¿a qué chica le gustaría un compromiso como este?

Mi padre se aclara la garganta, su frente está arrugada. Mi madre da un aplauso con emoción.

—Hanny va a estar encantada, ¿verdad, cariño? —asegura ella. No tiene idea, y lo peor es que tengo el presentimiento de que si le digo lo de Liam me va a decir que lo perdone de nuevo.

—Yo creo que esto es algo que deben pensar los muchachos, hablarlo en privado y, si deciden comprometerse, sin duda los apoyaremos —suelta mi padre. No tiene idea de cuánto se lo agradezco, tal vez algún día le dé las gracias y le cuente lo mucho que ha significado su contestación.

Logro liberar mi mano, miro hacia otra parte, evitando las miradas sobre mí, todos esperan una respuesta, esperan que salte de alegría y acepte el anillo porque... Bueno, eso hubiera hecho la Hannah del pasado.

—Acabo de cumplir dieciocho años, lo que menos quiero hacer en este momento es comprometerme —digo. Todos se quedan callados, asombrados por la rudeza con la que lo he dicho. El padre de Liam salva el momento, y no se vuelve a hablar sobre el tema.

Gracias al cielo la cena acaba pronto después del suceso. Cuando nos despedimos, una sonriente Rianna se acerca y me abraza.

- —Lo siento —susurro, avergonzada, la adoro muchísimo y, aunque me molestó lo que hizo, sé que no fue para ofenderme, en cambio, yo sí siento que la herí. Ha sido como mi segunda madre.
- —Tranquila, cariño, todo está bien —murmura con su timbre suave y cálido. Me alejo junto a mis padres, no obstante, antes de que pueda salir del restaurante, Liam agarra con delicadeza mi hombro.
 - -;Podemos hablar? Por favor, Hanny -pide.

No sé si la tristeza en su cara es real o es otra de sus actuaciones para que sus padres no lo regañen, ya no sé qué pensar, qué creer, por eso es mejor mantenerme lejos.

—No quiero.

Arrastrando el alma y el corazón, me giro y salgo de ahí.

Mamá no deja de gritar y quejarse por mi comportamiento en el restaurante, no dejo de mirar por la ventana, a lo lejos resuena un relámpago, el cielo está llorando y las gotas resbalan en el vidrio.

No puedo dejar de pensar en Liam besando a Mirian, es increíble que él haya permitido que me hiciera su amiga después de besarla, siento como si me hubiera encajado un cuchillo ardiendo en la espalda.

Mi padre intenta detenerme cuando bajamos del auto, quiere hablar, desea preguntarme qué es lo que está sucediendo. ¿Cómo voy a responderle? Niego con la cabeza y finjo malestar, se da por vencido. Subo las escaleras corriendo, harta de escuchar los gritos de mi madre y las súplicas de papá pidiendo que se calme.

Pasados unos minutos, ya con la ropa para dormir puesta y recostada en la almohada, escucho los insultos de Lou, los silencios de Eugene, creando melodías, orquestas que me hacen derramar lágrimas. Estiro el brazo y agarro mis auriculares, pongo una canción para dejar de escucharlos, aunque no sirve de nada, pues mis pensamientos no guardan silencio.

diecisiete

El domingo me despierto convencida de que tengo que terminar esto de una vez por todas, estoy corriendo en círculos, no estoy yendo en la dirección correcta.

A las doce en punto llego a la casa de William, Rianna me recibe con una gran sonrisa, si supiera a qué he venido seguramente no estaría tan feliz.

- —Cariño, qué bueno que viniste, ¿quieres que le hable a Liam? Está en su habitación. ¿Te ofrezco algo de tomar? Hice tus galletas favoritas el otro día, creo que todavía hay algunas. —Su voz es dulce y cálida, no luce como alguien que obliga a su hijo a hacer cosas que detesta, más bien se ve como una madre que apoya sus decisiones, pero las apariencias engañan.
- —No, Rianna, no te preocupes, no demoraré demasiado —digo—. Ya sé el camino, así que no es necesario.
- —Me alegra que estés aquí, desde hace días Liam ha andado de mal humor, se encierra en su alcoba por horas, hoy no quiso desayunar y no ha ido a los entrenamientos. —Su frente está arrugada—. ¿Sabes si está pasando algo? Estoy preocupada porque vi un vídeo en internet que decía que la mayoría de los jugadores universitarios se inyectan drogas para jugar, no quiero que mi hijo pase por eso.
- —Liam no es de esos, Ri, no lo necesita, no tienes por qué preocuparte, seguramente está estresado.

Intento sonreír, se queda seria y luego asiente.

—Tienes razón. —Suspira—. En fin, te dejo para que vayas con él.

Me observa subir las escaleras, camino mecánicamente, conociendo a la perfección el pasillo. La puerta de su cuarto está cerrada, me planto frente a esta y la observo. Muchos recuerdos vienen a mi mente, tantas veces lo ayudé a

subir porque estaba muy borracho como para hacerlo solo y no quería que sus padres lo descubrieran, tal vez debí dejar que lo regañaran.

Siento que he estado aquí un montón de veces, la mayoría de ellas tenía miedo de que me cerrara la puerta en la cara, casi todas terminaron así: afuera mirando esta misma puerta después de ser rechazada. Hoy vengo para algo distinto, sin embargo, la melancolía hace que me sienta justo como aquellas ocasiones.

No es fácil dejar algo que se adhirió a mi corazón por tantos años, es como un vicio; como los cigarrillos, quizá ahora entienda por qué Oliver fuma. Se necesita un tratamiento, pruebas, incluso volver a caer en él para superarlo. No sé si soy adicta a William Baker, pero sí creo que mi adicción es la autocompasión, el masoquismo, la toxicidad de nuestra relación.

Sé que no he vencido mi adicción y que me va a costar mucho hacerlo, pero al menos estoy aquí parada, dispuesta a enfrentarla, me he dado cuenta, al fin, de que debo hacer algo, pues ya he tocado fondo y lo único que me queda es encontrar una salida, no puedo quedarme eternamente en el mismo pozo, tropezando con la misma piedra una y otra vez.

Respiro hondo, sintiendo adrenalina y dolor por partes iguales; terror y anhelo, desesperación y necesidad.

Toco la madera con los nudillos.

- —¡¡Ya te dije que no quiero ver a nadie!! —exclama.
- —Soy yo —digo.

Se escucha un estruendo, sus pasos al acercarse, en segundos abre la puerta. Tengo que alzar la vista para encontrar sus ojos, algo que siempre me ha gustado es su altura y ese cabello que peina con los dedos. Se ve cansado, pero sonríe al verme. Si un mago me concediera tres deseos, uno de ellos sería leer su mente, cuando creo que ya lo conozco, sucede algo que me hace cambiar de opinión. Nunca sé en qué está pensando, ¿por qué un momento parece odiarme y al siguiente no?

—Pasa —murmura abriendo la puerta y haciéndose a un lado para darme espacio. Cruzo el umbral y me coloco en el otro extremo de la habitación, al lado de la ventana—. ¿Podemos hablar?

Frente a la casa de Liam hay un parque, observo a unos niños corriendo, jugando entre los árboles. La niña tiene dos coletas y se esconde, esperando que el chiquillo la encuentre, entonces los dos corren carcajeándose. Mordisqueo mi labio, es como si pudiera vernos en ellos, a mí también me encantaba esconderme detrás de los árboles, la diferencia es que él nunca me encontraba. Antes creía que se debía a que era buena escondiéndome, pero ahora creo que, en realidad, él nunca quiso encontrarme.

—Vine a hablar —digo. Ahogo un suspiro y vuelvo a enfrentarlo, en su mirada puedo ver la indecisión, se tambalea, creo que quiere acercarse y a la vez no sabe si es lo mejor.

—Hannah, son pocas las veces que te he dicho mentiras, desde el principio fui claro, he hecho muchas cosas y nunca me he justificado, esta vez es diferente, te juro que lo que pasó en la fiesta no es lo que parece —dice atropelladamente. Toma aire, aguarda unos segundos para recomponerse—. Estaba contigo, fui con los chicos, Mirian se acercó y me pidió ayuda para rellenar las putas jarras que tú estabas cargando cuando entraste. Apenas llegamos a la cocina, se me tiró encima y rompió los botones de mi camisa. Yo iba a apartarla, entonces el maldito cristal se cayó y estabas en la entrada mirando todo.

—No es la primera vez que pasa algo así —suelto, encogiéndome de hombros. Da un par de pasos, aproximándose, pero se detiene cuando ve que me alejo la misma distancia que recorrió.

—Lo sé, escucha, cariño, sé que he sido un imbécil. El otro día dijiste algo acerca de mi nombre rodeado de los nombres de las chicas con las que he tenido sexo, ¡es una maldita locura, Hannah! ¿De verdad crees que voy a tener relaciones sexuales como un sátiro con todas las chicas de la escuela? Son mentiras, sí, he besado a algunas y no tienes idea de cuánto lo siento, pero no... No ha llegado a más.

—Iveth.

Sus párpados se cierran con dolor al escucharme decir ese nombre, mi comisura tiembla, tan fácil es destrozar su discurso, se haya acostado con una o con cien, es lo mismo, me lastimó, me pisoteó, dejó que otros se burlaran de mí, que esa chica se riera en mi cara y que dañara mi autoestima.

Una o cien, no importa el número, lo que duele es que no le haya bastado estar conmigo, que prefiriera otros besos, otras caricias, otro cuerpo. Duele porque yo estuve ahí siempre para él, dispuesta, esperanzada, ilusionada. Le di mi cuerpo inocente, mi alma, mi corazón y mi mente; a mi cuerpo lo mancilló, a mi alma la utilizó, a mi corazón lo destrozó y a mi mente la torturó. Tantas veces lloré en la soledad de mi habitación reviviendo aquella noche que decidí entregarme a él, y me preguntaba si era así, si con las otras también había sido frío y distante. ¿Por qué si fingía delante de nuestros padres no fingía al menos delante de mí esa vez? Él se fue con rapidez, me dejó con un montón de sábanas manchadas y con mis sueños hechos trizas.

¿Por qué fui tan tonta? ¿Por qué? No importa si fue con una o con cien, el daño ya está hecho.

—Lo de Iveth se acabó, Hannah, ella no me interesa, no significa nada para mí, me equivoqué, pero ya le dejé muy claro que quiero estar contigo. —Vaya, justo cuando yo quiero todo lo contrario—. Ya no quiero seguir lastimándote, eres muy importante para mí, aunque a veces no sepa expresarlo. Yo... me di cuenta de cuánto te quiero el día de la fiesta, no he podido sacar de mi cabeza tus ojos tristes, decepcionados. Me está doliendo muchísimo que no me dejes acercarme, Han, siento impotencia y una presión en el pecho que no me deja respirar.

Esquivo su mirada y me abrazo a mí misma, por más que intento buscar en mi interior algún escombro de los dos, no hay nada que pueda rescatar. Simplemente se terminó, esta lucha la perdí, es momento de aceptarlo y seguir.

- —Dime algo, Hannah, cualquier cosa... —Parece desesperado.
- —William, creo que es tiempo de que cada uno haga su camino por separado.

Decirlo se siente bien, liberador.

- —¿Qué? No, no, Hannah, ¿de qué estás hablando, cariño? No podemos terminar, ¿no escuchaste lo que acabo de decir? —Se ve confundido, asustado, como el día que entramos a la escuela básica y nos pusieron en salones separados.
- —Tuviste razón todo este tiempo, Liam, las cosas empezaron mal entre tú y yo, era obvio que permanecerían torcidas y que jamás se enderezarían, no sé en

qué estaba pensando cuando creí que algún día ibas a quererme, que algún día me corresponderías. Esta relación es tóxica, y ya no puedo más, me siento hastiada y no quiero odiarte, no quiero odiar al primer amigo que tuve. Verte con Iveth, con Mirian, con cualquier chica ya ni siquiera me duele como antes, y me detesto por haberte perdonado tantas veces, por haber seguido los consejos de mi madre, por aferrarme a ti cuando me gritabas que no me querías, por burlarte de mí frente a la gente. Ya no lo soporto, ya no. —Se me escapa un sollozo, mi pecho tiembla.

A pesar de que no quiero llorar, las lágrimas salen de mí como si fueran manantiales. Dios sabe que hice todo, que luché contra el mismísimo destino, pues quería que lo nuestro funcionara.

Liam se acerca con rapidez, sus manos acunan mi rostro con suavidad, lo veo detrás de mis ojos empañados. Dios sabe que lo amé más que a mí misma, ese fue mi primer error.

—No digas eso, Hanny, podemos hacer que funcione, sé que me he equivocado, que no te he dado lo que mereces, tienes que creerme, dame una última oportunidad, voy a demostrarte que te puedo hacer feliz. —Su voz está rota, le está costando hablar.

Trago saliva.

—Besé a otro, no he sido honesta contigo —susurro.

William me contempla enmudecido, su manzana de Adán sube y baja, respira hondo varias veces.

—¿Qué? —pregunta en voz baja—. ¿Es por lo que pasó hace tiempo en la biblioteca con Shawn?

Shawn, pensar en él me da valentía, habría estado orgulloso de mí, pues siempre prometía que dejaría a Liam y nunca lo hacía, él siempre me dijo que merecía algo mejor, y tenía razón, solo que en ese entonces no quise escucharlo. Mi desesperación hizo que estropeara nuestra amistad, si pudiera regresar el tiempo habría actuado muy diferente ese día en la biblioteca, tal vez algún día pueda contarle, decirle que dejé de ser cobarde.

—No, es alguien que conocí.

Él parpadea, me mira con lo que creo es dolor.

—¿Es por eso por lo que quieres dejarme? —pregunta—. Hanny, podemos arreglarlo juntos, solo fue un beso, no me voy a volver loco solo por un beso, te dejé sola y me lo merezco, vamos a pasar esta mala racha, saldremos adelante, ya casi nos graduamos, te acompañaré a Nueva York al desfile y pasaremos el verano solos, luego irás a tu universidad y te visitaré todas las tardes, te llevaré al cine, haré que olvides a ese chico, cielo, te lo juro.

No tiene idea, no sé por qué está haciendo promesas en lugar de alegrarse porque al fin tiene lo que tanto pedía: libertad.

—Liam, no quiero olvidar ese beso, él me hizo feliz, como nadie nunca lo hizo.

Un destello de rabia cruza su mirada. Sus manos, que siguen sosteniendo mi rostro, tiemblan. Hago el amago de alejarme, no obstante, no me lo permite. Su brazo encadena mi cintura y, antes de que pueda respirar, su boca está sobre la mía. Golpeo su pecho con mis puños, intento empujarlo, necesito que se aparte, pero es muy fuerte, me estruja y aferra con más firmeza.

Voy a gritarle que se detenga, aprovecha el movimiento de mis labios e introduce su lengua, me domina. Las lágrimas vuelven a aparecer, mis mejillas se empapan y los temblores de mi pecho se vuelven incontrolables.

Se echa hacia atrás.

- —No, Hanny, no llores, no, solo quiero que veas cuánto te necesito, yo también puedo hacerte feliz, déjame demostrártelo —suplica.
- —¿No te das cuenta de lo mucho que me duele cuando me tocas? Me duele besarte, que me abraces, que me mires, me destroza. William, me da miedo estar contigo, dejé de ser yo misma, dejé de valorarme, dejé que fueras mi todo. No quiero tener una vida como la de mis padres, quiero estar con alguien que sepa amar y me lo demuestre.
 - —Hannah...
- —No, Liam, por favor, compréndelo, ni siquiera entiendo por qué estás haciendo todo esto, creí que te pondrías feliz, que te sentirías liberado del martirio que era estar conmigo, que me lo agradecerías, no que intentarías detenerme. Por una vez en la vida necesito que no seas egoísta, lo nuestro se acabó.

Abro el bolso y obtengo el boleto para la pasarela, sus hombros caen cuando lo reconoce.

- —No, quédatelo, es mi regalo, y es algo que siempre has querido, ¿qué voy a hacer yo con él?
 - —No lo puedo aceptar —murmuro.
- —Por favor, lo conseguí para ti. —Se escucha triste, en otro momento lo habría consolado, pero no hoy.

No pienso seguir discutiendo, doy un paso atrás y camino hacia la salida, afortunadamente no me sigue. Rianna no está por ninguna parte, antes de salir me detengo en una mesita donde los Baker ponen las llaves y otras cosas, dejo el boleto y salgo.

Llego a casa, decaída, pero sintiéndome renovada, con una ligereza en mi interior que no puedo explicar, es como si alguien me hubiera quitado peso de encima. El auto de mi padre no está, solo el de mamá. Menos mal, porque lo que menos necesito ahora es escuchar sus discusiones. Quiero entrar y quedarme acostada todo el día.

Espero encontrarla en la sala o hablando con una de sus amigas, no está por ningún lugar. Un sonsonete llega hasta mis oídos, frunzo el ceño, ¿mamá está escuchando música? ¿Desde cuándo lo hace?

Subo a la planta alta, contrariada y curiosa, camino por el pasillo y me acerco a la puerta del cuarto de mis padres, pego el oído a la madera para ver si logro distinguir algo, sin embargo, solo se escucha la canción.

No sé por qué lo hago, abro la puerta y me asomo, no hay nada alrededor. La cama matrimonial está perfectamente tendida, todo está limpio y organizado como siempre. Lo que me asusta es que la música proviene del baño, mamá nunca escucha música, y mucho menos ahí.

Me aproximo, la cabeza me punza.

Giro la perilla y abro.

Entonces, el alma sale de mi cuerpo.

—No, no, no —digo, alarmada, presenciando la escena más dolorosa que he visto jamás. Me acerco y me arrodillo—. ¡¿Qué hiciste?!

Mi madre está tendida, viéndose indefensa, su rostro no tiene color, sus labios y párpados están sellados, no sé si está respirando. Mientras llamo a una ambulancia no puedo dejar de mirar el frasco que aprieta en la mano.

dieciocho

Me siento culpable, ¿cómo no me di cuenta de que mamá necesitaba ayuda? ¿Estaba deprimida? Sé que estaba pasando por una temporada difícil, era evidente, pues la relación entre mis padres ha empeorado, no creí que se sintiera tan mal como para querer quitarse la vida. ¿Por qué hizo eso? ¿De dónde sacó esas pastillas? Tantas preguntas se formulan en mi mente y ninguna tiene respuesta.

Estoy acurrucada en el sillón de la sala de espera del hospital, papá camina de un lado a otro apretándose el puente de la nariz, está hablando por teléfono, supongo que con mi abuela. Después de llamar a la ambulancia le llamé a él, se ve cansado, más viejo de lo que en verdad es.

Abrazo mis piernas con más fuerza y dejo caer la cabeza en mis rodillas, agotada, mamá llegó al hospital con pulso y respirando, cuando la vi tirada en el suelo, pálida e indefensa, creí que estaba muerta y toda la mierda salió de mí. Dijeron que le harían un lavado gástrico, que no tardarían demasiado y que seguramente se pondría bien. Louise ha tocado fondo, al igual que yo, me gustaría que se diera cuenta de ello y luchara por salir adelante. Pero bien dicen algunos que cada cabeza es un mundo, todos tenemos diferentes maneras de lidiar con nuestros problemas.

Los padres de Liam llegan minutos después, ya es tarde. Mi padre se acerca y charla con ellos, alejándose de mí. A continuación, se acercan y me piden que me vaya a descansar a su casa, niego, no quiero irme, quiero estar aquí para asegurarme de que va a despertar. Sigo impactada, verla en el suelo es lo más aterrador que he visto, sentir que se me escapaba, que la perdía, que nunca más le diría cuánto la quiero.

Terminan convenciéndome, papá me promete que llamará si pasa cualquier cosa.

—Tranquila, cariño, necesitas dormir, yo estaré aquí toda la noche, te avisaré con William si pasa algo —dice señalando al padre de Liam—. Tu abuela ya viene en camino también, mañana después de la escuela vienes, ya pedí permiso para ausentarme unos días en el trabajo, ¿de acuerdo?

Me está rogando con la mirada, mis hombros se hunden.

—Anda, mi niña, ven —pide Rianna con timbre suave y dulce, ofreciéndome su mano. Trago fuerte para no echarme a llorar, me siento como una niña pequeña en medio de una encrucijada. Termino aceptando porque no quiero preocupar más a papá y no creo que me dejen ver a mamá el día de hoy.

El hospital no está muy lejos de casa, por lo que llegamos en cuestión de minutos, las calles ya no están abarrotadas de coches. Los señores Baker me tratan como si fuera un cristal a punto de romperse, después de asegurarles que estoy bien y que no tengo hambre, me dejan refugiarme en el cuarto de invitados. Me dejo caer en la cama, mi cabeza cae en la almohada, me hago bolita y miro a la nada, a la oscuridad.

Un rechinido me pone alerta, sin embargo, no me enderezo, pronto su aroma inunda el ambiente y el colchón se hunde a mis espaldas.

- —William... —advierto.
- —No te voy a hacer daño, solo quiero abrazarte y que no llores sola, ¿me dejas?

Su voz rompe mis barreras, más que nada porque necesito que alguien me sostenga, pues temo caer en un abismo. Me abraza y permite que llore en su cuello. No dice nada, se convierte en una cueva para que la lluvia no me moje.

Lloro por mamá y también por él.

Apenas entro a la escuela el día siguiente, sé que será un mal día, estoy arrastrando mi humor, lo último que quería hacer era venir, pero papá ya tiene suficientes problemas como para que falte semanas antes de los exámenes finales. Arrastro los pies, desganada, escuchando los murmullos del alumnado,

no creo que sea por lo de mi madre, más bien creo que hablan sobre lo que pasó el viernes en la fiesta.

De pronto todo se queda silencioso, excepto por el traqueteo de unos tacones. Saco mis libros con el cuerpo tenso, los vellos de mi espalda se electrifican, sé quién se está acercando a pesar de que no lo he comprobado.

—Miren quién se atrevió a venir a la escuela hoy, creíamos que te quedarías llorando en casa con mami y papi. —La burla en su tono es palpable. Con calma cierro el casillero y me doy la vuelta para enfrentarla. Mirian está de pie junto a Brenda, quien no se ve muy cómoda. La pelirroja sonríe haciendo una mueca de petulancia, su barbilla está alzada con orgullo, no puedo creer que haya estado tan cerca de una persona que me detesta tanto como para poner en riesgo su reputación. No digo nada, la observo en silencio—. Siempre me quitas lo que me pertenece.

Ladeo la cabeza, me tienta la idea de decirle que yo conocí a Liam antes, por lo tanto, la que se metió entre los dos fue ella, no yo, creo que su perspectiva está algo torcida, no logro comprender por qué piensa que se lo quité. No se lo digo porque lo último que se me antoja hacer es pelear por él, ya terminé con eso. No estoy segura de por qué habla en plural, ¿se refiere a Oliver?

- —Ya entiendo, te querías vengar y por eso besaste a Liam.
- —Pues él no se quejó —suelta con malicia. Mis comisuras se levantan, se está esforzando tanto para lastimarme.
 - —Me das lástima, Mirian, de acuerdo, conseguiste lo que quisiste, ganaste. Puedo ver la rabia en su mirada.
 - —Así es, te gané.
- —Solo las personas con una vida triste desean que la de los demás también lo sea, pues no soportan ver que alguien es feliz porque ellos no pueden serlo. Se esconden detrás de su máscara de crueldad para que nadie vea que son débiles y pequeños, hablan y hablan para que el resto se crea su papel. Por eso me das lástima, bien, me has lastimado, felicidades, tal vez has creado una herida imborrable y sufra mucho cuando intente levantarme, ¿ahora eres feliz? Yo me levantaré y seguiré luchando, y tú seguirás triste, estancada en el mismo lugar, queriendo destruir la vida de los demás.

Acto seguido, la esquivo, continúo con mi rutina y la dejo en medio del pasillo.

La abuela Bo me explicó lo de mamá tan pronto llegué al hospital, estaba sentada en la salita de espera con un vaso de café, cuando me vio llegar se puso de pie y abrió los brazos, así que corrí y la abracé. La última vez que la vi fue cuando sufrió un accidente, afortunadamente no pasó nada grave, ella es un roble. La abuela vive en Los Ángeles, llegó esta mañana.

Me tomó las manos y se sentó conmigo, Louise estaba yendo con un psicólogo que le recetó antidepresivos, quiso suicidarse tomando pastillas, la mezcla del medicamento y el alcohol intensificó el efecto. Los doctores dijeron que había tenido suerte de que la encontrara a tiempo, probablemente solo llevaba inconsciente unos segundos cuando la encontré.

Le pido a la enfermera que me deje ver a mamá, ya la pasaron a planta, va a estar aquí unos días, pues necesitan observarla, luego permanecerá unas cuantas semanas en el área de psiquiatría, es un método obligatorio que utilizan con los pacientes que intentan suicidarse, al parecer ella aceptó. La señorita regresa y niega.

—Lo siento, cariño, tu madre no quiere recibir ninguna visita —dice con una sonrisa triste.

No me sorprende, mamá es la persona más orgullosa que conozco.

Me quedo hasta tarde a pesar de que mañana tengo que ir a clases, ahora que está la abuela no tengo que quedarme en casa de los Baker, ellos vinieron y se quedaron con papá un buen rato, me mantuve escondida en este sitio, incluso después de que se marcharan. Observo el humo de mi café, no quiero tomar, ya que soy intolerante al calor, yo soy más de *lattes* helados y *frappés*, pero no hay de eso en este sitio.

Me pongo de pie y me encamino a la máquina expendedora, del bolso trasero de mi pantalón obtengo un billete, analizo los paquetitos de galletas.

—Hannah. —Me envaro al escuchar esa voz. Automáticamente lo busco, está a unos pasos de distancia, lo miro, impactada, ¿cómo supo que estaba

aquí? Él lee mi mente—: Supe que estabas aquí por mi madre, vine a ver cómo estás.

Su timbre ronco me hace suspirar, siento ese magnetismo al que me cuesta resistirme, la sensación empeora cuando sus ojos escanean mi cuerpo, me siento arder. Me dan ganas de darle una palmada en la mejilla porque estamos en un hospital y se supone que estoy furiosa con él, pero al mismo tiempo quiero montarme en su regazo y olvidar los últimos días.

- —Estoy bien —suelto, seca.
- —¿Quieres platicar con alguien? —pregunta.
- —¿Contigo? No, no sientas lástima por mí, como ves no estoy llorando detrás de las paredes. —Me doy la vuelta y hago mi camino de regreso, pero su voz me detiene una vez más.
- —Hannah, no eres un trabajo. —Escucharlo me alivia, no sé lo que soy y no creo estar preparada para saberlo, pero él es algo para mí, y también quiero serlo para él. Mi corazón comienza a latir como loco, es como si me hubieran inyectado emoción—. ¿Sabes? Tenías razón, si quiero ayudar a mi madre debería de esforzarme, necesito que me ayudes, ¿lo harás?
- —Viernes en la biblioteca, cubículo seis, cuatro de la tarde, si no llegas me largo —digo y vuelvo a caminar. Muerdo mi labio inferior para no sonreír como una estúpida.

Me dejo caer en el asiento, no compruebo si se ha marchado. Me escurro en la banca acolchonada y me quedo quieta, aunque por dentro soy un torbellino de emociones, me siento eufórica. ¡Él vino a verme! ¡Mierda! Quiero ponerme a saltar, a gritar y a correr.

Suelto una risita que se convierte en risotada cuando mi abuela se sienta frente a mí con la mandíbula desencajada.

—¿Quién era ese? —cuestiona alzando la ceja canosa y abanicándose. Cubro mi rostro con las palmas, de pronto siento calor, mis mejillas arden, siento el sonrojo hasta en las orejas—. Esas miraditas... Uff, es como James Dean.

Amo a la abuela.

- —Se llama Oliver Doms —susurro.
- —Tiene nombre de bombón.
- —¡Abuela! —exclamo. Ella se carcajea.

- —Vaya, vaya, así que el joven Oliver Doms hace sonrojar a mi nieta, y eso que solo estuvo cinco minutos. —Creo que está disfrutando mucho por mi estado, no deja de sonreír—. Me agrada más que ese novio tuyo.
- —Liam y yo ya no somos novios, Bo. —Sus párpados se disparan, se recompone más rápido que una bala.
 - —Espero que te encuentres bien, Hanny.
 - —Lo estoy, era necesario.
 - -¿Oliver tuvo que ver en la decisión? —indaga.
 - —No, pero me agrada tenerlo cerca. —Sonrío.
 - —Con esa química es comprensible que lo quieras a tu alrededor. —Guiña
- —. Cuando era joven tuve dos pretendientes: uno era ordenado, el otro era un caos; uno era amor y estabilidad, el otro era pasión desenfrenada. A los dos los quise de diferentes maneras, sin embargo, tuve que quedarme con uno, con tu abuelo.
- —¿Cuál de los dos era el abuelo? —pregunto con curiosidad. Ella esboza una sonrisita y chasquea la lengua.
 - -Eso no te lo voy a decir, tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

Mi ceño se frunce, es como si estuviéramos hablando de mí y no de ella. Así es la abuela Bo, ni siquiera intento que me lo diga, pues ha dado por terminada la conversación.

diecinueve

El día siguiente espero que la enfermera de recepción se distraiga, papá lleva más de una hora en la habitación de mi madre, no voy a seguir esperando, quiero estar con ella. Mi padre no me responde cuando le pregunto por qué no me deja pasar, pone pretextos y estoy cansada. Sé que está consciente, pronto la trasladarán al área de psiquiatría, necesito verla antes o, de lo contrario, no podré hacerlo hasta dentro de unas semanas.

La enfermera contesta el teléfono y se agacha para buscar algo en las cajoneras, me pongo de pie como un rayo, camino por el pasillo dando zancadas. Escuché a los padres de Liam conversando el otro día, conozco el número de su cuarto. Cuando veo la cifra en la puerta me siento mejor, me daba miedo perderme y hacer el ridículo.

Un grito me detiene, ¿están peleando? Apresuro el paso, decidida a pedirles que se detengan, no es posible que discutan en momentos como este, mamá necesita tranquilidad para reponerse y salir de la depresión.

Tan pronto me ven en el umbral se quedan callados, los ojos de papá se llenan de preocupación. Mi madre está recostada en una camilla con una sábana cubriéndola hasta las rodillas, sus puños están apretados, está roja y aprieta la mandíbula con lo que creo es enojo. He visto furiosa a Louise muchas veces, sin embargo, en este momento su mirada me aterra, creo que si pudiera golpearía a papá.

Un mal presentimiento se asienta en mi pecho.

- —¿Qué está pasando? —pregunto.
- —Nada, cariño, solo una discusión que ya ha terminado. —Tan pronto lo dice sé que está mintiendo, me están ocultando algo, ¿mi madre está enferma? No entiendo todo el misterio.

- —¿Nada? —cuestiona Lou entre dientes—. ¡¡Anda!! ¡¡Dile a tu hija la clase de hombre que eres!! Díselo para que entienda mi dolor.
- —Tranquilízate, Louise, piensa muy bien lo que estás haciendo. —Su contestación aumenta mi nerviosismo. Él me da una mirada y luego se concentra en mamá, quien no puede dejar de arrojarle veneno con los ojos.
- -Estoy harta, Eugene, no voy a soportar que pases más tiempo con tu otra mujer.
 - —¡Cállate! Estás fuera de control, está Hannah, Lou.
- —¡¡Que se entere!! —grita—. ¡Que toda la ciudad sepa que tienes otra familia y que cuando te largas es para pasar tiempo con ellas!

;Ellas?

Siento que el aire me falta, que la oscuridad se cierra a mi alrededor. Mis rodillas fallan, tengo que agarrar el marco de la puerta para no caerme, cierro los párpados por un minuto, esperando despertar, sin embargo, no es una pesadilla. Mi corazón late demasiado rápido, hay dolor en mi pecho, es como una punzada que me dobla a la mitad. Quiero vomitar, todo me da vueltas.

—Hanny, tranquila, cielo —dice papá. Siento su brazo alrededor de mis hombros, sosteniéndome, ayudándome a no perder el equilibrio—. Vamos afuera.

En *shock*, dejo que me conduzca. Una enfermera le da una sonrisa tensa y entra arrastrando un carrito.

No vamos a la sala de espera, me guía a una banca que está en la mitad del pasillo. Se deja caer a mi lado con los codos apoyados en los muslos, yo miro el suelo, tengo la cabeza en blanco y, al mismo tiempo, es un desorden.

¿De verdad tiene otra familia y por eso se ausenta durante semanas? No es que me sorprenda que salga con alguien más, el matrimonio de mis padres terminó hace mucho tiempo, es solo que me decepciona que me lo haya ocultado, lo que me duele más es que hayan fingido aun sabiendo la verdad. No sabía que estábamos tan jodidos.

—¿Es cierto lo que dijo? —Me responde el silencio, está quieto contemplando el piso—. Necesito saberlo, papá, quiero escucharte.

Mis ojos se nublan, aguanto las lágrimas. Tengo miedo.

—Tu madre y yo hemos pasado por tiempos muy difíciles, cariño, para arreglar una relación se necesitan las dos partes, Louise no quiere perdonar ni seguir adelante, no puedo hacer nada con eso. La amaba con todo mi corazón, pero ella busca a alguien perfecto y nunca podré serlo. Dejamos de encajar, de reír, de hablar, yo llegaba del trabajo y ella no quería estar conmigo, ni siquiera dejaba que me acercara, que la tocara. Nuestro matrimonio se rompió y no me dejó hacer nada para arreglarlo —susurra.

Agacho la cabeza. Recuerdo muchas cosas, sus peleas, mi madre siendo fría con él, él intentando acercarse... No entendía.

- -;La amas todavía? -pregunto, sintiendo la boca seca.
- —Siempre lo haré, Hanny, me duele ver en quién se ha convertido, los dos hemos cambiado y si pudiera regresaría el tiempo, cambiaría muchas cosas. Tu madre no era así, no estaba obsesionada con el control ni con la perfección, era divertida y simple, eso fue lo que me enamoró de ella. Cada vez que te utiliza para llenar sus vacíos me destroza, no te deja vivir, no voy a seguir permitiendo que actúe de esa manera, te estamos lastimando.
 - —¿Por qué no te divorcias?
- —Se lo propuse el día de tu cumpleaños, se puso como loca y luego pasó esto, ¿cómo puedo dejarla así? Ella es mi mitad, pero juntos solo nos hacemos daño, no puedo seguir viendo cómo nos destruimos. —Ahora entiendo por qué gritaban ese día en la noche.
- —¿Hay otra mujer? —pregunto en un susurro. Se aclara la garganta y se endereza. Por un momento creo que no va a contestarme, sin embargo, lo hace.
- —Hace tiempo estuve con alguien, no estoy orgulloso de lo que hice, no pude evitarlo. —Observo su perfil por el rabillo del ojo, se ve avergonzado, triste. Extiendo la mano y tomo la suya, sus comisuras tiemblan. Lo entiendo, de alguna extraña manera lo hago, no me gusta que mi madre esté sufriendo, pero también puedo ver dolor en el rostro de papá, no puedo elegir un lado, no puedo juzgar a ninguno de los dos—. No quería que te enteraras así, no quiero que te decepciones, tú y tu hermana son lo más importante que tengo.

Me cubro la boca con las palmas, mis ojos escuecen.

- —¿Hermana?
- —Se llama Jocelyn. —Sonríe con tristeza.

Suelto una risa nerviosa, no sé qué significa el nudo que tengo en la garganta ni el cosquilleo de mis dedos. Estoy emocionada, también asustada y melancólica, ¿está mal sentirse de esa forma? Siempre quise tener un hermano, alguien con quien compartir y a quien cuidar. Creo que debería estar furiosa como mi madre, reclamarle, pero siento todo lo contrario, soy un torbellino de emociones. Estoy herida, sí, no obstante, sabía que nuestra familia estaba rota.

—Y... ¿p-podría conocerla?

Sus párpados se abren y una sonrisa gigante se extiende en su cara, al parecer papá esperaba todas las reacciones excepto esa.

—Claro que sí, cuando tú quieras —dice—. Ritta se va a emocionar cuando le diga que quieres conocer a Jocie.

Ritta. Seguramente ella es la madre.

¿Él les habla de mí?

- —¿El viernes? —tanteo, sintiéndome insegura, ¿y si es una mala decisión? ¿No debería esperar y digerir la noticia? Lo cierto es que me muero por conocerla, tal vez es porque quiero ser parte de algo.
 - —De acuerdo —responde con una sonrisa.

Papá me abraza, recuesto la cabeza en su hombro y respiro.

- —Lamento no ser el mejor padre del mundo, pero nunca dudes de que te amo, cariño, y haría cualquier cosa por ti —murmura. Deposita un beso en mi sien.
 - —¿Puedo ser honesta contigo?
 - —Claro.
 - -Esto no tiene nada que ver con mamá ni con lo que acabo de descubrir...
- —digo—. Estoy cambiando, papá, ya no me reconozco.
- —Está bien cambiar, estás madurando, descubriendo quién eres, hay personas que nunca lo logran.

Me quedo en silencio unos segundos, suspiro. Eso es justo lo que siento, que empiezo a conocerme. Siempre fui cualquiera menos Hannah, fui la novia de Liam, la hija perfecta, la estudiante ejemplar; nunca yo.

—Terminé con Liam, me gusta otro chico, y no tengo idea de qué quiero estudiar, así que he pensado en tomarme un año para pensarlo —suelto de golpe.

—Espero que William no te haya hecho algo malo o se las verá conmigo, ese chico que te gusta debe pasar por mis pruebas antes de que intente acercarse, y puedes tomar ese año siempre y cuando me prometas que vas a hacer lo que tú quieres, sin importar lo que diga tu madre, porque va a enloquecer.

Por supuesto que lo hará, pero me tranquiliza saber que al menos cuento con el apoyo de papá.

El doctor nos interrumpe acercándose, nos dice que Louise será transferida al área psiquiátrica en unas horas, al parecer mamá aceptó permanecer en el hospital, lo cual es un buen síntoma.

El viernes a la hora de la salida me acerco a la parte trasera del gimnasio donde Oliver Doms fuma con sus amigos todo el tiempo.

Está recargado en la pared con una pierna doblada hacia atrás, apoyada en la misma. Una de sus manos está en el bolsillo de su pantalón, la otra sostiene un cigarrillo que tira al suelo en cuanto me encuentra con la mirada, lo pisa. Uno de sus amigos le dice algo, no obstante, no responde. Me barre con los ojos y sonríe de lado, haciendo que ellos me encuentren también. Incluso cuando estoy perturbada e intranquila, hace que una corriente eléctrica me recorra.

- —Hola, chicos —saludo. Me planto frente a él—. ¿Me prestarían a Doms?
- —Uy, te lo regalamos, preciosa, es todo tuyo si lo quieres —dice Lenny alzando las cejas graciosamente.
- —No le digas *preciosa* —gruñe el mencionado, todos se ríen, me parece bastante cómico que lo molesten, me agrada ese aire de lealtad y amistad que los rodea—. Es más, dejen de mirarla, ya vieron suficiente por hoy.

Se aproxima dando dos zancadas, su brazo rodea mi cintura con posesividad y me pega a su costado. ¡Vaya! ¿Está celoso? Todavía estoy molesta, pero sentirlo cerca se siente genial, su mano encima de mí me produce una sensación agradable. Además, mi corazón late rápido y mi estómago es un caos debido a las mariposas que revolotean por todas partes.

Me conduce hacia el interior de la escuela.

—Creí que no nos veríamos hasta las cuatro, solecito —murmura.

—¿Podemos dejar lo del estudio para más tarde? —cuestiono.

Se detiene en seco, me enfrenta y me mira con el ceño fruncido, no se ve feliz. Su brazo sigue a mi alrededor, apretándome fuerte contra él, acercándome, mis manos quedan aplastadas sobre su pecho.

- —;Por qué? ;Tienes algo que hacer?
- —Sí, pero me gustaría que fueras conmigo —susurro. Le estuve dando vueltas al asunto toda la noche, no quiero ir sola a conocer a la otra hija de mi padre, necesito que alguien seguro esté conmigo, y en el único en el que pude pensar fue en Oliver.

Su ceño se tensa más.

- —;Estás bien?
- —No lo sé. —Dibujo formas con el dedo índice en su playera de color blanco.
 - —;Quieres contarme?
 - —Voy a conocer a mi hermana. —Alza las cejas, impactado.
 - —;Qué?
- —Mi padre tiene otra hija y quiero conocerla, pero estoy muy nerviosa y me da miedo ir sola, esto es una locura, la mayoría de las personas no pasan por cosas así, entiendo si no quieres ir, es algo aburrido, pero es que no tengo a nadie más y... —Su dedo detiene el movimiento de mis labios.
 - —Shht, tranquila, iré contigo.

Nos detenemos afuera de la casa, papá me envió un mensaje en la mañana diciéndome la dirección, nunca he venido al vecindario, ni siquiera sabía de su existencia. Es lindo, no como el nuestro.

Retuerzo mis dedos, siento ansiedad por todas partes, tengo miedo y dudas. Tal vez no debería estar aquí, se siente como si estuviera traicionando a mi madre y, al mismo tiempo, quiero conocer a esa niña.

- —¿Y si no le agrado? —pregunto con la voz temblorosa.
- —¿Por qué no le agradarías? A mí me agradas.

Observo mis dedos ansiosos y trago saliva. Siento el estómago revuelto, ganas de salir corriendo y esconderme en el polo opuesto. Una mano se escabulle y acuna la mía, me da un apretón suave, su pulgar acaricia mis nudillos. No puedo dejar de observar nuestras manos juntas, su toque es tan delicado que mi corazón se derrite, nunca me han tocado así.

—Todo va a estar bien, ¿de acuerdo? Y voy a estar contigo si necesitas hacer un escape rápido. —Asiento.

Descendemos del auto de Oliver, coloca la mano en mi espalda baja para conducirme por el camino, me tranquiliza saber que hay alguien conmigo. Nos detenemos frente a la puerta, él me da una mirada antes de tocar el timbre. Los latidos desenfrenados retumban contra mi pecho, puedo escuchar mi respiración, todo sucede en cámara lenta.

Tengo que ser fuerte.

La puerta se abre, me siento desfallecer cuando mi padre aparece delante de mí, ¡mierda! Creía que estaría otra persona.

Papá está sonriendo, se hace a un lado para dejarnos pasar, su mirada escanea a mi acompañante, gracias al cielo no dice nada, quizá ha visto mi rostro, no sé si luzco como una lunática a punto de desmayarse, así me siento.

—Pasen —dice.

Me quedo estancada, sintiéndome torpe, Oliver masajea mi espalda con suavidad, casi haciéndome cosquillas. Reacciono y doy un paso, adentrándome a la linda casa con aire hogareño, es muy diferente a la nuestra.

Respiro hondo cuando una mujer aparece en el cuadro, estaba esperando encontrar a alguien parecida a mi madre: alta, rubia y con curvas. En cambio, delante de mí está alguien bajita, de cabello castaño y sonrisa amable. Tengo que mirar hacia otra parte para recuperarme, ¿es que mi padre se cansó? No sé por qué me ha molestado que sea diferente, ¿no debería ser al revés?

Vuelvo a mirarla, ella no ha dejado de sonreír.

—Dios, eres hermosa, Hannah —dice. Mis comisuras tiemblan, a pesar de que no estoy feliz.

El silencio nos invade, es incómodo, no sé qué hacer, debí de haberlo pensado antes de decirle a papá que vendría, fue un impulso tonto, ahora lo sé. La mano de Oliver vuelve a impartir un masaje en mi espalda, sus dedos se

mueven con lentitud presionando lugares que me relajan, ¿qué demonios me está haciendo? Automáticamente me muevo, sumergiéndome en su costado, adhiriéndome a él como una lapa.

No respondo, me giro hacia mi acompañante.

—Él es Oliver.

Sus movimientos cesan, pero su brazo no me abandona.

- —Mucho gusto —dice.
- —¿Es el chico del que me hablaste? —Me atraganto, con los ojos desorbitados enfoco a papá, quien luce divertido, está aplanando sus labios para no carcajearse. El alma se me va a los pies, Dios, que la tierra me trague y me escupa en el infierno, ¿por qué ha hecho eso?
- —Papá... —ruego con la voz ahogada. Por favor, que no diga alguna imprudencia, Oliver no tiene por qué saber que me gusta. Al menos la preocupación inicial ya pasó, estoy mortificada por otra cosa. Sus dedos se flexionan en mi cintura, descienden y rozan mi cadera, siento su vista fija en mi rostro, el cual está caliente, seguro estoy tan roja como un tomate.
- —Espero que eso signifique algo bueno, señor Carson —dice y extiende la mano libre hacia papá, menos mal que es educado—. Oliver Doms.

Los dos se dan un apretón, quiero escapar de su agarre, sin embargo, me aferra con más fuerza. También saluda a Ritta... Es hermosa, no es como mi madre, pero es guapa, no es tan difícil estar a su alrededor debido a su sonrisa. Me pregunto cómo la conoció, ¿la ama? ¿Vive con ella también? Tengo muchas preguntas, no obstante, no creo estar preparada para conocer las respuestas.

—Hannah —dice ella—, debo decirte que Jocie está muy emocionada, no ha parado de hablar desde que le dijimos que querías conocerla. Está en la sala, ¿quieres verla?

Relamo mis labios resecos, ¿estaba emocionada por conocerme? ¿Por qué? Esto es tan confuso. Y no ayuda el sentimiento que me mantiene distante, siento que estoy traicionando a mamá al hablar con la amante de mi padre.

—Sí —susurro.

Ritta y mi padre se giran, caminan por el pasillo, los sigo con Oliver abrazándome fuerte.

—Respira, solecito, estoy aquí —susurra. Le doy una mirada de reojo y sonrío, no tiene idea de lo mucho que significa que esté conmigo en este momento—. Lo estás haciendo increíble.

Traspasamos el umbral de la sala, hay una niña pequeña sentada en un sofá, se pone de pie como si fuera un resorte apenas nos ve. Da un par de pasitos sin dejar de taladrarme, sus ojos son enormes y azules, muy parecidos a los míos, sus pestañas son tan largas que creo que podría abanicarme con ellas. Tiene el cabello castaño amarrado en una coleta y trae puesto un tutú. Quiero echarme a llorar, es tan hermosa.

—Mamá tenía razón, eres una princesa —dice, sus labios forman un círculo. Una risita se me escapa, de pronto todos desaparecen, solo puedo verla a ella.

Me pongo de cuclillas para estar a su altura.

—Y tú eres una hadita —digo. Jocie sonríe, hay un diminuto hueco donde se supone debería ir uno de sus dientes. A ella parece gustarle mi comentario pues, a partir de ese momento, no deja de hablar, no se me despega, y por raro que suene, me agrada que no lo haga.

Comemos aquí, Ritta tenía preparada una deliciosa comida por si decidía quedarme, Oliver se mantiene cerca, sin embargo, me da espacio para estar con la pequeña.

Jocelyn Carson es parlanchina, me cuenta todo lo relacionado con su escuela, practica *ballet* y *jazz*, y tiene un hámster llamado Muppet en su habitación.

Y puedo asegurar que nunca jamás me había sentido tan feliz.

veinte

Me detengo antes de salir y me doy la vuelta, Jocelyn está parada detrás de mí con una sonrisita. De verdad es preciosa, se parece a papá. Da un saltito y cierra con premura la distancia entre las dos, sus brazos rodean mis piernas, alza la cabeza para mirarme desde abajo, sus enormes ojos me derriten el alma.

- —¿Vas a volver? —pregunta haciendo un puchero adorable. Mi padre se aclara la garganta.
- —Jocie —la llama. Se queda quieta, no deja de mirarme con esperanza. Le regalo una sonrisa sincera, con los dedos peino su coleta.
- —Te prometo que nos veremos pronto, tienes que presentarme a Muppet digo.
- —¡Va a ponerse muy feliz cuando le diga que quieres conocerlo! —exclama y me suelta. Como si fuera un huracán se va corriendo, sube las escaleras y desaparece, dejándonos en silencio.

Me recompongo enderezando la espalda, al alzar la mirada me encuentro con la de Ritta fija en mí, quien me sonríe y musita un «gracias». No le respondo, ya que no sé qué decir, no lo hago por ella, tampoco por mi padre, vine por mí, porque cuando era pequeña no soñaba con otra cosa más que con tener un hermano, alguien con quien compartir aventuras, alguien que estuviera conmigo durante las noches llenas de gritos y discusiones.

No sé cuándo la relación de mis padres se rompió, puedo estar con Ritta en la misma habitación, pero eso no quiere decir que me sienta cómoda teniéndola alrededor. Es cálida y amable, nada más, no pienso tener una amistad ni ponerme a charlar más de la cuenta. Respeto a mi padre y lo amo, así como amo a mi madre, y saber que estoy frente a la mujer que le ha causado tanto dolor no es agradable.

Papá se acerca, abre sus brazos frente a mí, sin dudar lo abrazo y escondo la cara en su camisa. Estoy feliz por haber venido, también triste, es confuso, no puedo decidirme. Me alegra tener una hermana, pero al mismo tiempo no se siente correcto y eso me mata.

Respiro hondo para no ponerme a lloriquear.

—Gracias, cariño —murmura.

Segundos después me deja libre, me despido con una sonrisa. Oliver me ofrece su brazo, lo tomo con rapidez, mis piernas siguen temblando, siento que en cualquier momento voy a caerme.

El camino al coche lo hago tensa, con los dedos apretando la piel de Doms, me conduce por el camino sin pronunciar palabra. Una vez frente al vehículo, observo la puertecilla que ha abierto para que entre y me rompo. En un instante mis mejillas se empapan, me convierto en una tormenta.

Me derrumbo, quiero doblarme a la mitad, pues siento que el dolor y la ansiedad van a consumirme, pero Oliver no me lo permite. Sus brazos me rodean, lentamente me lleva a su pecho, en donde hundo el rostro. Le regreso el abrazo con fuerza, esto es lo único que quería. Mis lágrimas mojan su ropa, al parecer no le importa, no disminuye el agarre.

- —Fuiste muy valiente —susurra cuando logro tranquilizarme.
- —Es hermosa —digo compungida—. Siento que estoy traicionando a mamá.
- —Lo principal es no traicionarte a ti, si lo que quieres es conocer a esa niña que no tiene la culpa de los errores de los adultos, al igual que tú, entonces conócela, es tu hermana y tienes derecho, además, creo que ya se adoran. —Se me escapa una risita—. Estoy orgulloso de ti.

Me echo hacia atrás, me concentro en ese par de ojos verdes.

- -;Por qué?
- —Sé lo que se siente, Han —dice—. Me hubiera gustado tener un hermano como tú, yo soy como Jocelyn.

Mis cejas salen disparadas, mi mandíbula se desencaja.

—¿T-tú...? —No termino la pregunta, él no responde, solo se encoje de hombros. ¿Es el hijo de alguien casado? ¿Por eso nunca habla de su padre?

Quiero preguntarle muchas cosas, pero deposita un beso suave en mi coronilla y me suelta, dando por terminada la conversación.

—Vámonos.

Afuera de la casa de Oliver hay un árbol en el jardín, en una de las ramas cuelga una pajarera amarilla que me hace sonreír. Sigo sus pasos, va directo a la puerta recorriendo un camino de hormigón delimitado por piedras. Del bolsillo trasero de su pantalón obtiene unas llaves, se escucha un sonido cuando abre, se hace a un lado. Me hace una seña para que pase, su sonrisa ladeada me hace dudar; pero, como siempre, termino acercándome.

—Bienvenida —dice—. Si encuentras calcetines sucios son de mi hermano, no los toques o podrías llenarte de gérmenes, y no se te ocurra entrar a la lavandería, es un desastre.

Entro a la pequeña salita, el aire hogareño me relaja, él cierra la puerta a mis espaldas y se me adelanta.

—¿Quieres algo? Creo que hay jugo. —No me deja responder, desaparece en la que creo es la cocina, yo me quedo quieta admirando el panorama. Las paredes son de color crema, hay una fotografía gigante de dos niños, reconozco al más pequeño, pues tiene esos ojos verdes que tanto me gustan, el otro niño es muy parecido, solo que sus iris son marrones.

Me aproximo a un sillón y me dejo caer, el comedor es solo para cuatro personas, aunque una de las sillas está pegada a la pared, como si nunca la utilizaran, me agrada el jarrón que está en el centro de la mesa.

Oliver regresa con dos vasos llenos de jugo de color amarillo.

- —Tu casa es muy linda —digo tomando el vaso que me ofrece. Se deja caer a mi costado, no pasa desapercibido para mí, se coloca muy cerca; escondo la sonrisa dándole un trago al jugo cuando su brazo rodea mis hombros.
- —Solo porque estás en ella, normalmente es aburrida —suelta. Agacho la cabeza un segundo, esperando que no vea mis mejillas teñidas de rosa.
- —Deberíamos empezar con las tutorías —digo después de aclararme la garganta. Me estiro hacia adelante y dejo el vaso sobre el vidrio de la mesita.

Oliver se levanta como un resorte, me ofrece su mano, lo estudio con intriga.

—En mi habitación, mi hermano va a llegar pronto y no quiero que te vea. —Miro hacia otro lado, sintiéndome insegura de pronto, ¿le doy vergüenza? No me atrevo a preguntar, así que solo me pongo de pie—. Ya sé lo que estás pensando y no, no es eso, no quiero que intente seducirte.

Vuelvo a enfocarlo, todavía está ofreciéndome su mano, la tomo. Él me da un jalón suave y me arrastra por toda la sala, por las escaleras y, finalmente, por el pasillo de la planta alta, no se detiene, ni siquiera me deja contemplar el sitio.

Las paredes de su habitación son del mismo color que las demás, solo que están llenas de pancartas de bandas de *rock* y películas, hay un patinete viejo colgado, Apolonia está en el suelo. Hay unos calzoncillos en una de las esquinas, aplano los labios para no carcajearme y miro hacia otro lado. Él deja su mochila en un escritorio que está cerca de la ventana.

—Siéntate, iré por otra silla —dice antes de salir. Hago justo lo que pidió, me siento. Es muy ordenado, excepto por el bóxer en el suelo y las sábanas revueltas. Lo siento caminando detrás de mí, cierra la puerta y coloca la silla a mi lado, entonces toma asiento, de su mochila saca una carpeta con hojas desordenadas y un lápiz—. Disculpa el desastre, nunca traigo personas a la casa y nadie ve lo que hago en la escuela.

Le arrebato el lápiz, haciendo que nuestras manos se toquen. Su brazo rodea mi espalda, por lo que tengo que hacerme hacia adelante o no podré pensar, suficientes distracciones son su olor y su muslo rozando el mío. Observo sus apuntes y me pierdo en ellos.

Pasamos toda la tarde resolviendo problemas de Matemáticas y Física, y la dificultad con Oliver no es que no sepa los procedimientos o las fórmulas, es que se tarda demasiado en llegar al resultado. Si yo superviso no hay inconveniente, pero en un examen no le sirve de nada saber responder si no puede hacerlo rápido.

—Tienes bien trece de quince, pero te llevó mucho tiempo, Doms, tenemos que practicar si quieres pasar esos exámenes. —Agarro una hoja en blanco y

enumero hasta el veinte—. Te voy a dejar tarea.

- —Eres una maestra muy *sexy*. —Mis comisuras tiemblan, el cabello oculta mi cara, lo cual es bueno. Busco en mi memoria y empiezo a escribir—. ¿Por qué dijo eso tu padre? Lo de «el chico del que me hablaste».
- —Estamos estudiando —digo. El corazón me da un vuelco violento, cuando vea a mi padre tendré una plática muy seria con él acerca de no decir en voz alta mis secretos. Aprieto los párpados, ¿qué puedo decir para evitar su pregunta? Espero que desista, aunque no me hago muchas ilusiones.
 - —No, ya estudiamos demasiado.

De pronto, me arrebata el lápiz como si fuera un niño pequeño. Me echo hacia atrás, sorprendida, y lo observo con diversión. Lo arroja con fuerza, sale volando y cae en el borde de la cama. Suelto una risita, me levanto y voy por él, necesito escribir todos los problemas. Me inclino y obtengo el lápiz amarillo, cuando me enderezo me siento morir.

Doy un respingo, está detrás de mí, ¿cómo demonios llegó tan rápido y sin hacer ruido? Respiro hondo, se pega a mi cuerpo, su pecho a mi espalda. Una de sus manos se coloca sobre mi ombligo y me empuja hacia él, la otra me quita el lápiz de los dedos y vuelve a arrojarlo a alguna parte.

Ahogo un suspiro, su nariz se escabulle y llega a mi oído. ¿Por qué no se me ocurrió que era mala idea encerrarme en una habitación con este chico?

—Te hice una pregunta —susurra.

Relamo mis labios y cierro los párpados, quiero recostar la cabeza en su hombro, pero me contengo.

- —Le dije que terminé con Liam y que me gusta otro chico —murmuro. Mi voz suena diferente, entrecortada, no lo sé.
 - —Así que te gusto... —susurra en voz baja, causándome una descarga.

Sus manos empiezan a moverse en mi abdomen, de un lado a otro. Su respiración en mi oreja levanta todos los poros de mi piel. Mi respiración se agita, el corazón me late tan rápido que ya dejé de sentirlo.

—No creo que no te hayas dado cuenta de eso —suelto.

Mi cuerpo deja de obedecerme, me encuentro encorvándome, pierdo la vergüenza y el autocontrol. Mi trasero choca con algo duro, instintivamente

muevo las caderas. Dios, ¿dónde está la vieja Hannah Carson? Ella estaría abanicándose, no puedo controlar esta necesidad que nunca había sentido.

- —¿Sigues enojada conmigo? —pregunta. Deposita un beso húmedo en mi cuello. Las únicas señales de que está disfrutando los roces y la cercanía es su respiración pesada, y que sostiene mi cadera en el lugar correcto.
 - —Sí, no me gustó verte con esa chica.
 - —A mí tampoco me gustó ver cómo te abrazaba.
 - —Entiendo.
 - —Estaba celoso, solecito, lo siento.

Echo la cabeza hacia el lado contrario y dejo que recorra mi cuello con los labios. Siento que estoy en otra dimensión, en una donde solo estamos los dos. No recuerdo lo que hice hace unas horas, no hay tiempo, solo su aliento deambulando, sus manos haciendo travesuras.

—Me interesas tú, y estás soltera... Al fin. —No respondo porque creo que he perdido la razón. Me da la vuelta, sus brazos se cierran alrededor de mi cintura, tengo que ponerme de puntitas para rodear su cuello y cerrar los espacios—. Estás usando una falda en mi habitación, ¿no te he advertido ya que no puedo despegar mis manos si estamos solos?

Oliver Doms sabe cómo moverse, da un paso, me hace perder el equilibrio. Debería escandalizarme, pues me tiende en la cama y me cubre, no sé cómo lo hace, pero queda entre mis muslos. Dudo, ¿no vamos muy rápido? Entonces me muerde el labio y me besa con ardor, mando al carajo mis inhibiciones y le regreso el beso con la misma pasión.

Lo rodeo con las piernas, eso parece gustarle, ya que suelta un gruñido sensual que me hace estremecer. Una de sus manos abandona mi cintura y se apropia de mi muslo desnudo, lo acaricia ascendiendo, me roba el aliento, tanto que tengo que romper el beso para poder respirar.

—¿Saldrías conmigo la próxima semana? —cuestiona. Me sacudo cuando mete la mano en el interior de mi falda y estruja mi piel, nadie me había torturado de esta manera. Su boca besa mi oído, sentirlo encima de mí es demasiado, me fascina esto. Joder, ¿qué tan loca estoy?

- —Sí —suspiro.
- —¿Te gustaría ir a algún lugar en especial?

- —No —susurro. Siento cosquillas en mi vientre y un sinfín de sensaciones en todo mi cuerpo.
 - —; Eres consciente de que haré esto muchas veces?
 - —Me parece bien. —Suelta una risotada que me trae de regreso al planeta.
 - —Creo que no me estás escuchando.
 - -¿Qué? -Sacudo la cabeza para espabilarme. Tengo mucho calor.
 - —Que tú también me gustas —dice con la voz ronca.

Muerdo mi labio inferior para no sonreír como una boba. Oliver muerde con suavidad mi mejilla. Su mano caliente sigue dentro de mi falda, la otra la usa como apoyo colocándola junto a mi cabeza—. Gracias por ayudarme con las materias.

—¡Vaya! El ladronzuelo sabe dar las gracias —suelto, juguetona.

No puedo evitarlo, mi mano alcanza el borde de su playera blanca de algodón y, en un atrevimiento, la cuelo dentro. Sus músculos abdominales se tensan al sentirme, Oliver Doms es un delicioso chocolate.

- —Sé hacer muchas otras cosas, solecito, puedo hacer que ardas —ronronea.
- —Estás loco. —Se me escapa una risita. El silencio se apodera del instante, pero es cómodo, él le da apretones a mi piel mientras yo sigo navegando en la suya. Me gusta mucho lo que toco y lo que veo.
 - —¿Estás bien? Pregunto por lo que pasó hace unas horas. Asiento.

—Sí, aunque la verdad no sé cómo sentirme, es muy confuso. Me alegra tener una hermana, es increíble, pero detesto lo que está sucediendo. Mi madre intentó suicidarse, eso me duele, Oliver, y ni siquiera está dispuesta a darme una explicación, pude perderla en un segundo y no le importó. Y no puedo enojarme con papá a pesar de que quiero, pues odiaba lo que Liam hacía conmigo, pero luego recuerdo que yo hice lo mismo y no pude evitarlo, tú no me dejaste otra opción más que serle infiel, él no me dejó otra opción más que buscar algo en otra parte. ¿Cómo puedo juzgar si hice lo mismo? Sería hipócrita. Papá es el único que me apoya, él está ahí, nunca me ha pedido que sea diferente, me deja tomar mis propias decisiones y no me asfixia. No puedo odiarlo porque recuerdo cosas, todos estos días no he parado de pensar en eso, mi madre intenta controlarme todo el tiempo, lo mismo hacía con papá, no es

que lo justifique, simplemente no sé cómo sentirme, no puedo dejar de quererlos. Sé que le ha pedido el divorcio y ella no quiere dárselo, los problemas entre ellos son más antiguos que Jocelyn. Ese día en el hospital hablaba con mucho odio, tengo miedo de su reacción cuando se entere de que conocí a Jocie.

—Los problemas de un matrimonio son de dos, no deben incluirte ni obligarte a elegir un lado, es egoísta ponerte contra la espada y la pared, porque los dos son tus padres y siempre lo serán. Tu madre está herida, cuando las personas sufren cometen locuras para calmar el dolor, va a necesitar tu cariño para salir adelante. Habla con ella el día que se sienta mejor, sé sincera, estoy seguro de que se va a molestar y luego lo comprenderá, solo dale tiempo, tú también tienes que respirar y alejarte de toda esa mierda para asimilarla, Han. —Su mano libre acaricia mi pómulo—. Es muy difícil, quiero que sepas que lo entiendo y que no está mal si un día quieres golpear la pared, no puedo comprender cómo es que lo estás manejando con tanta madurez, cuando yo me enteré de que era un bastardo me enojé con mi madre y destrocé el auto del sujeto. Estaba furioso, reprobé ese año y me dediqué a destruir mi vida. Esos sentimientos solo te destruyen a ti, no hay día que no me arrepienta de haber juzgado a mamá, me va a faltar vida para pedirle perdón, así que admiro tu fortaleza, solecito.

Esbozo una sonrisa lenta que me corresponde.

- --¿Por eso dejaste la radio? ---cuestiono sin dejar de palpar su abdomen.
- —Sí, entré en un ciclo destructivo. —Su frente se apoya en la mía—. Lo odio, Han, odio a ese tipo y a su familia, sentir eso es doloroso y tú necesitas algo mejor.

Un nudo se forma en mi garganta, veo tanto dolor y rencor en su mirada que siento la necesidad de borrar esos sentimientos, le doy un jalón para acercarlo a mí.

Desciende y vuelve a besarme, masajea mis labios con lentitud, lame el inferior, por lo que le doy paso abriendo la boca. Su lengua me acaricia, me saborea.

—Solecito, sabes muy bien... —susurra con la voz ronca, me siento desfallecer. Ahogo un suspiro en mi boca—. Me gusta mucho besarte.

No me da tiempo de pensar porque vuelve a besarme, mis labios se hinchan, se adormecen, sin embargo, se siente tan genial que no puedo parar, quiero que continúe, que no termine.

El tiempo transcurre, no soy consciente de nada hasta que abro los ojos, ya no entra luz por la ventana.

Me echo hacia atrás a pesar de sus quejidos.

—Se está haciendo tarde, ¿me llevas a casa? —cuestiono, divertida.

Hace una mueca de desagrado, pero igual se levanta y me ayuda a acomodar mi ropa, aunque creo que solo lo hace para no dejar de tocarme. No me quejo.

veintiuno

El lunes antes del receso voy a mi casillero a dejar los utensilios. Suelto un suspiro melancólico al vislumbrar una rosa saliendo de las rendijas, el tallo está en el interior y el cúmulo de pétalos afuera. Con tranquilidad, lo abro y dejo los libros, hay una nota, automáticamente sé quién la dejó, reconozco la letra.

El enojo me abruma, una picazón sube por mis dedos, mi nariz cosquillea. ¿Por qué hace esto? Ni siquiera abro el sobre, tomo los dos obsequios y los tiro en el basurero más cercano. Me tallo el rostro con las palmas, observo desde arriba la flor y la carta en medio de la basura preguntándome si estoy siendo más tajante de lo que debería. Vuelvo a suspirar, agacho la cabeza y sigo el camino de los estudiantes que se dirigen a la cafetería.

Liam tiene que parar, ayer no dejó de mandarme mensajes, de llamar. La abuela me miró con asombro cuando le pedí que le dijera que no estaba. Tengo que marcar la línea, él me está complicando las cosas.

Estoy segura de que no les ha dicho a sus padres que ya no estamos juntos, sinceramente no sé cómo vayan a reaccionar, al menos mi papá me apoya, ese es mi único consuelo. No debería ser complicado contarles, ya que fui yo la que terminó con él, aunque quizá se llevaría un castigo si llegan a ver el vídeo que circula en Twitter. Lo vi esta mañana, un invitado de la fiesta grabó la escena, en él se ve claramente que William estaba teniendo algo en la cocina de su casa con Mirian, quien intentaba retenerlo haciendo pucheros. No deseo estar en su lugar, no creo que ser la protagonista de rumores desagradables sea algo bueno, pero es Mirian, no la conozco en absoluto, tal vez a ella le gusta ser señalada y etiquetada.

Lo más fácil sería esconderme en la biblioteca, mantener mi perfil bajo y no exponerme ante los ojos de todo el alumnado, no sé si la gente ya se enteró de

lo que hizo mi madre, sin embargo, decido hacer todo lo contrario, no sé cuándo me convertí en la chica que esconde sus sentimientos, yo no era así y no me agrada serlo. Así que hoy digo basta, no voy a esconderme, voy a ir a la maldita cafetería, comeré mi almuerzo y dejaré que todos hablen sobre ello porque soy Hannah Carson.

Tomo un respiro antes de entrar, el silencio me llega como si fuera una ráfaga de viento estampándose en mi rostro; es ridículo. Hago como si no supiera que la gran mayoría me está mirando, siento sus miradas clavadas en mi nuca mientras me dirijo a la barra con una bandeja. Una vez que obtengo la comida, busco una mesa, evito mirar hacia el lado que solía ocupar antes, camino hacia el polo opuesto, el que suelen ocupar personas que nunca he visto.

Me dejo caer en una banca vacía, la mesa es demasiado grande para mí, pero prefiero estar sola a ir con esa gente que no hacía más que sonreírme y apuñalarme apenas me daba la vuelta.

Para mi sorpresa, cuatro chicas se sientan frente a mí, a una de ellas la conozco, a las demás solo las he visto caminando por ahí. Kealsey Bower me sonríe.

—Hola —saluda—. Hay mucho espacio en esta mesa, esperamos no molestar.

Me regresa la mirada, no tiene idea de cuánto le agradezco que se haya acercado.

- —No, no molestan —me apresuro a responder.
- —Escuchamos lo que pasó en tu fiesta, lo sentimos —dice una de ellas. Las chicas la observan con los ojos desorbitados, creo que tuvieron una charla antes de venir a hablarme. Mis comisuras tiemblan. Es rellenita y bajita, pecas adornan sus mejillas, su cabello es como la miel, al igual que su mirada. Sus mejillas se convierten en dos frambuesas cuando se percata de que es el centro de atención—. Lo siento.
 - —Cindy... —suelta Kealsey a modo de advertencia.
- —No, está bien, te lo agradezco. —Le sonrío para que todas dejen de mirarla como si hubiera cometido un crimen, la pobre chica se quiere hundir en su asiento. Eso parece tranquilizarlas, los hombros de las cuatro se relajan.

—Mira, nena, tienes cerebro, un rostro angelical y un cuerpo ardiente, puedes conquistar el mundo, que se vayan a la mierda todos esos hijos de perra. —Suelto una risotada, su desparpajo es interesante—. Soy Aisha, por cierto.

Se lleva una patata frita llena de kétchup a la boca y la muerde.

Aisha tiene la piel más hermosa que he visto y no está usando ni una pizca de maquillaje, es trigueña. De cabello castaño largo y ondulado, sus cejas son muy gruesas, tiene un *piercing* en una de ellas. Es muy linda, tiene cierto aire latino, pero no estoy segura.

- —Ella tiene razón —murmura una chica con cabello púrpura oscuro, su timbre es bajo. Su *look* es muy *hipster*, por alguna razón me encanta su tinte, es como una mora—. Twitter estalló cuando subieron el vídeo…
- —Darvelia, déjalo ya. —Al parecer Kealsey es la líder de las cuatro, no obstante, no está dispuesta a hacerle caso.
- —¡¿Qué?! Es la verdad. —Le da un golpe a la mesa que nos hace saltar—. Está lleno de mierda y memes, formaron equipos y *hashtags*, es muy loco. Yo soy *team Hannah*, por si te lo preguntabas.

Se encoje de hombros, no tengo idea de lo que está hablando, solo vi el vídeo e inmediatamente cerré la aplicación.

- —Gracias, supongo —digo. Me aclaro la garganta—. ¿Están listas para el baile de graduación?
 - —No, no iremos, hicimos un pacto —responde Darvelia.
 - -;Por qué no? -cuestiono, arrugando la frente.
- —No tenemos pareja —dice Cindy sonriendo con tristeza, revuelve con un tenedor la pasta en su plato.
 - —Yo tampoco tengo pareja e iré de todas formas.
- —¡Por favor! —exclama Aisha—. Hay una fila de chicos esperando que se acerque la fecha para pedírtelo, eres la exnovia de William Baker, probablemente te van a coronar este año como la reina del baile, todos quieren salir contigo.

Mi ceño se frunce, ¿qué? Eso no tiene sentido. Sacudo la cabeza.

—Para algunos es muy difícil encontrar una cita, Han —susurra Kealsey—. Mírame a mí, soy alguien normal, ni guapa ni fea, nunca he salido con alguien

porque el chico del inhalador ni siquiera me mira.

¡Está hablando de Milton! Pues si él no la mira es un tonto, Kealsey es hermosa.

- —No necesitan chicos para divertirse, ¡por Dios! Es el baile de graduación, todos quieren ir a esos tontos bailes, ver la coronación, bailar canciones cursis y tomar el asqueroso ponche. —Puedo ver en sus ojos que piensan lo mismo que yo, no quieren aceptarlo.
 - —No tenemos vestido —dice Darvelia haciendo una mueca.
- —Yo no entraré en ningún vestido, y ya es demasiado tarde como para ponerse a dieta. —Cindy suspira y se concentra en su plato.

El resto de las chicas guarda silencio, tal parece que necesitan una sacudida. Abro la boca para decirles que tengo una solución, pero la cierro de golpe cuando siento que mi celular vibra.

«Te ves caliente el día de hoy».

Una sonrisa se forma en mi rostro al ver el mensaje de Oliver, muerdo mi labio inferior, en instantes me llega otro:

«Mmm, ya quiero que llegue la tarde para morderte la boca».

Alzo la cabeza y barro el mar de estudiantes buscándolo, pero mis intentos no resultan, pues no lo encuentro, y tampoco a sus amigos. Mis dedos se mueven sobre el teclado táctil con rapidez.

«En la tarde revisaré tu tarea y repasaremos Física, no habrá mordeduras de ningún tipo».

Veo que está escribiendo, muerdo el interior de mi mejilla mientras espero lo que creo es una eternidad, mi corazón se detiene al ver la respuesta, es increíble lo que me provoca sin siquiera tenerlo cerca.

«Me encantas ♥»,

Suelto un suspiro soñador, este hombre me pone a temblar con solo poner un maldito corazón en su mensaje, ¡un maldito corazón! Guardo el aparato sin contestar, ya que estoy segura de que me está mirando desde alguna parte y ha visto mi reacción.

—¡Vaya! Ese fue un gran suspiro —dice Kealsey con diversión. Aisha me apunta con su índice.

—Se lo dije, va a encontrar pareja en un pestañeo. —Aplano los labios para no carcajearme. Estas chicas son muy divertidas.

Darvelia forma un *hash* con las manos y dice:

—Soy team Hannah, perras.

Y es así como todas terminamos riendo.

En clase de Química termino de balancear la última reacción con el método de Redox. Todavía faltan veinte minutos para que la clase termine, le doy una mirada de reojo al muchacho a mi costado, quien borra frenéticamente lo que está escrito en su hoja, Milton Strike no soporta equivocarse, creo que incluso está sudando. Compruebo que nadie me esté mirando y ladeo mi ejercicio, él se sorprende, pero de igual forma revisa su resultado y me musita un «gracias».

- —Oye, Milton, ¿conoces a Kealsey Bower? —cuestiono en voz baja. Tamborilea el lápiz en la madera de la banca, me dan ganas de agarrar su mano para que deje de hacerlo.
- —¿La chica rara de la guitarra? —Hago una mueca al escucharlo, no creí que fuera el tipo de chico que etiqueta a las chicas o a las personas en general.
- —Eso fue grosero —murmuro—. ¿Te gustaría que yo te apodara el chico raro del inhalador?
- —No, definitivamente no me gustaría —susurra rascando su barbilla—. Lo lamento.
 - —Es linda —digo.
- —Mmm... —Tuerce los labios y se queda mirando la nada por unos segundos—. No es mi estilo, ¿por qué hablamos de eso de todas formas? Estamos en Química.
- —Creo que deberías invitarla al baile de graduación. —Me encojo de hombros.
 - -¿Por qué lo haría?
- —Porque en un futuro te vas a arrepentir por no haber llevado al baile a una ardiente chica con voz angelical que, según mis cálculos —Hago un conteo

falso con los dedos, luego bajo las manos y frunzo el ceño—, se muere por salir contigo.

Me pongo de pie de un salto, sin mirar atrás dejo mi hoja en el escritorio y salgo del aula antes de que suene el timbre y muchos ojos curiosos sigan mis movimientos. Compruebo que el pasillo esté vacío, solo entonces me relajo.

Las paredes de la escuela están llenas de los carteles que hicieron los del club de diseño y audiovisuales junto a Natalie Drop, el tema de este año son los alumnos de la generación convertidos en caricatura, incluso hay una mini yo pegada por ahí. Son tan lindos que todo el mundo se detiene a mirarlos, pues absolutamente todos son diferentes y tienen su propia personalidad. Esperamos que este año vayan muchas personas al baile.

La verdad es que toda la vida soñé con mi graduación, una de mis más grandes ilusiones es recibir ese diploma, usar toga, birrete y estola. Me habría gustado tener más claro mi futuro, pero no todo se puede tener en esta vida, es gracioso que el primer lugar de la generación por excelencia académica no tenga idea de qué mierdas hacer.

Minutos después llego a la biblioteca, la bibliotecaria me regala una cálida sonrisa, seguro que ya me ve hasta en la sopa. Me dirijo hacia mi pasillo secreto y favorito, pocos saben de su existencia, pero casi nadie se pasa por ahí.

Trastabillo cuando me percato de su presencia, Oliver está recargado en un librero que está adherido a una pared. Alza una ceja y sonríe de lado, me quedo quieta, su mirada verde desciende, me escanea con lentitud. Aunque no me atreva a confesarlo en voz alta, he usado más faldas en estos últimos días que en toda mi vida, eso ya es decir mucho, pues las uso con regularidad.

Me aproximo dando pasos cortos, tan pronto me planto frente a él, sus brazos rodean mi cintura y me da un jalón, se gira y me atrapa contra el librero. Los estantes se clavan en mi espalda, así que me hago hacia adelante y me pego a él. Su cabeza desciende, su boca busca mi cuello, deposita un beso en la base de la oreja.

—¿Qué crees que haces? —pregunto divertida, intentando mantener la cordura. Mis párpados se cierran automáticamente—. Estamos en la biblioteca.

Su lengua hace contacto con mi piel, pero, ¡¿qué demonios?! Quiere matarme o seducirme, no lo sé, sinceramente me da igual. Siento cosquillas en todos los

rincones de mi cuerpo, Oliver Doms me da vida.

Suelta un gemido muy suave después de respirar profundo y electrificar mis poros, doy un respingo cuando sus manos bajan por mi espina dorsal y acunan mi trasero. Mi corazón martillea fuerte contra el pecho, siento que voy a desmayarme.

- —Estoy aprendiendo Física con tu cuerpo. —Me da un apretón que enfatiza sus palabras y me saca un suspiro—. Es un buen método de enseñanza.
 - —No es el tipo de Física que quiero enseñarte —susurro.

Besa mi mejilla, mi comisura y luego los labios. Mi mano vuela a su cabeza, mis dedos se sumergen en su cabello. Él sabe y huele muy bien. Me roba el aliento con su beso demandante. Me hace temblar por los apretones, por la suavidad de sus toques. Esto es química, ¿no? Siento que burbujeo, que reacciono ante cualquier mínimo contacto, que exploto como una bomba nuclear. Somos llamas de colores, pirotecnia, somos como el cloruro de sodio y el fuego reaccionando, pintándonos de un amarillo intenso.

Rompe el contacto lanzando un gruñido.

- —Mierda. —Deja escapar una maldición susurrada. Recupera el aliento al igual que yo, mis pechos suben y bajan, su vista cae en ese lugar, vuelve a maldecir. Apoya la frente en la mía, suelto una risa entre dientes—. Mierda mil veces, tenemos que parar o no podré hacerlo después.
- —La próxima vez practicaremos Física en un lugar más privado —murmuro. No puedo soltarlo todavía, al parecer él tampoco, sus manos siguen en el mismo sitio.
- —Eres peor que un cigarrillo, me estás haciendo adicto y tú no matas, así que no tengo por qué controlarme, vas a hacer que pierda la razón. —La intensidad con la que lo dice me hace tragar saliva.

Nos recomponemos sin separarnos, finalmente nos sentamos en el suelo guardando cierta distancia, me concentro y le explico los temas, a pesar de que siento que las llamas volverán en cualquier momento.

La abuela Bo está en casa cuando llego, me señala una de las sillas de la barra y menea la cadera mientras acerca un plato hondo repleto de pasta y albóndigas que huele como el mismísimo paraíso. Por eso y más la amo, hace comida deliciosa. Se sienta a mi lado, nos servimos en dos platos de cerámica, la abuela come a pesar de que está caliente, yo soplo hasta que deja de salir humo.

- —Esto está buenísimo —digo con la boca llena. Si lo que quieres es subirle los ánimos a la abuela, debes decirle que hace magia en la cocina. Espero que sonría y se regodee, pero está seria. Deja el tenedor y me enfrenta.
- —Estoy preocupada por ti, cariño, tu padre me contó que conociste a Jocelyn, temo que te estés guardando todo —dice—. Sabes que estoy para ti si quieres hablar, ¿verdad? No estás pasando por cosas fáciles, tu madre intentó suicidarse, descubriste que tienes una hermana, terminaste con tu novio de hace años, temo que no estés asimilando lo que sucede.

Me trago el bocado y dejo el cubierto.

—Lo de Liam era necesario, abuela, no lo decidí de la noche a la mañana, en realidad, me costó mucho trabajo. William me lastimó, Bo, durante mucho tiempo, por primera vez en la vida me siento libre, estoy haciendo cosas que antes no hacía, siento que puedo respirar. —Se queda perdida en sus pensamientos, no creo que pueda entenderme si no le cuento todo lo que pasó, pero no quiero decirle a nadie y sentirme tonta y torpe—. Lo de mamá me duele, también descubrir que mi padre le fue infiel, yo la he visto llorar más que nadie, así como fui testigo de todos los intentos de papá por acercarse, ella siempre prefirió ir a reuniones, fiestas, asistir a eventos comunitarios en vez de quedarse en casa con papá y conmigo, lo rechazaba, era distante, luego los papeles se invirtieron. No lo justifico, pero tampoco puedo ponerme en su contra, y mamá está siendo muy egoísta al no darle el divorcio, ¿si está tan herida por qué simplemente no lo deja y reconstruye su vida? ¿Por qué aferrarse a algo que está roto desde hace tanto tiempo? Solo se está lastimando, me lastima a mí, también a mi padre. Quiero comprenderla, pero no deja que me acerque, ¿cómo puedo entender si no habla conmigo? Estoy enojada con los dos, también con ella, Bo.

Eso es, suelto el aire, lo dije.

Los amo, pero estoy furiosa y no sé cómo lidiar con todo el enojo, estoy confundida, triste y decepcionada, temo que un día de estos vaya a explotar. Yo siempre me limité para agradarles y ellos me mintieron en la cara. Creí que mamá era mi mejor amiga, sin embargo, ya me di cuenta de que no lo es, solo ve sus sentimientos, nunca los míos, a pesar de que estuve con ella todo el tiempo. Mi padre buscó refugio en otro lado en vez de enfrentar los problemas, no puedo odiar a Jocie, pero lo de Ritta sí me molesta, la mujer parece agradable, sin embargo, se metió con un hombre casado. Destruyeron una familia llena de grietas, mi familia.

—Mi niña, estás en todo tu derecho de enojarte y llorar, no está mal. Tu madre está deprimida, por eso sigue en psiquiatría, no la van a dar de alta hasta que vean mejorías, pero te entiendo, a veces también siento que estoy furiosa.
—Me sonríe con tristeza—. Tal vez debamos ir a un psicólogo tú y yo para aprender a lidiar con ello, ¿qué dices?

Asiento.

—Respecto a Jocelyn... —empiezo—. Estoy confundida, no sé cómo me siento, por un lado, creo que es hermosa y me gustaría frecuentarla; por otro lado, se siente como si traicionara a mamá. Además, tengo muchas preguntas, no me atrevo a preguntarle a papá, no entiendo.

—Yo estuve con tu padre cuando la niña nació, lo supe antes que Louise. — Mis párpados se abren—. Eugene es como un hijo para mí, él estaba destrozado. Ritta es la ex novia de tu padre, salía con ella antes de conocer a Louise, creo que nunca logró superar que la dejara, incluso se fue de la ciudad por muchos años, no sé bien cómo fue que se reencontraron. Cuando Eugene conoció a mi hija, dejó todo por ella, incluso a su novia de toda la vida, Lou no estaba preparada para un compromiso tan grande, le dije que se tranquilizara y dejara que la relación fluyera, eran jóvenes, pero se dejó llevar. Se casaron, te tuvieron y se convirtieron en desconocidos porque Lou no estaba lista para formar una familia.

—Siento que hay más y que no me lo está diciendo todo. —Ahora estoy más confundida, tal vez mi padre para la abuela Bo es como un segundo hijo, pero mamá es su hija de sangre, ¿por qué iría al nacimiento de una niña que fue producto de una infidelidad? Creo que mi cabeza va a explotar.

- —En todas las historias hay más, Hanny. Son tus padres, los dos te aman, eso es lo que necesitas saber. Espero que cuando Lou salga del hospital recapacite, no puede seguir así, es un infierno atar a alguien que ya no quiere estar contigo y que tú misma te encargaste de alejar. —Yo también lo espero por el bien de todos.
 - —¿Te molesta que haya conocido a Jocelyn? —pregunto con timidez.
- —Por supuesto que no, es tu media hermana. —Le quita importancia agitando la mano—. He estado pensando y creo que volveré a Nashville, quiero verlas y estar con ustedes, Louise me necesita, tú también, las tres tenemos el corazón roto, tenemos que sanarlo juntas.

Le regalo una sonrisa y me inclino para abrazarla. Espero que vuelva, todo sería más sencillo con ella cerca. Amo a la abuela.

veintidós

Me arreglo para la cita, me pongo un vestido casual rosa que me llega hasta las rodillas, parece un camisón y, aunque mis curvas se notan, no es ceñido al cuerpo. Dejo mi cabello suelto y me cubro las imperfecciones con maquillaje, no quiero arreglarme demasiado, pues no sé a dónde iremos, no quiero desentonar.

Me observo frente al espejo y sonrío, los nervios me carcomen.

Oliver es puntual, me manda un mensaje de texto cuando se estaciona afuera de mi casa. Me despido de la abuela, quien está sentada en la sala viendo una película. Me desea buena suerte y me avienta un beso.

Subo al automóvil que me espera en el exterior con el corazón latiendo a toda velocidad.

- —Hoy luces como un apetecible bocadillo lleno de mermelada —me saluda, su ceja está alzada. Ahogo una risa en mi boca. Él luce bien, trae puestos unos pantalones de mezclilla gastados y una camiseta azul marino.
- —Qué gracioso —digo, a lo que me guiña—. ¿Podríamos pasar antes por el hospital? No creo que me reciba, pero nada pierdo intentándolo.
 - —Por supuesto —responde.

Sin más, arranca. Llegamos en cuestión de minutos, le pido que me espere en el coche, él asiente y me regala una sonrisa. Una vez dentro del hospital, busco el ascensor y respiro hondo varias veces en el diminuto cubículo que se cierra a mi alrededor. Comprendo su dolor, ella debería comprender el mío y dejar el orgullo, yo jamás criticaría sus sentimientos, solo quiero hablar, no he vuelto a verla desde ese día que se puso a gritar.

Apenas llego a la recepción, la enfermera en turno me sonríe con condescendencia. Ya sabe quién soy y a quién vengo a ver, siempre está ella,

siempre me dice lo mismo.

- —¿Puedo verla? —pregunto, esperanzada. Niega con la cabeza, mis hombros se hunden.
- —Lo siento, cielo, tu madre no quiere recibir visitas, está pasando por un período difícil —dice—. Creo que lo mejor es que dejes que supere esto sola.

Miro mis dedos, los cuales se retuercen. Supongo que tiene razón, después de todo, en mi familia todos tenemos que superar los problemas por nuestra cuenta, ¿no? Lou y Eugene lo resuelven solos, también yo. Ella no va a permitir que me acerque y su orgullo no dejará que me hable como si fuéramos amigas, no sé por qué pensé alguna vez que lo éramos.

—Gracias —murmuro.

Salgo de ahí, no con los ánimos decaídos, pero sí decepcionada.

- —¿Todo bien? —pregunta Oliver tan pronto entro en el auto y me pongo el cinturón de seguridad. Él enciende el motor y sale del estacionamiento.
- —Sí. —Suspiro con pesadez. Me guardo los pensamientos, ya que no deseo amargar nuestro día con mis problemas.
- —¿Lista para nuestra cita? —cuestiona mirándome de reojo, después centra la vista en la calle. Le agradezco en mi mente que no me pregunte, pues la verdad no quiero hablar de mi madre.
 - —Tengo buenas expectativas con esta cita, no me decepciones, Doms.

Se estaciona frente a un edificio de color rojo con un bolo gigante en el techo, ¡estamos en el boliche! Mierda.

—Nunca he venido —digo. Mis palmas comienzan a sudar—. No sé jugar.

Me bajo de su auto sin averiguar qué está haciendo, rápidamente llega a mi costado y me ofrece su mano, la tomo sin pensarlo, aunque luego me arrepiento, pues me preocupa que se percate de lo nerviosa que estoy.

—Yo te enseño —murmura. Su comisura se eleva haciendo que su mejilla se arrugue—. Va a ser un placer.

No entiendo muy bien de qué habla, dejo que me conduzca al interior del edificio. Las puertas eléctricas se abren al sentir nuestro peso, un olor curioso llega a mi nariz, es a lo que huelen los patios de juegos de los restaurantes de comida rápida. Subimos unas escalerillas, me agarro del barandal porque temo tropezar, no puedo dejar de admirar lo que hay alrededor.

Llegamos a un pasillo, hay un mostrador larguísimo, frente a este hay bancas circulares. Un muchacho que viste el uniforme del lugar nos sonríe con amabilidad.

—¿Números? —pregunta el cajero.

Oliver me observa, al principio me quedo atónita, no sé de qué está hablando, luego quiero golpearme la frente.

—¿Qué número calzas, Han? —cuestiona Doms sonriendo con calidez, al menos no se está riendo de mi torpeza.

El chico nos atiende con amabilidad, tengo que sentarme en la banca para sacarme los botines. Mis párpados se abren cuando Oliver se pone de rodillas y agarra mi pie, lo observo llena de confusión. Su mirada estudia mi boca por unos segundos, después se aclara la garganta.

- —Déjame ayudarte —murmura. Hay algo en su voz que me fascina, recuerdo aquellas veces que lo escuchaba hablando por las bocinas de la escuela, es ronca y baja, es malditamente caliente, no puedo resistirme si lo dice de esa forma. Él desliza el cierre de mi botín y lo saca.
- —¡No! —exclamo, suelto una carcajada e intento arrebatarle mi pie. Su uña se desliza a lo largo de mi planta y me hace cosquillas en el arco cerca de los dedos—. ¡Mierda! ¡Para!

Suelta una risita divertida entre dientes al tiempo que deja mi pie en el suelo. Controlo mi euforia, mis mejillas se tiñen, pues hay personas alrededor muy divertidas por la escena.

—Has dicho una grosería en voz alta, has gritado —dice apretujando los labios para no reír. Me quita el otro botín, esta vez solo acaricia mi empeine. Alza la cabeza y me mira, me he inclinado hacia adelante para quedar cerca de él, nuestras narices están separadas por unos cuantos milímetros. Acuno su mandíbula, siento un rastro de barba que hace unos días no estaba, analizo su rostro. No estamos a solas, sin embargo, se siente como si no hubiera nadie más. Beso su labio inferior, luego el superior, repito el proceso, solo dándole besos suaves como los toques de una pluma. Son carnosos y me dan ganas de

pegarme a él para que me bese como ese día en su habitación. Abre la boca para poder respirar, sus manos aprietan mis piernas—. Si estuviéramos solos ya estarías debajo de mí.

—Gracias por sacarme de mi zona de confort —suelto sin despegar la mirada de la suya. Su rostro se torna serio, se sumerge en sus pensamientos. Sus ojos se suavizan, al igual que sus cejas, él no dice nada, pero sé que ha entendido que le doy las gracias por muchas cosas. Me da un beso dulce antes de proseguir con la tarea de ponerme las zapatillas.

Una vez que amarra las agujetas, se deja caer a mi lado para sacarse sus zapatos.

- —¿Ya comiste? —pregunta entretanto acomoda el calzado.
- —No, ¿y tú? —Niego sacudiendo la cabeza. Me pongo de pie sin soltar mis botines cuando termina de ponerse las zapatillas, a continuación, hace lo mismo.
- —No, podemos llevar algo a la mesa de nuestro riel. —Su mano busca la mía de nuevo, sus dedos se entretejen con los míos. Muchas mariposas vuelan en mi vientre, hacía tanto que no me sentía así.

El mostrador tiene dos áreas: la primera, que es donde nos registraron y colocaron una pulsera alrededor de nuestras muñecas; la segunda, que es el restaurante. Hay gente comiendo en las mesitas, nos formamos en una fila. Me suelta solo para envolver mi cintura y pegarme a él, ahogo un suspiro. Paso el brazo hacia atrás y le regreso el abrazo de la misma manera. Al parecer le agrada, pues me estrecha, termino pegada a su pecho. Alzo la cara para observarlo sonriéndome, siento que soy dinamita a punto de estallar.

- —Oye, ¿puedo pedirte algo? —pregunto, me responde asintiendo—. ¿Me dejas invitarte la comida? Tú pagaste lo demás, así que creo que es justo que me encargue de eso.
- —¿Quién te invitó a salir? —pregunta con un dejo de diversión, sus pupilas bailan. Ruedo los ojos—. Así es, hermosura, vas a tener que aguantarte porque esta vez pago yo, cuando me invites a salir pagarás tú.
 - —Pero somos dos en la cita, las decisiones deben ser equitativas.

Ríe entre dientes, pestañeo más de la cuenta y lo miro con inocencia.

—No, y no me vas a convencer, aunque me coquetees con esos ojos tan lindos.

Ahora es mi turno de reír, no puedo responder porque llegamos a la caja. Pedimos una *pizza* individual para cada uno y limonadas, al final ordena unos nachos.

Creo que él ya ha venido varias veces, pues sabe qué hay que hacer, nos llevarán la comida al carril, así que podemos instalarnos. Llegamos al final del pasillo, bajamos las escalerillas y llegamos a la sala principal del boliche. Está un tanto oscuro, muchas luces de colores se mueven por todo el sitio, es como estar en un club, claro que los sitios correctos están iluminados, como el área donde están los pinos, las bolas, las pantallas y las mesas. Una canción de Coldplay suena de fondo.

- —¿Vienes mucho? —pregunto apenas llegamos a nuestro lugar.
- —Lenny y yo jugábamos bastante, además, trabajé un tiempo aquí.

Tomamos asiento resbalándonos en las bancas acolchonadas, una mesita está frente a nosotros. En uno de los costados hay una especie de volante lleno de botones, en el techo cuelgan pantallas con cuadrículas, en la de nuestro carril están nuestras iniciales. Oliver mueve el mando para darnos más espacio, uno de sus brazos rodea mi espalda, me acomodo de tal forma que quedo muy cerca de él, como aquel día en el que me pasó humo de cigarrillo. Se escuchan bolas golpeando bolos, música, risas y su respiración.

Nuestras miradas no pueden soltarse, coloco una de mis manos sobre su pecho, no sé si es mi imaginación, pero puedo sentir una conexión entre los dos.

—Deja de mirarme de esa manera o te juro que te monto en mi regazo — susurra con la voz enronquecida, creo que solo pude escucharlo porque estoy muy cerca. Mis párpados se abren con asombro—. Oh, no te hagas la inocente, sabes que algo malditamente caliente nos pasa cuando estamos juntos, desde ese puñetero beso en la fiesta no sales de mi jodida cabeza, Hannah Carson.

Mi respiración se hace lenta, pesada, creo que se detiene cuando sus labios barren los míos.

—¿Por qué siempre tienes que usar malas palabras? —pregunto sin despegar los ojos de su boca, estoy mareada, drogada o quizá ya perdí la razón.

—Porque no hay otra forma de describirlo, es jodidamente bueno, jodidamente genial, jodidamente imparable.

Sus palabras repercuten en todas mis terminaciones nerviosas, en todo mi cuerpo. Sus labios toman los míos, creo que será pasional, en cambio, me besa con suavidad y lentitud, disfruta al tiempo que me saquea mostrándome sus diferentes matices, no sé cuál me gusta más.

Se relame los labios cuando nos separamos, se aleja unos centímetros moviéndose en el asiento.

—Necesito espacio porque estamos en público —dice encogiéndose de hombros—. Vamos a jugar.

Se levanta después de teclear algo en el control, se acerca a la barra repleta de bolas de colores, toma una, sopesa su peso, con calma se acerca al carril, hace algo extraño con los pies y arroja la bola azul. Dicho objeto gira a toda velocidad, se estampa en los pinos, deshaciéndose de todos. Acto seguido, se da la vuelta y sonríe con petulancia. Engreído.

Con la mano me pide que me acerque, permanezco quieta en mi lugar y niego con la cabeza, divertida con todo el asunto.

—Ven, no seas cobarde —dice, alza la barbilla a modo de reto.

Me pongo de pie como una bala, dando zancadas me aproximo a ese fanfarrón que no deja de presumir de su chuza¹.

—No sé hacerlo —susurro. Llego a la barra, con los dedos acaricio una bola rosa, es lisa y fría. Sin más, la agarro—. Mierda, qué pesada.

La voz me sale forzada, la sostengo con las dos manos, pues temo que se me resbale y apachurre mis pies. Oliver suelta una risotada burlona y se acerca dando pasos gráciles.

—Yo te ayudo. —Abre sus manos tan pronto se planta frente a mí, quiere que le dé mi bola, ¿cree que no puedo cargarla yo misma? Arrugo el entrecejo, alzo la barbilla y lo esquivo. Oliver vuelve a reír, escucho que me sigue, su pecho se pega a mi espalda cuando me acerco al comienzo del riel, sostiene mi cadera, apoya la barbilla en mi hombro y me acaricia la oreja con la punta de la nariz—. Déjame ayudarte, no quiero que te lastimes.

Me voy a lastimar si no deja de susurrarme cosas al oído, me está distrayendo, me hace temblar. Dejo que me guíe, con movimientos suaves me ayuda a hacer

mi primer lanzamiento, después el segundo, luego descubro entre risas que soy un asco jugando a bolos.

Los minutos pasan, evidentemente ha ganado, creo que solo pude tirar cuatro pinos, todos mis intentos fueron inútiles. La comida llega, un chico deja nuestros pedidos en la mesa. Nos sentamos justo como al principio, obtengo un montón de servilletas y me deshago de la grasa superficial de la *pizza*. Tomo un pedazo y lo degusto, encantada disfruto la combinación de queso y salsa.

—Ya casi te gradúas —dice masticando, en una de sus manos hay una servilleta doblada. No digo nada porque tengo la boca llena, me limito a asentir—. ¿Qué vas a hacer?

Trago el bocado y me encojo de hombros.

—No lo sé. —Dejo la orilla en el plato y le doy un trago a mi limonada fresca—. Voy a quedarme un tiempo sin hacer nada para descubrir qué es lo que quiero.

Se termina su primera pieza, se limpia los dedos y centra los ojos en los míos, está muy serio.

- —No eres lo que creí que eras, Han —suelta, sorprendiéndome.
- —¿Eso es bueno? —cuestiono, dudosa, no sé si quiero saber la respuesta, sin embargo, ya es muy tarde como para retractarme.
- —Sí, eres el primer lugar de tu generación, puedes ir a donde te plazca, tomar el camino fácil, pero no, prefieres quedarte y descubrir lo que te gusta, no todos se atreven a hacerlo.
 - —;Y tú? —pregunto.
- —Antes te hubiera dicho que nada, pero desde que cierta persona comenzó a hablarme, han cambiado ciertas cosas. —Sonrío, una sensación agradable cubre mi pecho, es satisfactorio saber que he hecho algo bueno por alguien—. Arte.

Él desvía la mirada y se aclara la garganta, creo que no habla de estos temas con los demás, de pronto se ve incómodo, así que cambio el tema, aprovecho para sacar a colación algo que me ha rondado la mente durante estos últimos días.

—Como lo dijiste, la graduación se acerca... No tengo pareja... Y-yo me preguntaba si te gustaría ir al baile... —Me detengo, sintiendo inquietud y

duda. Él me contempla enmudecido, alza una ceja como si no entendiera. Me arrepiento de haber abierto la boca—. Conmigo.

Oliver se queda en silencio por mucho tiempo, no me quita la vista de encima, lo cual aumenta mi incomodidad.

—Es demasiado pronto para eso, ¿verdad? —Me apresuro a decir, una risita nerviosa burbujea—. Lo lamento, no tienes que ir. Iré sola, me tomaré una fotografía en el arco lleno de flores, le daré la corona a la reina de este año porque eso es lo que hace la coordinadora de la sociedad de alumnos y después volveré a casa.

Trago saliva y tomo una *pizza*, intentando esconder mi vergüenza. He soñado con mi graduación desde que tengo memoria, considero que es una de las fechas más importantes en la existencia de alguien, pues es el cierre de una etapa. Creí que si lo invitaba nos divertiríamos, no obstante, es evidente que no piensa lo mismo. Está más que claro que no será como lo había planeado.

—No es que no quiera ir contigo, Han, no soy un chico de corbatas y trajes, además, no creo que esté bien que nos vean juntos —suelta.

Una palmada en la mejilla habría sido mejor que esas palabras, me desinflo, al parecer todo fue producto de mi imaginación una vez más. Me obligo a sonreír, su comentario me ha dolido, me está costando mucho aparentar que no me ha afectado.

—Sí, entiendo, es un baile tonto —susurro.

Sello los labios aplanándolos, me quedo enmudecida, concentrada, ya que no quiero ponerme a lagrimear, siento que mis ojos arden. Respiro profundo y enderezo la espalda, ¿qué más da? No es la primera vez que me dicen algo como eso, he escuchado cosas peores.

Seguimos comiendo, siento los ojos sobre mí todo el tiempo, sin embargo, lo evito, mi ánimo ha disminuido. Me entristece que haya rechazado mi invitación, pero lo que más me afecta es que dijera que no quiere que nos vean juntos.

—¿Quieres jugar de nuevo? Sé unos trucos que no te he mostrado. —Eleva las cejas graciosamente.

Le doy un sorbo a mi limonada, el último. Niego sacudiendo la cabeza.

- —Creo que mejor regreso a casa, la abuela está sola y papá va a mudarse a un apartamento, quiero estar ahí cuando se vaya. —Es obvio que esta cita se ha arruinado, todo por mis tontas ilusiones, no debí de haber preguntado. Hablar con Kealsey, Cindy, Darvelia y Aisha me recordó que no tengo pareja, cuando él me envió ese mensaje en la cafetería... No sé cuándo voy a aprender.
- —Claro —responde. Su frente está arrugada, no logro ver demasiado, ya que no quiero mirarlo y que vea la verdad en mis ojos. Saca las llaves de su coche del bolsillo trasero del pantalón y se pone de pie—. Vamos.
- —No, no te preocupes —murmuro atropelladamente—. Tomaré un taxi, tengo que hacer unas paradas antes de llegar.

Salimos del edificio muy diferente a como entramos, esta vez Oliver no intenta tomar mi mano ni nada parecido.

- —Han, en serio lo siento, no quise ser grosero. —Él eleva el brazo cuando ve un taxi, el vehículo se detiene delante de nosotros.
- —No lo fuiste, yo pregunté y tú respondiste, comprendo. —Tal vez le da pena que lo vean con la chica conocida en la escuela por los dos enormes cuernos que salen de su cabeza o quizá sigue enamorado de Mirian y no quiere que se entere de que hemos estado saliendo. Tomo aire, necesito largarme—. Gracias por la cita, me divertí mucho.

Acomoda un mechón de mi cabello, su dedo delinea mi mandíbula.

—Tal vez podamos hacerlo de nuevo otro día —murmura.

Deja caer la mano y da un paso atrás al ver que me muevo de un lado a otro con inquietud. Le doy una sonrisa y asiento, aunque no muy convencida, ya he pasado por algo similar antes y no pienso regresar a lo mismo.

—Nos vemos.

No espero a que me responda, me meto en el taxi y cierro la puerta. El señor arranca tan pronto ladro la dirección.

<u>1</u>. En el juego del boliche o bolos, lance que consiste en derribar todos los palos de una vez y con solo una bola.

veintitrés

Cuando creo que mi día no puede empeorar, me encuentro a William sentado en el sofá de mi casa, su cabeza se alza muy rápido, se levanta y me enfrenta. ¿Qué demonios hace aquí? Lanzo un suspiro y arrojo mi bolso al sillón más cercano.

—¿Dónde estabas? —pregunta. Veo preocupación en su mirada, angustia y un poco de molestia.

Le saco la vuelta, camino hacia la cocina, necesito tomar algo que refresque el maldito nudo que no deja de apretarse en mi garganta.

—En los bolos —murmuro.

Escucho sus pasos detrás de mí, siguiéndome, su respiración es pesada también. Abro el refrigerador y obtengo uno de esos jugos individuales que mamá toma en las mañanas, lleva un buen tiempo abandonado en un rincón.

- —Tú nunca vas a los bolos, los odias. —Se cruza de brazos. Está parado en la puerta, impidiendo que salga. Le doy tragos largos a mi jugo sin dejar de contemplarlo.
 - —No los odio, solo no sabía jugar —digo encogiéndome de hombros.

Arrojo la botella vacía a un bote de basura y relamo la humedad de mis labios. Un tanto cansada, me dejo caer en una silla alta de la barra de la cocina. ¿Por qué justo cuando quiero estar sola él tiene que aparecer? Es irónico.

- —¿Y quién te enseñó? —gruñe la pregunta, sus puños están apretados, lo conozco lo suficiente como para saber que está celoso, aunque eso me parezca loco. Frunzo el ceño.
- —Liam, ¿qué haces aquí? —Vuelvo a suspirar, apoyo los codos en la encimera y lo miro expectante.

—Te estaba esperando, quería verte, no contestas mis mensajes y cada vez que te llamo tu abuela dice que no estás.

Él está hablando, pero es como si no lo hiciera, dejo la mirada estática en la nada, perdida en mis pensamientos. Así me quedo unos cuantos segundos, me recuerdo que yo no soy la del problema, pero es difícil si la película se repite, si no soy yo, ;entonces quién?

—¿Qué tienes, Hanny? —Liam se acerca sin que se lo pida, coloca una de sus manos sobre mi espalda. Le digo que estoy bien, que solo estoy agotada, pero él no está dispuesto a dejar el tema—. Te conozco, dime qué sucede.

¿Realmente lo hace? Si me conoce tanto como para saber que estoy triste, ¿por qué no hizo algo para no lastimarme?

—Tengo una media hermana que se llama Jocelyn —digo, seca.

Inhala aire debido al asombro.

- —;Qué demonios?
- —Sí, me enteré hace unos días y fui a conocerla, es linda.

Le doy una mirada por el rabillo del ojo, se ve confundido, justo como yo me siento

- —¿Por eso tu madre hizo eso? ¿Por qué no me dijiste? Pude haberte acompañado, cariño. —¿Por qué no lo hice? Porque desde hace años la confianza se rompió, Liam ni siquiera se me cruzó por la cabeza cuando pensé en llevar a Oliver a la casa de Jocie—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?
- —¿Acompañarme? Si soy aburrida, superficial y vacía —repito entre dientes lo que me dijo aquella vez.

Lanzo una exclamación furiosa y me levanto del banquillo. Salgo de ahí y me apresuro a subir las escaleras.

Una vez en mi habitación, me siento en el borde del colchón, me quito los zapatos y los dejo tirados en el suelo. Él no se aparece por un buen rato, no obstante, sigue en la casa, pronto sus pasos resuenan por todo el pasillo. Traspasa el umbral sin preguntar, se detiene a poca distancia.

- -; Estás saliendo con alguien? -cuestiona. Su nuez sube y baja.
- —William... —digo su nombre con tono de advertencia.

Sorprendiéndome, se pone de cuclillas frente a mí, lo primero que se me viene a la mente es Oliver, horas antes él hizo lo mismo, excepto que estábamos en una cita.

- —Solo dímelo. —Se ve ansioso, nunca lo había visto así, su mirada se mueve por todo mi rostro como si estuviera buscando algo—. Podemos tener una cita tú y yo, está esa película en el cine, la que querías ver desde que salió el tráiler, estuve viendo los horarios y...
 - —Odiaste el tráiler, Liam —interrumpo su discurso veloz.
- —No me importa, solo quiero salir contigo —susurra con el timbre bajo. Veo hacia todas partes menos a él, no entiendo qué está haciendo aquí, no comprendo por qué me está invitando a salir si le dije que quería que esta situación terminara. Quiero empujarlo para que se aleje, necesito un respiro, pero agarra mi barbilla antes de que pueda hacerlo y me obliga a enfocarlo—. ¿No quieres? Prometo comprarte golosinas.

Esboza una sonrisa que hace que mi corazón duela.

—Ya no quiero ver esa película —digo en voz baja.

Sus labios se entreabren para poder respirar, parpadea varias veces antes de hablar.

—Podemos ver cualquiera, la que tú quieras. —Quito sus manos y niego con la cabeza. Necesito que entienda que no soporto tenerlo cerca, no puede llegar y decir estas cosas cuando lo único que quiero hacer es correr lejos de él. El tiempo para tener citas y comer golosinas en el cine ya pasó, nosotros ya pasamos, tengo que seguir mi camino porque Liam no es lo que yo creí que era, ya no siento lo mismo cuando lo tengo cerca o me toca—. ¿Cuándo te dije que eras todo eso? ¿En aquella fiesta?

Ni siquiera lo recuerda.

Las palabras que dijo ese día probablemente se me quedarán grabadas en los pensamientos para siempre, y él no puede recordar lo duro y cruel que fue. Me limito a asentir porque no quiero hablar, quiero que se vaya.

Esconde la cara en mis muslos.

—Lo siento, no eres aburrida ni superficial, mucho menos vacía. —Eleva el rostro y me mira desde abajo con los ojos llenos de súplicas silenciosas—. Te extraño muchísimo. Vamos a intentarlo de nuevo, por favor.

Tomo impulso para levantarme y apartarlo, sin embargo, siente el movimiento y se apresura a agarrar mis muñecas, aplica mucha fuerza, tanta

que me vence. Termino debajo de él, su cuerpo me cubre, clava mis manos al colchón y hunde la cara en mi cuello.

Me zangoloteo como una bestia rabiosa.

—¡Suéltame, William! —grito echando espuma por la boca. Intento girar mi cuerpo o patearlo con mis piernas, al parecer lee mi mente, pues me aplasta y coloca una de sus rodillas entre mis muslos, detiene con sus piernas las mías—. ¡¡No seas un imbécil y suéltame!! ¿Qué vas a hacer?

Mi voz se quiebra en la última sílaba. Sin inmutarse, besa mi mejilla y baja a mi oído, donde respira hondo y sopla un suspiro.

- —Suéltame —pido de nuevo. Mi pecho sube y baja debido a la agitación, vuelvo a zarandearme, es imposible, él es más fuerte que yo, no hay comparación.
- —Estás enojada y lo entiendo —susurra—. Déjame enmendarlo, sé que puedo hacer que olvides los malos momentos, no es demasiado tarde, Hanny.
- —¡¡Maldita sea, he dicho que quiero que me sueltes!! —grito fuera de mí—. ¡¡Lárgate de mi casa!!
- —Puedes engañarte si quieres, cariño, pero los dos sabemos que odias los bolos —dice antes de levantarse, se va como un rayo, un portazo retumba cuando cierra la puerta.

Me quedo recostada, suelto un gemido de frustración y me cubro los ojos con el brazo. Así permanezco durante lo que creo son horas, incluso cuando escucho que mi padre se estaciona en la cochera. Oigo todo lo que hace, solo hasta que el sonido del cierre de la maleta resuena en mi cráneo me pongo de pie y salgo al pasillo.

Se sorprende de verme, se acerca y me abraza. Voy a extrañar verlo desayunando en la cocina todos los días.

—Puedes venir a vivir conmigo cuando quieras, sé que quizá las cosas con tu madre empeorarán, así que mi apartamento tiene las puertas abiertas para ti y tu abuela. —Deposita un beso en mi sien. Acto seguido, me suelta y baja las escaleras cargando su maleta.

Desde la ventana lo veo partir. Un sabor amargo se apodera de mi boca, todos están siendo egoístas, mamá intentó suicidarse, él se larga sin pensar en lo que podría sentir. No tengo a nadie, es duro entender que estoy sola. Respiro

hondo para no echarme a llorar, la casa se siente fría, pero no hay mucha diferencia, no conozco otra cosa más que esto.

El lunes camino por el pasillo rumbo a mi casillero, tengo que sacar lo que usaré en la clase de Artes. Por la esquina de mi ojo alcanzo a ver a Mirian junto a Brenda, las dos están observándome de arriba abajo, escucho una risita burlona, por lo que dejo de prestarles atención y sigo caminando. No necesito esa mierda.

El aula está vacía cuando llego, me instalo en uno de los pupitres de adelante. Los alumnos llegan y ocupan las otras bancas, el profesor Carmichael entra cargando su maletín de cuero marrón. Sus pantaloncillos de cuadros son demasiado cortos y ajustados, pero él tiene un estilo raro, ya estoy acostumbrada a lo extravagante que es.

Se instala en su escritorio, coge una tiza y escribe la palabra *diseño* en letras mayúsculas. Él nos da un discurso que asegura que diseñar no es lo mismo que hacer arte y que, como somos su generación favorita, va a darnos un tema extra por diversión. Nos vamos a concentrar en el diseño de interiores y el diseño de modas, el proyecto será diseñar una habitación y una prenda.

Mis compañeros se emocionan, alcanzo a escuchar que alguien diseñará una recámara y otro una cocina. Me quedo seria contemplando al profesor, él me guiña cuando se percata de mi impacto, ¿ha hecho eso por lo que hice el otro día?

El profesor nos deja salir antes, salgo del aula perdida en mis pensamientos, no soy consciente de lo que hago hasta que entro al taller del club de costura. Hay dos filas de máquinas de coser que, en mi opinión, se ven monstruosas. Está vacío, por lo que puedo moverme a mis anchas sin preocuparme. Me detengo frente a un maniquí, acaricio la tela rosa de un vestido, es suave entre mis dedos.

- —Tenemos una invitada. —Salto del susto al escuchar esa voz. Una chica con el cabello púrpura entra mirándome, tiene la ceja alzada. Es Darvelia.
 - —¿Lo hicieron aquí? —cuestiono señalando la prenda con la barbilla.

—No, no confeccionamos, estamos haciéndole arreglos. —Se cruza de brazos sin dejar de evaluarme. Finjo demencia, solo vine porque quería ver de qué se trataba todo esto. Doy un recorrido dando pasos pausados, un mural con decenas de dibujos, fotografías y recortes llama mi atención—. Inspiración.

No me queda más remedio que despedirme de ella y marcharme cuando el timbre suena. Darvelia me agrada, a pesar de todo ese colorante en su cabellera, creo que justamente eso es lo que me gusta, que no le da temor probar cosas nuevas y pintarse el cabello.

Voy caminando por el pasillo, al alzar la vista encuentro unos ojos verdosos que me observan, mi corazón da un vuelco. Él se detiene como si estuviera esperándome, por lo que lo esquivo para no topármelo, sigo caminando y fingiendo que verlo no me ha ocasionado taquicardia. ¿No quiere que nos vean juntos? Pues ya está, no lo voy a saludar ni dejaré que me vean hablándole.

—Hannah... —Lo escucho llamándome, no volteo, acelero el paso. De pronto una mano se cierra alrededor de mi brazo y me da un jalón, me detiene —. ¿Vas a ignorarme?

Lo enfrento y fuerzo una sonrisa.

- —No te ignoro, pero no creo que esté bien que nos vean juntos —recito sus palabras. Me sacudo, sigo caminando una vez que logro liberarme.
- —¿Por qué lo dices de esa forma? —pregunta él, quien se adapta a mi ritmo y camina a mi costado, esquivando a la gente.
- —¿Te avergüenza que te vean conmigo o no quieres que Mirian se entere? pregunto apretando los dientes.

Llego a mi casillero, estoy a punto de abrir la puertecilla, no obstante, Oliver Doms me da la vuelta con maestría, sus brazos se cierran alrededor de mi cintura. Mi boca se abre por el asombro, mis manos quedan atrapadas entre los dos. Me gustaría empujarlo solo para molestarlo un poco más, sin embargo, me encanta lo que está haciendo.

- -;Eso que escucho son celos? pregunta, divertido.
- —Cállate —ladro.
- —Mirian no me interesa, y no, no me da vergüenza estar contigo, eso es lo más ridículo que he escuchado. —Frunzo el ceño—. ¿Por eso te fuiste así el viernes? Creí que estabas molesta por lo del baile. Me expresé mal, acabas de

terminar una relación que duró mucho tiempo, Han, no quiero presionarte, tampoco me gustaría que la gente hablara mal de ti por salir conmigo tan pronto.

Lo miro por debajo de las pestañas, me regala una sonrisita coqueta de lado. Respiro hondo.

- —¿Cómo alguien podría avergonzarse si eres la chica más *sexy* e inteligente de aquí? —Sus ojos se suavizan al decir eso, mi boca se seca debido al brillo que se enciende en ellos. Yo también sonrío, embelesada.
 - —Ya no me importa lo que digan los demás, Doms —murmuro.
- —Me pone cuando dices mi apellido. —Observo su gorra de lana, el cabello rebelde que no quiere permanecer dentro, y luego me concentro en su boca—. ¿Estás segura de que ya no te importa lo que digan? Te informo de que decenas de ojos están sobre nosotros en este momento.

Mi corazón da un brinco violento una vez más.

- —Segura —susurro.
- —Jamás vuelvas a pensar que me avergüenza estar a tu alrededor.

Una vez dicho eso, su rostro desciende, sus labios tocan los míos con suavidad. Escucho jadeos, pero dejo de escuchar en el momento en el que profundiza el beso, todo pasa a segundo plano... absolutamente todo.

Gritos cavan en mi inconsciencia, de un segundo a otro Oliver deja de besarme. Mis párpados se abren con horror al ver que Liam lo tiene agarrado de la camisa, lo empuja y le propina un golpe en el pómulo. ¡¡Mierda!! ¡¡No!!

Un círculo se forma a nuestro alrededor, mi corazón late a mil por hora, le pido ayuda con la mirada a Nathan, quien solo se queda mirando la escena con el ceño fruncido.

—Hijo de puta, ¿cómo te atreves a tocar a mi novia? —William está muy rojo, está echando espuma por la boca, jamás lo había visto tan enojado. Me asusta.

Oliver cae, sin embargo, se levanta como un resorte, se acerca a Liam con los gestos duros y le regresa el empujón.

- —¿Tu novia? Te dejó, amigo —dice él.
- —Yo no soy tu amigo —gruñe—. Te voy a enseñar a respetar, al parecer no te quedó claro cuando te dije que estaba mal forzar a las mujeres.

Oh, mi Dios, él piensa que Doms me estaba forzando.

—Eso deberías decírselo a tu padre, ¿no crees? —Las palabras de Oliver son como dinamita. Liam se aproxima y lo agarra de la camiseta, lo empuja con fuerza hacia los casilleros, causando un estrépito, veo la mueca de dolor que hace Oliver, pánico sube por mi garganta. Joder, no, no, no puedo tener un ataque ahora.

—¡¡William, suéltalo!! —chillo, pero no me hace caso. Vuelve a empujarlo, ahora con más violencia. Oliver se zarandea y le da un puñetazo en la boca del estómago. La mirada de Liam me aterra—. ¡¡Estoy saliendo con Oliver!!

Todo el mundo deja de moverse, el ruido cesa, solo se escuchan tres respiraciones aceleradas: la de ellos y la mía. William se queda estático, supongo que el agarre que sostiene a Oliver falla, pues él se suelta. Salto, me acerco preocupada.

—¿Estás bien? —pregunto, luego veo el hilo de sangre que sale de su nariz—. ¡Estás sangrando! Vamos a la enfermería.

Agarro el brazo de Doms, necesita curarse eso, necesitamos salir de aquí. Niega sacudiendo la cabeza.

—Yo puedo hacerlo, acompáñame —pide.

No tiene que pedirlo, no iba a quedarme, tengo que asegurarme de que no le ha hecho nada malo, que no lo ha lastimado. Nos giramos para irnos.

—Hannah... —Liam me llama.

Hago como si no hubiera hablado, lo ignoro y salgo de ahí con Oliver Doms sosteniendo mi mano.

veinticuatro

- —Teníamos que haber ido a la enfermería, no sé en qué estás pensando, no dejas de sangrar, al menos vamos al hospital —digo atropelladamente mientras él maneja—. ¡Ya sé! ¡Vamos con tu madre! Ella te curará y será...
- —Tranquilízate —interrumpe. Suelta una risita, él está relajado mientras yo estoy a punto de comerme las uñas—. Solo son golpes, no me voy a morir.

Llegamos a su casa, tan pronto entramos Oliver sube corriendo las escaleras, me limito a seguirlo después de cerrar la puerta de la entrada. Busco su habitación, al principio no lo veo en la alcoba, él está en el baño, por lo que me dirijo ahí.

Lo observo desde el umbral, se limpia la sangre con agua, luego se enrolla papel en la mano, se cubre la nariz y echa la cabeza hacia atrás. Tarda minutos en detener el sangrado, no se queja ni una sola vez. Doms obtiene de un cajón una pomada.

—Deja que te ponga el ungüento —me apresuro a decir. Me da una corta mirada antes de asentir.

Me siento en la encimera del lavabo para alcanzarlo y que no tenga que inclinarse. Mientras abro el pequeño contenedor, agarra mis rodillas para separarlas, se coloca entre mis piernas. Tiene una marca en el pómulo, esparzo el árnica en su piel con mucha suavidad.

- —Lo siento —susurro.
- —Yo no, me encanta la idea de él retorciéndose —dice. Deja caer las manos en mis muslos, estamos muy cerca, su aliento sopla en mi cara, tengo que esforzarme si no quiero que mis dedos se pongan a temblar—. Eres especial, solecito, y ese hijo de perra hizo que pensaras lo contrario durante mucho

tiempo, el estómago se me revolvía cada vez que lo veía tratándote mal en los pasillos.

- —Él no se va a retorcer porque nunca me quiso —digo sin despegar los ojos del área afectada, le va a salir un moretón.
- —¿Sabes qué creo? Que te adora y le encantas, pero no era el tiempo correcto para tener una relación formal. Soy chico, la gran mayoría de los adolescentes quieren tetas, culos y sexo. Si sus padres no se hubieran metido entre los dos, Liam habría madurado y aceptado lo que siente por ti tarde o temprano. —Mi ceño se frunce. La piel de Oliver es muy suave y huele muy bien.
- —No lo sé, ya no importa, de todas formas —digo al tiempo que termino de untar la crema. Cierro el frasquito y lo hago a un lado—. Me lastimó, no quiero ser la chica que se lo perdona todo, que hace lo que sea con tal de agradarle. No quiero ser mi madre, Oliver.
- —Todavía lo amas, Han —asegura. Suelto un suspiro profundo que hace que mis hombros se hundan. No es tan sencillo, a veces creo que le guardo tanto rencor que nunca podré perdonarlo.
- —Ya no es lo mismo, en todo lo que pienso cuando estoy con él es en esas chicas, sus palabras hirientes se reproducen en mi mente como si fueran una grabación. —También pienso en Oliver, pero eso no lo digo—. No quiero eso para mí.

Esboza una sonrisa y deposita un beso en la punta de mi nariz, acto seguido, me ayuda a bajar del lavabo.

Aprovechamos el día y nuestras faltas a clases, saca sus apuntes y me dedico a explicarle más temas de Matemáticas y Física. Pasado el mediodía, se escuchan ruidos en la planta baja.

- —Aquí vamos —suelta él al tiempo que se echa hacia atrás, se recarga en el respaldo y sonríe de lado. La puerta se abre de golpe causando un estrépito al rebotar en la pared.
- —Mamá compró *pizza*, perro, baja si no quieres que... —La voz guarda silencio. Oliver y yo nos giramos sincronizados y observamos al chico que se ha quedado estancado contemplándonos. Es el hermano de Doms, el mismo que vi el otro día en el cuadro de la sala. Veo la confusión en sus ojos, su vista se

desvía hacia algo atrás de nosotros. Sus párpados se abren por la sorpresa—. ¿Quién es y qué carajos están haciendo?

- —Hola, soy Hannah, tú debes de ser el hermano de Oliver —digo regalándole una sonrisa sincera.
- —Hannah me ayuda con Física y Matemáticas —aclara, puedo escuchar diversión en su voz, no sé qué le parece tan gracioso. La cara de susto que pone su hermano es muy cómica, aplano los labios para no reír.
- —¡Mamá, Oliver trajo a una chica a base de engaños para seducirla! —Me atraganto. Quiero detenerlo y asegurarle que no es así, pero él desaparece, se larga como un cohete.
- —Por Dios, dime que no le ha dicho eso a tu madre. —Siento las mejillas ardiendo, me llevo las palmas a la cara y me cubro. Doms suelta una risita divertida.
- —No le hagas caso, es un imbécil. —Se levanta de la silla, da pasos hacia la salida—. ¿Quieres bajar? Ya lo escuchaste, hay *pizza*.

No estoy tan segura de querer conocer a su madre después de lo que su hermano gritó, me gustaría que la tierra me tragara y me escupiera en... no sé, junto a los canguros de Australia.

- —Anda, ven conmigo, quiero que mamá te conozca —dice él, sorprendiéndome, me tiende la mano. Esas palabras bastan para ponerme de pie y permitir que me guíe por las escaleras.
- —Deja de decir tonterías, Ben. —Alcanzo a escuchar la voz de una mujer, es suave—. El único que trae chicas a escondidas a esta casa eres tú, ni siquiera eres capaz de tirar los condones, no te voy a levantar el castigo.
- —Es en serio, además, es súper caliente, ¿de verdad vas a creer que está aprendiendo a contar en vez de verle las tetas?
- —¡¡Benthor Davies, cierra tu boca sucia!! —exclama ella, molesta. Si ya estaba roja, creo que seguramente ahora luzco como un arcoíris.
- —Sí, deberías cerrar la boca —dice Oliver tan pronto entramos a la cocina, las cajas de *pizza* están en una mesita situada en el fondo de la habitación. Ellos están sentados ahí, Ben tiene un trozo de *pizza* en la mano, su madre está escogiendo el suyo, pero salta al escuchar a su hijo, quien le manda una mirada amenazante a su hermano.

Un silencio sepulcral se adueña de todos, la madre de Oliver trae puesto su uniforme de enfermera. Se queda quieta durante unos cortos segundos que me parecen eternos, entonces se limpia las manos en su ropa y se acerca sonriendo.

- —Hola, soy Maia Doms, ¿eres Hannah? —Me sorprende saber que me conoce, le doy una mirada de reojo a Oliver, él no ha soltado mi mano. Le correspondo el saludo a su madre y asiento, cohibida.
 - -Es un gusto conocerla, señora.

Él lleva el apellido de su madre, lo que quiere decir que su padre no se hizo cargo ni lo reconoció. Es imposible no relacionar a Maia con Ritta, pienso en Jocie, es tan dulce y simpática, tal vez habría sido muy diferente si mi padre no la hubiera reconocido, quizá habría crecido con rencor, así como Oliver.

—Oh, el gusto es mío, tenía muchas ganas de conocer a la chica que logró que mi muchacho quisiera aprobar los exámenes. —Le sonrío con timidez—. Pero ven, siéntate.

Mi corazón late de prisa, Doms me conduce a la mesa con su mano en mi espalda baja, ¿puede sentir mi nerviosismo? Tengo que recordarles a mis pulmones que tienen que respirar, ¿por qué estoy tan nerviosa de todas formas?

Nos sentamos juntos, él pone un plato frente a mí, al ver que estoy paralizada, también me sirve un trozo. Salgo de mi aturdimiento para escuchar lo que dice la señora Maia, habla sobre su día en el hospital.

—¿Le gusta su trabajo? —pregunto, ladeando la cabeza. Los ojos de la madre de Oliver se encienden como focos de Navidad antes de contarme lo mucho que ama ser enfermera.

Estoy masticando y prestándole atención cuando el pulgar de Oliver empieza a impartir un masaje cariñoso en mis nudillos, se mueve sin ser consciente del centenar de mariposas que nacen en mi estómago.

- —¿Le pagaste para que aceptara venir contigo? —pregunta Ben, interrumpiendo el discurso de su madre. Él sigue contemplándome con estupefacción.
- —¡¡Benthor!! —suelta Maia, exasperada. Me da una mirada avergonzada—. Discúlpalo, hija.

Tal y como lo vi en el cuadro de la sala, los dos hermanos son completamente diferentes, en persona las diferencias son más notorias, empezando por el

apellido y el color de sus ojos, terminando en el carácter de cada uno.

La señora Doms se da cuenta del golpe en el rostro de Oliver, él inventa una excusa y cambia el tema. No sé cómo Maia puede controlar y ser la madre de dos varones sin volverse loca. Si él fuera mi hijo le habría jalado las orejas hasta que me dijera la verdad.

Después de la comida nos disculpamos con Maia y regresamos a estudiar, escribo un ejercicio y activo el cronómetro de mi teléfono móvil para contarle el tiempo. Media hora después me entrega todos los problemas hechos con un margen de cinco minutos, nada mal. Con esmero evalúo cada ejercicio, a pesar de que siento sus ojos sobre mí, inspeccionándome.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al ver los aciertos.

- —Vaya, debería molestarme, ¿estás reprobando a propósito o quieres que te dé tutorías sin necesitarlas? —le pregunto con la ceja alzada, haciendo que ría entre dientes y niegue con la cabeza—. Me alegra que te estés tomando esto en serio, nadie conoce sus alcances hasta que lucha por sus metas.
- —En este momento mi única meta es besarte —susurra. Acto seguido, sus manos se envuelven a mi alrededor, me levanta con facilidad y me deposita en su regazo. Me remuevo para acomodarme, uno de mis brazos rodea su cuello —. ¿No crees que me merezco un beso?

Palpo el contorno del golpe en su rostro, siguiendo el recorrido de mis dedos con los ojos. El ungüento ha sido absorbido por su piel, solo se siente una ligera capa resbalosa.

- —No pienses en él —pide en un murmuro. Salgo de mi nube de pensamientos, alzo la mirada para concentrarme en la suya.
- —Nunca —digo—. Nunca pienso en él cuando estoy contigo. En realidad, pensaba en que podría maquillarte para que no se vea el moretón.

Se le escapa una risotada, sus brazos me aprietan con más fuerza.

—No lo creo, Lenny y Ben me torturarían si vieran maquillaje en mi rostro.
—Hace una mueca.

Acaricio su mandíbula lentamente, Oliver se remueve con incomodidad.

—¿Qué le dijiste a tu madre de mí? —pregunto girando su cara con la intención de que nuestras narices choquen.

Hay ciertas cosas que no había notado antes: desde el primer día me abrazó con fuerza, me besó con pasión, incluso aquella vez en la fiesta pensé que me besaba con desesperación, como si lo hubiera estado esperando por mucho tiempo. Él me observaba sin que yo lo supiera, pues él sabía que me escondía cuando quería llorar.

—Le dije que me gustas. —Su vista está observando mis labios frente a los suyos. Guardo un suspiro en mi boca, pero no logro esconder mi respiración desenfrenada—. Corrección: le dije que me gustas mucho, que no quiero arruinar lo que tenemos con mis estupideces, que me ayudaste a ver qué quiero hacer con mi vida. Me guardé para mí que quiero meterme en tu falda, no creí que fuera prudente decírselo.

- —Si tu madre entra le diré que me estás seduciendo —murmuro.
- —Me parece bien. —Reparte besitos tronados en mi labio inferior, mierda, yo quiero besarlo, morderlo y tirarlo a la maldita cama, ¿cómo es que se lidia con esos deseos?—. Necesitamos una segunda cita porque arruiné la primera.

A continuación, me da un beso largo y suave, cierro los párpados automáticamente y sumerjo los dedos en su cabello, atrayéndolo más a mí. Nos detenemos hasta que nos resulta imposible respirar, me muerdo el labio mientras recupero el aliento que me ha robado.

Oliver se estaciona frente al portón, no calles atrás. Se despide dándome un beso y una mordida en el labio inferior.

—Te veo mañana, solecito —dice.

Le regalo una sonrisa antes de descender del vehículo. Una vez en el interior de mi casa, dejo las llaves en la mesita de la entrada y camino hacia el vestíbulo con la intención de encontrar a mi abuela. Me encuentro a Liam Baker sentado en el sillón, considero la opción de darme la vuelta y fugarme antes de que se percate de mi presencia, pero su mirada se alza y se estanca en la mía.

—Te fuiste con Doms. —Tengo que ser sincera conmigo, la verdad es que se escucha triste—. ¿Por qué? ¿Sales con él para lastimarme?

Me dejo caer en el sofá frente a él, no tengo ganas de hablar, pero sé que tengo que hacerlo.

—William, no todo gira a tu alrededor y no, no quiero lastimarte.

Agacha la cabeza. Me lo quedo mirando por un buen rato, sin poder entender qué está haciendo en mi casa.

—;Desde cuándo?

Mi frente se arruga, él no me mira, no me deja ver su rostro.

—Después de la fiesta.

Sus hombros se hunden.

—No puedo reclamarte si yo fui el primero en fallarte, pero me siento como la mierda.

-;Por qué? -Él levanta la cara y me mira-. Es que no entiendo, cuando empezamos con nuestra relación me dejaste bien claro que lo hacías por obligación, y aunque las primeras semanas fueron agradables, el resto no. El día de la fiesta me dijiste cosas horribles, me humillaste, pero antes ya actuabas así, que estuvieras alcoholizado no es una justificación. Tal vez no te acostaste con toda la escuela, pero lo hiciste con algunas, te besabas con otras delante de mí, dejabas que Iveth se te insinuara conmigo a un lado, me abandonabas en las fiestas, me quedé siempre que terminabas borracho y me aseguré de que llegaras a salvo a tu casa. Me ignoraste muchas veces y, si no lo hiciste, me recordaste lo que no sentías. ¡Por Dios! Tuve sexo contigo la primera vez y te largaste, al día siguiente estabas con otra en los pasillos, Liam. Lo único que quería era que me amaras, preferiste hacer cualquier cosa excepto eso. —Mis ojos se nublan, las lágrimas se precipitan—. Lamento mucho no haber terminado nuestro noviazgo antes, éramos mejores amigos y lo arruiné, tú también lo hiciste, nada justifica que me hayas tratado de ese modo, también pudiste haber terminado la relación y no lo hiciste. ¿Por qué me dices que te sientes como la mierda si está pasando lo que siempre quisiste?

Me limpio una lágrima traicionera y sorbo por la nariz, podrá sentirse como la mierda ahora, eso no va a cambiar mi convicción, él hizo que me sintiera como la mierda muchas veces, y nunca se tocó el corazón.

—Porque me estás matando, Hannah —suelta con la voz ahogada. Se levanta y se acerca caminando lento, se hinca frente a mí, sus ojos conectan con los

míos, tengo que ver hacia otra parte porque no soporto presenciar la tristeza que los embarga—. No sé en qué momento te perdí, no recuerdo siquiera cuándo me miraste con tus ojitos brillantes por última vez, siento que te me resbalas de los dedos. Nunca estuvimos separados antes más que un par de horas, si terminábamos bastaba venir aquí, te me lanzabas a los brazos y ahora no, no está pasando eso, te fuiste con él, a mí también me golpeó y no te importó. Te fuiste, Hanny, me dejaste.

William se rompe. Entierra su cabeza en mis muslos y se quiebra.

Impactada, observo cómo su cuerpo tiembla, un nudo apretado se forma en mi garganta.

- —Liam...—susurro.
- —¿Por qué no me dijiste que te estaba perdiendo? Habría hecho algo para evitarlo. —Escucharlo es como estar en otra dimensión, ¿qué demonios está pasando?
- —No me perdiste porque nunca quisiste que fuera tuya, nunca lo fui realmente.
- —Eras mía, sí lo eras. —Liam lanza un sollozo que me parte en dos, no quiero que sufra, a pesar de todo quiero que esté bien, creí que lo estaría, que al fin podría respirar—. Eres el amor de mi vida, Hannah, por favor, tú lo sabes, nos pertenecemos, cariño.
- —No, no lo soy, estás así porque temes estar solo y tus padres seguramente se van a molestar. —Quiero creerlo, pero puedo sentir su dolor, él está llorando y yo no sé qué hacer para que se calme. Es triste no saberlo después de haber estado enamorada de él durante tanto tiempo, sin embargo, creo que nunca nos dimos la oportunidad de conocernos realmente.
- —Te amo, Hannah, no me dejes —ruega. Mis párpados se abren por la sorpresa, inspiro aire, agito la cabeza negando, a pesar de que no me está mirando—. Me equivoqué, creí que siempre estaríamos juntos, déjame arreglarlo.

Me quedo en silencio, repasando lo que ha dicho, existe una gran posibilidad de que lo esté diciendo para que no lo regañen, no obstante, está arrodillado, llorando con su cara en mis muslos, abrazando mis piernas como si fuera un niño pequeño. Recuerdo lo que Oliver dijo más temprano, ¿será cierto?

Agarro el cabello de Liam lleno de gomina, cierro los párpados buscando algo en mi interior, sin embargo, ya no puedo ofrecerle lo que una vez le regalé. Le quiero, tal vez lo haga siempre, pero no con esa intensidad que un día me dejó sin aliento. Ya no tengo nada que darle a William Baker.

- —Sea como sea, William, nos lastimamos, es mejor estar separados —digo después de tomar aire.
- —Vas a estar con ese imbécil —gruñe—. Eres demasiado para Doms, Hannah, es un pusilánime que no tiene metas ni futuro, es un bastardo.

¿Por qué ha dicho justamente la palabra *bastardo* para describirlo? ¿Acaso sabe algo? Y, ¿cómo se atreve a hablar mal de él después de todo lo que ha hecho?

—No le llames así —digo entre dientes.

Liam se echa hacia atrás, enderezándose. Tiene los ojos rojos, como si no hubiera dormido en días. Abre la boca para hablar, no obstante, la abuela Bo entra con el entrecejo fruncido, el enojo es notorio en sus gestos.

- —William, sal ahora mismo de la casa —dice ella. Mierda, lo escuchó todo, de lo contrario no le estaría hablando con ese tono autoritario. Él intenta aparentar la sorpresa, la impotencia. Se pone de pie y me mira desde arriba.
- —Voy a dejar que respires, Han, pero no me voy a dar por vencido —suelta antes de irse.

veinticinco

Mientras me deshago del maquillaje con una toallita húmeda, miro de reojo los tres vestidos pulcros que reposan en mi colchón, todavía tienen las etiquetas. Uno es de color verde, tiene un cinturón de pedrería que brilla debajo de la luz; el segundo es rosa pastel, es mi favorito, los holanes del faldón parecen olas; el último es de encaje negro.

Se me metió una idea un tanto descabellada en la mente, tal vez pueda llevarlos con Darvelia para que los arreglen en el taller de costura y los ajusten a las medidas de las chicas, así no podrán excusarse y tendrán algo que usar en el baile de graduación. El único inconveniente es que no tengo algo que pueda quedarle a Cindy.

Alguien toca la puerta y me hace saltar, la abuela Bo está parada en la entrada de mi habitación. Después de que le dijo a Liam que se fuera, subí corriendo las escaleras, ella se quedó en la planta baja, pero luce como alguien dispuesta a todo con tal de saber la verdad.

—Quiero que me expliques qué fue lo que pasó allá abajo —pide, se dirige hacia la cama, hace a un lado los vestidos y se sienta sin dejar de contemplarme.

Aprieto la toallita con aprehensión, ¿cómo puedo evitar hablar al respecto si lo escuchó todo? No tengo escapatoria, ella ya lo sabe de todas formas.

—Mi noviazgo con Liam no fue el mejor de todos, Bo —susurro. La miro por el espejo, sus párpados se cierran y sus palmas arrugadas aprietan sus muslos—. Lo amaba tanto que no me importaron los defectos de nuestra relación, creí que algún día mejoraría, pero no fue así, empeoró con el tiempo.

Sus párpados se abren y revelan dos ojos vidriosos que me comprimen el corazón, dejo botada la toallita y me acerco a ella, quien me recibe con los

brazos abiertos, me refugio en su pecho y me escondo. No sé por qué no le conté antes, pero se siente bien ahora.

—¿Y tu madre lo sabía, Hanny? —pregunta. El silencio se precipita entre las dos, no quiero responder y decepcionarla, no quiero decirle que mi madre incluso me motivó a aguantar, la abuela Bo no merece eso. Sin embargo, al parecer puede leer mi mente, pues se envara—. No puedo creerlo, es inaudito, Eugene tiene que...

—¡No! —me apresuro a exclamar—. No se lo digas, Bo, no quiero que haya más problemas entre mis padres, mucho menos ahora que mamá está en el hospital, tal vez después podamos hablarlo, ella tiene que salir adelante. Tampoco deseo lastimar a Liam y mucho menos a los Baker, si papá se entera sé que se va a molestar muchísimo, solo quiero seguir con mi vida y que él pueda hacer la suya.

Eso parece calmarla, pues se queda quieta y relaja los hombros, espero que no se lo diga a mi padre, no sé si podría soportar que se decepcionara de mí y de William, pues lo quiere como si fuera su hijo y los Baker me quieren a mí como si fuera su hija.

El día siguiente entro al taller de costura cargando tres bolsas largas, Darvelia está en el aula, sentada junto a una máquina de coser. Sus párpados se abren por el asombro al verme, apaga el aparato, se pone de pie y se aproxima. Está usando un pantalón bombacho con líneas verticales rojas y negras, una playera blanca, un chaleco negro y un sombrero.

- -¿Qué es eso? pregunta estudiando los ganchos entre mis dedos.
- —Regalos —digo. Una de sus cejas se alza, se cruza de brazos—. Nadie debería perderse su baile de graduación.

Se tarda en comprender de qué estoy hablando, sus labios se abren cuando entiende lo que quiero decir. Darvelia se acerca sin aparentar la sorpresa y toma una de las bolsas.

—Sé que son tres y ustedes cuatro... —digo—. No encontré algo para Cindy, pero quizá podamos encontrar la manera, en serio me gustaría que

fueran, este año usaré algo del armario y encontré estos, solo hay que arreglarlos para que se adapten a ustedes.

Se queda callada, sin despegar los ojos de las bolsas. Abre la que tiene en las manos resbalando el cierre, sus párpados se abren más.

- —Tiene etiqueta, Hannah. —Con nerviosismo la miro, temo que vaya a rechazar mi oferta, pero ella sonríe de oreja a oreja, así que me relajo—. Gracias, mi papá no tiene dinero para pagar un vestido y los padres de Aisha son muy estrictos, la obligarían a usar un hábito. Cindy cree que la ropa no le queda bien y Kealsey sigue esperando que el tonto del inhalador la invite. No estoy muy segura de que vayan a aceptar, Han.
- —Tal vez puedas decirles a las chicas que fueron donaciones para el taller o algo así, no necesitan saber que fui yo.
 - —¿Por qué haces esto? —pregunta.
- —Esto va a sonar deprimente, pero son las únicas personas que se han sentado conmigo en el almuerzo y no han criticado lo que como o lo que luzco, me gustaría que fueran y se divirtieran, como todos.
- —¿Sabes? Hay muchos rumores sobre ti, es un bufet de chismes, puedes tomar y creer el que más te agrade. Me alegra saber que no eres una malvada arpía, Aisha tendrá que pagarme veinte dólares.

Abro la boca para responder, pero un grito nos asusta, las dos giramos la cabeza buscando a la persona que entra gritando con histeria. Es Kealsey, sus mejillas están teñidas de color rosa, se lleva una mano al pecho tan pronto se detiene frente a nosotras.

- —¡Milton Strike acaba de invitarme al baile! —grita, emocionada. Suelto una risita secreta, gracias al cielo Milton recapacitó y despegó un poco su nariz de los cálculos.
- —Genial, y Hannah encontró estos vestidos en una tienda de segunda mano, hay que arreglarlos —dice Darvelia, le entrega una de las bolsas a una asombrada Kealsey—. Tenemos que buscarle a Cindy algo que le quede bien, por ahora no hay que decirle lo de los vestidos o se pondrá triste.

Antes de entrar a la cafetería a la hora del almuerzo, me acerco al lavabo, acomodo mi cabello frente al espejo y retoco mi labial. Voy a abrir el grifo para lavarme las manos, no obstante, un sonido extraño hace que aplane los labios y me quede quieta.

Me giro con delicadeza para no hacer ruido, solo hay un cubículo ocupado, veo unos tacones por la rendija, mi corazón tamborilea deprisa cuando los reconozco.

No puede ser, no puede ser. Mierda.

La chica del otro lado está vomitando, escucho un quejido que confirma su identidad. Mirian.

No me muevo, me quedo estancada en el mismo lugar casi sin pestañear, no quiero respirar. Cuando sale y se percata de mi presencia no hace el amago de reconocerme, es como si no estuviera, como si no le importara en lo más mínimo que he descubierto su problema alimenticio.

- —¿Por qué lo haces, Mirian? Necesitas ayuda, no está bien que lo hagas, los problemas alimenticios pueden matarte... —Me interrumpe su risa sarcástica.
- —No finjas que te importa, Hannah Carson, tú y yo nunca fuimos amigas, anda, ve y cuéntales a todos que soy una zorra bulímica, puedes vengarte ahora de lo que hice.

Frunzo el entrecejo, observo todos sus movimientos, se lava las manos, luego enjuaga su boca con agua del grifo.

—Yo no necesito vengarme para sentirme mejor, y realmente me preocupa, así como me preocuparía de cualquiera que estuviera en peligro, la bulimia puede matarte y nadie merece eso.

No musita ni una palabra, sigue como si no hubiera dicho nada. Mirian no me agrada, pero seguramente guarda mucho dolor, de lo contrario no lastimaría a su cuerpo. No estoy fingiendo preocupación, tampoco es que quiera ser su amiga, solo no quiero que le pase nada malo. Todos tenemos distintas formas de lidiar con los problemas, siempre he creído que no somos tan diferentes. Ella vomita, yo durante mucho tiempo me lastimé el alma. El único inconveniente es que ella está enferma y necesita ayuda.

—Tal vez si le dices a tus padres... —digo. Se limpia la pintura negra corrida debajo de sus ojos y chasquea la lengua.

—No te creas mejor que yo, las dos estamos jodidas —suelta—. Tu madre quiere matarse, la mía se aliviaría si yo lo hiciera.

Me quedo impactada por la dureza de sus palabras, nunca la había escuchado hablar así, creo que por primera vez estoy frente a la verdadera Mirian y no estoy segura de que pueda quedarme callada, mi madre intentó matarse y está en el hospital, ella se está matando lentamente, también debería estar ahí.

Sale del baño sin mirar atrás, traqueteando sus tacones y bamboleando las caderas, poniéndose una máscara, tal como yo hacía. ¿Por qué? ¿Por qué es tan difícil ser uno mismo delante del mundo? ¿Por qué buscamos la aprobación de un montón de personas que ni siquiera son importantes? Es estúpido, es dañino, es mortal.

A pesar de que me dolió lo que hizo con Liam, de alguna forma puedo entender, Mirian no está vacía como creí alguna vez, está llena de dolor.

No está enojada conmigo, está enojada con la vida.

Respiro hondo varias veces antes de salir del baño, hago otra parada antes de ir por el almuerzo, la psicóloga y consejera de la escuela me agradece por la información y me promete que hará algo al respecto.

Busco una mesa en la cafetería, estoy sosteniendo mi bandeja y temo que mi jugo se caiga. Una chica que nunca he visto antes se planta frente a mí, obstruyendo mi camino, voy a esquivarla, entonces se mueve de nuevo para impedirme el paso, escucho risas, solo entonces capto que lo está haciendo a propósito. Esboza una mueca divertida.

- —¿Te pesan mucho los cuernos, Carson? —pregunta, haciendo que la gente a nuestro alrededor se burle. Me quedo estupefacta, ¿qué demonios le pasa?
 - —Sí, así como a ti te pesa la estupidez.

La chica desconocida gira los ojos y se escabulle tan pronto Darvelia habla, ella me coge el antebrazo y me da un jalón para que la siga, nos sentamos en una mesa.

—Oye, saca a tu perra interna y defiéndete, mujer —dice. Su bandeja ya está frente a ella.

—Ni siquiera me diste la oportunidad —digo, divertida. Las dos reímos.

Darvelia me cuenta sobre las chicas. Cindy fue aceptada en la facultad de medicina de la universidad estatal, Aisha se irá a Nueva York junto con Kealsey, aunque no se lo ha dicho a sus padres, la primera sueña con ser actriz y Kealsey fue aceptada en un prestigiosa universidad de música.

- —Yo me quedaré aquí y estudiaré Diseño de Indumentaria —dice Darvelia mientras mastica su manzana.
 - —Te gusta la moda —afirmo.
- —No tanto la moda en sí, me gusta crearla, no seguirla. —Se encoge de hombros—. Soy diferente, no del tipo "única y diferente", solo diferente.

De un momento a otro alguien se sienta junto a mí, Oliver deposita un beso en mi mejilla. Los colores se me suben, me retuerzo bajo la sorprendida mirada de la chica de cabellos morados, a quien se le desencaja la mandíbula.

- —¿Entonces es cierto? —pregunta alternando la vista entre él y yo—. Ustedes dos... Pensé que eran rumores...
- —Me acosaba todo el tiempo, tuve que rendirme —suelta con una sonrisa petulante en el rostro. Entrecierro los ojos, yo nunca lo acosé, él lo hacía.

Minutos después llegan Cindy, Aisha y Kealsey, no dicen nada acerca de Oliver, sin embargo, me doy cuenta de las miraditas que se lanzan unas a otras, quiero carcajearme. Son muy divertidas.

El trío charla sobre la última clase que compartieron, Darvelia alza una ceja en mi dirección.

- —¿Y tú? ¿Tienes estilo? —pregunta. Tuerzo la boca, en realidad, no tengo idea, siempre usé lo que mi madre quería que usara.
- —No lo sé, creo que solo sigo la corriente —digo, avergonzada, encogiéndome en mi asiento.
- —Oh, Hannah *banana*, necesitas una intervención urgente —dice ella negando con la cabeza como si estuviera indignada.
- —¡Sí! ¡Sábado de chicas en el centro comercial! —exclama Cindy con emoción, aplaude una vez. Todas me miran, expectantes.

De pronto, me siento cohibida, nunca he salido con amigas a pasear, con Mirian y Brenda solo iba a fiestas o las seguía mientras ellas compraban todo lo que veían en las tiendas, mis experiencias no son buenas, no estoy segura de querer hacerlo.

Oliver coloca una mano en mi espalda, justo en ese lugar lleno de tensión, vuelve a hacer lo que hizo el día que me acompañó a conocer a Jocelyn, me enderezo al sentir el suave masaje que me relaja. Me asusta que me conozca de esa manera, yo sé muy poco de él.

—Puedes ir con ellas y cuando terminen me mandas un mensaje para que tengamos nuestra cita —dice él estirando la cabeza hacia adelante para poder observarme.

Me pierdo por un segundo en sus ojos, quiero acercarme y darle un beso, ¿por qué tiene que ser tan adorable y *sexy* al mismo tiempo?

- —De acuerdo —susurro.
- —Genial, ya es un hecho, entonces dejaré que pases el rato con tus amigas murmura al tiempo que se acerca y deposita un beso en una de mis comisuras. Se levanta pavoneándose, sabiendo muy bien que todas lo están mirando fijamente, ¡engreído!
- —¡Oh, por Dios!! ¡Sales con el chico de la radio!! —chilla Kealsey. Los cuerpos de las cuatro se hacen hacia adelante, una risita nerviosa se me escapa.
 - —¡Es tan *sexy*! —Cindy suspira y mira la nada soñadoramente.
- —Los *shippeo* intensamente —dice Darvelia divertida, vuelve a hacer el símbolo *hash* con los dedos—. *Hashtag* la pareja del año, *hashtag* Ohanna.

Picoteo mi pasta con diversión, ¿por qué no las conocí antes?

—Ustedes, chicas, están locas —digo.

El viernes a la hora de la salida timbra mi teléfono móvil, el identificador arroja el número de mi padre, tomo un respiro profundo antes de contestar la llamada.

- —Hola —intento sonar casual, aunque mi espalda está tensa, si Oliver estuviera aquí seguramente presionaría algún lugar y me relajaría.
 - —¡Cariño! ¿Cómo estás? —pregunta.
 - —Bien.

No sé cómo debo comportarme con él, no hemos hablado demasiado desde ese día en la casa de Jocelyn, hemos conversado un par de veces sobre la escuela, pero me siento bastante incómoda. Se está esforzando mucho, siempre me despierto y hay un «buenos días» de él, no hay noche que no me desee dulces sueños, creo que puede sentir que estoy confundida.

—¿Vas a hacer algo hoy a las cinco? —Me quedo callada, ¿quiere que vayamos a alguna parte? No estoy segura de tener ánimos para salir—. La verdad es que necesito ayuda para cuidar a Jocie, este fin de semana lo pasará conmigo ahora que tengo el apartamento, su madre no está en la ciudad y yo tengo una reunión imprevista, ¿podrías solo pasar un par de horas con ella? Si no puedes no hay problema, cielo.

- —¡Sí puedo cuidarla! —respondo con rapidez.
- —Gracias, ¿quieres que pase por ti?
- —No, no es necesario. —Muerdo mi labio inferior y me muevo con incomodidad.
 - —Entonces te veo en un rato. —Colgamos.

La emoción vuelve a recorrerme, aunque después el pánico sube por mi garganta. Nunca he cuidado niños.

Quizá pueda hacerle una llamada de emergencia al chico que pinta superhéroes.

veintiséis

Mi padre abre la puerta de su apartamento, sus ojos de desvían a la persona a mi lado, lo saluda con un asentimiento, no sé si a papá le agrade la idea de yo cuidando a Jocie junto a Oliver, pero cuando sonríe sé que todo está bien.

—Solo serán dos horas, a lo mucho tres, hay pollo, pasta y helado en el refrigerador. —Está usando un traje elegante y una corbata de color azul, sostiene su maletín, es un hombre de negocios—. Estaré al pendiente del celular por si pasa cualquier cosa.

Nos deja pasar, es la primera vez que vengo aquí, no hay mucho mobiliario, solo un sillón frente a una mesita de vidrio, hay una televisión y al fondo un pequeño comedor de color chocolate. Jocelyn está de pie a unos pasos de distancia, se echa a correr bamboleando su tutú y abraza mis piernas.

Papá sonríe con ternura, trago saliva para aligerar el nudo que se ha formado en mi garganta. Eugene se acerca y deposita un beso en mi sien.

—Gracias, cielo —susurra antes de marcharse.

Acaricio el suave cabello de Jocie, Oliver se adentra en el apartamento y se deja caer en el sillón, creo que me está dando espacio.

- —¿Me extrañaste? —le pregunto. Alza la cabeza para mirarme, el huequito donde debería ir su diente se ve adorable.
 - —Sí. —Hace un puchero que me saca una risita.
- —Jocelyn, ¿te gustan las caricaturas? —cuestiona Oliver desde el sofá al tiempo que enciende el televisor con el control remoto.

La mencionada da un brinquito y, sosteniendo mi mano, corre hacia el sillón, arrastrándome.

—¡¡Sí!! —exclama—. Me gusta Barbie.

Ella le arrebata el control a Doms, quien la observa con diversión, me dejo caer a su lado. Jocie encuentra una película de Barbie y se sienta en el suelo con las piernas al estilo indio.

- —No es justo, a mí no me gustan las caricaturas de muñecas aburridas dice él, haciendo que ella se ponga de pie y lo enfrente con los brazos puestos en jarras, luce como una pequeña niña indignada a punto de regañar a alguien.
- —Retráctate, Barbie no es aburrida, puede hacer todo lo que se proponga, maestra, veterinaria, bailarina, doctora. —Toma aire—. Por eso yo quiero ser como Barbie algún día, me gustaría ser todo de grande.
- —Eso suena genial —digo—. A mí también me gustaría hacer todas esas cosas y tener ropa hermosa como la de Barbie.
 - —Aburrido —canta Oliver con una sonrisa maliciosa, Jocie refunfuña.
- —No, nunca se aburre porque hace muchas cosas y es linda y va a fiestas y tiene mascotas para jugar y una casa con dos bañeras y un auto rosa. —Los ojos de Jocelyn refulgen como dos luces.
 - —Bob Esponja se divierte más y vive en una piña —dice él.
- —Es cuadrado y habla como un pájaro chillón —sentencia la diminuta castaña elevando la barbilla—. Si mi hermana quiere ser Barbie, tú deberías ser Ken, no ese cuadrado amarillo con agujeros.

Me cubro el rostro con las palmas y lanzo una risotada, separo los dedos y lo observo, él está sonriendo, su vista se eleva y contacta con la mía.

—Ella me va a aceptar con todo y agujeros, ¿verdad? —pregunta alzando la ceja. Aplano los labios para no carcajearme y asiento.

El resto del tiempo vemos más caricaturas. Jocie va por colores y hojas una hora después, me resbalo para sentarme en el suelo junto a ella, me da una hoja en blanco y pone los colores entre las dos. Ella dibuja un cielo lleno de nubes, yo sinceramente no sé qué dibujar. Mi mirada cae en el perfil de Oliver, quien observa los dibujos animados. Agarro el color amarillo y empiezo mi obra de arte.

Jocelyn es como una de esas niñas que no pueden estar quietas ni dejar de hablar, no es traviesa, solo habla demasiado. Me cuenta de su comida favorita, que le gusta leer cuentos de princesas, y quiere comprar un palacio cuando sea grande y trabaje de maestra, doctora, veterinaria y bailarina.

- —Las niñas de mi escuela no me creyeron cuando les conté que tenía una hermana, dijeron que era una mentirosa y me dejaron sola en el recreo —dice con el ceño fruncido sin dejar de colorear—. Mamá me dijo que no les hiciera caso y que no necesitaba jugar con esas niñas y que buscara otras amigas. Se lo conté a papá después de la clase de *ballet* y me dijo que, si yo sé que tengo una hermana, no necesito que los demás lo crean. Yo creo que tiene razón, hay muchas niñas que no creen en las hadas, pero yo sé que existen.
- —¿Quieres mucho a tu mami? —cuestiono. Hago uno de los rayos de mi sol, aunque más bien parecen las patas amorfas de una bola amarilla.
- —Sí, también a papá, aunque lo vea muy poquito, me gustaría verlo más, pero mamá dice que él tiene un corazón muy grande y tengo que compartirlo contigo y con su esposa. —Se queda quieta un segundo, admirando su obra, acto seguido continúa—. Las niñas de mi escuela también se burlan porque mi familia es distinta y papá no vive con nosotras, pero mamá me dijo que él y ella son amigos, así que yo estoy feliz.

Me quedo en silencio durante un segundo, mi mano aprieta el color con mucha fuerza, intento controlar mi respiración. ¿Por qué una niña como ella tiene que vivir algo así? Miro a Oliver, quien observa a Jocie con seriedad, solo espero que cuando crezca no se llene de rencor, espero que cuando entienda la situación no odie a su madre o papá, o a mí, después de todo, Oliver odia a la familia de su padre.

- —¿Tú quieres a tu mami? —pregunta Jocelyn.
- —Sí, ella está enfermita ahora, así que no la he visto, la extraño. —Parpadeo rápidamente para retener las lágrimas, me gustaría que solo respondiera una de mis llamadas y me dijera que está bien.

Jocie levanta la cara y me mira.

—Lo siento, espero que se recupere, ninguna mamá del mundo debería enfermarse. —Suelto una risita. Nos volvemos a quedar en silencio durante unos segundos, hasta que vuelve a hablar—. Voy a bailar en el teatro en dos semanas, ¿te gustaría ir? Puedes llevar a tu novio con agujeros.

Oliver suelta una carcajada estruendosa, yo me atraganto, Jocie esconde su risita.

- —¿Qué sabes tú de novios? —pregunto para aligerar la tensión, él no deja de mirarme con intensidad, me está poniendo nerviosa.
- —Yo tengo un novio, se llama Mason y siempre abrocha mis agujetas porque yo no sé —dice.
- —Pero estás muy chiquita —suelto, divertida. Ella hace un puchero y se cruza de brazos.
 - —Tú también estás chiquita y tienes novio, yo quiero uno.

Oliver y yo reímos al mismo tiempo, luego somos sorprendidos por un hombre en traje, ¿cuándo abrió la puerta? Ni idea, pero está de pie observándonos con lo que creo es ternura. Jocie se levanta y, como una bala, corre para abrazarlo, yo soy más lenta. Doms se pone de pie y me ayuda a pararme.

—¿Te importaría si me quedo un rato con papá? Quiero hablar con él —digo después de respirar hondo, voy a enfrentarlo, voy a preguntarle, necesito respuestas, no voy a seguir soportando que me escondan la verdad.

Se despide de Eugene con un saludo de mano, lo encamino a la salida y cierro la puerta tan pronto estamos en el exterior. Oliver se da la vuelta y me enfrenta, me pego a la pared cuando camina hacia adelante, su nariz toca la mía, coloca una de sus manos en el costado de mi cara. Pongo mis manos en el pecho y delineo el cuello de su camiseta.

—Puedo esperarte abajo —dice con ese timbre bajo que me pone de los nervios—. Llevarte a casa y hablarte con mi voz de pájaro chillón al oído.

Dejo escapar una risita juguetona y acaricio la punta de su nariz con la mía.

- —No quiero que esperes demasiado, voy a enfrentar a papá, ¿qué te parece si guardas esas palabras y me las dices el día de nuestra cita?
- —Me encanta la idea —susurra. Sus labios cepillan los míos dándome una suave caricia—. ¿Qué te parece si guardamos los besos para la cita?

Se echa hacia atrás y guiña con picardía, sin más desaparece caminando por el pasillo como un chico fresco y en onda, no mira en mi dirección ni una sola vez. ¡Me dejó colgada! ¡Quería un beso!

No me muevo hasta que desaparece de mi vista, respiro profundo un par de veces para darme valor y vuelvo a entrar al apartamento de papá. Me sorprende no encontrarlos en donde los dejé, cierro la puerta de la entrada con lentitud y

deambulo por la estancia, con Jocie alrededor fue imposible contemplar el lugar donde mi padre está viviendo. No hay mucha decoración, el lugar se ve desnudo, quizá es porque no pasa mucho tiempo aquí. ¿Para qué decorar si no vas a verlo?

Una risita llega a mis oídos, dejo que el sonido me guíe, llego a la habitación de Jocelyn, la cual está a oscuras, incluso así puedo verlos. Papá se encuentra en el borde de la cama, ella se acomoda en el colchón y se cubre con un edredón. Él deposita un beso en su frente antes de darse la vuelta, se le dibuja una sonrisa cuando se da cuenta de mi presencia.

Me despego del umbral y doy marcha atrás, volviendo a la salita con Eugene pisándome los talones. De pronto me siento melancólica, me gustaría que las cosas fueran diferentes.

—Lamento que hayas tenido que venir, no podía posponer la reunión y Jocie ya estaba aquí, Ritta salió de la ciudad, iba a llamar a su niñera, pero ella quería verte. —Le escucho decir. Sigo sus pasos, buscando las palabras adecuadas en mi mente. Se dirige a la cocina, ya no lleva puesto el saco ni la corbata—. ¿Quieres cenar algo? Creo que tengo pedazos de pavo en alguna parte.

Abre el refrigerador y rebusca en él. Tomo un respiro profundo antes de aclararme la garganta.

- —Hablé con la abuela, me contó que Ritta y tú eran novios antes de que conocieras a mamá. —Su espalda se envara, se endereza y cierra la puerta del frigorífico cargando un recipiente de plástico. Me observa en silencio, bajo su atenta mirada tomo asiento en una de las sillas de la barra.
- —Sí, lo fuimos hace mucho tiempo —responde entrecerrando los ojos—. ¿Por qué Bo te dijo eso? Estas son cosas que no tienes por qué saber, Hanny, suficiente tienes con todo lo que ha pasado.
- —Agradezco mucho que te preocupes por mí, papá, pero ya no soy una niña y necesito saber, porque no sé qué pensar, necesito claridad, no que me protejas, te aseguro que yo puedo cuidarme sola —digo. Doy un respiro tembloroso—. Ya no quiero mentiras, quiero toda la historia.

No parece muy convencido, deja el recipiente en la encimera y suelta un suspiro, menea la cabeza de forma negativa.

—Por favor —pido—. Ya me han mentido durante mucho tiempo, lo único que he hecho toda mi vida es agradarles, ¿no crees que merezco que por una vez me digan las cosas?

Sus párpados se cierran y sus hombros caen.

- —No te va a gustar esta historia, cariño, ya no quiero que sufras. —Me mira con dolor, mi entrecejo se frunce, ¿puede ser peor que lo que ha pasado ya? No muevo ni un músculo, no me va a convencer, espero que lo entienda—. Prefiero que hables con tu madre y ella te cuente su lado de la historia, Hannah.
- —Mamá podrá darme su versión cuando se sienta mejor, estoy hablando contigo, no puedo seguir fingiendo que no me duele lo que está pasando. Mi voz tiembla en la última sílaba, creo que eso es lo que lo convence.
- —Bien... —Suspira—. Si quieres que me detenga, solo tienes que pedirlo. Prométeme que hablarás con Lou cuando salga del hospital.
 - —Lo prometo —murmuro.
- —Ritta y yo somos exnovios, tuvimos una relación, la conocí en la escuela a los quince años y estuvimos juntos hasta que entré a la universidad y conocí a tu madre. Ella me arrojó un café ardiendo en la cafetería del campus, nos hicimos amigos, un día me besó, pronto me di cuenta de que estaba perdido, así que terminé con mi novia de toda la vida por Lou. —Mi frente se arruga ante una idea desagradable.
- —¿Mamá sabía que tenías novia cuando te besó? —pregunto, interrumpiéndolo. Espero en silencio que la respuesta sea negativa, pero él afirma haciendo un sonido.
- —A Ritta le afectó mucho, se transfirió de universidad y se fue a vivir lejos, desapareció. No pude disculparme ni hablar, no sé cómo se enteró de lo de Lou, simplemente se fue. —Hace una mueca—. Tu madre y yo nos hicimos novios, nos casamos tan pronto me gradué, conseguí un empleo y te tuvimos, creí que éramos felices.
 - —¿No lo eran? —cuestiono, dubitativa.
- —Yo sí, para tu madre fue muy difícil acostumbrarse a nuestra nueva vida.
- —No estoy entendiendo y le está costando trabajo contarme esto. Vuelve a

suspirar, se remueve con incomodidad—. Lou conoció a alguien y creyó estar enamorada de él.

Sus palabras me golpean como una bala, me echo hacia atrás poniendo recta mi espalda, mis párpados se abren con asombro. El corazón comienza a latir fuerte y dolorosamente dentro de mi pecho. Él se me queda mirando con duda, no sé si ha visto la sorpresa en mi rostro, creo que se está arrepintiendo de nuestra plática.

- —S-sigue —susurro.
- —Fue una temporada difícil, éramos muy jóvenes, no estábamos preparados para un compromiso tan grande, lo malo fue que lo descubrimos tarde. —Sus ojos se pierden en la nada, como si estuviera recordando—. Lou tuvo un romance y luego nos dejó durante un par de meses, nos íbamos a separar.

Agacho la cabeza y enfoco la barra, mi respiración se ha vuelto lenta, un nudo se forma en mi garganta, las piezas encajan en mi rompecabezas. Recuerdos difusos corren en mi mente, los pleitos, yo llorando sola en mi habitación, mamá diciendo que se iría de viaje con unas amigas.

—Estaba devastado, solo éramos tú y yo, no sabía qué hacer, cómo cuidarte sin romperme delante de ti. Busqué a Ritta, necesitaba hablar con alguien, ella era mi mejor amiga, lo única persona que no me recriminaba por no cumplir ciertas expectativas, quería que me dijera que todo estaría bien. Al principio me cerró la puerta en la cara, luego me dejó pasar, te dejaba en la escuela e iba a su casa a charlar, le pedí perdón y recuperamos nuestra amistad. No la busqué para tener algo más que eso, pero sucedió. Sin embargo, nos dimos cuenta de que ya no se sentía bien. —Mis ojos se nublan, tengo que tragar fuerte—. Lou regresó a casa, se arrepintió, fuimos sinceros y estuvimos de acuerdo en seguir juntos y recuperar nuestro matrimonio.

- —Ritta quedó embarazada —suelto sin pensar.
- —Sí, y tu madre no pudo perdonarme eso —responde.

De pronto, rabia sube por mi garganta, el ácido me sabe amargo.

—¡¿Y por qué no si tú la perdonaste?! —grito, exaltada, las aletillas de mi nariz se abren y se cierran. Mi padre se alarma, pone la mano en mi antebrazo, pero lo arrebato—. ¡¡Tú ni siquiera le fuiste infiel porque te dejó para irse con otro!!

- —Hannah, tranquilízate, yo no debí buscar a Ritta, ¿de acuerdo? Nos equivocamos los dos... —Golpeo la barra con los puños.
 - —¡¡No!! ¡¡Nos dejó y se atreve a hacerse la víctima!!

Papá le da la vuelta a la barra dando zancadas, se aproxima a mí, agarra mis antebrazos y le da la vuelta a mi silla para enfrentarlo.

- —A ver, cariño, ¿recuerdas lo que me prometiste antes de que empezáramos a hablar? Tu madre creía que no era feliz conmigo, Hanny, y para ella fue muy doloroso que reconociera a Jocelyn. —Parpadeo con rapidez varias veces para no ponerme a llorar—. Yo la amo, así como sé que me ama, sin embargo, eso no basta cuando no se puede perdonar, cuando la confianza se ha perdido.
- —¿Qué quería? ¿Que ignoraras a Jocie? ¿Qué culpa tenía ella si solo era una pobre bebé? Fue la primera en equivocarse, a mí no me importa si deseaba estar con alguien más, lo que me duele es que se haya ido sin importarle nada más, ni siquiera yo. Tú no habrías buscado a Ritta si ella no se hubiera ido, prácticamente estaban separados, se fue de la casa, ¿tenías que serle fiel a pesar de que ella no lo era? Siento que no la conozco, eso no se escucha como la persona que creí que era —susurro, mis hombros se hunden—. Temo que haya fingido conmigo también.

Lágrimas se precipitan, papá se apresura y cierra los brazos a mi alrededor, me abraza con fuerza y deposita besos en mi sien.

- —Cariño, tu madre te ama, eres lo más importante para ella, estos problemas son de nosotros y si te lo conté es porque quiero que dejes de sentirte excluida, somos una familia, no hemos sido los mejores padres, pero te amamos.
- —¿Por qué me mintieron? —pregunto, compungida, refugiada en el cuello de papá.
 - —Lo lamento tanto, Hanny, creímos que te estábamos protegiendo.

Nos quedamos abrazados por un buen rato, lo único bueno de todo este asunto es que papá tuvo la valentía de hacerse cargo de Jocelyn, pues sinceramente lo odiaría si no lo hubiera hecho, ella es la menos culpable de todos, así como Oliver.

veintisiete

Esta mañana, después de llegar a casa y saludar a la abuela, llamé al hospital, pero la respuesta fue la misma de todos los días, mamá no quiere hablar conmigo, no sé si está viendo a otras personas, pero al menos a mí me está manteniendo lejos. Tal vez necesita su espacio, lo entiendo, sin embargo, yo también necesito que sea sincera por primera vez y deje de tratarme como si fuera una desconocida.

Voy rumbo al centro comercial con los ánimos decaídos, quedé de ver a las chicas en la fuente de la entrada, me tienta la idea de regresar y excusarme diciendo que estoy enferma o cualquier otra tontería que se me ocurra, no obstante, también creo que me vendría bien estar con personas divertidas, además, después llamaré a Oliver para que pase a recogerme, no puedo negarme a eso, aunque me sienta como la mierda.

Cindy agita su mano cuando me ve caminando hacia ellas, no es difícil encontrarlas si una de ellas tiene el cabello teñido de color púrpura. Kealsey, Darvelia y Aisha se levantan de un salto tan pronto me localizan.

Entramos al centro comercial y vagamos por todas las tiendas, observando los vestuarios colocados en los maniquíes, Darvelia dice que la mayoría de los colores se ven bien en mi piel, creo que ese es un gran cumplido viniendo de una experta. Me obliga a comprar una falda con estoperoles, argumentando que se adapta a la perfección con la blusa que estoy usando, también me obliga a ponérmela en el baño que está cerca de los restaurantes.

En una de las boutiques veo a Cindy rondando un vestido de color azul, elige una de las tallas, lo mira con los ojos brillosos, después esboza una sonrisa triste y termina colgándolo en el tubo. Ella se pierde entre los pasillos del local, me aproximo a la prenda y reviso la etiqueta.

- —¿Qué crees que haces? Ni se te ocurra —susurra Darvelia acercándose y buscando a las chicas con la mirada, no están alrededor gracias al cielo.
 - —¿Tienes coche? —pregunto y asiente dudosa—. Genial.

Tomo el vestido, asegurándome de tomar la talla que Cindy eligió, espero que le quede. Me dirijo a la caja para pagar, también espero que mi tarjeta funcione. Una mano se cierra en mi muñeca y me detiene.

- —Oye, Hannah, espera, no tienes por qué hacer esto, de verdad... interrumpo a Darvelia colocando la mano frente a su rostro.
- —Sí debo, me han dado los mejores recesos, solo quiero darles las gracias por haberme dado un pequeño lugar entre ustedes. —Mis comisuras tiemblan, las de ella también.
- —Solo tienes que decirlo, no regalarnos vestidos nuevos —dice. La señorita de la caja nos observa con curiosidad. Le doy el vestido y la tarjeta de crédito.
- —Esta es mi manera de decir gracias, quiero que vayan al baile de graduación y disfruten una última vez, aunque no haya chicos, yo también iré sola, así que seremos cuatro sin pareja. —Una vez que hago la compra, le doy la bolsa a Darvelia, ella me da una última sonrisa antes de salir casi corriendo de la tienda.
- —¿A dónde va? —Salto del susto al escuchar a Kealsey, por un momento temo que nos haya visto, pero se ve confundida, así que me encojo de hombros.
- —Olvidó algo en el coche —digo antes de escabullirme, Kealsey se ve como alguien inteligente y no quiero que nos descubra.

Más tarde, me despido de las chicas y me siento en el borde de la fuente, ya le mandé un mensaje a Oliver, ahora solo me queda esperar que venga por mí. El sol ya se está escondiendo, siento mariposas y nervios en mi estómago, las sensaciones incrementan cuando su auto se detiene delante de mí. Baja la ventanilla y se asoma, me hace una señal para que suba.

Una vez dentro, me pongo el cinturón de seguridad y miro al frente mientras conduce.

—Solecito, ¿no me vas a saludar? —pregunta, juguetón. Me cruzo de brazos y aplano los labios para no reír, siento sus ojos sobre mí todo el rato—. Ya veo... ¿Ese es un puchero? ¿Estás haciendo una rabieta en mi coche sin motivo alguno?

—Me dejaste colgada ayer —suelto mirando por la ventana, no sé a dónde iremos, con él nunca se sabe.

Gira el volante con violencia, haciendo que mi cuerpo se ladee hacia la derecha, lo miro de reojo con diversión.

—No puedo dejarte colgada, tengo que apresurarme o volveré a arruinar la cita —dice encogiendo los hombros.

Cuando llegamos al sitio donde será nuestra cita ya es de noche, es un cine al aire libre que me emociona, ya que nunca he venido. Hay más coches a nuestro alrededor, algunas personas están sentadas en el suelo, sobre sábanas, cojines gigantes o sobre sus autos y camionetas. Él sale del vehículo, así que hago lo mismo, veo que busca algo en el interior.

—Iré a comprar golosinas, ¿quieres algo? —pregunto tan pronto localizo las tiendas improvisadas. Oliver me da una mirada de pocos amigos desde el otro lado del coche—. No quiero reproches, esta vez pagaré yo.

Gira los ojos y vuelve a hacer lo que sea que está haciendo.

—Lo que tú quieras, no soy muy exigente —dice.

Me encamino a los toldos, compro dos bolsitas de palomitas de maíz y una de chocolates, espero que sea suficiente. Hago mi camino de regreso, me sorprende encontrar a Oliver acostado en una colchoneta delgada para dormir, hay dos almohadas y un cojín. ¡Vaya! ¡Sí que se preparó! Está de lado, palmea un lugar cerca de él.

Muerdo mi labio inferior, ¿es en serio? Me quito las sandalias y piso la colchoneta, no pronuncio ni una sola palabra mientras me siento. Oliver me arrebata las cosas y las coloca a un lado de nosotros.

Se arrastra hacia mí, intento hacerme hacia atrás empujándome con los codos, pero sus brazos se cierran alrededor de mi cintura y me jalan.

—¡¿Qué haces?! —chillo. Su fuerza me vence, la mitad de su cuerpo está encima de mí, su cara se entierra en mi cuello, su respiración cerca de mi oído me hace cosquillas.

—Shh, la película ya va a comenzar —susurra frente a mi oreja, un escalofrío me recorre.

No podremos verla si está encima de mí, pero no digo nada. Aprieto las piernas, temiendo que la falda revele más de lo que debería, él se da cuenta de mi incomodidad, así que me ofrece su almohada. Doblo las rodillas, la pongo entre la parte trasera de los muslos y las pantorrillas. Me aprieta más contra él con su mano libre, con la otra se sostiene la cabeza.

Me lo quedo mirando, hace lo mismo, sus ojos verdes estudian mi rostro. Sumerjo una de mis manos en su cabello y me acomodo para quedar cerca de su pecho. De verdad quería ver la película, pero en este momento prefiero esto a cualquier otra cosa.

—Te tengo una sorpresa —dice. Se estira lo suficiente como para sacar algo del bolsillo trasero del pantalón, me ofrece una hoja que tomo sin pensarlo. La desdoblo y observo el examen de Física, miro la fecha y la calificación, ¿por qué no me dijo que presentaría la prueba?—. Gracias, es la primera vez que apruebo.

Puedo ver la alegría en su cara, si bien no es la nota más alta, pasó el examen, se esforzó para lograrlo, eso me alegra a mí también. Vuelvo a doblar la hoja con parsimonia, entonces lo jalo y lo obligo a besarme. Suelta una risa ronca, lo acerco más a mí.

- —Felicidades —murmuro. Sus labios se apropian de los míos, lo que es lento se vuelve ardiente, al igual que cada vez que me besa.
- —Voy a sacar buenas notas si me prometes que vas a felicitarme así. —Su voz enronquecida de verdad me está matando, creo que lo hace a propósito, seguro se da cuenta del efecto que tiene en mí, ¿por qué me habla de esa manera? ¿Por qué dice ese tipo de cosas?

No le respondo, me limito a sentir el beso, mi mente se queda en blanco, solo puedo disfrutar de su cercanía, su aroma y su aliento caliente. Está oscuro, la película ya ha comenzado, y nosotros no podemos despegarnos ni un solo centímetro.

Oliver suelta un suspiro en mi boca y un gruñido que me levanta los poros.

—Siempre quise besarte así, desde que te vi peleando con la máquina expendedora hace tres años...

Sus palabras me dejan estática, los párpados se me pegan a la frente. Él se envara y se echa hacia atrás con premura. Oh, santo Dios, ¿qué ha dicho? ¿Deseaba besarme desde hace tres años?

Alcanzo a identificar pánico en sus ojos, me apresuro y encarcelo con fuerza su cuello, si se levanta tendrá que levantarme a mí también, quiero una explicación y no lo soltaré si no me la da.

Mira de reojo para no mirarme, quiero agarrar su barbilla y obligarlo a que lo haga.

—¿Vas a quedarte callado todo el rato que estemos aquí? No voy a soltarte — digo.

Él no dice nada, pero su vista regresa a mi cara, solo que con más intensidad que al principio. Trago saliva, nerviosa, y relamo mis labios, de pronto estoy sedienta.

- —Esa no es una buena amenaza —susurra. Su nariz choca con la mía y sus labios barren los míos con suavidad.
- —Por favor —pido, esperando que lo diga, solo quiero que vuelva a decirlo, necesito saberlo.

Por favor, por favor, dímelo. Necesito que me lo digas. Necesito escucharlo.

—¿Te vas a burlar de mí? —Niego fervientemente con la cabeza, lo aprieto más y más, espero no dejarlo sin aire. Esboza una sonrisa de lado—. Tercer día de clases, vestías una falda color rosa y tu piel tenía... polvos que brillaban, algo así, no lo sé. Estabas furiosa porque tu paquete de galletas de fibra se quedó atorado en la máquina, la golpeabas con las palmas y gruñías porque tenías que ir a clases.

No puedo recordar, pero sí recuerdo que usaba brillantina en crema que hacía que mi piel destellara, me sorprende que lo sepa y me emociona saber que me miró lo suficiente como para notar los brillos. Me miraba tanto que sabía que era infeliz.

—¿Te gustaba? —pregunto con los párpados bien abiertos, no quiero perderme ninguna reacción.

Él traga saliva, su brazo vuelve a enredarse, siento sus dedos en mi espalda, empujándome para pegarme a su cuerpo.

- —Mucho —murmura.
- —Mirian. —El nombre sale de mi boca antes de que pueda controlarme, me relajo cuando me doy cuenta de que no se ve sorprendido ni molesto por mi pregunta.
- —Sí, bueno... —Suspira pesadamente—. Por alguna razón se dio cuenta de que me gustabas, tú tenías novio y estabas perdida por él, ella se me acercó y yo la dejé. La quise, no te voy a mentir, Han, me lastimó y me decepcionó.

No quiero amargar el momento hablando de Mirian, regreso al punto más importante de esta charla.

- —Así que... ¿Te gustaba tipo «está linda» o tipo «qué ardiente es»? cuestiono con coquetería, pestañeando más de la cuenta. Se relame la boca para ocultar la risa, la diversión cruza su mirada.
- —Ya te lo dije una vez, me gustas y quiero meterme en tu falda... —Su respiración se estampa en mi cara, siento que estamos muy lejos, a pesar de que no hay espacios entre los dos. ¿Cómo alguien puede gustarme así? ¿Cómo esas palabras me aceleran el corazón? Ni siquiera está siendo romántico, pero entonces, si lo fuera, no sería Oliver Doms—. Me gustabas tipo «qué deliciosa boquita color cereza, necesito que sea mía».

Esto es mejor que el romanticismo de las novelas que leo a veces, sus mensajes directos son más que perfectos, es la clase de emoción que necesito.

Esbozo una sonrisa, su cabeza baja, deposita un beso rápido en mis labios. Así debió de ser nuestra primera cita, no quiero que acabe la jodida película.

- —¿La barrita se quedó atorada en la máquina? —pregunto. Oliver ríe entre dientes.
- —No, me acerqué y te ayudé a sacarla —responde. ¿Por qué demonios no puedo recordarlo? Carajo.

Esta vez me estiro para alcanzarlo y besarlo, pretendo que sea algo tenue y veloz, sin embargo, él piensa distinto, tiene un plan diferente al mío, su pasión me arrolla, vuelve a besarme con ganas, mis piernas tiemblan, mis labios duelen y mi respiración es pesada.

—Gracias por darme mi barrita —susurro entre besos. Tarde, pero seguro.

Más tarde, Oliver estaciona afuera del portón de mi casa, la avenida está oscura y desierta. Desciende del coche, me apresuro a salir antes de que pueda darle la vuelta al vehículo, su entrecejo se frunce.

—Quiero ser caballeroso contigo y no me dejas —dice. Cierro la puerta y me apoyo en esta, él me atrapa pegándose a mí—. No te gusta que compre las golosinas, tampoco que te abra la puerta... ¿Por qué?

Rodeo su cuello con los brazos y me pongo de puntitas, hoy no estoy usando tacones, es más alto que yo.

- —Creo que me gustan más los villanos —digo con la ceja alzada, echa su cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.
- —A mí me gustan las ladronas de besos —murmura. Pensar en aquella noche, la fiesta, los dos peleando, yo robándole un beso y él regresándomelo cargado de energía... hace que se me suban los colores al rostro—. Estuve pensando...

Lo contemplo, esperando que continúe. Se queda callado.

- —¿En qué?
- —En ti —contesta. Voy a hablar, pero me interrumpe negando—. Espera, no he terminado. Estuve pensando en ti y en lo que dijiste el otro día.
- —¿Qué dije? —Mi frente se arruga, no tengo idea de qué está hablando. Abre y cierra la boca varias veces sin emitir palabra, tartamudea y suspira otras tantas, Doms luce adorable justo ahora. Controlo la risita—. ¿Qué sucede?
- —Es difícil esto, lo lamento, es que... Mierda, no puedo creer lo que voy a decirte... —gruñe y vuelve a quedarse callado, muerdo el interior de mi mejilla, la curiosidad me taladra—. Quiero... Me gustaría... No, no sé en qué estaba pensando y... ¡Carajo!

Su exclamación me sorprende, voy a echarme hacia atrás por el asombro, no obstante, gruñe de nuevo y me aprieta más si eso es posible. La punta de mi nariz topa con la suya, creo que puedo sentir sus pestañeos, la brisa de su aliento se junta con la mía. Percibo un ligero olor a cigarro, lo cual me parece extraño pues no fumó en la cita.

—Me gustaría verte en un lindo vestido, bailar contigo una tonta canción romántica, tomarnos fotografías en ese arco con flores que mencionaste y robarte al final de la noche, no importa si uso o no un traje, eso es lo de menos —dice en voz baja—. Claro, si es que todavía quieres ir conmigo al baile de graduación.

Mi corazón palpita con rapidez.

-: P-por qué cambiaste de opinión?

Cierro los ojos cuando siento sus labios tentando los míos, impartiendo besitos tronados que me están poniendo nerviosa. El día de hoy está siendo muy cariñoso.

—Lenny y mi hermano —dice—. Me llamaron imbécil por haber rechazado tu invitación, cuando me ignoraste el día siguiente vi que sí la había jodido. No esperé que me invitaras al baile, la verdad no supe qué decir y dije estupideces.

Alzo la barbilla.

- —No lo sé, Doms, voy a pensarlo —suelto, divertida. Él también se ve relajado, pasea la lengua por sus dientes delanteros y hace una mueca.
 - —Te quieres hacer la graciosa.

No lo veo venir, sus dedos comienzan a picotear mi abdomen, termino lanzando una carcajada estruendosa que retumba en la calle vacía, hago un esfuerzo por aguantar la risa, lo cual le parece gracioso, me hace más cosquillas.

—¡Basta! —ruego moviéndome como loca, intentando zafarme, empujarlo, nada parece funcionar.

Se detiene, acto seguido, deposita un beso en mi nariz, luego uno lento en mis labios.

Un motor me saca de la neblina, Oliver tiene los párpados cerrados, me derrite el corazón verlo perdido en nuestro intercambio. Un auto pasa frente a nosotros a toda velocidad, vuelvo a cerrar los ojos, solo que con la imagen del coche de Liam abandonando la avenida.

La mañana del lunes Oliver está esperándome en la puerta de la entrada, ignoro su mirada lasciva y tomo la mano que me ofrece. Nadie nos presta

atención mientras caminamos por el pasillo, no hasta que Liam aparece en el otro extremo, entonces todo se queda en silencio, es realmente incómodo, pues lo siento mirándonos, a pesar de que miro hacia todas partes menos a él.

Mi acompañante me suelta, lo miro de reojo preguntándome en silencio si lo hizo para que William no vuelva a agredirlo, sin embargo, su brazo se escabulle, apresa mi cintura y me pega a su costado.

Me atrevo a levantar la vista, espero que Liam se detenga frente a su casillero, pero no lo hace, sigue caminando con Nathan pisándole los talones, los dos tienen una mirada amenazante en el rostro, en esta ocasión no voy a permitir que le haga daño, el miedo me carcome al ver los puños apretados de Baker, las aletillas de su nariz ascendiendo y descendiendo.

Me adelanto y me paro frente a Oliver cuando están a escasos pasos de distancia, ellos vienen directamente hacia nosotros.

—¡No! —chillo cuando Doms me agarra, me arrastra y me pone a su lado una vez más, da un paso al frente con la barbilla alzada.

William se detiene frente a él, mirándolo con desprecio, los dos se enfrentan con las mandíbulas apretadas. Liam está haciendo un espectáculo innecesario, Nathan está a su costado como si fuera un guardaespaldas, y yo me estoy muriendo de miedo. Empuja a Oliver con suavidad, retándolo, pero no logra moverlo.

- —William, detente —pido.
- —Si no lo he tirado al suelo es por ti, Hannah —me contesta.
- —Vaya... —murmura Oliver alzando una ceja, no se escucha molesto, no logro descifrar qué es lo que está pasando por su mente—. ¿Desde cuándo te importa Hannah? Nunca pensaste en ella antes, ¿por qué ahora sí? No soportas ver que puede ser feliz sin ti.
 - —¿Cómo un hijo de puta va a hacerla feliz?

Esas palabras encienden una llama en Doms, quien lo agarra de la camisa, William hace lo mismo, se estrujan y se retan con los ojos.

—¡Ya basta! —exclamo, con la adrenalina bullendo. Muchos están al pendiente de la escena, esperando ver quién lanza el primer golpe, estoy cansada de los cuchicheos. Me enfurece que a Baker no le baste haberme puesto en ridículo, también tiene que venir a la escuela y hacer una escena de

celos en medio del pasillo—. No voy a ser parte de esto, si van a actuar como dos críos no lo hagan frente a mí. Liam, terminamos, no hay más que decir. Oliver, no tienes que probarle a él nada, cuando se te quite ese aire de gallo peleador me buscas.

Suelto el aire y los esquivo, ignorando a Nathan, quien intenta coger mi brazo, no pienso hablar con él después de lo mal que se ha portado conmigo, creí que éramos amigos, pero evidentemente eligió un lado. Pensé que, de todos, él me comprendería, pues sabía cuánto me dolían los actos de Liam. Mis padres y estos tipos van a hacer que pierda la cabeza.

Más tarde, camino hacia la cafetería. Una mano se cierra en mi muñeca y me da un jalón, pronto soy pegada a una pared, unos brazos me encarcelan. Oliver Doms está frente a mí, sonriendo de lado.

—¿Gallo peleador? —pregunta con un dejo de diversión—. Me han dicho un montón de cosas, jamás algo como eso.

Subo las manos acariciando su pecho y me aferro a su cuello. El día de hoy está usando un suéter con rombitos, ¡rombitos! ¿Qué maldito hombre se ve *sexy* con un suéter así? Él.

- —¿Ya estás tranquilo? —cuestiono regresándole la sonrisa. Asiente y me roba un beso rápido, no me da tiempo de degustarlo.
- —Solecito, tenías razón, no tengo que probarle nada, tú estás conmigo ahora.

Me trago la sorpresa, mis pensamientos vuelan. ¿Estoy con él? ¿Estamos juntos? ¿Qué somos exactamente? No me ha preguntado si quiero ser su novia, pero supongo que besarlo todo el tiempo, permitir que sus manos crucen el límite de mi falda, tener citas y platicar por teléfono hasta la madrugada es algo más. Tal vez no le hemos puesto nombre a lo que tenemos porque no es necesario, simplemente se siente.

veintiocho

El pulgar de Oliver acaricia mis nudillos, observo nuestras manos juntas, nuestros dedos entretejiéndose, encajando a la perfección. Mira al frente con fijeza, ni siquiera creo que sea consciente de lo que hace, no parece notar los altercados que hay en mi interior solo por ese simple y tierno toque.

Estamos esperando que comience el espectáculo de Jocie, el día que la cuidamos en el apartamento de papá nos invitó a su presentación de *ballet* y yo no quería perdérmelo, bastó comentárselo para que quisiera acompañarme, no tuve que pedírselo.

Desvió la mirada a unos asientos más delante de los nuestros, mi padre está sentado ahí, y en el polo opuesto del teatro está Ritta junto a una señora que desconozco. Él me llamó ayer en la noche para decirme que Jocelyn le había pedido que me recordara la invitación, no la había olvidado, pero no lo dije.

Estoy en un teatro donde mi media hermana hará una presentación de baile, tomando la mano de un chico que me desagradaba y el que, curiosamente, había sentido atracción por mí sin que me diera cuenta. Sin despegar la vista de nuestras manos juntas, me pregunto qué habría sido de mí si él no hubiera decidido poner mi mundo patas para arriba, aunque técnicamente fui yo la que lo obligó al robarle ese beso en aquella fiesta.

Ni en un millar de años imaginé que me encontraría en estas circunstancias. Lo que era real ya no lo es, esto me parece más certero.

Creo que Oliver y yo teníamos que conocernos, teníamos que coincidir en algún momento después de que me mirara más de la cuenta el día que me dio mi barrita. El destino deseaba unirnos, y todos sabemos que el destino es imparable, como lo que siento por él.

Las luces se apagan, la música resuena y todos guardan silencio justo a tiempo. Las cortinas se abren, no pregunté cuál sería la función, pero es claro que presenciaremos una linda versión multicolor del *Cascanueces*.

Las pequeñas dan saltitos y se mueven alrededor del escenario con sus tutús, sin embargo, solo una llama mi atención. Jocelyn.

Una sonrisa que no puedo evitar se dibuja en mi rostro cuando ella mira con urgencia entre el público y sacude la mano con euforia para saludarme cuando me encuentra.

Ella y yo también teníamos que conocernos, no tengo ninguna duda.

Cuando salimos del teatro, Oliver y yo nos quedamos parados en la acera. Jocie no ha soltado mi mano, tampoco él, la escena me parece muy graciosa.

Abro la boca para despedirme, no obstante, una voz que conozco muy bien me deja enmudecida y me hace desfallecer.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —grita enfurecida mi madre. Toda la sangre se me va a los talones, me doy la vuelta y la encuentro de pie a escasos pasos de distancia. No sabía que saldría hoy del hospital, no creo que mi padre lo supiera, me lo hubiera dicho para que la recibiera en casa, ¿qué demonios está ocurriendo? Mamá no luce como ella, no lleva ni una gota de maquillaje y está usando ropa deportiva, sus ojos están rojos y está echando humo por la nariz. Su vista cae en Jocie, quien aprieta mucho mi mano y la observa con miedo—. ¡¡Hannah, suelta a esa bastarda!!

Jocelyn solloza, no creo que entienda el peso de sus palabras, pero creo que basta con ver la expresión colérica de mamá. La pequeña suelta mi mano y se va corriendo a buscar a su madre, quien estaba detrás de nosotros hace unos minutos.

Lou da un paso amenazante hacia mí, todo ocurre en cámara lenta, papá se le acerca y agarra su brazo, Oliver se para frente a mí, ganándose una mirada cargada de enojo por parte de ella, que es interrumpida, ya que Eugene se la lleva, a pesar de su reticencia.

Me quedo tensa viendo cómo se marchan, Ritta, la señora y Jocelyn ya se fueron, solo quedamos Oliver y yo en la acera. Él me ayuda a salir del aturdimiento, nos encaminamos a su automóvil, me da terror ir a casa, pero debo hacerlo y hablar con mamá, tenemos que aclarar algunas cosas.

No musitamos palabras en el camino, estaciona detrás del auto de mi padre y me acompaña al interior de mi hogar... o del que creí que lo era. Agradezco demasiado que no esté huyendo de esta situación, agradezco mucho que ponga su palma en mi espalda y me recuerde que está conmigo.

Lo primero que vemos al entrar es a mis padres discutiendo en la sala principal, se quedan callados cuando se percatan de mi presencia, el silencio dura poco, mi madre vuelve a envararse y me enfrenta con notable enojo.

—No voy a ser tolerante cuando lo único que haces es arruinar tu futuro, no voy a quedarme quieta si echas por la borda todo lo que has logrado. No voy a repetirlo ni a negociarlo, Hannah —dice ella entre dientes, las aletillas de su nariz se abren y se cierran—. Vas a ir a las Olimpiadas Académicas, estudiarás Leyes, te comprometerás con Liam porque es un buen partido y tendrás una linda familia. No tienes permiso de andar con ese vago y nunca más vas a volver a ver a esa bastarda.

—¡¡Es una niña!! —exploto. La adrenalina fluye por mis venas, no voy a permitir que siga haciéndonos esto—. Y no, no voy a hacer nada de lo que dices, no iré a las Olimpiadas, no estudiaré Leyes, no me comprometeré con un chico que me humilló durante años, no dejaré de ver a Jocie y mucho menos dejaré a Oliver.

—Esta es mi casa, Hannah Carson, vas a hacer lo que yo diga porque vives aquí y tendrás que atenerte a mis reglas —suelta con las cejas entornadas.

¿Para ella es aceptable que sus reglas me conviertan en alguien que no soy? ¿Vale la pena un futuro perfecto y planeado si no seré feliz? Tal vez ahora entienda por qué quería dejar a papá, espero equivocarme, realmente lo espero.

La abuela llega y mira hacia todas partes, sin entender qué está sucediendo. Había estado esperando que mamá saliera del hospital, creí que podríamos hablar, ansiaba que dialogáramos como se supone que siempre hemos hecho. Pero no, solo viene a darme órdenes, a forzarme a hacer cosas que no quiero y a obligarme a que entre a la misma burbuja.

—Tal vez nunca fue mi casa —murmuro—. Te amo, mamá, me gustaría que las cosas fueran diferentes, me gustaría apoyarte y que superemos todo juntas, pero no voy a permitir que sigas haciéndote daño. No voy a quedarme aquí,

volveré el día que te deje de importar lo que el mundo pueda opinar y quieras hablar conmigo, el día que me permitas conocerte y quieras conocer a tu hija.

Recuerdo las palabras de papá: «a veces el amor no basta», no importa cuánto ame a mamá, cuánto quiera abrazarla y decirle que entiendo su dolor, si quedarme a su lado significa perderme, perdernos... No estoy dispuesta a seguir fingiendo algo que no soy, que no somos. Tampoco puedo obligarla, si insiste en mantenerme lejos, ¿qué puedo hacer?

Con todo el dolor de mi corazón arrastro los pies, subo las escaleras. Lou no dice nada, tampoco se mueve ni me observa cuando regreso cargando una maleta pequeña. Antes de marcharme intento darle un abrazo, pero me rechaza dándose la vuelta y dirigiéndose a la segunda planta. Mi padre la sigue como si fuera un perro guardián, al igual que la abuela Bo.

Tomo un respiro tembloroso y trago saliva, ¿estoy haciendo lo correcto? No lo sé, creo que debí de haberlo hecho desde hace mucho, no quiero perder los pedazos que acabo de encontrar y sé que, si me quedo, tal vez me pierda para siempre, me rompa y no pueda volver a construirme.

Oliver, enmudecido, me ayuda cargando mis cosas. El silencio que se instala en su auto me permite llorar. Tal vez no deba ver a Jocelyn hasta que mamá entienda que la niña no tiene la culpa de los errores de ellos dos, pero entonces, ¿qué tal que nunca acepte que ella también se equivocó?

Esperamos afuera del apartamento de papá, tan pronto nos detenemos frente a la puerta, Oliver me rodea con sus brazos y me sumerge en su pecho. Ahí lloro y tiemblo, me siento como cuando era pequeña y lloraba escondida en la almohada, solo que en esta ocasión hay un corazón latiendo, hay alguien susurrándome que todo estará bien, está él, ya no estoy sola.

—Tranquila, solecito, estoy seguro de que van a arreglar esto.

Los minutos pasan, me tranquilizo hasta que los sollozos se vuelven respiraciones pausadas. No lo suelto, su agarre no disminuye. Quiero darle las gracias por abrazarme, quiero decirle que creo que estoy enamorada de él, pero me quedo callada porque me aterra que me vea aún más vulnerable.

—Lamento lo que dijo mi madre —digo en voz baja, recostada en su pecho con los ojos cerrados.

—Tal vez ella tiene razón, Han, soy un vago y tú eres brillante, quizá necesitas a alguien mejor que yo.

¿Qué? ¿Por qué ha dicho eso?

—No eres un vago, eres todo lo que no soy, contigo no me da miedo ser yo misma, no me da miedo llorar, me siento segura —susurro—. Y me diste mi barrita, nadie nunca había hecho eso por mí.

Su pecho tiembla debido a la risa. Esbozo una sonrisa y dejo que me abrace con más fuerza. No creo que tenga idea de lo que ha hecho por mí.

Nos separamos muchos minutos después, y solo porque mi padre se aclara la garganta. Se le ve cansado y triste, más viejo de lo que en verdad es. Quiero que se detengan, que dejen de lastimarse.

- —¿Te quedas a cenar, Oliver? —le pregunta papá.
- —Tengo que recoger a mi madre y creo que ustedes necesitan descansar. Eugene le sonríe con calidez y asiente.
- —Gracias, hijo. —Saca un juego de llaves del bolsillo del pantalón y abre la puerta. Su mirada se estanca en la mía—. Te espero dentro, cariño.

Lanzo un suspiro apenas nos encontramos solos de nuevo, como si fuera una niña pequeña busco su pecho una vez más para refugiarme. Sus brazos se enredan a mi alrededor y me aprietan, juro que no quiero moverme, podría quedarme así para siempre.

Pasados un par de minutos, acaricio el borde del cuello de su camisa, Oliver lanza un resoplido. Muerdo el interior de mi mejilla para no reír, suelto su ropa y dejo que mis manos deambulen en sus hombros y más allá.

- —No puedes coquetearme así si tu padre está a unos pasos de distancia murmura con esa voz que tanto me gusta.
 - —Me gusta coquetear contigo —respondo. Alza una ceja con diversión.
- —Solecito travieso. —La punta de su nariz se mueve contra la mía, deposita un beso suave y fugaz en mis labios—. Te veo mañana, ¿de acuerdo?

El viernes de la semana siguiente entramos a su casa a eso de las ocho de la noche. No hay nadie, a su madre le dieron el turno nocturno en el hospital y

su hermano salió a una fiesta, Oliver me aseguró que nadie nos molestaría, lo cual no sé si es bueno o malo.

Compramos comida china antes de llegar, nos sentamos en una banquita que está en el patio. La brisa de la noche es fresca, los vellos de mis brazos se levantan, no digo nada porque es agradable la sensación del aire moviéndose, alborotando mis cabellos.

No hablamos ni nos movemos, es como si tuviéramos un acuerdo para guardar silencio y disfrutar el momento. No me atrevo a mirarlo, a pesar de que quiero hacerlo. Un estruendo resuena en la lejanía, pinta el cielo de electricidad, pronto los relámpagos son acompañados por nubes negras, antes de que nos demos cuenta empieza a llover. Un aguacero se nos viene encima, nos levantamos por inercia, a pesar de que nos movemos con rapidez no logramos nuestro cometido, terminamos empapados.

—Me voy a enfermar —me quejo haciendo un puchero que no ve. Desde atrás escaneo cómo su ropa se pega a su cuerpo, pareciera que la tela desea pegarse a él. Cierro la puerta y miro hacia abajo, estoy en las mismas circunstancias—. Soy un desastre mojado.

—Aunque lo fueras, no dejarías de ser caliente —dice al tiempo que se gira. Sus ojos me barren y es como si estuviera desnuda, hay tanto candor en su mirada que el frío me abandona—. Muy caliente.

Trago saliva, solo ahora soy consciente de que el sol se ha puesto, de que las bombillas no están encendidas y de que una ligera luz entra por la ventana, haciendo que nos volvamos misteriosos. Estoy mojada, un tanto temblorosa, pero no sé si es por el frío que ya no siento o porque no deja de mirarme.

Tarde me doy cuenta de que llevo una blusa blanca, ¡bendito Dios! ¡Pero si me lo está viendo todo! Automáticamente cubro mis pechos con los brazos, ahora él mira hacia todas partes excepto a mí, lo único agradable de esta vergonzosa situación es que su sonrojo es tan intenso como el mío.

—Deberíamos secar tu ropa... —Me da una mirada por debajo de sus pestañas. Alzo una ceja—. Vamos arriba para que pueda prestarte algo mientras la ponemos en la secadora.

—De acuerdo —susurro.

¿Ponerme algo de Oliver Doms? Sí, por favor.

Una vez en su habitación, rebusca en sus cajones con frenetismo, me quedo en el centro de su cuarto mordiendo mi labio inferior, observando que se mueve con nerviosismo y torpeza.

En un acto de valor y tal vez de locura, me saco la blusa empapada y abro el botón de mis vaqueros. Cubro el sostén con uno de mis brazos mientras espero que se gire y me entregue su ropa, como si fuera lo más normal del mundo estar semidesnuda en el mismo sitio que él.

—No tengo muchas prendas que puedan servirte, todo es viejo y desgastado, ¿no te importa? —pregunta todavía sin voltear.

—No —contesto.

Suelto mi blusa, que cae al suelo. Con las mejillas ardiendo, el corazón desbocado y la respiración entrecortada, hago algo que creo que llamará su atención. Me deshago con lentitud de mi pantalón, resbalándolo por el largo de mis piernas, creando el sonido característico de la mezclilla al friccionar, luego suenan cuando caen al piso.

Su espalda se tensa, se queda unos momentos en la misma posición y luego se da la vuelta.

Lo que veo rebasa el deseo, él me delinea con los ojos de pies a cabeza, sus labios están entreabiertos y su pecho comienza a agitarse. Su vista cae en la mía, un escalofrío me recorre, pero calidez se extiende en mi pecho.

Cuando creo que nunca se acercará y que tendré que hacerlo yo, da un paso, luego otro y otro hasta detenerse frente a mí. Tengo que mirar hacia arriba.

—Me estás volviendo loco —dice antes de envolverme con los brazos y arrastrarme hacia él.

¿Quién soy? No lo sé, pero no quiero detenerme.

veintinueve

Me aplasta en su contra con tanta fuerza que logro sentir cada parte de su cuerpo, no me da tiempo de nada, su boca cae en la mía con determinación, quiere sacarme la vida en un beso y no va a detenerse, no deseo que se detenga. Me consume con hambre, con desesperación, me besa como nunca me había besado, como nunca nadie lo había hecho.

Sus manos me afianzan como cadenas, bajan por mi columna, se adueñan de mi trasero y me pegan a su cadera. Una sensación agradable me invade, se siente bien cuando me toca.

Camina hacia atrás, siento en filo de la cama en la parte interna de las rodillas. Caemos en la cama sin dejar de besarnos, pero luego suelta mis labios hinchados y se refugia en mi cuello, donde hace cosas que me ponen de los nervios. Y si a eso le sumo que se coloca entre mis piernas... Creo que haré combustión.

Bajo las manos tocando su torso y llego al borde de su camiseta, voy a quitársela, pero su voz ronca me detiene.

—Hannah, ¿estás segura de lo que estamos haciendo? —cuestiona echando la cabeza hacia atrás buscando mi rostro. Mi ceño se frunce, ¿qué?—. Me refiero a... ¿vas a volver con él algún día? No quiero ser un juego, ¿entiendes? Me lastimaron una vez, si tú lo haces no voy a soportarlo.

Hay tanta intensidad en su timbre que lo creo, después de todo, yo tampoco podría soportar que me lastimara.

—Estoy segura —murmuro—. Tú eres mi presente, quiero muchísimo esto, Oliver.

No tengo que decirlo dos veces, regresa a lo que estaba haciendo, pero ahora sin detenerse. Me acaricia por encima y por dentro del sostén, deja mis poros

erizados, y me lleva a un profundo estado de excitación cuando su boca hace lo mismo que sus dedos. Estoy delirando cuando sus yemas hacen un recorrido por mi estómago, rodean mi ombligo y alcanzan el encaje de mi ropa interior.

Mierda.

No soy virgen, pero tampoco he experimentado demasiado y, a pesar de que sé qué es el sexo, jamás alguien me ha tocado de esta forma. Estoy muy nerviosa.

Al principio no siento nada más que su mano deambulando dentro de mis bragas, luego es como si encendiera un mechero y pusiera un tubo de ensayo frente al fuego. Me convulsiono, no soy más que una reacción.

—Tú eres mi futuro, solecito —dice él sin detener las caricias que me convierten en una explosión de átomos.

Oliver se desviste, me ayuda a quitarme la ropa y une nuestras pieles. Toco su pecho, su abdomen tiene esas marcas que volverían loca a cualquiera, pero lo más hermoso es su mirada, no deja de observarme. Estoy desnuda, sus manos juegan con mi cuerpo, lo envuelvo con las piernas para acercarlo más a mí y movemos las caderas para sentirnos.

Después de asegurarnos con un preservativo que obtiene de su mesita de noche, me hace el amor lenta y dolorosamente dulce.

Al final nos acurrucamos, sus brazos me rodean, deposita un beso en mi frente y nos cubre con una sábana. La habitación está oscura, no puedo ver más allá de mis dedos dibujando figuras deformes en su pecho. Trago saliva al sentir el nudo y parpadeo para no llorar. Así debió de haber sido mi primera vez, pues no solo tuvimos sexo, hicimos el amor a nuestros corazones.

- —¿Estás bien? —pregunta él adhiriéndome más a su costado, voy gustosa y me enredo a su alrededor, no pienso soltarlo.
 - —Fantástica —susurro.
 - —Fantástico.

El domingo me siento en la barra de la cocina con el libro de Literatura abierto y mis utensilios desperdigados. Mientras leo *La letra escarlata* hago

anotaciones para que el resumen me resulte más sencillo.

Mi padre entra en la estancia y se aclara la garganta, así que levanto la vista y presto atención.

—Hablé con tu madre, ha aceptado el divorcio —dice. A continuación, suelta un suspiro, no se ve feliz, solo agotado. Dejo mi lápiz en la mesilla y me enderezo, esperando que continúe—. Está muy molesta conmigo, piensa que te estoy alejando de ella.

Mi ceño se frunce, papá no tiene la culpa de nada, eso es lo que hace mamá, ve los errores de los demás, pero nunca los suyos. ¿De verdad no se da cuenta de que fue su actitud la que me orilló a marcharme?

- —Tal vez deberías hablar con ella, Hanny.
- —Yo quería hablar con mamá, estuve esperando durante semanas porque no me dejaba visitarla en el hospital, solo quería abrazarla, pero empezó a decir todas esas cosas que no pienso tolerar, ya he soportado demasiado como para regresar al mismo lugar. —Respiro hondo y desvío la vista—. Me gusta esta nueva Hannah, es una buena versión.
- —Todas las versiones de mi hija son buenas. —Alzo la vista y lo observo, papá sonríe de oreja a oreja. De pronto, se vuelve serio—. Hablando de que has soportado demasiado, quiero que me expliques qué es exactamente lo que has soportado.

Mis párpados se abren con asombro, ¿dije eso? En mi mente empiezo a formular una respuesta rápida que pueda desviar la información verdadera. No lo logro, él es mi padre, él sabe lo que estoy haciendo en medio del silencio.

—No quiero mentiras ni pretextos, ¿qué cosa has soportado y por qué el viernes le dijiste a tu madre que Liam te humilló durante años? —Me escudriña con los ojos, se queda callado, no va a permitir que evada el tema. Me quedo en blanco, los nervios hierven en mi garganta—. ¿Qué te hizo William, Hannah?

Ahora se ve enojado, muy molesto.

- —No fue nada, papá, en serio —murmuro—. Solo cosas de adolescentes.
- —¿Cosas de adolescentes es el vídeo de tu cumpleaños que vi en Internet donde parece que Liam ha besado a tu amiga y tú sales corriendo hecha un mar de lágrimas? ¿Quieres explicarme eso?

- —No sabía que usabas Twitter —susurro, agachando la cabeza con vergüenza.
- —No lo hago, pero tenía que saber qué estaba ocurriendo, la mayoría de tus seguidores tenían ese vídeo en sus cuentas, no fue difícil encontrarlo, Hannah. Suelto aire y hundo los hombros.

Después de unos cuantos minutos, decido que no puedo escaparme esta vez, entonces le cuento todo a papá, absolutamente todo, exceptuando que perdí la virginidad con William y que para él no significó lo mismo que para mí. No guardo nada, sin embargo, no lo miro mientras hablo, pues de alguna forma siento que lo he defraudado.

Cuando termino de hablar guardo silencio, me siento mejor ahora que se lo he contado, aunque eso no borra lo defraudada que estoy conmigo misma por haber mendigado amor tantos años. Cuando una persona te ama lo hace y ya, no puedes obligar ni quedarte sentado esperando algo que tal vez nunca va a llegar, debí de haberlo sabido.

Espero que llegue su furia y me regañe, me grite o me diga que está decepcionado, que esperaba cualquier cosa de mí excepto eso. Sin embargo, no pasa nada.

Sin más remedio me fijo en él, papá tiene la vista sobre mí, pero creo que su mente está en un sitio muy lejano, luce como si estuviera perdido en sus pensamientos.

De pronto, su mirada se enciende, veo cruzar muchas emociones por su rostro, ninguna es agradable. Saca el celular del bolsillo de su pantalón e, inmediatamente, sé qué va a hacer. Dejo caer mi rostro en las palmas y cierro los párpados apretándolos.

Eugene le habla al padre de Liam y, con notable enojo e indignación, le pide un escarmiento para su hijo. Escucho la pelea, pues al parecer el señor Baker no puede creer lo que dice, no obstante, William le confirma sus actos y una guerra se desata en contra de él; una de la que no pienso ser testigo.

Me escondo, como si haciendo eso pudiera borrar lo que una vez pasó.

Esa misma noche, mi celular comienza a sonar una y otra vez, el identificador arroja el número de Liam Baker. Ignoro las primeras llamadas, luego se vuelve imposible, pues no deja de marcar.

No digo nada cuando contesto, me quedo en silencio, esperando que diga algo.

—¡Hannah! —exclama—. ¿Dónde estás? Dime q-que no está c-contigo...

Aprieto el móvil con fuerza, mi corazón duele, nunca quise que esto pasara, no quise hacerle daño.

- —Ve a casa, William, por favor —murmuro.
- —;Todavía te preocupas por mí?

Lágrimas se forman en mis ojos, parpadeo para no llorar. No importa cuánto daño me haya hecho, siempre será mi amigo, la persona que metía bichos a la casa para molestar a nuestros padres. Y me duele escucharlo así, alcoholizado y seguramente roto en algún bar, en medio de la calle o poniéndose en peligro.

- —Claro que me preocupo por ti —digo.
- —No quiero —arrastra las palabras, está tan ebrio que lo imagino tumbándose en la acera, recargado en las paredes, caminando sin poder mantenerse de pie—. Ya no me q-queda nada, mis padres me odian y tú no estás aquí.
- —Liam, por favor... —Apenas puedo hablar, un nudo aprieta mi garganta con fuerza, me deja sin aire.
 - —Perdóname, soy un imbécil, Hanny, lo siento tanto.
- —Tranquilo... —susurro. Sus sollozos son como dagas clavándose en mi pecho, sacándome el aire. Nos quedamos callados, escucho que llora y no sé qué hacer, en otra época habría ido en su búsqueda, y aunque quiero ayudarlo, no creo que esa sea la manera. Tiene que parar, tenemos que detenernos—. Le hablaré a Nathan para que te ayude, ¿está bien?

No me responde al instante, sorbe por la nariz y suspira.

—D-de acuerdo.

Hablo con Nathan y le cuento lo ocurrido, me vocifera un «yo me encargo» antes de colgar y dejarme hablando sola.

¿Por qué de pronto me siento como si fuera la villana y estuviera haciéndole daño? Lo lamento, de verdad lo hago.

Limpio una gota refugiada en la esquina de mi ojo. Mi teléfono móvil vuelve a sonar, lo primero que pienso es que Liam me ha enviado un mensaje, sin embargo, es un correo electrónico de otra persona.

Abro el documento y esbozo una sonrisa mientras leo el texto:

«¡Ya están listas las invitaciones para el baile de graduación! ¡Mira qué lindas quedaron! Necesito la aprobación de la jefa del evento, o sea tú, para poder entregarlas lo antes posible. ¿Qué dices? ¿Quieres cambiar algo? Piénsalo bien porque ya imprimimos más de mil».

Es de Natalie Drop.

Cuando me dijeron que tendría que hacerme cargo del baile de graduación, casi me dio un infarto. Mi madre se emocionó tanto que durante dos semanas no dejó de hablar del tema, quería que fuera temática cancán, que usáramos plumas y collares de perlas. Yo la verdad estaba agotada, quería respirar un poco, aunque fueran los últimos meses restantes.

Mirian me insinuó que quería encargarse del evento después de que se diera cuenta de que estaba buscando a alguien que se subiera al barco, fingió que no le interesaba y que era una actividad basura cuando se lo pedí a Natalie, la chica chispeante de cabello miel que se la pasa riendo en clases, pero que dibuja y hace arte como los dioses.

No solo se lo pedí por su creatividad, sino porque me sentía fatal. Todavía me sigue afectando lo que pasó, a pesar de que han pasado unos cuantos meses. Deseaba redimirme, pedirle disculpas y mostrarle que estaba arrepentida, no obstante, me sigo sintiendo como la mierda cada vez que hablo con ella y veo una chispa de desconfianza en sus ojos o... cuando Shawn me ignora.

Shawn Price, el chico que me limpiaba las lágrimas y me susurraba que todo estaría bien, el que me abrazaba y me decía que merecía a alguien mejor que Liam, el único que me acompañaba al taller de debate y me aplaudía cada vez que pronunciaba bien un discurso, el que no dudaba en venir a casa si lo necesitaba. Shawn Price, el único amigo de verdad que tuve, el único que no me hablaba solo porque era la novia popular de William Baker, y al que lastimé tanto que decidió borrarme de su mapa.

Sentía que lo perdía, estaba tan desesperada por recuperarlo. Cuando él encontró a Natalie y me hizo a un lado, me di cuenta de que si se iba no

tendría a nadie, así que fui egoísta, lo besé, esperando que se quedara, que no me dejara. Al final me quedé sola, herida porque lastimé a dos personas que no tenían la culpa de que no me atreviera a mandar al carajo a Liam. Jamás me he arrepentido tanto de algo en mi vida.

Antes de que Oliver llegara no dejaba de martirizarme recordando la decepción en la mirada de Shawn, luego Doms empezó a molestarme y dejé de pensar en eso. Sin embargo, lo que hice no puede borrarse, así como no puedo recuperar la confianza y amistad de una de las personas más importantes de mi vida.

«Están perfectas, este año vamos a rockear», contesto.

treinta

—¡¿Quiénes se van a graduar?! ¡¡Nosotros!! —gritan con euforia los chicos de último año del equipo de básquet, están por todas partes en los pasillos, saltando con las animadoras, botando los balones y animando a los demás a que se unan al griterío. La mayoría les sigue el juego y gritan, algunos azotan las puertas metálicas de los casilleros—. ¡¿Quiénes se van a graduar?! ¡¡Mierda!! ¡¡Nosotros!!

Se me sale una risita entre dientes, estoy entretenida mientras guardo mis libros. Esta mañana Natalie me dio las invitaciones, se las entregamos al alumnado, la emoción puede sentirse, como si el hecho de tener las invitaciones nos confirmara de alguna forma que nos graduaremos, lo hace más real. Claramente es una fiesta para celebrar nuestra graduación, pero todos están invitados, es una buena excusa para bailar, comer gratis y divertirse.

Cierro el casillero y camino buscando a Oliver entre la multitud, pues en la mañana nos pusimos de acuerdo para ir a ver una película al cine más tarde, supongo que nos iremos juntos.

Está junto a Lenny, una de sus piernas está doblada hacia atrás, como cada vez que lo veo con sus amigos. Luce como un chico *cool*, excepto por una cosa: se ve pálido y tiene ojeras. De pronto, un ataque de tos lo posee. Me dirijo hacia él sin pensarlo.

—¿Estás bien? —pregunto alarmada.

Controla la tos y sonríe de lado, con movimientos rápidos me rodea la cintura y me pega a él.

—Ahora lo estoy. —Me muerdo la mejilla para no sonreír como una estúpida, no puedo hacerlo delante de sus amigos—. Estoy bien, pesqué un resfriado por la lluvia del viernes, no te preocupes.

Su nariz acaricia la mía.

- -Me vas a enfermar -me quejo. Hago un puchero.
- —¡Por favor, deténganse! —exclama Lenny alzando las palmas—. ¡No quiero mierda de enamorados!
- —Lenny está deprimido porque su cita lo dejó plantado el viernes —dice Oliver encogiéndose de hombros. Lenny bufa y se cruza de brazos, indignado.
 - -: Venga, hombre! ¡No tienes por qué contárselo a todo el mundo!

Alguien se aclara la garganta a mis espaldas, miro por encima del hombro y me encuentro con cuatro chicas. Cindy, Kealsey y Aisha se ven serias, cuando veo la expresión de Darvelia, quien luce mortificada, sé que ya nos descubrieron. Mierda.

—Te espero en el estacionamiento, solecito, ¿de acuerdo? —Oliver me suelta, se marcha, quizá sospechando que tenemos que hablar. Lenny lo sigue arrastrando los pies.

Me doy la vuelta sin más remedio y las enfrento.

- -¿Pasa algo? —pregunto como si no sospechara nada.
- —Tú puedes responder esa pregunta —dice Kealsey arrugando los labios. Mi frente se arruga y empieza a sudar, no se ven felices, nunca quise que se molestaran. A continuación, explotan en carcajadas—. ¡¡Desearía que vieras tu cara!!

Miro de un lado a otro con confusión, todas lanzan risitas. Pronto controlan la alegría, se quedan en silencio y, antes de que pueda reaccionar o procesar los cambios tan repentinos de actitud, me derrumban. Las cuatro me dan un abrazo y me susurran un «gracias». No mencionamos el motivo porque lo sabemos. Les digo que me asustaron, ellas vuelven a reír. Minutos después se despiden de mí y me hacen prometer que disfrutaremos muy al estilo *Love me like you*.

Me recompongo, voy a dar un paso para salir y reunirme con Oliver, pero me detiene una voz que conozco muy bien, un cuerpo masculino se planta frente a mí, impidiendo que siga mi camino.

—Quiero hablar contigo —pronuncia Nathan con las cejas entornadas, cruza los brazos encima de su pecho. Está enojado, espero que rompa en carcajadas como las chicas hace unos minutos, aunque es una esperanza estúpida, pues el

domingo por la noche poco le faltó para maldecirme. No digo nada, me quedo callada, esperando que continúe—. No puedo creer que de la noche a la mañana ya no sientas nada por Liam y estés con ese sujeto.

Dejo escapar un suspiro.

—No fue de la noche a la mañana, Nathan, me sorprende que lo veas de ese modo. Durante años estuve rogándole para que me amara, ni siquiera le rogaba, yo solo estaba ahí esperando que lo hiciera, ¿no lo recuerdas? ¿Por qué es tan malo querer estar con una persona que te quiere? Nunca me imaginé que tú me vinieras con esto si te decías llamar mi amigo, si fuiste testigo de lo que pasó.

Sus hombros caen y sus facciones se suavizan.

- —Y lo soy, pero está destruido, Hanny, no lo reconozco y no sé qué hacer para que reacciones, está mandando todo a la mierda —dice—. No sale del maldito bar, todas las noches se emborracha, se pelea con borrachos, ya no va a los entrenamientos, falta a clases y ni siquiera lo notas.
- —No es que no me importe, Nate —me apresuro a responder—, pero no seguiré con él, ya no tengo nada que ofrecerle, solo le di lo que tantas veces me pidió.

Entiendo que sus padres estén decepcionados, yo lo estaría, sin embargo, ¿cómo puedo yo creer que está arrepentido si me engañó tantas veces? No soy tonta, y me molesta que se destruya, no quiero ser parte de eso, tampoco puedo consolarlo, pues lo único que hacemos es perjudicarnos.

- —¿Por qué no lo intentan una última vez? De verdad te ama, Han, no te lo pediría si no fuera verdad. —Niego con la cabeza.
- Lo siento, pero ahora estoy con Oliver, y por primera vez me siento libre.
 Esquivo a Nathan, lista para dejarlo atrás.
 - —Oliver y Liam son hermanos.

Sus palabras me detienen en seco, me golpean tan fuerte que me sorprende no encontrarme tumbada en el suelo.

—¿Q-qué? —Trago saliva, el aliento se me escapa, ¿qué carajos está diciendo? Eso no tiene sentido, no puede ser verdad, lo está diciendo para defender a su amigo, para que discuta con Oliver y regrese con William—. No digas mentiras, Nathan, no puedo creer que quieras lastimarme e inventes cosas.

Mi voz es un susurro, el pecho empieza a calar, tengo que abrir la boca para poder respirar. Un dolor penetrante se cuela por todos los lugares de mi cuerpo, no puedo moverme, no soy capaz de escapar. «No puede ser verdad, no puede ser verdad». Lo repito una y otra vez en mis adentros como si eso lo hiciera más real.

—No quiero lastimarte, no pensaba decírtelo, pero tampoco me voy a quedar quieto viendo cómo ese hijo de perra te miente en la cara y te utiliza —suelta —. Oliver odia a Liam, Hannah. Solo une los hilos sueltos, Oliver Doms quiere vengarse de su medio hermano porque lo detesta, ¿qué mejor que robándole a la novia y mejor amiga?

Respiro pausadamente, buscando algo en mi memoria con lo que pueda debatir para defender a Oliver, porque él jamás haría algo así, no él, por supuesto que él no. Oliver odia a su medio hermano, odia a Liam, le agradaba la idea de que supiera lo nuestro.

Pero no puedo creerlo, son coincidencias. Me aferro a eso porque no soportaría que fuera verdad.

—¿Recuerdas cuando el señor Baker cambió su auto el año pasado? No lo hizo porque quisiera uno nuevo, Oliver lo destruyó. —Me doblo por la mitad, el poco aire que me quedaba sale de mis pulmones al exhalar—. ¿Recuerdas lo de Mirian? También la utilizó para joderlo.

Pero eso ya no importa porque lo del auto me lo ha confirmado. ¿Cómo no me di cuenta cuando Oliver me contó que había arruinado el auto de su padre? ¿Cómo no lo hice? ¿Por qué me hizo esto?

—No dijimos nada porque era mejor que nadie lo su...

No escucho lo que dice, mis pies cobran vida y caminan por el pasillo con la vista fija en la puerta. El corazón martillea contra mi pecho, pero al mismo tiempo siento que está muriendo, que se detendrá en cualquier momento.

Doy pasos largos, encaminándome al lugar donde sé que lo encontraré, necesito escuchar que es mentira, que es realidad, no lo sé. Solo necesito verlo a los ojos.

Le da una palmada en el hombro a Lenny cuando se percata de que me estoy acercando, pero su ceño se frunce al ver mi rostro.

—¿Qué sucede, solecito? —pregunta tan pronto me aproximo, no me acerco demasiado, él se percata de eso e intenta acercarse, doy un paso atrás para que no lo haga—. ¿Qué está mal?

Por un momento veo una chispa de preocupación cruzando su mirada, aun así, me digo que son inventos de Nathan, le ruego al cielo que sea mentira, que no me lance más pedradas, pues no soy tan fuerte.

«Por favor, Oliver no».

—D-dime que no es verdad —suplico—. Dime que es un invento y te voy a creer a ti sin importar lo que los otros digan, dime que no son hermanos, Oliver Doms, dime que no me utilizaste, prométeme que no me equivoqué al confiar en ti.

Estamos frente a frente como si fuéramos rivales, el silencio se precipita entre nosotros, y me duele, me duele que se quede enmudecido, que se demore en negarlo, que no se acerque y me refugie entre sus brazos.

—No puedo decirlo, estaría mintiendo —dice, seco.

Punzadas me hieren el alma, ¿no puede decirlo? ¿Qué exactamente no puede decir? Cierro los párpados, desesperada por retener las lágrimas, pero esta vez no puedo. ¿Dónde está mi máscara? ¿Cuándo la perdí? ¿Cómo hago para que no duela de esta manera? ¿En dónde puedo refugiarme si me alejé de mi escondite?

—¿Me amas? —pregunto.

No hagas preguntas si no quieres saber la respuesta.

Y no es como si la necesitara, no hace falta que lo diga, pues el silencio dice más que mil palabras y lastima más que millones de golpes.

—No.

treinta y uno

Liam me humilló de muchas maneras, me dijo cosas que me lastimaron, que dejaron una marca en mí, pero jamás un simple *no* había dolido así. Es desgarrador abrir los ojos, no debería sorprenderme si ya me ha pasado antes, es solo que no esperé que esto sucediera, creí que estábamos bien, es culpa mía por querer ver el lado bueno de todo.

«No», se reproduce en mi mente como una grabación. «No», me perfora el alma.

No agacho la cabeza, a pesar de que quiero hacerlo, Oliver no puede aguantar la mirada, así que la esquiva mirando un punto fijo en el suelo. Es mentira.

Si fuera verdad se mofaría, me daría una de sus sonrisas irónicas, se regodearía como al principio con esa actitud desafiante y su timbre petulante. Sin embargo, solo está ahí, no sé por qué razón, y esta vez no quiero saber la respuesta. Ya estuve una vez con alguien que no me demostraba su cariño, no pienso ir ahí de nuevo, ni siquiera si se trata de Oliver Doms, el mismo que me ayudó a salir del pozo.

—No te creo —digo después de reunir fuerzas, un nudo en mi garganta aprieta y me arrebata el aliento.

Solo sé que me ha escuchado cuando alza la cabeza con rapidez y me observa, la seriedad en sus facciones me parte un poco más el corazón. Su ceño se frunce.

—Deberías, te lo dije una vez, Hannah, yo solo amo a mi familia. Tú me agradas, pero no puedo amarte porque siempre me recordarás a las personas que más odio.

Mis piernas tiemblan, espero que no se percate del dolor lacerante que me está partiendo a la mitad. Por un momento no puedo encontrar mi voz, me cuesta respirar y fingir, aunque no sirva de nada, después de todo él sabe lo mucho que me está doliendo, que me está decepcionando.

¿Cómo podría esperar que sienta algo profundo por mí si soy la exnovia de su medio hermano? ¿Cómo podría esperar que esté cerca de mí si seguramente se lo recuerdo todo el tiempo? Ya lo dijo, lo piensa, lo siente. Por más que duela debo comprenderlo, fue lindo mientras duró, hizo que me diera cuenta de la realidad, pero nada más. Es tiempo de seguir, ya nos dimos lo que teníamos que dar. En esta ocasión no voy a correr, aunque tal vez sea porque no me quedan fuerzas para hacerlo, esta vez lo entiendo.

Amo a Oliver Doms, pero no podemos estar juntos porque no somos compatibles, porque podríamos explotar un día, nuestra química es peligrosa. No podemos estar juntos porque él no me ama, y yo no podría hacerle lo que una vez le hice a Liam.

—No eres tan diferente a él, ¿sabes? —suelto, porque sé que mi comentario le dolerá, necesito lastimarlo un poco, no es justo que vengan, me lastimen y se vayan como si nada hubiera pasado—. Los Baker nacieron con el don de romperme.

Me doy la vuelta y me ruego calma. Me voy de ahí sin mirar atrás.

Mientras camino intento convencerme de que es lo mejor, de que algún día voy a reírme de esto, de que es otra piedra en el camino, de que ocurrió por algún motivo. Mientras me alejo sin tener un rumbo intento convencerme de que valgo mucho, que es mejor estar separados que juntos. Muy en el fondo sé que solo son estúpidas frases de autoayuda, esas que pretenden motivarte, pero que al final te dejan más vacío que al principio y te dan esperanzas insulsas.

Me marcho, aunque lo único que quiero hacer es regresar para mirarlo otra vez. Lo único que quiero hacer es regresar en el tiempo para no entregarme a él.

Los días comenzaron a transcurrir con lentitud, me sumergí en una rutina, cuando estoy ocupada es más fácil no encontrármelo en los pasillos, es más sencillo no pensar en él. Decidí abandonar el teléfono móvil en la mesita de

noche, no dejaba de sonar. Distintos nombres aparecieron en el identificador, sin embargo, yo no tenía ganas de hablar.

Nate intentó charlar conmigo en innumerables ocasiones después de lo que pasó, todas esas veces lo ignoré, dejó de intentarlo cuando se dio cuenta de que ya no éramos amigos, nunca lo fuimos, ¿para qué seguir fingiendo?

Me percaté de que William ya no se sentaba con Nathan en los recesos ni andaban juntos en los pasillos, Liam lo evitaba, quien, además, lucía cansado; cada vez que nuestras miradas se encontraban una chispa de esperanza los hacía centellear, pero apartaba la cara antes de que sus ojos terminaran de encenderse. Esa sensación agradable que me provocaba ya no está, ya no hay nada.

El alumnado dice muchas cosas, es inevitable no escuchar los rumores que circulan en la escuela, sobre todo si tienen que ver contigo. La pareja perfecta ya no lo es, los mejores amigos parecen odiarse, el grupo de amigas resultó ser un nido de alacranes dispuestos a atacarse... ¿Y la chica estrella con la vida ideal? En realidad, nunca existió.

Es gracioso, no es extraño que se diviertan o les cause morbo. Nathan y William, que antes eran inseparables, no se voltean a ver; Mirian ya no viene a clases, desapareció misteriosamente y nadie sabe su paradero, tengo la ligera sospecha de que podría ser por lo que le dije a la psicóloga; Brenda ocupa una de las mesas más solitarias de la cafetería; y yo siento que soy una sombra, incluso cuando las chicas intentan hacerme reír.

Lo único que me repito una y otra vez es que esta tortura terminará pronto, los exámenes finales se acercan, al igual que la graduación. En unos días me largaré de aquí y dejaré atrás toda la mierda, podré empezar de nuevo. Me aferro a eso, pues, de lo contrario, estaría derrumbada en la cama llorando sin control.

Escarbo con el tenedor en mi plato, sin prestar atención. De pronto, mi alrededor se queda en silencio, una sensación desagradable hace que mis vellos se levanten, me obligo a alzar la cabeza para averiguar qué ha ocasionado que las cuatro chicas enmudezcan.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

Mis párpados se abren por el asombro, creí que sería cualquier cosa, excepto que el hermano de Oliver estuviera plantado frente a mí, automáticamente busco a Doms con la mirada, pero no lo encuentro, tampoco a sus amigos. Las chicas observan a Ben con el mismo impacto que yo, excepto Cindy, ella parece más un venado encandilado.

Mi frente se arruga, me aclaro la garganta con nerviosismo y llevo la vista de vuelta al plato, confundida.

- —¿Sobre qué? —cuestiono sin mirarlo, mi voz se escucha más dura de lo que pretendo, sin embargo, no quiero ser amable, me cansé de ser la niña buena que perdona a todos aun cuando no se lo merecen.
 - —Mi hermano —suelta.

Siento las miradas de todos puestas en mí, no obstante, taladro la lechuga como si esta tuviera la culpa de mis problemas.

- —No quiero hablar acerca de Oliver —digo entre dientes. Levanto la cabeza de golpe para enfrentarlo y me pongo de pie—. Ya se terminó, ya lo dijimos todo, fue muy claro.
 - —Te equivocas, Hannah, no te lo ha dicho todo —murmura.

Esas palabras incrementan mi enojo, ¿no me lo ha dicho todo? ¿Qué más me ha ocultado? Fui sincera con él, le mostré mis debilidades, mis fortalezas, creí en sus tontas palabras, lo dejé entrar a mi vida... ¿Y él qué hizo? Me mintió, me mostró mitades, me abrió la puerta, pero no me dejó pasar.

—Si no me lo ha dicho es porque no quiere que lo sepa, no quiero saber nada de Oliver, el tiempo para conocernos ya pasó. No sé por qué motivo has venido a hablar conmigo, si te lo pidió dale las gracias de mi parte, después de todo me ayudó y él pudo vengarse de William Baker.

Sin esperar respuesta salgo corriendo.

Me quedo quieta en el umbral de la puerta cuando veo el panorama. Mamá está sentada en el sofá del apartamento con papá en la misma habitación que ella, es un milagro que sigan intactos y que no estén gritando.

Me tambaleo, confundida, ¿qué rayos está pasando ahora?

No he hablado con Lou desde el día que me fui de la casa, y no tenía idea de que ella y Eugene hablaran.

—Siéntate, Hannah —dice papá señalando un asiento frente a ellos. Por algún motivo comienzo a temer por mi vida, ¿qué más podría pasarme? ¿Por qué lucen como si tuvieran que decir algo importante?

No tengo ánimos para discutir, se me antoja ir a la cama y aferrarme a la almohada toda la noche, como si eso borrara lo sucedido. Sin más remedio, sintiéndome más vulnerable que nunca, me dejo caer en el sillón lanzando un suspiro de cansancio. Mi bolso cae al piso, me desparramo y dejo que mis músculos se relajen.

Siento un hueco en mi pecho, un hoyo negro que antes no estaba ahí. Tengo miedo.

- —Hanny, ¿estás bien? —Mi mirada se estanca en el rostro de la interlocutora, mamá me mira, su frente está arrugada, está hablándome y por alguna razón mis ojos se nublan, parpadeo fuerte para no echarme a llorar.
- —Sí —digo. Asiente, no muy convencida de mi respuesta. Aclaro la garganta, buscando las palabras en mi cabeza, forzándome a hablar para que no hagan preguntas, necesito terminar con esta incómoda reunión y refugiarme en algún lugar donde las miradas no estén puestas en mí—. ¿Qué ocurre?
- —Encontré esto en el buzón esta mañana —murmura inclinándose hacia adelante. Resbala un sobre blanco sobre la mesa, ofreciéndomelo. Mi ceño se frunce al ver el sello en la esquina superior derecha, inmediatamente me pongo a la defensiva.
 - —No voy a estudiar Derecho —suelto cruzándome de brazos.
- —Lo sé —dice ella, lanza un suspiro y se encorva, luce más pequeña y frágil de lo que es—. Ábrelo.

Dubitativa, tomo el sobre, saco la hoja que hay en el interior con los dedos temblorosos. Mis ojos recorren la carta una y otra vez, siento que me hago pequeña y enorme al mismo tiempo, que me encuentro en el borde de un acantilado.

«Hannah Carson,

Querida Hannah, ¡felicidades! Los directivos, jurados y el comité de admisiones del Fashion Institute of Technology de Nueva York estamos ansiosos de notificarte que has sido seleccionada en la Escuela de Arte y Diseño.

Has tenido una notable participación dentro de tu comunidad escolar, una impecable trayectoria académica y el tipo de talento que queremos en nuestro campus. Estamos seguros de que podremos explotar tu creatividad y habilidades, así como estaremos felices de que cumplas tus metas con nosotros, queremos ver más de ti...».

—Me tomé la libertad de enviar hace unas semanas una copia de ese dibujo con recortes que tenías en tu escritorio, tu padre me dijo que estabas considerando estudiar Indumentaria. —Alzo la mirada, ¡el dibujo de artes! Me olvidé de esa cosa.

Me quedo estupefacta observándolos, impactada, porque creí que sería la carta de aceptación de algún campus de Leyes, no esto.

- —También hablé con el director de tu escuela, más que nada para preguntarle si podían transferir alumnos a Nueva York, hay un instituto cerca de la universidad que podría aceptarlo, además hay muchos edificios departamentales cerca. N-no estoy diciendo que tengas que aceptar la propuesta de FIT, solo te comento las posibilidades. —Sus ojos se ven esperanzados, mi ceño se frunce, nunca había visto a mamá así, tan relajada, ni entiendo de qué está hablando.
- —¿Transferir alumnos a Nueva York? ¿De qué estás hablando? —pregunto, confundida.
- —Estás saliendo con Oliver, tu padre me dijo que es un buen chico y que te cuida, yo solo quiero que seas feliz, y si él no quiere quedarse aquí, tal vez quiera acompañarte —dice.

Una punzada de dolor me lastima el corazón, mis dedos hormiguean y mi nariz cosquillea, señal de que las lágrimas se acercan a mis ojos. Parpadeo rápidamente, no voy a llorar.

—Oliver y yo ya no estamos saliendo —murmuro. Desvío la vista porque no quiero ver sus reacciones, tampoco dar explicaciones.

Es irreal encontrarme en esta situación si hacía unos días Doms sostenía mi mano y mi madre me gritaba en medio de la calle. Ahora ella está aquí, luciendo bonita y amable, aceptándome; y ya no está la persona que me trajo a este punto.

Respiro profundo, pues siento que me quedo sin aire.

—Muchas gracias, mamá —susurro. Me obligo a sonreír porque se supone que debería estar feliz, porque ha hecho algo lindo por mí—. Voy a pensarlo.

Me levanto del sofá y voy a la habitación, me dejo caer en la cama, enterrando la cara en la almohada.

Como se me ha hecho costumbre, comienzo a llorar una vez que me encuentro sola, me hago bolita y empapo la tela.

Debería estar feliz.

Debería.

treinta y dos

Decidí que lo mejor era concentrarme en mis exámenes finales, así que toda la semana la pasé estudiando en la biblioteca durante los recesos y mis horas libres. Los cubículos de una u otra forma me daban tranquilidad, después de todo, ese lugar me ha servido de escondite desde que tengo memoria, es familiar, puedo relajarme y dejarme llevar.

Estoy perdida en la lectura, tanto que no me doy cuenta de que alguien abre la puerta de mi cueva y se sienta frente a mí, salto del susto cuando se aclara la garganta. Verlo tan cerca me impacta, me atraganto, tengo que parpadear varias veces para comprobar que no lo estoy imaginando.

- —;S-Shawn?
- —Hola —dice sonriendo. Saca sus utensilios escolares y los esparce sobre el escritorio, me lo quedo mirando sin poder comprender qué está pasando, pero no me atrevo a preguntarle—. Lo siento, necesito estudiar y este cubículo es el mejor.

Una punzada de decepción me embarga, mis hombros caen, regreso la vista al libro y hago como si fuera lo más interesante del mundo.

- —Ya, es que el aire acondicionado pega más fuerte. ¿Verdad?
- —Sí, y porque está mi mejor amiga.

Vuelvo a observarlo, hago un esfuerzo para no echarme a llorar, un nudo no deja de apretar mi garganta, casi como si quisiera que estallara. Nos miramos a los ojos y sonreímos, en ese instante soy transportada a mis recuerdos, a todas esas tardes que nos quedamos en este mismo cubículo y estudiamos, después me acompañaba a casa.

Tengo muchas cosas que agradecerle a Shawn Price, pues a pesar de todo lo malo, aquí está.

Un ruido me saca del trance, giro la cabeza y... ¡vaya! Esta vez no puedo esconder la sorpresa que me causa encontrarme con Natalie a unos pasos de distancia, al principio pienso que está enojada, sin embargo, cuando me saluda moviendo sus dedos y esboza una sonrisa, sé que todo está bien.

—¿Iban a empezar sin mí? —pregunta haciendo una mueca, fingiendo indignación—. ¿Hola? ¿Sí recuerdan que la que necesita estudiar soy yo? Ustedes son unos *nerds*.

Camina dentro del cubículo y se sienta en una de las sillas vacías, en la silla frente a mí. Quiero tallarme los ojos o pellizcarme, mirar alrededor para ver si no hay cámaras escondidas en algún sitio, pero no lo hago porque me agrada esto y temo que se evapore en cualquier segundo, como casi todo en mi vida.

Natalie Drop me sonríe, y es como si estuviera diciendo que el pasado no importa ya.

Estudiamos a lo mucho dos horas, el resto del tiempo la pasamos platicando, me cuentan que Natalie se irá a estudiar a California, Shawn se quedará aquí. Me doy cuenta del rastro de tristeza que los embarga al decirlo, nos quedamos callados un minuto que parece una eternidad.

Ellos se miran fijamente, ver ese cuadro me nubla los ojos. Pero es en ese instante cuando lo comprendo todo, es una mirada que grita por todos los rincones cuánto se quieren, se miran como si necesitaran grabar cada pequeña parte del otro, se contemplan con intensidad y suavidad al mismo tiempo. Al verlos me percato de algo que no había notado antes, entonces la verdad me arrolla como un tren.

Yo jamás tuve eso y no debería conformarme con menos.

Camino rumbo a la salida de la escuela cuando una voz hace que me detenga en seco.

—Hannah, ;tienes un minuto?

No puedo creer que me esté hablando, me giro y la encaro solo para comprobar que no me lo estoy imaginando, ¿por qué de pronto todo el mundo

quiere hablar conmigo? Estas apariciones tan repentinas empiezan a marearme, primero el hermano de Doms, luego Shawn y Natalie, ahora ella.

Iveth está parada frente a mí, pero no luce tan petulante y grosera como otras veces, por el contrario, agacha la cabeza y evita mirarme. No hay prendas atrevidas ni llamativas, está usando algo apagado, nada que ver con la Iveth que recuerdo.

Frunzo el entrecejo.

Me trago todo el orgullo del mundo porque por primera vez creo que estoy frente a ella, no frente a esa que intentaba humillarme delante del mundo para sentirse mejor.

—¿Qué sucede? —cuestiono. El nerviosismo se hace presente, empieza a tallar su rostro con desesperación, su labio inferior se hace hacia adelante haciendo un puchero, a continuación, suelta un gemido de dolor, el tipo de dolor que conozco bien—. Iveth, ¿qué está mal?

—¡Todo! —estalla—. Todo está mal, soy una estúpida.

Pronto comienza a llorar y es más de lo que puedo soportar, pongo la mano en su espalda y la conduzco a una jardinera para que se siente, también para alejarnos de las miradas curiosas que empezaban a merodearnos.

Me dejo caer a su lado lanzando un suspiro, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Cómo trato a esta chica que hirió mis sentimientos y nunca le importó hacerlo?

—Seguramente te estás preguntando por qué carajos estoy hablándote, es personal, Hannah, no te soporto. —Alza la cabeza y me enfoca, hay pintura negra regada en la parte alta de sus pómulos—. Quería ser la mejor de la clase, mi padre esperaba que lo fuera, entonces estabas tú, no importaba cuánto me esforzara y estudiara, nunca logré que se sintiera orgulloso de mí. No sentía nada por Liam al principio, solo quería molestarte, pero al final me terminé enamorando y creí que... No sé, que él también lo estaba de mí.

Iveth no deja de llorar, miro mis manos, entretejo mis dedos, no sé qué más hacer, no sé qué decir.

—Pero fui una estúpida, es imposible desbancar a la número uno —suelta con tristeza, encogiéndose en su asiento, viéndose pequeñita.

- —No sé qué decir, Iveth, si te sirve de consuelo, no creo que la intención de Liam haya sido lastimarte, a veces no se da cuenta de lo mucho que puede lastimar a las personas por estar sumergido en él mismo —murmuro—. Piensa que pronto nos graduaremos, iremos a la universidad, empezará nuestro futuro y...
- —No es tan simple para mí, Hannah —interrumpe—. Estoy embarazada de William.

Abro tanto los párpados que duelen, mi mandíbula casi golpea el suelo. ¿Embarazada?

Dios.

Los padres de Liam van a enloquecer, no les va a gustar la noticia.

—Liam quiere que aborte —susurra.

Inhalo aire con violencia.

- —¡¿Qué?! —La miro horrorizada, pero, ¿qué demonios le pasa a William Baker? ¿Cómo pudo pedirle algo como eso? Iveth se concentra en el suelo, cierra sus párpados y se queda inmóvil. ¿Ella también quiere abortar? No entiendo nada—. ¿Y tú qué quieres?
- —No sé, no puedo con esto sola, cuando mi padre se entere me va a matar, si Liam no quiere hacerse responsable... Yo... No sé. —Su voz tiembla y vuelve a romperse.

Pongo la mano en su hombro y le doy un apretón.

—Tranquila, todo va a estar bien —murmuro.

Toco la puerta dos veces con el puño, tomo varios respiros para tranquilizarme, no puedo llegar y soltar toda la mierda o lo que sea que vaya a decirle. Alcanzo a distinguir unos tacones acercándose, la puerta se abre y la señora Baker me da la bienvenida, me regala una ligera sonrisa, es evidente que no está de buen humor, o quizá mi presencia no le ha agradado.

—Hola, Hanny, ¿vienes con Liam? —pregunta Rianna, estudiándome. Asiento—. Disculpa que me entrometa, cariño, ¿no crees que todos esos problemas que tuvieron solo son cosas de adolescentes? Mi hijo te quiere, está

destrozado y arrepentido, y sé que tú lo quieres a él, hacen una pareja preciosa, no creo qu...

—Señora Baker, usted sabe que la quiero y respeto como si fuera mi segunda madre, pero, así como se lo pedí a mamá, le pido que no se meta en eso, porque ninguno sabe lo que vivimos más que nosotros dos.

Con todo el dolor de mi corazón la esquivo. Subo las escaleras trotando, decidida a llegar a la habitación de Liam, espero que Rianna no venga y me saque de su casa a patadas después de lo que le dije.

El cuarto está abierto, me asomo, él está sentado en el borde de la cama mirando la nada, doy un paso en el interior, mi movimiento lo saca de su trance y lo pone de pie de un salto, pero se relaja cuando nuestras miradas se cruzan. Esboza una sonrisa que no me atrevo a corresponder.

- —Creo que tu madre me odia —digo al tiempo que me acerco y me siento al lado del lugar que antes estaba ocupando, él se deja caer junto a mí.
 - —Mi madre jamás te va a odiar, te adora —dice.

Un silencio incómodo se adueña de la situación, no se me viene a la mente cómo empezar.

- —Sé que él y tú son medios hermanos, no tenía idea —susurro, aunque no hay nadie más en la habitación que pueda escucharnos. Liam respira hondo varias veces antes de hablar, me da la impresión de que no quiere hablar sobre ello.
- —No importa si es con él o con otro, el caso es que no estás conmigo suelta con timbre bajo, se escucha como un lamento.
- —William... —ruego para que se detenga, espero que lo comprenda y que no tenga que hablar del tema. Puedo aguantar muchas cosas, pero ver a Liam destrozado no es una de ellas, independientemente de nuestro pasado, el cariño está ahí, y temo que siempre lo estará.
- —Lo siento. —Deja escapar un suspiro, encaja los codos en sus rodillas y apoya su cabeza en las manos, escondiendo su rostro de mí.
- —¿Puedo preguntarte algo? —cuestiono, a lo que afirma con un sonido nasal —. ¿Por qué lo nuestro nunca funcionó?
- —Me enteré de que papá tenía secretos y que mamá fingía no saberlos, los dos intentaban que nuestra familia pareciera un espectáculo perfecto cuando la

realidad era diferente. Ellos me obligaron a salir contigo porque era lo correcto, lo que todos esperaban de mí. Tenía miedo, me estaban amarrando y yo no quería ser como ellos en un futuro, lo estropearon todo. Con el tiempo yo me habría dado cuenta de lo especial que eras, de que estaba loco por ti y entonces habría funcionado. Ellos se metieron, tú estabas ahí y yo me las cobré con la persona equivocada, arruiné lo único hermoso y verdadero que he tenido.

Una lágrima resbala por mi mejilla, a esa le sigue otra, ambas caen en mis manos, las cuales se encuentran sobre mi regazo.

—De verdad lamento todo lo que te hice, Hanny, haría cualquier cosa por regresar el tiempo y aprovechar los momentos a tu lado, eso es lo que atormenta, saber que me amaste y dejé que te fueras. —Se queda callado por un segundo, se recompone enderezándose y enfrentándome, él toma mis manos con suavidad—. Pero te voy a reconquistar, te necesito.

Sus palabras me hacen recordar por qué estoy aquí.

- —Sé lo de Iveth —digo sin más. Suelta un gruñido, su rostro se tensa y su mirada se vuelve dura.
 - —Eso no me lo va a impedir.
 - —Liam, eso es un bebé, tu bebé —señalo.
 - —No lo quiero, te quiero a ti, seguramente no es mío, Iveth es una...
- —¡Hey! —interrumpo. Frunzo el entrecejo, ¿cómo puede verse tan frío? Entendería que estuviera asustado o confuso, pero es que es como si no le importara—. No digas cosas de las que te puedas arrepentir, ella quiere tenerlo, Liam, si no estás seguro de que sea tuyo puedes hacerle pruebas. ¿Y si en verdad es tu bebé? ¿Le vas a dar la espalda a tu hijo? Oliver…
- —¡No menciones a ese pedazo de mierda! —vocifera, alterado. Dejo sus manos libres y voy por su rostro, lo obligo a mirarme.
- —Cálmate —pido con suavidad, la tensión en su frente desaparece gradualmente hasta que solo es una línea—. Oliver creció sin su padre, hay mucho rencor en su corazón, Liam. ¿Te gustaría ser como tu padre? Abandonar a tus hijos, no saber si comen o si duermen bien, pensar solo en ti.

Su semblante duro se rompe, se vuelve una masa temblorosa, sus ojos se hacen agua.

—No quiero a Iveth, te quiero a ti. —Sonrío con tristeza al escucharlo.

—William Baker, eso solías decir de mí antes, «no te quiero, quiero salir con chicas». Ella de verdad te ama, y con esto no te estoy diciendo que te cases, pero al menos reconoce a ese bebé. Te equivocaste, enfrenta tus problemas por primera vez, no te desquites con alguien que no tiene la culpa.

Sorprendiéndome, Liam baja todas las barreras y se echa a llorar como un niño pequeño. Me da un abrazo fuerte, le regreso el gesto dejando que apoye su sien en mi hombro, sus lágrimas mojan mi brazo, pero no digo nada.

- —Tengo miedo, Hanny —gime entre sollozos.
- —Lo sé, pero todo va a estar bien. —Eso mismo le dije a Iveth, así que espero que los dos lo logren—. Shh... Tranquilo.

Intento calmarlo cepillando su cabello, lo cual parece funcionar, su respiración se hace lenta, sin embargo, no afloja el agarre, y no sé si es porque no quiere soltarme o porque teme hundirse.

treinta y tres

OLIVER

Me llevo la pastilla a la boca y doy un trago largo, suelto un suspiro de cansancio, me desparramo aún más en el sofá si es que eso es posible. No quiero levantar la vista porque mi madre está parada delante de mí mirándome con desaprobación, me cuesta trabajo aceptar que la he decepcionado de nuevo. Golpea el zapato en el suelo una y otra vez.

Está furiosa.

—No puedo creer que seas tan inconsciente, Oliver Doms, confié en ti porque me lo pediste, dijiste que te harías cargo y que tomarías las medicinas. Ahora me encuentro con que no solo no lo hiciste, también con esta basura. — Arroja el paquete de cigarrillos a la mesa, lo encontró esta mañana en mi armario mientras dejaba ropa limpia, ni siquiera recuerdo cuándo lo guardé ahí —. No te entiendo, ¿qué quieres conseguir? ¿Matarte?

Un escalofrío me recorre al pensar en eso, tiemblo.

- —No he fumado desde... —Quiero explicarle, tranquilizarla, solo que no encuentro las palabras adecuadas para expresarme, nunca lo hago.
- —¡¡No me importa!! —exclama, interrumpiéndome—. ¡Fumaste a pesar de que la doctora dijo que no lo hicieras! ¡No tomaste los estúpidos medicamentos! ¿Desde cuándo? ¿Eh? ¡¿Crees que es fácil para mí ver que estás empeorando?! ¡Si tú no quieres ayudarte no pretendas que me quede quieta mirando las tonterías que haces! ¡Estoy harta!

Antes de que pueda hacer algo, ella sale de la casa azotando la puerta. Tallo mi cara con las manos y me cepillo el cabello con los dedos. Miro la caja, no la

he tocado desde hace semanas, si la hubiera tirado esto no habría pasado, siempre he tenido mucho cuidado con estas cosas.

Mamá no acostumbra a mirar mis movimientos, pero estos días no me he sentido bien y descubrió las cápsulas de más en el frasco, entre otras cosas. Menos mal que no sabe nada de mis viajes en patinete.

—Eres un imbécil —dice Benthor al tiempo que bosteza, no le quedó más opción que levantarse después de escuchar el griterío de mamá, se quedó quieto todo el tiempo admirando la escena desde una esquina. Se deja caer a mi lado estirando las piernas y cruzando los brazos—. En serio, ¿por qué te saboteas?

- —¿De qué hablas? —pregunto, seco.
- —No sigues el tratamiento, a pesar de que no te has sentido bien y pareces un cruce de mapache y muerto viviente; fumas, aunque sabes que te hace daño; andas en el patinete como si siguieras las indicaciones médicas, ¿crees que no me enteré del concurso del otro día? Lenny me lo dijo; y Hannah está tan molesta contigo que ni siquiera quiere hablar de ti.

Su nombre hace que gire la cabeza para mirarlo, mi ceño se frunce.

- —¿Qué demonios significa eso? —pregunto entre dientes—. Espero que no hayas metido las narices en mis asuntos. No necesito ayuda, no necesito que los demás se metan en mis decisiones. Hannah está mejor sin mí, punto. Y no es para tanto, se me va a pasar el malestar, no es la primera vez que pasa, a mamá le gusta exagerar.
- —Oh, cállate, pareces un niño pequeño haciendo pataletas. No creo que entiendas lo mucho que mamá se preocupa por ti, Oliver —suelta con dureza y seriedad—. Ella ayuda a todos esos niños en el hospital, pero no dejas que ayude a su hijo, realmente tiene miedo de que te pase algo y no te importa, haces todo menos lo que deberías. No estás bien, tienes que entenderlo, y si no eres capaz de hacerlo por ti, hazlo por esa mujer que tanto te quiere.

Me quedo en silencio, pues una vez más me he quedado sin palabras. Él tiene razón, yo lo sé, no entiendo por qué actúo de esta forma.

—No necesitas demostrarle a ese sujeto que eres lo opuesto a lo que es él o su otro hijo, hermano. —La simple mención de ese hombre me altera los nervios, aprieto los dientes con fuerza para no soltar las letanías de improperios que me

muero por vociferar—. No necesitas demostrarle nada a nadie, eres distinto. Eres mi hermano y el hijo de mamá, nada más, así que deja de autodestruirte, porque si no lo haces te daré una paliza.

Trago saliva varias veces para aligerar el nudo en mi garganta, rara vez Ben y yo charlamos así, por lo general son bromas y peleas. Termino relajándome, mis comisuras tiemblan.

- —En vez de huir de ese bombón rubio, reventar coches o reprobar los exámenes, enfrenta tus problemas y soluciónalos.
- —No vuelvas a llamarla *bombón*, porque entonces yo te daré una paliza suelto.
- —No podrás ni rozarme si no te tomas los medicamentos. —Tuerce haciendo una mueca irónica. Entrecierro los ojos.
 - —Ya entendí —murmuro.
 - —Eso espero.

Entro al hospital y sigo el camino que ya me sé de memoria, las enfermeras y doctores me reconocen, les regreso los saludos con cortesía. Mamá trabaja en una área especial a la que no todos pueden entrar, yo solo tengo que guiñarle el ojo a la enfermera de la recepción para que suelte una risita y me preste el pase.

Hay niños por todas partes, algunos ya saben quién soy, así que me regalan sonrisas o agitan sus manos. Me encamino al cubículo de enfermeras, me quedo parado en el umbral viendo a un niño sentado en una camilla, sus piernas están colgando, mira la aguja que manipula mi madre como si fuera lo peor del universo, tal vez sí lo sea.

Mamá lo calma antes de inyectarlo, al final la aguja no es el fin del mundo para el pequeño, se baja de un salto y se va casi corriendo apenas le dice que puede regresar con sus amigos.

—Lo lamento —susurro. Ella salta del susto al escucharme, se recompone rápidamente, va y tira la jeringa a un bote rojo. Se acerca y se detiene a unos pasos de distancia.

—No quiero que te pase nada. —Sus ojos se nublan, provoca la misma reacción en mí. Pronto la abrazo, amo a mamá más que a nadie y me duele como el infierno defraudarla, herirla, ya ha sufrido demasiado como para que yo venga y siga haciéndole daño—. A partir de ahora yo voy a administrar los medicamentos.

Esbozo una leve sonrisa.

Por supuesto que sí.

Sufro un ataque de tos que me obliga a detenerme y a tomar asiento durante unos cuantos minutos. No me agrada que todo el alumnado me mire, algo que sucede desde que Hannah se fijó en mí, así que dando pasos lentos y cortos salgo al patio. Voy y me siento en una jardinera y respiro profundo para calmarme.

Para mi sorpresa, alguien se sienta a mi lado. Me pongo de pie como un resorte, no pienso estar cerca.

—Solo un minuto, no es que me guste demasiado verte la puta cara —dice.

Por algún motivo no me muevo, me quedo estático contemplando la nada, esperando que suelte alguna mierda que cruce la línea, algo que me regale el pretexto perfecto para darle un puñetazo y romperle la nariz.

—Hanny es la mejor persona que conozco, se merece a alguien mejor que tú, eso ya lo sabes, ¿no? —No digo nada, ha dado justo en el blanco. Hannah se merece a alguien mejor que él y mejor que yo, somos la misma mierda—. Pero, aunque me duela admitirlo, nunca la vi tan feliz como contigo. Es una chica inteligente, deja que decida qué es mejor para ella.

Escucho que se levanta, sin embargo, sé que sigue detrás de mí.

—No te descuides ni un segundo, Doms, porque si veo la oportunidad no dudaré en recuperar lo que amo.

Sus pasos se pierden, pronto vuelvo a quedarme en silencio.

Ella cree que se esconde, no estoy seguro de qué está huyendo, temo que sea de mí. Finjo que el libro de la estantería es muy interesante, pero no puedo quitarle la vista de encima, es un sentimiento que conozco bien. Su coeficiente intelectual seguro es el más alto de toda la generación, no obstante, jamás descubrió que la miraba. Siempre intentó esconderse de todos, por alguna razón siempre lograba encontrarla. Me paraba justo en este sitio, ella siempre se refugiaba en ese cubículo.

A pesar de que el pasado y el presente cuentan con grandes similitudes, hay una enorme diferencia: la tuve entre mis brazos y lo mandé todo a la mierda, ahora duele estar aquí y no allá.

¿Extraño a Hannah Carson? Sí, como un loco.

¿Amo a Hannah Carson? Quizá ella no necesite saber la respuesta.

Dicen por ahí que el amor es permitir que la otra persona vuele y se convierta en aquello que anhela, ¿por qué habría de atarla? No quiero ser ese obstáculo que la detenga, que la obligue a reconsiderar sus opciones. Tal vez no nos conocimos en el tiempo correcto, yo me quedaré y ella se irá, ¿cómo se supone que podremos con eso? Tal vez sería distinto si pudiéramos planear un futuro juntos, si yo no estuviera estancado en la mierda, no quiero arruinarla.

Pero luego el pensar que un día vendré a este mismo lugar y ella no estará en ese cubículo ni en ningún otro sitio... Me divide a la mitad.

A la mierda.

Antes de darme cuenta ya estoy caminando en su dirección, zigzagueando entre las mesas de la biblioteca con la vista fija. Mi respiración se agita, sin embargo, no me detengo hasta que me encuentro en la entrada del cubículo, Hannah levanta la vista tal vez al notar mis movimientos. No lo sé.

Sus párpados se abren demasiado, más todavía cuando entro sin preguntar, me contempla impactada, yo también lo estoy. Respiro por la boca, pues de pronto no puedo agarrar aire suficiente, mi corazón late muy rápido y no sé si es porque la tengo cerca o por otra razón. Me inclino hacia adelante y apoyo los puños en la mesa, busco soporte más que otra cosa.

—Aprobé los exámenes finales —digo lo primero que se me viene a la cabeza. La semana pasada la dediqué a estudiar, me desvelé, pero valió la pena. Hannah se sacude, su frente se arruga, se ve más confundida que al principio. Soy un imbécil.

—Oliver, ¿estás bien? —pregunta ella, poniéndose de pie.

Se levanta, se acerca y coloca su mano en mi brazo. Repite la pregunta, quiero responder, pero no puedo. No puedo.

Mi corazón palpita, no importa cuánto me esfuerce por respirar, no puedo tranquilizarme. De pronto me siento cansado, el cuerpo me pesa.

Acto seguido, veo negro.

treinta y cuatro

No sé qué está sucediendo, pero estoy asustada.

Me arden los ojos, siento el cuerpo pesado y la cabeza me punza a pesar de que ya me tomé una pastilla para aliviar el dolor. No puedo dejar de castañear los dientes, tengo miedo.

Estoy sentada en una banca de este frío pasillo con los codos apoyados en las rodillas, oculto mi rostro con las manos para que nadie me vea llorar, las lágrimas resbalan por mis antebrazos y mojan mi ropa.

¿Qué está pasando? ¿Por qué nadie me explica? La enfermera de urgencias me dijo que tenía que esperar, que no podía darme información, que me tranquilizara. ¿Cómo voy a tranquilizarme? ¡¿Cómo?! ¿Cómo me piden eso si lo que vi tiene a mi alma pendiendo de un hilo?

La madre de Oliver llegó corriendo hace unos minutos y entró al lugar donde lo llevaron. No me dejaron pasar.

La impotencia me cubre, ¿y si Benthor de verdad quería decirme algo importante ese día en la cafetería? ¿Cómo iba yo a saberlo? Doms tiene esa aura misteriosa que no me deja penetrar, nunca me dejó entrar a su vida por completo, como si temiera darnos una oportunidad, como si no quisiera apegarse demasiado a mí, como si quisiera protegerse de lo que sea que pase por su mente al estar conmigo. Ahora sé que tiene secretos y temo que este sea el peor de ellos.

Él llegó de pronto al cubículo en la escuela luciendo sudoroso y cansado, mi corazón palpitó fuerte al verlo tan cerca, por un momento creí que todo iba a estar bien, entonces él me contempló con esos ojos implorantes que no salen de mi memoria y se cayó al suelo. Luego todo ocurrió muy rápido, no sé si grité, no sé por qué todos empezaron a correr, no fui consciente de nada.

—Tranquila, va a estar bien. —Alzo la cabeza y me encuentro a Lenny, quien me ofrece un vaso desechable, lo tomo inmediatamente. Él me trajo aquí, me ayudó a subir a su coche, pues estaba demasiado conmocionada como para perseguir a los paramédicos que repetían una y otra vez que su corazón seguía palpitando y debían darse prisa, ¿por qué no habría de latir?

La calidez del café calienta mis manos, soplo los hilos de humo.

—¿C-cómo lo sabes? —pregunto. Respiro profundo y trago saliva, intentando deshacer el nudo que se cierra en mi garganta—. Se veía muy mal, ni siquiera podía hablar, y n-nadie nos dice nada.

Me recuerdo hincada en el suelo sosteniendo su mano, más lágrimas me empapan las mejillas.

No quiero que le pase nada. Por favor, que no le pase nada.

El hermano de Oliver entra y se acerca con la enfermera de la sala de espera, quien niega con la cabeza y nos señala. Benthor mira por encima de su hombro y suspira al identificarnos. El día que lo conocí no tuve mucho tiempo para dictaminar un juicio, pero al ver su rostro angustiado es más que obvio que adora a su hermano.

La cara de Jocie se me viene a la mente, la conozco desde hace poco, sin embargo, siento que llevo conociéndola una vida entera y sé que si le pasara algo me dolería en el alma.

Ben se aproxima trotando y me sonríe con tristeza.

- —¿Les han dicho algo? —pregunta.
- —No, dijeron que esperáramos —responde Lenny.
- —Mamá no quiso decirme, solo me avisó, justo hace unos días estábamos hablando de esto... —Se calla de golpe cuando se percata de que lo observo con atención, espero que siga hablando, pero no lo hace.
- —¿Qué demonios es lo que está pasando? ¿Podría alguien explicarme? cuestiono desesperada. Benthor y Lenny se miran como si supieran algo que yo no, por supuesto que lo saben. Lenny aseguró que no tenía idea de qué ocurría y aquí está, viéndose nervioso. Tanto misterio me está volviendo loca—. P-por favor.
- —No somos los indicados para decírtelo, Oliver tiene que hacerlo, Hannah —dice su hermano en tono conciliador, es como si intentara calmar a un

animal herido. Mi espalda se pone recta y mi frente se arruga.

—Me importa una mierda si no son los indicados, Oliver está en un maldito cuarto porque se desmayó en la escuela y los jodidos paramédicos no paraban de decir que todavía tenía pulso, me importa un carajo quién es el puñetero indicado. —Mi voz se rompe en la última palabra, comienzo a llorar otra vez.

Me pongo de pie y me alejo de la banca, dejando el vaso lleno de café. Me acerco al lugar donde desapareció, deseo cruzar tanto esas puertas dobles que se ven borrosas debido a las lágrimas, pero me pego a la pared, temo caerme.

Minutos después sale la madre de Oliver, exhalo todo el aire contenido en mis pulmones. Ella viene directo a mí, pero no habla hasta que Lenny y Benthor se acercan a nosotras.

—Él está bien, en este momento está dormido, no ha descansado lo suficiente. El desmayo es una consecuencia por no seguir las instrucciones médicas, es una alarma que manda el cuerpo para que le prestemos atención — murmura. ¿Instrucciones médicas? Todos suspiran excepto yo, me siento aliviada, ya que se encuentra bien, sin embargo, las dudas siguen rondándome, sigo sin entender qué está pasando. No sé si nota mi confusión y preocupación, al parecer se apiada de mí—. Chicos, ¿me dejan un momento con Hannah?

Ellos asienten y se alejan conversando, yo no le quito la mirada de encima.

—No te lo dijo, ¿verdad? —pregunta. ¿Decirme qué? Suelta un suspiro de cansancio y pone su mano en mi hombro—. Oliver tiene que seguir un tratamiento médico, en lugar de hacer eso hizo todo lo contrario, no tengo idea desde cuándo dejó de tomar las medicinas ni cuándo empezó a fumar, no se ha sentido bien últimamente y con justa razón, no se está cuidando.

Me empieza a latir muy fuerte el corazón, siento que se me va a salir del pecho.

- —¿Qué es lo que tiene? —pregunto con la angustia bullendo por todos los poros de mi piel.
- —Una afección en el corazón, cardiopatía congénita. —La miro con horror —. Nos dimos cuenta hace poco, no presentó síntomas graves hasta que empezó a entrenar a *skateboarding*. No tomó los medicamentos para regular su presión arterial ni para controlar la frecuencia cardíaca.
 - -¿Él está realmente bien? —cuestiono. Ella me sonríe y asiente.

—Lo está, es una enfermedad que se puede tratar y regular, se va a quedar unos días en el hospital hasta que el cardiólogo lo estabilice. —Tomo varias respiraciones pausadas, él está bien y eso es todo lo que importa—. Gracias por preocuparte por mi hijo, va a estar muy feliz de que estés aquí.

Alzo la vista y la observo, le sonrío con tristeza porque no encuentro algo más dentro de mí.

- —;Puedo pasar a verlo?
- —Lo van a llevar a un cuarto, le diré a las enfermeras que te dejen pasar, ¿de acuerdo?
 - —Gracias —respondo.

Cuarenta minutos después entro a la habitación, él está acostado en la camilla con los ojos cerrados, perdido en sus sueños. Me acerco dando pasos suaves, cuidando todos mis movimientos para no despertarlo y me ubico a su lado. Sus respiraciones me tranquilizan, el color ha vuelto a sus mejillas, ya no es una hoja de papel.

En un arrebato me atrevo a acariciar las puntas de su cabello, rápidamente llevo mi mano hacia otro lado. Tenía que venir y comprobar con mis propios ojos que se encuentra bien.

Llamo a mi padre para informarle de que no regresaré a casa, pues estoy en el hospital, le explico lo que ha pasado. Me pide que no me quede a dormir, que vuelva al apartamento y en la mañana regrese al hospital, pero me niego, comprende que no me marcharé y me da ánimos asegurando que mejorará.

Shawn me escribe un mensaje animándome, supongo que el alumnado se enteró del acontecimiento, le doy las gracias. También recibo otros mensajes, pero no les presto demasiada atención, ¿no es gracioso que la gente se comporte como si fuera tu gran amigo cuando sucede una tragedia o un éxito? Detesto eso, pues son las mismas personas que se burlaron de mí en las redes sociales compartiendo el vídeo de mi cumpleaños.

Camino por los pasillos siguiendo los letreros, ya que no entendí las indicaciones que me dio la enfermera. Voy hacia la cafetería para tomar algo y

quizá comer un bocadillo.

De reojo capto movimientos, pero no me detengo hasta que comprendo lo que acabo de ver. Impactada, doy marcha atrás, con cautela me asomo escondiendo mi cuerpo detrás de una pared.

William Baker está con Maia Doms, la madre de Oliver, ella guarda su distancia como si no soportara la idea de tenerlo cerca, a él no puedo verle el rostro porque me está dando la espalda. Lo que sí veo es que le entrega un sobre amarillo que ella toma con reticencia.

No puedo creer que el señor Baker esté aquí.

Maia abre el sobre y saca una pequeña hoja que intuyo es un cheque, sus ojos se abren con horror e intenta regresárselo. El padre de Liam no lo acepta, le agarra el brazo y se lo pone en su mano.

—¡¡No me toques!! —grita ella fuera de sí haciéndolo saltar. A mí también me espanta, tanto que vuelvo a esconderme.

Están discutiendo, me gustaría acercarme para poder escuchar, pues hablan en voz baja, no logro descifrar sus palabras.

Luego decido que ya he escuchado y visto suficiente, esto no es algo que me incumba, no quiero ser los ojos indiscretos que me espían cuando estoy teniendo un problema.

Después de comer en la cafetería y descansar un poco, regreso a la sala de espera, la enfermera en turno me recibe con una radiante sonrisa.

—El joven Doms acaba de despertar, señorita, su hermano está con él en este momento, pero me dieron órdenes de que puede pasar, ¿le doy el pase? — cuestiona ella con amabilidad.

Una emoción indescriptible me embarga el pecho, asiento un tanto emocionada. Me da la tarjeta, me la cuelgo alrededor del cuello y voy rumbo al cuarto, ya me sé el camino.

La puerta está entreabierta, me aproximo, voy a tocar cuando escucho la voz de Ben pronunciando mi nombre.

—Hannah no se ha ido del hospital, dijo que se quedaría a dormir, está muy preocupada por ti, hermano, ella no paraba de llorar. —El silencio que sigue a eso se siente como un filo rebanándome—. ¿Quieres que la traiga?

- —No, dile que vaya a descansar, podemos vernos mañana —dice él. Mi mano cae y la emoción que sentí antes desaparece.
- —¿Qué demonios está mal contigo, Oliver? —Vuelve a quedarse callado, Ben suspira—. Hablamos de esto el otro día, creí que lo habías entendido, pero actúas como si no te importara, tus acciones no concuerdan con lo que dices. Si yo he llegado a pensar que no sientes nada por ella, ¿no crees que ella podría llegar a esa conclusión?
- —La amo, ¿de acuerdo? Pero si pudiera regresar el tiempo quizá habría hecho lo posible por no enamorarme. —Sus palabras me golpean con más fuerza que aquel *no*, el significado de lo que dice me hiere hasta lo más hondo—. Para no lastimarla ni atarla, porque merece a alguien…

Dejo de escuchar, doy un paso atrás y camino sin rumbo, buscando un lugar donde pueda refugiarme. Llego a un baño, abro el grifo y me enjuago la cara.

Me quedo quieta observando mi reflejo, el maquillaje corrido, la tristeza en mis ojos. Pronto los recuerdos me consumen, se vuelven una marea de imágenes, risas, reclamos y susurros. Yo besando a Oliver ese día en la fiesta, él pintando un mural, cayendo del patinete, pasándome el humo de su cigarrillo, haciéndome el amor. Tengo que abrir la boca para no soltar un quejido de dolor.

Yo ya no puedo.

Tuve tanto miedo de perderlo y no quiero sentir eso de nuevo, no puedo permitir que una persona se meta en mis entrañas y me robe el aliento si no está. Ya he perdido suficientes cosas en mi vida como para quedarme aquí a contemplar cómo él no quiere amarme, no voy a dar todo por él ni voy a apostar por nosotros si le cuesta hacer lo mismo. Lastimé una vez a alguien, no podría hacerle lo mismo a Oliver Doms, no podría quedarme y ver cuánto le cuesta estar conmigo.

Duele saber que para mí fue un deseo, para él fui algo inevitable; fue una elección, él no pudo evitarlo; yo disfruté mis sentimientos, él no tuvo más opción.

Me limpio las lágrimas, vuelvo a lavar mi rostro. Tomo todo el aire que puedo, me lleno de fuerzas y salgo de la cueva. Paso la puerta que ahora está cerrada y voy hacia la recepción, la enfermera me sonríe una vez más.

—¿Todo bien? —pregunta con alegría.

Le entrego el pase.

—Lo estará —susurro.

Sin decir más, me apresuro a entrar al elevador.

Antes de salir del hospital ya he tomado una decisión.

treinta y cinco

Me quedo quieta contemplando al alumnado, hay algunos bailando en la pista, otros se encuentran junto a la mesa de bocadillos, y los que restan están sentados en las gradas del gimnasio; pero, si de algo estoy segura, es de que se están divirtiendo.

La decoración es perfecta, hay globos de colores pegados al techo y uno que otro deambulando en el suelo. Las luces estroboscópicas hacen que lo que antes era aburrido ahora se vea mágico. Todo esto sucedió gracias a Natalie Drop, pues prácticamente no hice nada más que aceptar las propuestas que otros dieron. Hizo un gran trabajo.

El director asiente, de pronto la música se detiene y yo tengo que acercarme al micrófono. Los escenarios nunca me han gustado, disfruto más mirando el espectáculo. Sin embargo, todos están esperando que la presidenta de la sociedad de alumnos diga algo para decir adiós. La graduación ha llegado y en unas cuantas horas dejaremos atrás lo que vivimos aquí.

Primero se quejan, protestando por la falta de música, entonces me aclaro la garganta, una luz me ilumina dejándome ciega por unos segundos. Veo los rostros de un montón de chicos y chicas, ellos me miran a mí. Shawn está junto a Natalie, los dos levantan los pulgares al mismo tiempo, sonrío un poco.

—El día que estuvimos esperando durante tanto tiempo al fin ha llegado, y estoy segura de que la mayoría tiene tanto miedo que desearía regresar al pasado para volver a sentarse en los pupitres del salón de clases por primera vez, volver a sentir la emoción que daba decorar cada año las puertas de nuestros casilleros, hacer una prueba para entrar a algún taller. Las cosas ahora serán diferentes, tendremos que audicionar para seguir viviendo el papel del resto de nuestras vidas, ¿quién asegura que lo haremos bien y que nuestra obra

recibirá buenas críticas? El futuro es más incierto que el infinito, el futuro no se puede medir, el futuro ni siquiera existe. Entonces, ¿por qué nos preocupamos tanto por él? —Guardo un minuto de silencio y continúo el discurso—: Porque duele despegarse de lo conocido, duele emprender nuevos caminos que quizá nunca más coincidirán con las personas que hoy amamos, duele porque no tenemos la certeza de que nuestros esfuerzos valdrán la pena. ¿Qué podemos hacer? Guardar en la memoria los recuerdos que nos sacarán una sonrisa, los malos que nos dejan enseñanzas, lo que sí es seguro es que hoy estamos parados aquí y alguna vez no estuvimos seguros de lograrlo. ¡¡Fuerza generación 2017!! El futuro no existe, nosotros sí.

Una oleada de aplausos y gritos inunda la sala, doy un paso atrás para alejarme de la luz y regreso a la zona segura.

Media hora después un tumulto de estudiantes hace alboroto, entre ellos el equipo de fútbol americano. Entrecierro los ojos para enfocar, me sorprende ver la melena rojiza de Mirian, quien entra a la fiesta con pasos decididos. Lleva un vestido rosa pegado al cuerpo y tacones de plataforma. Brenda está junto a ella, creo que las dos siempre fueron grandes amigas, razón por la cual sentía que me excluían.

Ambas se separan cuando dos chicos las invitan a bailar, me gustaría tener la confianza de ir y preguntarle si está bien, no lo hago. Ya todos se están divirtiendo, incluso algunos profesores se han unido a los graduados en la pista. El director me da un asentimiento otra vez, indicándome que ya no hago falta, si las cosas fueran diferentes en este momento estaría bailando.

Darvelia, Cindy, Aisha y Kealsey me hacen señas para que me acerque, las cuatro se ven hermosas y rebosantes de alegría. Me gustaría acercarme, sin embargo, lo que menos quiero es arruinar esta noche especial para ellas. Me dan sonrisas tristes cuando señalo la salida.

Los padres de Kealsey descubrieron que estaba planeando escaparse a Nueva York junto con Aisha, primero sufrieron un ataque de ira, después aceptaron a regañadientes cuando aseguró que se iría de todas formas. Cindy y Darvelia se quedarán aquí en Nashville, la primera en la facultad de medicina, la segunda estudiará Diseño de Indumentaria.

Antes de que me gire para salir del gimnasio, Mirian alza la vista y se me queda mirando. Son cortos segundos que me parecen una eternidad. Una de sus comisuras se levanta ligeramente, no hay sarcasmo ni dobles intenciones en su gesto, de verdad espero que se mejore.

Salgo de la fiesta con cautela, deambulo por los pasillos desiertos e iluminados por la luz de la luna que entra por los ventanales. Me detengo frente a su casillero, tendrá que venir a recoger sus cosas antes de que la escuela cierre por las vacaciones de verano.

Esta mañana, mientras hacía mis maletas, algo cayó al suelo cuando manipulé unos pantalones de mezclilla. Mi pecho tembló al reconocer el cigarrillo que Oliver me regaló, tenía dibujos de soles y una frase que había olvidado hasta ese instante. Comencé a llorar porque él estaba tan triste y nunca me di cuenta de ello, él me ayudó a salir del pozo y yo no había hecho nada porque no tenía idea de cuánto dolor cargaba, nunca me dejó entrar. Lloré justo como ahora.

No quiero seguir dañando a las personas que amo, seguir obligándolas a que me quieran. No obstante, sí quiero ayudarlo y tal vez, solo tal vez, pueda motivarlo a luchar. Me gustaría verlo, estar ahí como él estuvo, pero temo que sea más doloroso de lo que pueda soportar.

Algunas personas dicen que no hay mayor acto de amor que dejar que el otro sea feliz sin ti. Yo amo a Oliver Doms, pero él se merece a alguien a quien pueda amar sin sentir temor, y yo merezco a alguien que me ame sin miedo.

Saco del bolso la paleta de caramelo con forma de corazón y la introduzco en su casillero resbalándola por las rendijas. Le pegué una etiqueta de color blanco en la que escribí una frase, creo que es la mejor despedida que puedo darle:

«Si no sabes qué hacer con la tristeza, endúlzala».

Una semana después pongo las maletas en el suelo, el boleto de avión está sobre el tocador, en unas horas estaré en Nueva York en un apartamento que alquilamos Aisha, Kealsey y yo. Sí, seremos compañeras de piso, estas chicas serán las únicas personas conocidas en esa ciudad desconocida. No voy a mentir, cuando les conté que aceptaría la beca se pusieron a gritar y me invitaron a vivir con ellas, el miedo a mudarme se esfumó y fue reemplazado por emoción.

Nos veremos mañana en el aeropuerto para irnos juntas, siento que es como una excursión escolar, solo que no hay boleto de regreso. Nuestros padres ya no están tan nerviosos porque no estaremos solas, nos haremos compañía.

Tocan la puerta a pesar de que está abierta, mamá me observa desde el umbral.

- —¿Puedo pasar? —pregunta, a lo que asiento. Recorre la estancia y se deja caer en el borde del colchón, mira sus manos—. No te quedes hasta tarde en las fiestas, ten mucho cuidado en las calles, Nueva York es muy diferente, me da miedo que te pase algo.
- —Tranquila, te hablaré todas las noches, ¿de acuerdo? —Ella alza la cabeza y asiente, viéndose más tranquila que al principio. De pronto, sus ojos se llenan de lágrimas.
- —Sé que no he sido una buena madre, Hanny, pero eres lo más importante que tengo, ¿lo sabes? No quiero que te vayas pensando lo peor de mí. —Un nudo se forma en mi garganta, automáticamente me aproximo y me dejo caer a su lado—. Perdón por ser tan cobarde y lastimarte, nunca me voy a perdonar por el daño que te hice y por obligarte a ser alguien que no eras, a vivir el infierno que yo vivía. La relación entre tu padre y yo nunca ha sido un cuento de hadas, aunque debo admitir que en gran parte fue por mi culpa, los dos cometimos errores y te hemos involucrado en ellos. Amo a tu padre a pesar de que ahora somos desconocidos, lo amo porque me dio a la hija más maravillosa del mundo.

Las dos estamos llorando, sin pensarlo me inclino y la abrazo.

Esta es Louise, mi madre.

—Te amo, mamá —susurro.

En la tarde voy a la casa de Jocie, hace unos días le conté que me iría por un buen tiempo y que solo volvería los veranos, se encerró en su habitación y se puso a llorar durante una hora, después bajó las escaleras corriendo y me abrazó muy fuerte, me pidió que no la olvidara. Me duele tener que dejarla tan pronto, todavía no hemos terminado de conocernos, no hemos pasado suficiente tiempo juntas, pero no puedo esconderla en la maleta, ¿o sí?

Le prometí que la visitaría antes de irme para despedirnos, también que la llevaría al famoso zoológico del Bronx si algún día iba a visitarme a Nueva

York.

Mi madre no ha vuelto a hablar de Jocelyn, no creo que la haya aceptado, pero al menos no dice cosas en su contra, así que intento no mencionarla por el bien de las dos.

Paso el resto del día dibujando y viendo películas, Jocie se queda dormida a eso de las once, deposito un beso en su frente y la cubro con la sábana antes de descender a la planta baja. Mi padre me está esperando en la sala, Ritta está trabajando y tuvo que quedarse para cuidarla.

Me siento a su lado soltando un suspiro.

- —La voy a extrañar —murmuro.
- —Nosotros también te extrañaremos, cariño —responde. Le doy una sonrisa y recargo la cabeza en su hombro—. Me enteré de lo de William.

Todo el mundo se enteró, por eso ninguno de los dos fue a la graduación. Los últimos días de clases fueron un infierno para Iveth, en los pasillos le decían cosas horribles, se la quedaban mirando y murmuraban rumores que no tenían sentido, así que un día simplemente dejó de asistir.

Liam no hizo nada para evitarlo, lo cual me decepcionó sobremanera, cualquiera esperaría que la defendiera, incluso si no siente nada por ella. No sé qué va a hacer Iveth, pero mi madre me contó que Liam aceptó una beca en una universidad fuera de la ciudad.

—Le va a dar el apellido, se harán cargo de los gastos del parto y William padre se encargará de depositarle una mensualidad a la pobre chica. Le recomendé que dejara que Liam se hiciera responsable de sus actos, que buscara un empleo de medio tiempo para que pudiera hacerse cargo del bebé, pero Baker prefiere que no se involucre demasiado y continúe con sus planes —dice papá.

Inmediatamente recuerdo a Oliver, pero, ¡qué despreciable me parece ahora el señor Baker!

- —Oliver es medio hermano de William —suelto.
- —Lo sé, cariño, tu madre también lo sabe, por eso no quería que salieras con él al principio. —Lo miro impactada—. Nunca lo había visto, pero sabía que asistía a la misma escuela que ustedes, cuando me lo presentaste identifiqué su nombre.

- --;Por qué no me lo dijiste? --pregunto confundida.
- —Porque no creo que importe, es decir, sí, llevan la misma sangre, pero no son familia, se criaron en dos ambientes distintos. Te veías tan feliz, no me agrada que esté en un grado más abajo, pero ha sufrido demasiado como para mirar ese pequeño detalle. Si yo hubiera visto algo mal en él te lo habría dicho. —Se queda en silencio durante un par de segundos—. Espero que ya esté mejor... ¿Sabe que te irás a Nueva York?

El otro día le mandé un mensaje a Benthor, su hermano, él me dijo que Oliver ya está en su casa guardando reposo y que se siente mucho mejor. Fue un alivio saberlo. Me preguntó si quería visitarlo, le dije que me daría una vuelta, sin embargo, no lo hice.

—Tarde o temprano se va a enterar.

La mandíbula de Eugene se desencaja, sus párpados se abren con asombro.

- —¿Estás hablando en serio, Hannah? A mí no me gustaría que mi chica se fuera de la ciudad sin despedirse de mí después de haber estado encerrado en un hospital. —Él se ve tan anonadado que luce gracioso.
- —No soy su chica —digo. La melancolía vuelve a atravesarme como cada vez que recuerdo este tema, el pecho empieza a doler y el corazón se siente pesado —. A Oliver no le gusta estar enamorado de mí, le duele quererme porque hago que recuerde a las personas que más odia. Una vez lastimé a Liam por lo mismo, por quedarme a pesar de que sabía que él no quería estar a mi lado. No permitiré que ocurra eso con Oliver porque no quiero herirlo, no quiero torturarlo, quiero que sea feliz.

Se queda en silencio y asiente como si comprendiera, cuando creo que no dirá más, se aclara la garganta.

—A veces las personas que se aman no pueden estar juntas —murmura y se queda mirando la nada como si estuviera pensando en alguien—. Y a veces no importa que intentes separarlas, el destino se encargará de juntarlas.

Abro la boca para responder, pero vuelvo a cerrarla al no saber qué decir.

Muy temprano por la mañana Kealsey, Aisha y yo abordamos el avión después de despedirnos de nuestras familias. Las tres nos sentamos una al lado de la otra y nos ponemos el cinturón de seguridad.

—Estoy tan eufórica que quiero vomitar —suelta Kealsey, sus ojos brillan con intensidad.

Suelto una risita.

—No puedo creer que de verdad esté pasando esto —dice Aisha dándole una mirada a lo que nos rodea como si quisiera asegurarse de que estamos en el avión.

Yo miro por la ventana, no hemos despegado, pero pronto lo haremos y no quiero perderme ese momento. Extrañaré a mis padres, a mi abuela, aunque sé que los veré en invierno, tal vez antes, pues no creo que mamá se resista a visitarme. También extrañaré a Oliver, me repito una y otra vez que estoy haciendo lo correcto para no bajarme del avión e ir a buscarlo.

Hace un par de meses mis planes eran estudiar Leyes en la misma universidad que Liam, el día de hoy no sé en qué estaba pensando. Sonrío ante tal pensamiento, espero que esa Hannah, la que agachaba la cabeza y dejaba que todos la pisotearan ahora esté tranquila y feliz en alguna parte de mi corazón. Me costó tanto encontrarme, pero lo hice, estoy aquí y no hay otro lugar en el que quiera estar.

El avión despega y se aleja del que hasta ahora ha sido mi hogar. Arrebato una lágrima que resbala por mi pómulo, no hay marcha atrás.

—Adiós —me despido por alguna razón, me despido de él, aunque no pueda escucharme, aunque tal vez cuando se entere que me he marchado vaya a odiarme.

Le digo adiós, aunque tal vez vaya a amarlo toda la vida.

treinta y seis

OLIVER

Algo anda mal.

No fue a visitarme al hospital ni una sola vez, tampoco me llamó, no respondió el mensaje donde me disculpaba por no poder acompañarla a su fiesta de graduación.

Me aseguraron que la habían visto preocupada por mí, que no había parado de preguntar cómo me encontraba, que se sentó en una banca del pasillo y no se despegó de ahí hasta que les avisaron de que estaba bien.

Pensar en ella sola y triste en una silla me dolía, nunca quise que se enterara de mi enfermedad de la peor manera, nunca quise que se enterara de lo jodido que estoy, de que tal vez en cualquier momento a mi corazón se le ocurra latir más rápido, se le ocurra matarme. Nunca quise que se enterara así de mi parentesco con los Baker, no obstante, tampoco había planeado cómo decírselo.

La quería conmigo sin tener que explicar demasiado, deseaba vivir el momento; pero ella no es solo un momento, es más que eso. Mucho más.

Al principio me daba pavor enfrentarla y darle explicaciones, le dije a Ben que no quería verla, que le dijera que se fuera, pero él no pudo decirle porque no la encontró, una enfermera la vio salir de la clínica. Luego los remordimientos empezaron a carcomerme, al igual que la ansiedad, necesitaba que habláramos, contarle todo lo que no me había atrevido a decirle.

Esperé que volviera, sin embargo, no regresó, simplemente se esfumó.

¡Y maldita sea! ¡No podía levantarme y largarme para buscarla! Estaba amarrado al puñetero reposo, el médico dejó que me fuera del hospital, pero me hizo prometer que descansaría y no me agitaría hasta que él lo autorizara. Intenté salir, no obstante, me atraparon antes de que pudiera abandonar la alcoba.

Benthor y mamá intentaron calmarme diciendo que seguramente estaba herida por lo que había pasado aquel día en el estacionamiento de la escuela, que prefirió irse después de comprobar que estaba estable.

No lo sé. De verdad que no lo sé.

Hannah es noble, piensa primero en los demás, tuvo que haber pasado algo como para que se fuera sin más, sin hablar conmigo, irse despreocupadamente no es algo que ella haría. Y si lo hizo es porque está pensando lo peor de mí.

Estoy perdido en mis pensamientos, no me doy cuenta de que el cardiólogo me está hablando hasta que truena los dedos frente a mi cara. Parpadeo para enfocarlo.

- —Perdón, no lo escuché, ¿pasa algo? —pregunto.
- —No, solo preguntaba si presentas alguna molestia. —Se queda en silencio esperando mi respuesta. Niego con la cabeza, la verdad es que el malestar y el cansancio ya no están, han pasado unas cuantas semanas, me siento como yo, no como ese muerto viviente sin rumbo. Él sonríe, satisfecho—. Perfecto, tu pulso y presión arterial han regresado a la normalidad, ya no hay peligro. Por tu bien te voy a pedir que te tomes los medicamentos y sigas el tratamiento, cuando tu cuerpo se acostumbre entonces podrás seguir con tus actividades físicas regulares. Eso sí, no puedes fumar.
- —Voy a vigilarlo —suelta mi madre, su mano está apretando suavemente mi hombro. Sonrío y giro los ojos.

Una vez que el doctor me da de alta, los dos salimos del consultorio. Le pedí a Lenny que me esperara afuera, estaba seguro de que la revisión saldría bien, no voy a perder más tiempo. Me despido de mamá, quien me suplica que vuelva a casa apenas hable con Hannah, incluso me motiva a llevarla si es que arreglamos nuestros problemas.

- —Hey, hermano —dice Lenny como saludo apenas entro a su coche.
- —Hey —respondo.

Le doy la dirección del apartamento del padre de Han, es sábado por la tarde, así que espero que se encuentren en casa.

Me aterroriza la idea de mostrarle todo lo que soy y que no sea suficiente, de que un día decida abandonarme, tengo miedo de decepcionarla y que me deje.

Estoy enamorado de Hannah Carson.

Necesita saberlo. Necesita saber que cuando dije no, me moría por gritar sí.

Lenny se detiene en un espacio del complejo departamental. Suelto un suspiro profundo, del bolsillo de mi pantalón saco la cajita de terciopelo.

—¡¿Qué demonios es eso?! —Giro la cabeza con violencia al escucharlo y lo miro con la ceja alzada, pero no me está mirando. Sus ojos desorbitados están sobre la caja de color negro, la señala con el dedo índice como si fuera una cría del infierno—. ¡¿Le vas a proponer matrimonio o qué mierda?!

Se me escapa una carcajada por el tono de espanto que emplea, lo que dice no está muy alejado de la verdad, me repongo aclarándome la garganta. Analizo el cubo con atención, quería darle algo especial al final del baile, un regalo significativo para los dos. Le quería dar una promesa.

Antes de que se enterara de la verdad y de cagarme en nuestra relación, había planeado estar junto a ella toda la velada y darle la sortija. Compré dos anillos, los más sencillos que pude encontrar, uno para ella y uno para mí. Quería que fueran un tipo de enlace, iba a confesarle mis sentimientos, prometerle que me esforzaría en las clases para encontrar una buena universidad, le agradecería por inspirarme a ser mejor persona.

- —No tengo nada estable que ofrecerle por ahora, ¿cómo podría proponerle matrimonio? Solo es un obsequio de graduación —digo.
- —Menos mal, ya iba a encender el coche, creí que habías enloquecido. Suspira. Chasqueo la lengua, mas no respondo nada. Abro la puerta del copiloto y pongo un pie afuera—. ¿Te espero?
 - —No, no te preocupes.

Tengo esperanzas, podemos arreglar los malentendidos y empezar de nuevo, sin mentiras, sin juegos. Solo ruego para que ella piense lo mismo.

Una vez frente a la puerta del apartamento, respiro profundo, me mentalizo antes de tocar. Me pongo nervioso cuando escucho pasos acercándose, abren de

golpe sin preguntar quién es. El padre de Hannah abre los párpados al reconocerme.

- —Buenas tardes, señor Carson, ¿está Han? —Él se queda en silencio, me regresa la mirada con el rostro imperturbable. Quizá Hannah le contó lo que sucedió y ahora está pensando cómo deshacerse de mí, así que me adelanto—: Me urge hablar con ella.
- —Verás, hijo... —Suelta un suspiro. Se vuelve a quedar enmudecido, aplana los labios un par de veces y se rasca la barbilla como si no encontrara las palabras adecuadas—. Hanny no está, se fue de la ciudad.

Respiro profundo, me digo que seguramente se fue de vacaciones, es verano y se graduó, lo normal es que vaya a festejarlo, ¿no? Pero esa sensación desagradable se asienta en mi pecho una vez más.

Algo anda mal.

- -¿Cuándo regresa? —cuestiono tragando saliva.
- —¿Quieres entrar? —cuestiona al tiempo que abre la puerta y se hace a un lado para dejarme pasar. Acepto adentrándome, el camino al sofá lo hago mirando hacia todas partes por si se está escondiendo en alguna parte.

Me dejo caer en el sillón, esperando que el señor Carson se siente también, pero se dirige hacia una mesa y obtiene una hoja doblada que, posteriormente, me entrega. Un sabor amargo me embarga la boca, por alguna razón no quiero leer, sin embargo, saber que tal vez ahí encontraré la respuesta a tanto misterio hace que desdoble el papel.

Mis ojos leen las oraciones como si se tratase de algo simple de asimilar, inspecciono la fecha, su nombre, por si estoy alucinando ya. Repito la lectura como si fuera un círculo vicioso que no puedo romper.

No va a regresar.

—Lo siento —susurra su padre con aire melancólico.

Un vacío se extiende en mi pecho, un dolor punzante me recorre las entrañas y se enreda a mi alrededor, me perfora el corazón. La aprehensión me asfixia como nunca, siento que alguien me mantiene sumergido en el mar y no me deja salir a respirar. Tengo que abrir la boca, tengo que dejar de mirar.

Cierro los párpados queriendo aguantar las lágrimas que escuecen y se vuelven insoportables.

Mil preguntas se arremolinan en mi mente como tornados, ¿cuándo? ¿Por qué no me lo dijo? Puedo aceptar que se fuera, que deseara cumplir sus sueños en un lugar lejano. Puedo entender que se haya alejado después de que mandé todo al carajo. No obstante, lo que resquebraja el alma es que se haya marchado sin decirme adiós.

—No se despidió de mí —murmuro con un nudo que me quiebra la voz, apenas puedo hablar, apenas puedo respirar. Mi garganta quema, mis dedos hormiguean, el mundo se me cae.

—Estabas en el hospital y no quería que te pusieras mal. —Apenas lo dice descarto esa opción. No, ella no se hubiera ido por ese motivo, ella simplemente se habría quedado hasta poder contármelo—. Puedo darte el número de su apartamento…

Abandono la carta donde le dieron la noticia de que había sido aceptada en una universidad de Nueva York. El señor Carson me ofrece un papel mal recortado con una serie de números, lo tomo, aunque sé que no voy a llamarla. Estoy demasiado roto ahora como para torturarme escuchando su voz sabiendo que no quiere hablarme.

Yo, Oliver Doms, estoy destruido. Ella me ayudó a revivir las piezas magulladas de mi corazón, las que creí que ya no existían, las que otros habían abandonado. Me llevó a un punto donde creí que podía ser feliz, que podíamos espantar a mis demonios juntos. Si por ella quise ser mejor persona, ¿ahora qué voy a hacer?

—Gracias. —Me aclaro la garganta antes de que termine de romperme frente a él—. Tengo que irme.

Sin más, me levanto y me dirijo a la salida, me marcho del apartamento porque siento que el oxígeno se me termina. A esto me refería, justo a esto. Finalmente se dio cuenta de que merece a alguien que no esté acomplejado, alguien a quien no le cueste expresar sus sentimientos, alguien lo opuesto a mí.

Hannah se fue.

Ya no voy a ver sus ojitos azules centelleando ni esos labios regordetes rogándome besos. No podré cepillar las hebras suaves de su cabello, ya no veré su perfecta sonrisa ni olfatearé su exquisito aroma. Mi mano ya no rodeará su

cintura ni podré abrazarla cuando quiera llorar, no estaré ahí cuando se sienta tan triste que quiera esconderse detrás de una pared.

La perdí.

Doy una bocanada de aire, ya que estoy en el exterior, pero no me siento mejor, definitivamente se siente peor, pues el mundo es tan grande y tal vez vaya a olvidarme. La rabia me invade, corre por mis venas y se escabulle por todo mi organismo creando mareas de fuego, reviviendo una rabia que no sentía desde hace mucho. Soy un imbécil de mierda.

Se siente justo como cuando supe que mi padre era Baker, cuando supe que prefería a su otra familia, cuando supe que no había sido suficiente. Se siente peor, pues él decidió abandonarme, yo hice que Hannah me abandonara.

—¡¡Mierda!! —vocifero.

Pierdo el control.

Veo rojo y nada más, veo ira. Arremeto contra lo primero que se me cruza. Golpeo con los puños el cofre de un auto con tanta fuerza que logro abollarlo, la alarma suena, pero es un sonido lejano retumbando en mi cabeza. Rompo una de las ventanas, mis nudillos comienzan a sangrar.

Sin importarme una mierda me doy la vuelta y corro, corro lejos de esa escena porque eso soy: un cobarde que huye. Escapé el día que arruiné el coche de Baker, escapé de casa durante unos meses para no tener que enfrentar a mi madre, escapé de la escuela y reprobé el grado, escapé de Hannah porque era demasiado, porque tenía miedo de enfrentarme al hecho de que estaba perdidamente enamorado.

Camino sin rumbo con la intención de calmarme, el enojo disminuye, pero la tristeza se queda y se hace más grande conforme los minutos transcurren. Tiempo después, harto de dar vueltas sin sentido, llego a casa. Cierro la puerta y me quedo parado en la sala, sin tener idea de qué hacer.

Benthor se asoma desde el interior de la cocina y me observa, su ceño se frunce.

—¿Qué pasó? —pregunta. Se aproxima al no obtener respuesta y se planta frente a mí—. Oliver, ¿qué sucedió? ¿Te mandó a la mierda?

Mamá también se acerca con extrema cautela.

Una risa sarcástica sale de mis labios.

—Habría preferido que lo hiciera —digo entre dientes. Exploto—: ¡¡Se largó!! ¡¡Se mudó sin decirme nada!! ¡¡No dejó ni una puñetera nota!! ¡¡Ni un jodido mensaje de texto!! ¡¡Nada!! ¿T-tan poco s-soy para ella? ¿N-no me m-merecía una despedida por lo menos? Quise mostrarle lo mejor de mí, pero la jodí, la herí porque solo hay pura mierda en mí. ¡¡Pura mierda!! ¡¡Soy igual que los puñeteros Baker!!

Entonces, histérico, me convierto en llanto y sollozos. Mis piernas tiemblan, alguien rodea mis hombros y me conduce a uno de los sillones. Es mamá.

—Shh, cariño, no digas eso, no hay nada malo en ti, eres una persona maravillosa que comete errores como todos. —Guarda silencio por un momento y continúa—. Tú no eres Baker, eres Doms, eres mi hijo y no tienes mierda, tienes un corazón enorme que sabe amar y tiene miedo, a veces el miedo nos hace cometer locuras. Está bien querer a las personas, cielo, está bien entregarte a los demás y demostrarles tus sentimientos, incluso si te causa pavor salir lastimado. No se trata de ser suficiente para alguien, se trata de unir sus flaquezas y salir adelante. No se trata de merecer a alguien, se trata de luchar con esa persona para ser mejores cada día.

—Me duele, mamá —me quejo. No solo duele, me quema.

Ella me abraza hasta que el llanto mengua y los sollozos se convierten en temblores. Se levanta y va por un botiquín para curarme los nudillos, desinfecta y limpia la zona.

—Cuando duele hay dos opciones: curas la herida, sigues adelante aún con las secuelas y te conformas con los resultados; o te rehabilitas y vas por ella.

Son vacaciones de verano, a pesar de que Lenny viene casi todos los días para sacarme a rastras de la casa, no lo ha logrado. No tengo ánimos, mi humor no es el mejor de todos y prefiero echar raíces en mi cama a ladrarle a la gente inocente.

Entendí el mensaje de mamá mientras curaba los pequeños raspones, el problema es que siento que es una fantasía, soñar con algo que probablemente ya terminó.

¿No dicen que los amores a esta edad están destinados a fracasar? Tal vez Hannah y yo ya dimos todo lo que teníamos que dar, después de todo, nos ayudamos a salir de los abismos en los que nos encontrábamos. Pero pensar en eso me causa desasosiego y dolor.

La puerta se abre de golpe, Benthor aparece en el umbral. No hemos hablado mucho acerca de lo que ocurrió hace unas semanas, creo que le asustó que llorara como un bebé.

—Eh, hombre, ¿podrías prestarme tu mochila? Iré de campamento con unos amigos, en la mía ya no cabe nada. —Se rasca la cabeza.

Asiento.

Él se dirige hacia la bolsa, la obtiene del suelo y vacía toda la mierda que hay dentro encima de la cama. Por lo general no llevo nada en la mochila, pero Ben tuvo que ir a sacar lo que tenía en mi casillero mientras estaba en el hospital.

- —¡Vete al infierno! —exclamo.
- —A ver si así te levantas de la jodida cama.

Se va apurado, miro el desorden y hago una mueca. Voy a acostarme encima cuando algo llama mi atención, desentona por completo junto a mis utensilios escolares descuidados. Es una paleta en forma de corazón. Definitivamente no es mía, así que la cojo con rapidez.

El alma se me cae.

Reconozco su letra, me siento desfallecer. Leo la frase más de cien veces, esbozo una sonrisa, si estuviera aquí le diría que la única que logra endulzarme es ella.

Por primera vez desde que me enteré de su partida me atrevo a guardar una esperanza, tal vez no todo está perdido.

No importa lo que tenga que hacer, no permitiré que sigamos huyendo.

treinta y siete

UN AÑO DESPUÉS

Empujo los lentes por el largo de mi nariz, doy golpecitos en la mesa con el lápiz sin dejar de observar la silueta.

Era tan mala dibujando que tuve que tomar un taller de dibujo, los primeros semestres tenemos que utilizar las técnicas que los maestros solicitan, así que no puedo usar recortes ni otra cosa que no sean los trazos. Mejoré un poco, solo un poco, mis dibujos siguen pareciendo jirafas escuálidas, me quitan puntos en la calificación por ello.

Las chicas están sentadas también, Aisha está cenando cereales con leche y Kealsey no para de hablar acerca de una fiesta, aparentemente genial, que harán en su trabajo. Keals no ha conseguido una beca, encontró un empleo en un bar en el que recitan poemas y tocan canciones, ella es la estrella de la guitarra, creo que está feliz, al menos eso es lo que dice.

Hago un esfuerzo sobrehumano para concentrarme, mañana tengo que entregar un trabajo importante y estas mujeres decidieron convertirse en loros. Si a eso le sumamos el escándalo que está haciendo alguien en el piso de arriba, sería mejor irme a la calle a hacer la tarea.

—Tienes que ir, Han —dice ella—. Habrá chicos guapos, Ralph me preguntó por ti otra vez.

Ralph es un compañero suyo que me sigue a todas partes cada vez que voy al bar, es un buen chico, solo que no es mi tipo.

—No salgo con chicos que tengan el cabello más largo que el mío ni que usen pantalones floreados que intentaré robar para usarlos —suelto sin

mirarlas, a pesar de que siento sus ojos fijos en mí.

La cocina se convierte en un recital de los chicos a los que he rechazado, que son casi todos los que me han invitado a salir. Acepté una vez ir a cenar con un tipo, él no paró de hablar de su colección de gatos de plástico, no me culpen por quedar traumatizada de por vida. No pueden decir que no lo intenté.

—Frederick usaba más gel antibacterias que jabón —empieza Keals.

Esto es algo típico en ellas, una vez que comienzan no paran, se divierten enumerándolos. Es como una batalla para ver qué pretexto es más divertido, una menciona uno y luego le sigue la otra.

- —Cuando Edgar sudaba parecía una cascada —le sigue Aisha.
- —Charlie era muy guapo, pero no sabía sumar dos más dos.
- —Tobías era alérgico al salmón.
- —Es mi comida favorita —susurro en mi defensa, encogiéndome de hombros.
 - —Clay lloraba cada vez que Edward dejaba a Bella.
- —¡¡Ya sé!! —exclama Aisha aplaudiendo—. La voz de Joe parecía la corneta de un payaso.

Kealsey suelta una risotada, acto seguido bufa como si la idea de perder la guerra fuera desagradable.

Giro los ojos.

Es mi turno de bufar cuando se vuelve a escuchar que arrastran muebles en la planta de arriba, me tallo la cara con frustración, ¿por qué se tuvo que mudar alguien justo hoy? El maldito apartamento estuvo solo durante seis meses, es como si el universo quisiera cagarse en mi tarea final.

- —Pero en serio, Hannah, necesitas tener citas y conocer nuevas personas, ha pasado un año —murmura Keals con cautela. Dejo el lápiz sobre la hoja y alzo la cabeza, la miro sin abrir la boca. ¡Aquí vamos de nuevo! Ella levanta las manos en señal de defensa—. No me mires así, si te lo digo es porque nos preocupas.
- —Nos preocupas mucho —señala Aisha asintiendo—. Sabemos que lo de Oliver fue muy doloroso para ti, pero tienes que seguir adelante, hay muchos chicos que se mueren por salir contigo y estoy segura de que si lo intentas encontrarás a alguien que valga la pena.

Suelto un suspiro de cansancio y masajeo mis sienes, no me agrada cuando lo mencionan, todavía sigue doliendo, todavía me sigo preguntando si lo que hice fue lo correcto. Muy en el fondo guardaba la esperanza de que llamaría o daría señales de vida después de enterarse de mi partida, sin embargo, no lo hizo.

Sé que las chicas tienen razón, que no puedo quedarme encerrada en una burbuja por el resto de mis días, pasa que simplemente no puedo hacer lo que me piden, no voy a engañar a alguien que no tiene la culpa.

—Las entiendo y les agradezco mucho que se preocupen, pero no estoy preparada para salir con chicos, no quiero salir con ninguno, y no creo que sea necesario tener citas para estar bien. Quizá más adelante, en este momento de mi vida tengo otras prioridades —suelto al tiempo que me pongo de pie y agarro mis cosas. El escándalo del nuevo habitante del complejo departamental me está sacando de quicio, no puedo hacer nada más que esperar que se instale pronto o tendré que hacerle una visita nada amigable. Tendré que terminar mi proyecto otro día—. Si me disculpan iré a dormir, mañana tengo que llegar temprano a la universidad.

Salgo de esas cuatro paredes que se cierran a mi alrededor. Nuestro apartamento es la cosa más linda del mundo, aunque es pequeño. En la estancia principal hay una salita de color celeste con botones, una mesita de metal, encima hay una flor rosada y un par de revistas que olvidé guardar el otro día. Tenemos un televisor viejo que funciona solo si ponemos videocasetes. No hay comedor, por lo que tuvimos que comprar una mesa pequeña que cupiera en la cocina.

Solo hay dos recámaras, las cuales son de Aisha y Kealsey, pues ellas dieron el depósito para alquilar el apartamento. Para que pudiera vivir aquí tuvimos que improvisar, hay una cortina de techo a piso que separa una parte de la sala, es mi puerta, lo cual no me agrada, ya que cuando quiero ser dramática no la puedo azotar. Lo que sí me gusta es que le puse luces y cuando todo está oscuro se ve genial.

Me dejo caer en la cama después de guardar mi trabajo, miro el techo y cierro los párpados. Venir a Nueva York ha sido una de las mejores decisiones que he tomado, a pesar de que extraño Nashville. También extraño a papá, a mamá y a Jocie.

A mi madre ya no le hablo todas las noches como al principio hacía, pero sí procuro llamarla una vez a la semana. Nuestra relación ha mejorado considerablemente, en Navidad vino a conocer la ciudad y a que celebráramos juntas el Año Nuevo cantando canciones en el karaoke y bebiendo ponche. Esa noche, antes de que dieran las doce, me confesó que estaba saliendo con alguien, ¡mi madre tiene novio! Se llama Burt, lo conocí días después en un restaurante de comida italiana, es un arquitecto simpático y amigable que habló conmigo cuando mamá se fue al baño, me aseguró que la amaba y que esperaba que nos lleváramos bien. Me sentí muy feliz porque ella... ella sonreía como nunca.

Jocie y papá me visitaron en primavera, hace unos cuantos meses. Fuimos al zoológico, tal y como les prometí, por un momento temí que ya no me recordara, pero se echó a correr y me abrazó fuerte apenas me encontró entre el tumulto de gente en el aeropuerto.

Mi padre y yo pudimos charlar, me contó que Oliver fue a buscarme semana y media después de que me marchara, le dio mi número telefónico. Ese día me dormí con el corazón roto en la soledad de mi improvisada habitación, pues nunca llamó, era duro darse cuenta de que me odiaba o que había sido un alivio que me mudara. También hablamos de otras cosas, recordarlo me hacía reír, pues él de verdad había estado preocupado por mi opinión.

Eugene me confesó que estaba enamorado de alguien, por un momento me quedé atónita, ¿por qué para mis padres era fácil seguir adelante y a mí me seguía doliendo que hablaran de cierto chico? Que estuviera enamorado no era lo que le preocupaba, más bien le angustiaba mi reacción cuando me enterara de quién se trataba. Ritta también vino, hablamos con sinceridad por primera vez.

—Entiendo si me odias, Hannah, debes saber que me dolería, porque tu padre te adora y lo que menos quiero es entrometerme entre ustedes o dañar su relación, nunca me lo perdonaría —dijo ella con la cabeza cabizbaja—. Me enamoré de tu padre cuando era una cría, me dolió en el alma el día que me dejó para irse con Louise, así que me largué de la ciudad. Cuando volví no lo hice con la intención de volver a verlos, mucho menos a tu padre, pues sentía que me había traicionado. Tampoco quería tener un hijo, el día que me enteré de que estaba embarazada,

Eugene me dijo que volvería a intentarlo con tu madre, no le dije nada, decidí que me haría cargo yo sola de Jocie. Un día me vio con el vientre hecho una bola, se lo tuve que decir. Nunca me atreví a imaginar que estaríamos juntos, que de verdad lo estaríamos, también es una sorpresa para mí y, si te soy sincera, es extraño.

- —No sé por qué mamá se metió entre ustedes, es algo que nunca lograré entender —solté con tristeza.
- —Porque el amor es inevitable y porque la próxima Coco Chanel tenía que nacer.

Ritta no es una mala persona y estoy feliz porque los sentimientos de mi padre son correspondidos. Además, Jocie es la niña más feliz del mundo desde que viven juntos.

De Liam no he sabido nada más que lo que publica en las redes sociales, y no son más que fotografías vacías, los Baker se alejaron de mis padres después de la graduación. Sorprendentemente, sí he hablado con Iveth un par de veces por correo electrónico, tuvo un lindo niño de ojos azules llamado Blake, se parece tanto a su padre que duele que él no quiera verlo. Estoy decepcionada de William y temo que siempre lo estaré.

Mis pensamientos se convierten en nubes difusas, en un instante me quedo dormida.

El semestre ya va a terminar, ya pasé los exámenes finales, mis notas no son las mejores, pero al menos no voy retrasada. Seré libre apenas termine y entregue mis proyectos.

El subterráneo llega a mi destino, solo tengo que caminar unas cuantas calles. Llevo los auriculares puestos, tarareo *Power* de Little Mix, esa canción siempre hace que me sienta mejor, como que se acomoda al ritmo de mis pasos o yo quiero pensar que fue hecha para acompañarme.

Vislumbro mi edificio y suelto un suspiro, estoy cansada, espero que la persona que se acaba de mudar no siga con su escándalo o realmente me volveré loca. Lo bueno es que las chicas llegarán más tarde, tengo tiempo para terminar mi diseño y tomar una siesta.

Voy a ingresar pasando las puertas de cristal, el vigilante articula palabras que no logro escuchar, me detengo en seco y me quito los audífonos.

- —Buenas tardes, señor Billy, ¿sucede algo? —pregunto con una sonrisa. Es un hombre canoso y gordinflón, es atento y educado.
- —Disculpe que la moleste, señorita Carson, los vecinos harán una reunión el sábado a las once de la mañana para darle la bienvenida a los nuevos inquilinos y porque algunos quieren contratar a alguien que se encargue de asear los pasillos. —Asiento. Voy a abrir la boca para darle las gracias, me quedo quieta al escuchar sus palabras—. La persona que estaba esperando ya está en su apartamento.

Frunzo el ceño.

- —¿Qué persona?
- —El joven, no me dijo su nombre, pero traía las llaves del apartamento dice él con los ojos bien abiertos, viéndose serio.
- —No, no, tal vez se equivocó, yo no le di las llaves a nadie —aseguro poniéndome nerviosa. ¿Tal vez las chicas invitaron a alguien? Pero esa opción me resulta extraña, ya que Aisha y Kealsey dijeron que irían a la fiesta del bar donde trabaja Keals.
 - —No, él dijo que venía con Hannah Carson y que usted le dio las llaves.
- —¡Oh, señor Billy, le dijo mentiras! —exclamo desesperada agitando las manos—. ¡¡Llame a la policía!! ¡¡Llámelos ahora!!

Me acerco al elevador a toda velocidad, este se abre, con rapidez tecleo mi piso. Los minutos que se tarda en subir y en dejarme salir me parecen una eternidad. Dios, lo que menos necesitamos es que un imbécil venga a robarnos. El señor Billy no debería ser tan amable, debería patear culos.

Camino hacia la puerta del apartamento con cautela y angustia, al tiempo que saco un bote de gas pimienta, mi madre me lo regaló porque estaba preocupada, le aseguré que nada malo pasaría. ¡Y ahora me encuentro en esta horrible situación! ¡Un intruso está en mi apartamento!

¿Entro despacio o abro sin vacilación?

Me decanto por la segunda opción.

La puerta está entreabierta, así que solo tengo que empujarla, le doy una patada con la bota y doy un paso. Mi alma está pendiendo de un hilo.

El gas pimienta se me resbala de las manos, cae en el suelo causando un estrépito.

Tengo que abrir la boca para poder respirar. Mi corazón se dispara.

Está dándome la espalda, pero sé quién es. Tal vez estoy alucinando, quizá es producto de mi imaginación, sin embargo, se ve real, muy real.

Se da la vuelta y me quiero morir. Mierda, mierda, mierda. Él está aquí.

—¿Me recuerdas? —pregunta alzando una ceja.

Me quedo enmudecida debido al asombro, no puedo formular nada coherente en mi mente, estoy en blanco. Sus ojos se desconectan de los míos por un minuto y me recorren de arriba abajo. Mis piernas tiemblan, aun así, doy pasos hacia atrás cuando comienza a acercarse como si me estuviera cazando.

Salgo del apartamento, él no se detiene, termino estampándome en una pared del pasillo.

- —Mierda —susurro entre dientes.
- —Jamás hubiera imaginado que esa boquita santurrona dijera cosas tan grotescas.

Oh, doble mierda, recuerdo que él dijo eso una vez.

Tengo que alzar la vista para poder enfocarlo, me quedo perdida en sus ojos verdes, extrañé tanto mirarlos.

Coloca las manos en cada lado de mi cabeza, atrapándome contra la pared. La adrenalina me sumerge en una marea que me eleva y me hace caer, no puedo apartar la mirada de la suya. Se me seca la boca, mis terminaciones nerviosas se descontrolan, quiero cerrar los espacios entre los dos y al mismo tiempo respirar algo que no sea su respiración.

Ha pasado un año desde la última vez que lo vi y tenerlo cerca me sigue afectando de la misma manera, o incluso más.

- —¿No sabes hablar? —Su pregunta es un susurro—. ¿Por eso no te despediste o hay otra explicación?
 - —¿Q-qué haces aquí?
 - —¿Tú qué crees?

Sus gestos no me dicen nada, me gustaría meterme en su mente y averiguar qué piensa de mí.

—¿Estás enojado? —cuestiono rogándome calma, respiro profundo, pero su aroma solo logra aumentar las ansias.

Sus ojos estudian mi rostro, está tan cerca, solo tengo que estirarme para capturar sus labios, sin embargo, no sé si eso vaya a gustarle. Mi corazón late tan rápido y se siente tan bien que no me importa si vino a reclamarme, pude verlo otra vez.

- —¿Enojado? Enojado es poco, estoy furioso, estoy ardiendo en la ira murmura.
 - —No puedes enojarte, tu corazón podría...
- —Puedo enojarme —interrumpe sonriendo de lado—. Tomé las medicinas todo un puto año para poder enojarme en este momento.

Trago saliva con nerviosismo.

—N-no quiero que te pase nada.

Mi pecho se inflama cuando sus gestos se suavizan, solo entonces me atrevo a rodear su cuello acariciando su pecho en el camino, no puedo controlarme, cuando se trata de él nunca puedo hacerlo.

Mi acto lo descontrola, es como si hubiera estado esperando una señal para actuar. Sus brazos me envuelven la cintura, me aferran a su cuerpo como cadenas y me arrastran al interior del apartamento. Cierra la puerta, de un momento a otro me estampa en esta, puedo sentirlo por todas partes.

- —¿Por qué me dejaste? —pregunta. Aunque no lo ha dicho puedo ver en su cara que lo lastimé, sabía que irme podía herirlo, verlo es más doloroso que imaginarlo.
- —Te escuché hablando con Ben —me apresuro a responder—. No quería que me amaras si no deseabas hacerlo.

Sus párpados se cierran, su frente se apoya en la mía, siento su aliento combinándose con el mío.

—La mitad de las cosas que decía eran basura, Han, me arrepentí apenas lo dije. ¿Cómo no voy a querer amar a la única persona que me hace feliz? Eras un sueño para mí, te deseaba con tanta fuerza que me dolía no tenerte y verte con otro; pero nunca quise dañarte, jamás se me cruzó por la mente utilizarte. Lo siento tanto, cariño, lamento haberte lastimado, lamento haber sido un idiota. Tenía tanto miedo de enamorarme de esa manera, me superaba, sentía

que no lo merecía, que en cualquier momento me despertaría y tú ya no estarías, entonces eso me rompería, pues tendría que enfrentarme a la idea de que en verdad no valía la pena y que por ese motivo todos me abandonaban. Vi una escapatoria ese día en el estacionamiento y fui cobarde, egoísta. —Su nariz acaricia la mía, sus párpados se abren y revelan unas pupilas brillantes—. Sigo teniendo miedo porque tal vez un día mi corazón vaya a explotar por tenerte cerca.

Lo miro horrorizada, él suelta una risita ronca y me aprieta más.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Hannah Carson, pero eso ya lo sabes porque nunca pude resistirme a ti, ¿verdad? —Su tono bajo me hace estremecer, recordar sus manos sobre mí, sus labios—. Sé que has escuchado muchos pretextos a lo largo de tu vida, soy consciente de que tal vez los míos no signifiquen nada, pero te prometo que si me das una oportunidad voy a hacer que valga la pena. Te amo, solecito, y no deseo amar a nadie más, no deseo estar con alguien que no seas tú. No sé si ya me olvidaste, te advierto que no pararé hasta reconquistarte.

Me besa duro. Y me derrito.

Devora mis labios, una de sus manos asciende por mi columna para sostener mi cabeza. Le sigo el beso con la misma energía, con la misma desesperación, con el mismo deseo. Me transformo y pierdo el sentido, me abandono y me dejo llevar.

Minutos después se echa hacia atrás para poder respirar, sus labios están hinchados, su mirada es más oscura que al principio.

Ambos sabemos qué va a pasar, qué es lo que queremos hacer antes de seguir hablando. Salgo de su agarre y le cojo la mano, lo arrastro por toda la estancia hasta llegar a mi intento de habitación, él observa la tela con curiosidad, mas no dice nada al respecto.

Se aproxima de nuevo una vez que estamos escondidos y vuelve a tomar mis labios, solo que esta vez lo hace con más suavidad, con más candor y paciencia. Me quita la ropa rozando mi piel con sus yemas, erizando mis poros. Yo le regreso el favor porque me muero por ponerle las manos encima. Nuestras prendas caen, nuestras pieles se unen.

Me tiende en la cama y se ubica en medio de mis piernas, apreso su cadera y disfruto de los roces que me llevan a otra dimensión. Besa todos los lugares existentes en mi cuerpo, sus dedos tocan sitios que había olvidado y luego me hace el amor con ternura.

Las sábanas nos envuelven, mi cuerpo desnudo descansa sobre el suyo, una de sus manos acaricia mi espalda impartiendo caricias lentas. Me remuevo para refugiarme en su cuello, le doy besos en esa zona, su estremecimiento me hace sonreír. Con el dedo índice dibujo figuras deformes en su hombro.

Ahora que la nube de lujuria, necesidad e impresión se ha marchado, me quedo enmudecida, porque no sé qué decir. Pongo mi palma sobre su pecho y siento los latidos de su corazón para asegurarme de que está bien.

- —¿Qué piensas? —pregunta al tiempo que deposita un beso en mi sien.
- —En que estoy muy cómoda y no quiero moverme. —No quiero hacerlo, su calor me hace sentir segura. No me apetece explotar la burbuja en la que nos encontramos. Esto es mágico, pensé que no lo volvería a ver o que terminaríamos olvidando lo que tuvimos, jamás se me ocurrió que él me buscaría, aunque sí lo soñaba.

Permanece en silencio durante unos minutos, luego suspira.

- —Ben no creció con un padre, pero el señor Davies murió, el mío me abandonó, siempre lo supe, por eso mamá me dio su apellido, no hay que ser un genio para averiguarlo. La verdad me daba igual, yo era feliz. Iba a la escuela y, aunque nunca fui el mejor en clases, aprobaba los exámenes. Me gustaba una hermosa rubia que a veces parecía un delicioso panecillo cubierto de betún. Muerdo mi labio para no sonreír—. Me sentía como un idiota, Lenny me lo repetía todo el tiempo, pues solo hablaba con ella cuando necesitaba que pusiera en la radio escolar algún aviso de la sociedad de alumnos, además tenía novio. Mirian se dio cuenta de que babeaba por esta chica y se acercó a mí, me utilizó para saciar su ego, para sentirse mejor creyendo que por ella olvidaría a Hannah Carson, ¿la conoces?
 - —No logro recordarla —murmuro sin dejar de sonreír. Él suelta una risita.
- —Entonces, de la nada, toda mi vida se fue a la mierda. —La alegría se me escapa, mis brazos rodean su cuello y lo aferran. Sus dedos no dejan de acariciarme, de moverse por todo mi cuerpo y relajar los puntos que se tensan

de vez en cuando—. La señora Baker fue a gritarle al hospital a mi madre, yo estaba ahí, me refugié en mi enojo y egoísmo. Nos enteramos de lo de mi enfermedad, Mirian hizo que todos pensaran que era un pervertido, destrocé el auto de ese tipo, me fui de casa durante unos cuantos meses y le grité cosas horribles a mamá, dejé de ir a la escuela, por lo tanto, reprobé el grado. El maldito Baker...

Se detiene de golpe, hay dolor en su voz, puedo sentirlo y no quiero que siga torturándose.

- —No tienes que contarme.
- —Sí, quiero hacerlo —suelta. Vuelve a besar mi frente antes de continuar—: Baker se aprovechó de mi madre, ella perdió a su marido, estaba sola y triste, con un niño pequeño. Le hizo promesas, la engañó. Un día mamá lo vio en el periódico, estaba casado.

¿Qué mierda está mal con él? No puedo creer que durante muchos años compartimos la misma mesa, jamás imaginé que podía ser tan malo, no tiene escrúpulos. Hasta siento un poco de pena por Liam, tuvo la mala suerte de que manejara su vida, me temo que es un mero títere de su padre.

- —Así que lo odié, odié a su familia y a todo lo que tuviera que ver con él.
- —¿Por eso eras un majadero conmigo? —cuestiono.
- —Cariño, en serio, ya nadie usa la palabra *majadero*. —Abro la boca para responder, no quiero que evada mis preguntas, sin embargo, me interrumpe—. Sí, tenía la estúpida idea de que si resaltaba tus defectos dejarías de gustarme, pero, ¡demonios! Me gustabas más y más.
 - —¿Por qué no me lo dijiste?
- —Lo nuestro fue como una bomba, Han, pasó tan rápido que todavía no puedo entender cómo te enamoraste de mí si era un patán. Salimos a escondidas, un día estábamos bien y al otro día no nos hablábamos. Nunca fuimos claros con nuestros sentimientos, me daba pavor que me odiaras, que pensaras que era como Liam, pero de nada sirvió porque te lastimé y llegaste a esa conclusión.

Mis párpados se cierran con dolor al recordar lo que le dije, lo que alguna vez pensé de él.

—Lo s-siento —murmuro con la voz temblorosa.

—No, no, tú no tienes que sentir nada, solecito. —Se me escapa un grito ahogado cuando me da la vuelta con violencia para quedar encima de mí, me clava en el colchón. Soplo un mechón de mi cabello que no me deja mirarlo y sonrío—. ¿Cómo ibas a saber lo que sentía si nunca te lo dije? Solo quiero que te quede claro que en ningún momento se me ocurrió hacerte daño, sí llegué a pensar que estabas jugando conmigo, porque, ¡vamos! ¡Me besaste a la fuerza! Prácticamente me succionaste el alma.

Me carcajeo.

—¡¡Mentiroso!! —exclamo divertida—. ¡¡Tú me abrazaste para que siguiera besándote!! Solo te iba a dar un besito, tú me convertiste en tu almuerzo. Y los días siguientes me perseguiste fingiendo indignación, confiesa ya que te encantó que te besara.

—Me fascinó que me besaras. —Su timbre bajo y ronco me hace estremecer —. Tus labios gruesos, tu sabor, tu cuerpo pegándose al mío, tu respiración agitada, tu cabello entre mis dedos, tu maldito aroma fundiéndose a mi mente... Todo me fascinó. Solecito travieso, ahora confiesa que te morías por mí.

Mi corazón palpita muy rápido, aferro sus hombros y lo atraigo hacia mí. Me aclaro la garganta.

—Lamento haber sido una lunática, estaba muy confundida porque me costaba aceptar que sin darme cuenta me había enamorado de ti. Tardé demasiado, tenía miedo de entregarte todo y que me lastimaras, estaba cansada de dar todo de mí y no recibir nada a cambio. —Me observa con atención, casi sin pestañear. Prosigo—: Quería decirte muchas cosas, nunca me atreví a hacerlo. Oliver, tú nunca fuiste el villano de la historia, tal vez no eras el héroe ideal que vomita flores y monta caballos de colores, pero eras el indicado para mí. No necesitaba a alguien que me alabara y creyera que era perfecta, sino a alguien que me abriera los ojos. Tú me viste, realmente me viste cuando todos los demás eran felices observando mi máscara, y no te asustaste al encontrar mis defectos. Gracias a ti comprendí y acepté que mi vida era un desastre en todos los aspectos existentes, al descubrir eso quise luchar. Mi mundo cambió, estoy aquí en Nueva York haciendo algo que ni siquiera sabía que amaba, si tú

no hubieras llegado a mi vida probablemente habría sido infeliz. Fuiste mi efecto mariposa, el efecto Doms.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

- —Confirmado, estabas loca por mí —susurra, a lo que giro los ojos.
- —Te amo —murmuro.

Aspira aire, sus brazos se debilitan, por lo que cae encima de mí.

- —Gracias al cielo, hablabas en pasado, por un momento creí que ya no sentías lo mismo y me estabas dando las gracias —dice soltando un suspiro de lo que creo es alivio. Lo envuelvo con mis brazos y con mis piernas—. Yo también te amo.
 - —Somos unos tontos, solo teníamos que hablar y aclarar las cosas...

Un estruendo nos hace callar, se escuchan pasos y risitas en la entrada, Aisha y Kealsey entran al apartamento hablando. Oh, ellas se lo van a hacer encima cuando vean a Oliver

—Creo que tenía que pasar —murmura él llamando mi atención—. Tú buscaste lo que necesitabas para ser feliz, yo también. Encontré un empleo, luché para graduarme, hice un portafolio para conseguir una beca en una buena universidad y vine por ti.

Trago saliva.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto un tanto angustiada. Hasta ahora me doy cuenta de que estamos en una encrucijada, estamos arreglando nuestros problemas, ¿qué sigue? Él alza una ceja—. Yo vivo aquí y tú en Nashville, ¿tendremos una relación a distancia?

Sería doloroso tener que esperar meses para poder tocarlo, el tiempo se me haría lento, pero si no hay otra alternativa no importa, lo único que quiero es estar con él y luchar por nosotros.

Aunque este año ha sido el mejor de mi vida. pues pude conocerme y descubrir facetas de mí que no conocía, también debo decir que lo extrañé. Todos los días me preguntaba qué habría pasado si no me hubiera marchado como lo hice, si le hubiera llamado por lo menos.

Antes me la pasaba llorando por los rincones, lamentándome, revolcándome en la autocompasión. Para salir de ese círculo tenía que destrozarlo.

Cuando llegué aquí me di cuenta de muchas cosas: en realidad no importan los jodidos rumores de la escuela, se quedan ahí una vez que te vas, todo queda atrás si quieres soltarlo. A algunos les irá bien, a otros como la mierda, pero el universo es tan grande que quizá nunca más vuelvas a ver a ese que se burlaba de ti en los pasillos o al que agrediste por ser diferente. Y entonces te preguntas, ¿por qué carajos me importaba si no trascendería en mi existencia? Cuando estás en la preparatoria crees que lo has vivido todo y no, la verdad es que no has vivido absolutamente nada. Los dramas de la escuela se vuelven ridículos y te arrepientes de las estupideces que hiciste, entre ellas sentirte amenazado por tonterías o reírte de alguien más. Lo que importaba se vuelve insignificante, con el tiempo las personas dejan de preguntarte con cuántos te acostaste o a cuántas fiestas fuiste, y los que lo hacen es porque no han encontrado su lugar en el mundo.

Me percaté de que podía ser feliz, salí a fiestas, conocí a personas nuevas, encontré nuevos amigos y desquité todas esas veces que lloré disfrutando y riendo a carcajadas. No obstante, sí me hacía falta algo: Oliver Doms.

Extrañaba sus juegos, sus comentarios sarcásticos, sus risas roncas, sus miradas penetrantes, sus besos calientes... Lo extrañaba todo.

Soy feliz, pero quiero ser feliz con él, así que lucharé si hay que hacerlo.

—No sé de qué estás hablando, solecito —responde en voz baja con una media sonrisa que no logro entender.

Mi entrecejo se frunce.

- -; Qué haremos para que lo nuestro funcione?
- —No sé de qué hablas, porque yo no vivo en Nashville. —Parpadeo, lo observo con seriedad, queriendo captar lo que está diciendo—. Estudiaré Artes y Diseño Publicitario en la estatal de Nueva York, vivo en el piso de arriba, soy tu vecino, cariño.

Mis párpados se abren al igual que mi boca. ¡El nuevo inquilino que no me dejó hacer la tarea!

- —¡¡No puede ser!! —exclamo con euforia. Él suelta una risotada, yo también río. Nos abrazamos con fuerza.
 - —Tus amigas nos van a descubrir, gritaste —susurra.

Y sí, se escuchan tacones, no me da tiempo de hablar.

—¡¿Qué carajos está pasando, Hannah?! Creímos que no estabas, trajimos *pizza* de... —De un momento a otro Kealsey levanta la cortina de mi cuarto improvisado—. ¡¡Ahhhhh!! ¡¡Mierda!!

Suelta la tela lanzando palabrotas. Oliver se carcajea, yo contengo la risa llevándome las palmas a la boca.

—¡¡Demonios!! ¡¡Cierra la puta puerta la próxima vez!! —grita a todo volumen. Yo quiero gritarle que no tengo puerta, pero no puedo dejar de reír. Escucho las carcajadas de Aisha, aunque no estoy segura de que sepa qué es lo que ha pasado—. ¡¡Joder!! ¡¡Acabo de ver un trasero!!

Deposito un beso fugaz en los labios de Oliver.

—Tienes que cubrirte ese trasero antes de que alguien más lo vea —digo haciendo un puchero. Se da la vuelta y me deja libre, me arrastro sobre la cama para bajarme. Siento su mirada sobre mí mientras me pongo las bragas y una sudadera que me queda hasta la mitad de los muslos. Él se viste también. Antes de salir de mi habitación le doy una última mirada, nuestros ojos se encuentran, nos quedamos inmersos y luego sonreímos—. Te espero fuera, cariño.

En el exterior no hay nadie, por lo que voy hacia la cocina. Están sentadas, Aisha aplana los labios para no carcajearse, Kealsey está haciendo una mueca graciosa. Las observo desde el umbral.

- —Tienes cara de que te cogieron por todas partes —dice Keals.
- —Tiene cara de que quería volver a coger, pero la interrumpieron. —Se carcajea Aisha, ya sin poder controlarse más.
- —Lo bueno es que no estás interesada en los chicos y tienes otras prioridades. —Kealsey me imita, ambas se carcajean.
- —No es cualquier chico —digo encogiéndome de hombros con una sonrisa boba que las hace entrecerrar los ojos, ambas sueltan exclamaciones de sorpresa cuando alguien me rodea desde atrás y apoya su mentón en mi hombro.
 - —Buenas noches, chicas, espero no haber causado muchas molestias. Sus mandíbulas caen y yo quiero volver a reír, las dos terminan sonriendo.
- —Creo que ahora puedo entender por qué rechazaste a Ralph. —Kealsey señala a Oliver con el dedo índice—. Él tiene un trasero maravilloso.

Oliver se atraganta, las chicas se divierten a su costa. Él se recompone y deposita un beso en mi mejilla.

—Te espero en el cuarto, cariño —susurra antes de marcharse.

Cuando las tres nos quedamos solas, Aisha y Kealsey se limitan a sonreír, sé que están felices por mí, no hay necesidad de hablar. En este tiempo juntas hemos forjado una linda amistad, también sé que luego tendré que contarles todos los detalles.

Pongo en un platito cuatro rebanadas de *pizza* y regreso a la alcoba, él está admirando los dibujos que están pegados en la pared, son diseños que hice el semestre pasado. Me aclaro la garganta, Oliver se da la vuelta y me observa.

—Son geniales —dice al tiempo que se deja caer en la cama—. ¿Por qué no sabía que estabas interesada en el diseño de modas? Sabía que te gustaba la moda, pero no hacerla, creí que estudiarías Química, Física o Matemáticas. Hay muchas cosas que no sé de ti como… ¿tu color favorito es el rosa o el celeste?

Me hinco sobre el colchón y me aproximo a él gateando. Me coloco a su lado, deposito el plato con las *pizzas* en su estómago y cojo una rebanada. Me la acabo antes de hablar.

—¿Importa realmente mi color favorito? Yo no necesito saber el tuyo para amarte.

Suelta un suspiro.

- —Solecito, me estás seduciendo más de lo normal el día de hoy, por favor, para. —Me canso de estar sentada con las rodillas dobladas, por lo que extiendo una pierna y caigo de culo. Aprovecha el movimiento colocando su mano en la parte interna de mi muslo, solo la deja ahí, calentando mi piel—. No es que lo necesite, pero me gustaría saberlo.
 - —Mejor descúbrelo, tenemos mucho tiempo para terminar de conocernos.
- —¿Lo ves? Me estás matando. —Deja el plato en la mesita de noche y me tumba, una vez más termino debajo de él—. Tienes razón, vamos a descubrirnos.

De vez en cuando deposita besos suaves en mis labios, pero el resto de la noche la pasamos hablando, le cuento lo de mis padres, lo de Iveth. Él me platica cómo aprobó los exámenes finales en el último año, se peleó con casi

todos los tutores, así que buscó cursos en línea. Encontró un empleo en el hospital, era el chico que asistía al encargado de la farmacia, sin embargo, se salió cuando su madre se lo pidió después de recibir una aceptable suma de dinero por haber atendido a una anciana; a mi mente llega el recuerdo de William Baker dándole dinero, me lo guardo, hay cosas que no debes decir si no te pertenecen. Para armar su portafolio buscó en las calles de la ciudad los murales que había hecho. Su hermano está a punto de graduarse y su madre estaba feliz de que viniera, le pidió que me mandara saludos. Oliver ya está bien, aunque tiene que tomar medicinas todos los días.

Es increíble darse cuenta de que, a pesar del tiempo, mis sentimientos por él siguen intactos o incluso se hicieron más fuertes.

Al mirarlo a los ojos solo puedo pensar en que este momento no puede compararse con nada. Es como si regresara en el tiempo y viera de cerca por primera vez esos ojos verdes después de comerle los labios, es como si pudiera revivir el instante en el que me sopló el humo de su cigarrillo en un bar de mala muerte, es tan vívido el recuerdo de mí sentada sobre su regazo hablando de Romeo y Julieta, de villanos y princesas.

Ya no soy una princesa y él ya no es un villano luchando contra el príncipe azul, eso se quedó en la escuela, en las avenidas de Nashville. Ahora somos solo dos personas que quieren luchar por lo que sienten y esperan que valga la pena, que tienen sueños y metas, que quieren ser felices juntos.

¿Quién habría imaginado que ese beso marcaría todo un destino? Desde que me puso las manos encima supe que jamás había sentido algo igual, mas no sabía que él me cambiaría la vida o, mejor dicho, que me ayudaría a cambiarla. No sé si vamos a vivir un cuento de hadas o un «y vivieron felices por siempre». Sin embargo, me da igual porque sé que mientras dure será genial.

Los finales felices no existen, las vidas felices sí.

Creí que era química y sí, lo era, pero la clase de química que no puedes controlar, esa en la que todavía no existen las teorías ni las fórmulas. Es la que nadie puede explicar por una simple y sencilla razón: es la química imparable que inventamos los dos.

FIN

epílogo

El día siguiente saco la basura apenas me levanto, si no lo hago nadie más lo hará y detesto ver las bolsas acumuladas. Es sábado por la mañana, no tenía ganas de levantarme, quería quedarme acostada junto a Oliver, sin embargo, el hambre no me dio otra opción.

Dejo las bolsas plásticas afuera del edificio junto al resto de la basura, cuando regreso a la estancia del complejo departamental recuerdo que había una puñetera reunión a la que, por supuesto, faltamos. Joder, ahora tendré a las odiosas señoras del apartamento setenta molestándonos durante el fin de semana para que firmemos sus hojas.

El señor Billy sale del cuartito de limpieza y me sonríe dándome los buenos días, le regreso el gesto con educación. Entonces detengo mis pasos, cambio el rumbo dirigiéndome hacia él.

- —Señor Billy, buenos días —digo cortés. Con la llegada tan repentina de Oliver todo lo que tenía planeado hacer en el día se fue al garete, y con ello mis pensamientos coherentes.
 - —Buenos días, señorita Carson —responde de igual manera.
- —Creo que se le olvidó algo... —Yo también lo olvidé, hasta ahora. No habría sido agradable que la policía llegara e interrumpiera la reconciliación, pero, ¿cómo puedo sentirme segura viviendo aquí si va a dejar pasar a cualquiera y no le hablará a la ley cuando se lo pido?—. Sigo esperando a los policías.
- —Oh, si quiere los llamo ahora —suelta un tanto alarmado. Me quiero carcajear al escucharlo, ¿ahora? Luego dice algo que me descoloca—. Espero que no haya pasado nada grave, señorita Carson, lo que pasa es que su madre

me llamó para decirme que el joven le daría una sorpresa, los dos me dijeron lo que tenía que decir...

—De acuerdo —lo interrumpo—. No se preocupe, señor Billy, creí que lo había olvidado, pero no sucedió nada malo, sí era una sorpresa.

Él sonríe de nuevo, aliviado. Pobre hombre.

Mientras regreso al apartamento no dejo de darle vueltas a lo que dijo, ¿mi madre le llamó para avisarle? Eso quiere decir que lo sabía, que ella y Oliver se pusieron de acuerdo. Las dudas se esfuman tan pronto recuerdo que él traía las llaves, mamá tiene un juego, se lo di cuando vino en Navidad para que entrara y saliera, pues se citaba con Burt. Y se le olvidó dármelo.

Sin pensarlo me dirijo al teléfono una vez que entro al apartamento, estoy impactada. Marco un número que ya me sé de memoria, lo cogen al tercer timbre.

- —¡Hola? —Es la abuela Bo—. ¡Hanny?
- —Hola, Bo —digo esbozando una sonrisa. Me dejo caer en el sofá—. ¿Estás bien?
- —Sí, tu madre y yo fuimos al supermercado, ¿sabías que venden calcetines a los que se les puede quitar la parte de los dedos para que cortarse las uñas sea más fácil? —pregunta asombrada.
- —Ahora lo sé. —Dejo escapar una risita, acto seguido me aclaro la garganta —. Oye, Bo, ¿está mamá por ahí? Me gustaría hablar...
- —¡No me digas! ¡¿Ya viste al bombón?! —Me muerdo el labio para no reír al recordar esa conversación que tuvimos en la cafetería del hospital, cuando le puso ese mote. Grita a todo volumen alejando un poco su boca de la bocina—: ¡¡Louise!! ¡¡El bombón está con Hannah!!

Escucho pasos y voces del otro lado, no logro distinguir las palabras. A continuación, puedo escuchar a las dos con claridad, probablemente activaron el altavoz.

- —¿Alguna me puede decir qué sucedió? —cuestiono divertida, sin poder creer que de verdad esté sucediendo esto.
- —Nada, él vino y nos contó su plan, así que aceptamos —dice mamá, luego hay una pausa—. ¿Estuvo bien o no debimos…?

- —Estuvo bien, gracias, mamá —murmuro, sintiendo un nudo en la garganta. Charlamos un rato, luego Lou se despide porque tiene una cita con su novio, es como si fuera una adolescente. Bo va a hacer lo mismo, por lo que interrumpo antes de que cuelgue el teléfono—. ¿Bo?
 - —¿Qué pasa, Hanny?
- —¿Con cuál de los dos te quedaste al final? —Una vez la abuela me contó su historia, se negó a confesarme si se quedó con el que la volvía loca o el que representaba seguridad, me dijo que lo averiguara.
 - —¿Con cuál te quedaste tú?

Ella no necesita decir más porque entiendo la respuesta. El abuelo fue un gran hombre, siempre cuidó a su familia y quiso a la abuela hasta el final.

Cuelgo con una sonrisa que se agranda cuando unos brazos acarician los míos y su aliento se estampa en mi oído.

—Bueno días, solecito —ronronea—. ¿Tan pronto me descubriste?

Me suelta y rodea el sillón para sentarse a mi lado, sus brazos me envuelven y me acercan a su costado. Echo la cabeza hacia atrás para poder mirarlo, la suya desciende hasta que sus labios atrapan los míos y me roban un beso corto.

—Tengo un regalo para ti. —Obtiene una caja del interior de su pijama, ayer en la noche fue a cambiarse al apartamento de arriba y luego volvió para que pudiéramos dormir juntos—. Iba a dártelo el día de tu graduación.

Abre la cajita de terciopelo negro revelando dos anillos plateados a juego. Uno de ellos es más simple, es una franja con una línea texturizada; el otro anillo parece una pequeña corona de princesa, tiene un corazón en el centro y dos círculos brillantes a los costados.

Él toma el primero y se lo coloca, después obtiene el segundo y lo pone frente a mí. Mis manos buscan la suya sin dejar de observar lo que me está dando.

—Es mi promesa —dice.

Alzo la vista y lo observo, esbozo una sonrisa con lentitud.

- —Quieres desposarme.
- —Desposarme. —Prueba la palabra arrugando los labios con diversión—. Debo tener un diccionario si estás cerca.

Me obligo a recuperar la seriedad, mi vista vuelve a concentrarse en el anillo. Lo tomo y lo coloco en mi dedo anular derecho.

—Promesa —susurro.

Y aunque podríamos estar hablando de cualquier cosa o diciendo palabras tontas al aire, sé que tienen un gran significado por la forma en la que me mira, por la emoción que siento en mi pecho.

No juramos amarnos para siempre, porque la eternidad y el futuro no existen, pero sí prometemos amarnos mientras estemos juntos.

extra uno

Hay un pastelillo rosa en el pasillo, y está muy enojado. Mis ojos barren las piernas largas y cremosas que se pierden en esa falda, una cintura delicada, unas tetas increíbles y un rostro de ángel que me perturba, con esos ojitos como cielos... Deberían ser prohibidos.

La pequeña rubia golpea el vidrio de la máquina expendedora con las palmas abiertas. No hay nadie más en este lugar, ya la mayoría está en los salones, así que el estruendo, producto de los golpes, resuena.

—¡Maldición! —exclama—. ¡Dame mi maldita barrita!

Sonrío. No esperaba que esa boquita color cereza maldijera, y qué bien se ve haciéndolo.

—¿Qué hizo esa máquina para enojarte tanto? —pregunto y ella salta del susto. Se lleva la mano al pecho como si así pudiera detener los latidos de su corazón desbocado—. Tal vez debería darle una lección para que no se meta contigo.

Una sonrisa se dibuja en su cara y yo pierdo el equilibrio, pues su rostro se ilumina. Luego me mira... Estoy perdido, trago saliva con nerviosismo, sus ojos son tan grandes y claros que creo que podría ver cualquier cosa en ellos, son como espejos y en este momento brillan con alegría. Ella es lo más bonito que he visto.

—Eso sería muy amable —dice, y acto seguido hace un puchero—. Se tragó mi dinero y no me dio la barrita, está atascada, necesito ir a clases porque no puedo llegar tarde.

Desvío la vista hacia la máquina solo para distraerme y mantener mis pensamientos ocupados. Me acerco dando zancadas y compruebo el envoltorio. Le doy otra mirada a la hermosa criatura, me arrepiento, no sé si es lo mejor que me ha pasado o si este momento me torturará toda la vida, pues está muy cerca ahora, inclinada viendo la barrita, con los labios fruncidos haciendo una mueca. Hay algo en su piel, ahora lo veo, algo que brilla y me da sed, quiero pasar los dedos por su mejilla solo para comprobar que es real.

Un aroma dulzón me invade. Joder. Me pongo de rodillas antes de sucumbir a la atracción y meto la mano en la puertecilla de la máquina expendedora, solo tengo que meter el brazo y alcanzar la barrita. Si Lenny me viera en este momento se burlaría de mí, estoy seguro de que me molestaría durante meses.

- —¿Por qué no puedes llegar tarde a clases? —pregunto solo para mantener la conversación.
- —Quiero ser presidenta de la sociedad de alumnos, se necesita un historial escolar impecable.
 - —Ya tienes mi voto —digo.
 - —Pero podría hacerlo mal, ¿de verdad vas a votar por una desconocida?
 - —Sí.

Tomo la envoltura y saco el brazo con cuidado, ella toma una respiración profunda.

- —¿Por qué?
- —Por tus ojos. —Me mira con lo que creo es confusión cuando me levanto y la enfrento—. Y porque siempre sabes las respuestas en Química, Física y Matemáticas.
 - —¿Mis ojos?

No le respondo, solo sonrío. Nos quedamos en silencio durante un par de minutos. Estamos juntos en varias clases, pero no sé quién es, y nunca hemos hablado, aunque debo admitir que me he fijado en ella más de lo que debería.

Me muerdo el labio cuando ella se ruboriza. Va a tomar la barrita, pero se lo impido levantándola, me da una mirada de confusión. No me resisto, le doy la golosina al tiempo que digo:

—Primero dime tu nombre.

Ella vuelve a regalarme otra de sus sonrisas, y en ese momento sé que haría cualquier cosa por verla de nuevo, es como un sol.

—Hannah, Hannah Carson. —Hace una pausa—. ¿Y el tuyo? Necesito saber cómo se llama mi héroe.

- —Oliver Doms.
- —Bien, Oliver Doms, gracias por salvar mi vida. —Se pone de puntitas y deposita un beso en mi mejilla—. ¿Te veo luego?

Estoy demasiado aturdido como para responder, porque ese minúsculo toque ha enviado pirotecnia por todo mi cuerpo, así que solo asiento. Antes de desaparecer por el pasillo se detiene y me mira por encima del hombro.

- —Doms, antes de votar por mí asegúrate de leer mis propuestas.
- —Nada malo puede salir de una sonrisa como la tuya.

Sus mejillas vuelven a teñirse de rosa, asiente y se marcha.

Ese año Hannah Carson logró ser presidenta de la sociedad de alumnos por sus propuestas. Voté por ella.

Lenny se enteró del suceso de la máquina expendedora, bromeó al respecto durante semanas.

Ese mismo año me enteré de que mi padre era un hijo de puta, y todo se fue a la mierda, reprobé y destrocé el auto de ese sujeto. Pero en medio de la oscuridad, siempre miraba la sonrisa de Hannah Carson, era como un ungüento para mi herida. Seguía siendo brillante, aunque estaba con alguien que apagaba su luz.

Me enamoré de Mirian y ella me rompió el corazón dos veces: primero al decirme que Hannah pensaba lo peor de mí y que la trataría mal si se enteraba de lo nuestro; y después cuando le mintió a todo el mundo diciendo que la había besado a la fuerza.

Entro a trompicones a la oscura habitación.

—¿Quién es?

Detesto la sensación que me embarga y el vuelco que da mi corazón al escucharla, no debería reaccionar de esa manera, pero lo hace, siempre lo ha hecho.

Después de nuestro encuentro en el pasillo, charlamos algunas veces, ella parecía no recordar lo que pasó ese día. Hablábamos porque me encargaba de la radio escolar, era la presidenta de la sociedad de alumnos, así que tenía que

dirigir un montón de cosas. En más de una ocasión intenté... No sé, ¿acercarme? Rozaba nuestros meñiques si me llevaba información, le comentaba lo linda que se veía. No lo notó, se limitaba a sonreír y a darme las gracias, era como si una gran pared estuviera entre ella y los demás. Era la misma, tan hermosa que te robaba el aliento, pero algo había cambiado.

Sin embargo, después del escándalo de Mirian, Hannah Carson me miraba con cautela, y eso me enfureció. Seguramente no lo hacía a propósito, pero podía darme cuenta.

—¿No adivinas? —Me veo obligado a abandonar la oscuridad y avanzar, hace una mueca cuando me reconoce—. ¿Qué? ¿Esperabas a alguien más? ¿A Liam? No lo creo, Hannah, está muy entretenido manoseando a otra en la sala principal.

Sé que estoy siendo cruel, sobre todo cuando su rostro se arruga con dolor. Pero no lo soporto, no soporto que le permita a ese tipo las cosas que le hace. Tampoco creo que sea un trato entre los dos, si lo fuera no estaría aquí escondida llorando, así que no lo entiendo.

Me da rabia porque... No sé por qué. Tal vez porque cuando la conocí no tenía esta sombra encima de ella, solo era sonrisas, rubores, brillo. Sigue siendo la misma, pero el sol está oculto por las nubes. Supongo que detesto saber que alguien es tan estúpido como para no notar el daño que le hace, y más odio saber que a ella le duele y no está dispuesta a salir de eso.

Cuando me dejo caer en el sofá, Hannah se aparta todo lo que puede, como si tuviera la peste. Aprieto las manos en mis rodillas y me muerdo la lengua para no maldecir.

- —¿Qué haces aquí? —cuestiona.
- —No creas que me hace feliz estar con alguien como tú, le estoy haciendo un favor a una amiga.
- —¿Alguien como yo? —pregunta, su voz suena aflautada. Me encojo de hombros y chasqueo la lengua. Si voy a estar aquí entonces me pondré cómodo, estiro las piernas y recuesto la cabeza en el respaldo del sofá antes de cerrar los párpados—. ¿Estás ebrio? Dios, no me importa, no necesito un niñero, así que puedes irte con tus amigos a asaltar un banco, romperte la cara en tu horrible patinete o ir por ahí a besar chicas a la fuerza…

Es todo, no voy a soportarlo.

Me muevo tan rápido que no se da cuenta hasta que nuestras narices chocan, estoy furioso. No solo porque está aquí escondida en lugar de ir a mandar a la mierda a ese idiota, también porque me sigue afectando.

—No sabes cuándo cerrar la boca, ¿verdad? —La rabia se adueña de mí, solo quiero que deje de hablar para poder respirar tranquilo y que pueda deshacerme de esta sensación tan molesta—. Quizá pueda enseñarte a no hablar cuando estás con un extraño, Han, estamos solos y nadie te escucharía, ni siquiera tu amado Liam. ¿Quién podrá defender a la damisela del malvado ladrón?

—Podría gritar —dice y eleva la barbilla.

Se me escapa una risotada.

—¿Y quién escuchará? ¿Tus amigas borrachas? ¿Liam y su chica? Dime quién, Hannah. Eres patética, ¿sabes? Siempre aparentando ser alguien que no eres, actuando delante de todo el mundo y mostrando una felicidad que no sientes, al final del día siempre acabas sola, ¿o me equivoco? Llorando justo como ahora y lamentándote porque tu amado novio se acuesta con cualquier cara bonita.

El silencio nos cubre, pero en sus ojos claros alcanzo a distinguir las oleadas de rabia. ¡Vamos, Hannah! ¡Enójate! Joder, reacciona.

Un brillo extraño se apodera de su mirada, frunzo el ceño cuando sus pupilas bajan a mis labios. ¿Qué demonios...? Un tirón delicioso me recorre, tengo que echarme hacia atrás.

Hannah Carson sigue oliendo a dulce, ya no hay brillos en su piel, pero no los necesita. Las ondas rubias caen con gracia sobre sus hombros y más allá.

Voy a retirarme porque no puedo con tanto, pero ella me rodea con sus brazos y me jala, sus labios están sobre los míos. Me quedo estático por la sorpresa, un gruñido brota desde el fondo de mi garganta y es todo, ¡a la jodida mierda! Le regreso el beso con desesperación. Es como tocar el cielo, pierdo todo el control de mis acciones y pensamientos.

Nuestras respiraciones se aceleran, ella me mantiene cerca, aprisionado por sus brazos y yo me inclino para robarle todo lo que pueda. Sus labios sobre los míos se vuelven exigentes, así que le doy todo lo que puedo. Sabe a dulce de

cereza, como el color de su boca. Necesitando saborearla, acaricio su lengua con la mía.

Responde suspirando, creo que estoy delirando. No es un beso tierno ni suave, está lleno de necesidad, una necesidad que me derriba. Ella estaba llorando hace un minuto y ahora está comiéndome la boca con desenfreno, y yo no pienso negárselo.

Dura una eternidad, para cuando se separa de mí su respiración es un caos y sus labios están rojos e hinchados.

—Ladrón que roba a ladrón... —murmura.

Otra corriente de placer se apodera de mis sentidos. Ella se levanta y se va, mientras yo lucho con la necesidad de traerla de regreso y sentarla en mi regazo.

—¡¡Oliver!!

El grito me deja quieto en la entrada, no puedo moverme porque no tengo que esforzarme para reconocer esa voz. Mis amigos la miran con asombro cuando se acerca y me rodea para detenerse delante de mí.

- —;Qué?
- —Sí, hola, Oliver, ¿cómo estás? Yo bien, muchas gracias, ¿y tú?

El sarcasmo es delicioso cuando lo dice, cruza los brazos y se ve como una gatita enfurruñada. Hago un esfuerzo para que no se percate de mis pensamientos.

—Siento no ser un caballero, como puedes ver tengo prisa.

Y si no te vas no me va a quedar otro remedio más que rodearte la cintura y pegarte a mí.

Hannah agarra mi codo con fuerza, no deja que me marche.

—Si no me dejas acompañarlos iré con el director y le diré que se van a escapar, no creo que eso vaya a gustarte.

Sus palabras me hacen sonreír.

- —Soplona, ¿crees que me importa una mierda lo que dice el director?
- —Quiero ir.

Eso sí que me deja sin palabras. No quiero pensar demasiado, pero aquí está otra vez, en lugar de estar con esas personas. Prefiere estar conmigo, y sí, por alguna razón hace que mi pecho de infle.

—Como quieras —digo encogiéndome de hombros.

Ignoro las miradas curiosas de mis amigos cuando Hannah Carson nos acompaña, no es un secreto para Lenny, yo no puedo fingir muy bien cuando se trata de ella, mucho menos después de comprobar lo que se siente al besarla y el sabor de su boquita.

No se ve muy convencida de querer entrar al bar, sonrío de lado cuando pienso en que ella definitivamente no encaja aquí, es una cosita pequeña y rosa, y la gente la mira, seguramente no entienden qué hace ella en un lugar como este.

Bien, no dejaré que se marche. Doy un paso, luego otro, y relamo mis labios para reprimir el deseo cuando la rodeo con mis brazos y la pego a mi pecho. Da un saltito.

—Tranquila, es para que dejen de mirarte como si fueras un suculento postre.

Se retuerce en mis brazos, pero no para que la suelte, al contrario, se hunde más y cierra los espacios. Se vuelve suave, blanda, y me hace pensar en un montón de cosas que podría hacerle en este momento, pero no voy a ir ahí porque esto es demasiado emocionante como para no disfrutarlo. El rubor de sus mejillas se me antoja adorable, quiero morder esas dos manzanas que intenta ocultar.

- —;P-postre?
- —Sí, el día de hoy luces como algo apetecible. —Va a tropezar, pero la sostengo con fuerza. Es delicioso saber que la pongo nerviosa—. Calma, no voy a morderte... Todavía.

Recuesta la cabeza en mi hombro, deja que la guíe por el local.

Acaricio su oreja con mi nariz y luego voy a su cabello para aspirar su aroma. Ella reacciona justo como quiero, ladea la cabeza ligeramente hacia el lado contrario para darme espacio.

Sin pensarlo, me dirijo a una mesa apartada de mis amigos, tengo que soltarla para que se siente, yo la imito inmediatamente y voy a su lado.

—¿Vas a decirme por qué alguien como tú quiso faltar a clases voluntariamente? —pregunto. No es ese tipo de chica, ella es la inteligente que hace todas sus tareas y aparece siempre en el cuadro de honor.

Obtengo mi cajetilla de cigarros y un encendedor para mantenerme ocupado y cuerdo.

- —No lo sé —contesta—. ;Así es como te diviertes?
- —No, así falto a clases —digo y suelto el humo antes de responder—: Me relaja, ¿lo has intentado alguna vez?
- —Por supuesto que no, te estás matando lentamente, los cigarrillos son armas mortales.

Sonrío de lado.

Ella está diciendo la verdad, tal vez estoy muriendo por dentro.

- —¿Sabes cuál es tu problema, bonita? Te presionas demasiado, no te permites vivir experiencias nuevas y le tienes miedo a todo.
 - —No es cierto.
- —¿No? —pregunto, a lo que niega con la cabeza. Rodeo sus hombros colocando el brazo en su respaldo—. Venga entonces, acércate y muéstrame que estoy equivocado.

No estoy seguro de que vaya a hacerlo, me sorprende acercándose, así que la abrazo y la adhiero a mi costado. Necesito tocarla, mis dedos van a su hombro y acarician su piel. Me trago un gruñido cuando ella pone su palma en mi pecho, la deja ahí, calentándome.

Me analiza con sus grandes ojos como el cielo, me estudia. La desconfianza de antes ya no está, solo hay curiosidad y creo que anhelo. Quiero besarla, besarla hasta que se vaya el aire y absorber su aliento.

Le doy una calada al cigarro y me inclino hacia ella. Narices y frentes juntas. Abro la boca frente a sus labios, pero está demasiado sorprendida como para reaccionar.

—Atrápalo, bonita.

Su cuerpo se amolda al mío, se aproxima un poco a mí. Repito el movimiento, solo que esta vez cepillo sus labios con los míos. Esta vez atrapa el humo, sin embargo, termina tosiendo. Le doy su espacio hasta que se recompone, luego la envuelvo de nuevo y ella se acurruca gustosa.

Una última vez. En esta ocasión lo atrapa y luego lo suelta, el humo se estampa en mi cara. Una sonrisa me invade.

—Creo que tienes esperanzas.

Me muevo para poder rodearle la cintura, y lo logro, le doy un jaloncito, ella acaba casi encima de mí.

- —;Por fumar? —pregunta.
- —No, por acercarte.
- —¿No te importa faltar a la escuela? Para poder pasar el grado necesitas tener cierto porcentaje de asistencias.

Puedo morir en cualquier momento y no pienso ser esclavo de lo que se supone que debo hacer.

- —Me preocupan cosas más importantes.
- --¿Cómo qué? ---pregunta.
- —Ser feliz.
- —Entonces, ¿tu única aspiración en la vida es ser el malito del curso que fuma detrás de la escuela? Creí que eras más interesante.

Sus palabras me golpean, me recuerdan a mamá y a sus ojos decepcionados. No, no quiero ser ese chico, pero no sé si pueda ser algo más. No digo nada, ella tampoco. Pero sus palabras me atormentan, incluso cuando ya no la tengo cerca.

extra dos

Rodeo su cintura para mantenerla cerca mientras nos movemos, siguiendo el ritmo de una canción lenta que escogimos justo para este momento.

Me mira, le sonrío. Su vestido es como el de una princesa, una corona hecha de perlas adorna las ondas de su cabello. No puedo creer que esté aquí conmigo, en mis brazos.

—Te ves hermosa —susurro.

Y lo hace. Nunca la había visto así, con los ojos tan brillantes, las mejillas arreboladas y sus sonrisitas que hacen que mi corazón se derrita.

—Me haces muy feliz.

Mi corazón se hincha, ella también me hace feliz.

Nos espera una vida juntos. Podré verla todos los días en su estudio en nada más que una camiseta de algodón vieja picoteando un maniquí y recortando trozos de tela. Podré escucharla tararear cuando está demasiado concentrada en no arruinar el desayuno porque asegura que no nació para preparar huevos. Podré oler su cabello recién salida de la ducha. Podré abrazarla para poder dormir mientras platicamos de lo que hicimos en el día, agarrados de la mano, hasta quedarnos dormidos.

Detrás de ella hay un paisaje que podría robar suspiros, no podría ser más perfecto. Nuestro fondo es un cielo amarillo y anaranjado, nubes aborregadas, el sol escondiéndose y lanzando rayos hacia todas las direcciones porque se niega a abandonarnos.

—Mi vida era gris, como un día nublado, había tormenta y no podía ver más allá. Entonces llegaste tú y lo iluminaste todo... Eres mi sol.

Trago saliva.

—El sol y la lluvia se necesitan para que haya colores en el cielo.











#novacasaeditorial #leyendoaNova